Pablo Llonto

Prólogo de Osvaldo Bayer

La Noble Ernestina



El misterio de la mujer más poderosa de la Argentina



Editorial Punto de Encuentro



Nació el 12 de abril de 1960 en San Martín, provincia de Buenos Aires. Abogado y Licenciado en Periodismo. Tiene cuatro hijos.

Desde octubre de 1978 y hasta 1991 trabajó como redactor de las secciones Política y Deportes de Clarín. La cobertura más extensa que le tocó realizar fue el Juicio a las Juntas. Fue en 1985 cuando escribió crónicas y reportajes durante las audiencias orales a los ex comandantes de la dictadura.

Fue delegado sindical de los trabajadores de Clarín entre 1984 y 1999. Ese año fue despedido por la empresa, gracias a un fallo de la Corte Suprema.

Formó parte de las redacciones en las revistas Noticias, El Gráfico, Somos y Veintitrés; trabajó en los diarios El Expreso y La Razón; en las radios Libertad y La Red, y en los canales de televisión VCC, Telefé, 9 y 7.

Entre 2005 y 2006 fue secretario de redacción de la revista "Un Caño"

Colaboró en las revistas Gatopardo (Colombia), Selecciones, Dulce Equis Negra (Argentina) y el periódico de las Madres de Plaza de Mayo (Argentina).

Uno de sus trabajos, "El invencible Bilardo", fue seleccionado finalista en la Tercera Convocatoria del PREMIO NUEVO PERIODISMO CEMEX+FNPI de la Fundación de García Márquez.

Como abogado integró los equipos de abogados que colaboraron ad honorem con el Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS) en 1985 en los juicios por

La noble Ernestina

Nació el 12 de abril de 1960 en San Martín, provincia de Buenos Aires. Abogado y licenciado en Periodismo. Tiene cuatro hijos.

Desde octubre de 1979 y hasta 1991 trabajó como redactor de las secciones Política y Deportes de Clarín. La cobertura más extensa que le tocó realizar fue el Juicio a las Juntas. Fue en 1985 cuando escribió crónicas y reportajes durante las audiencias orales a los ex comandantes de la dictadura.

Fue delegado sindical de los trabajadores de Clarín entre 1984 y 1991. Ese año fue despedido por la empresa, gracias a un fallo de la Corte Suprema.

Formó parte de las redacciones en las revistas Noticias, El Gráfico, Somos y Veintitrés; trabajó en los diarios El Expreso y La Razón; en las radios Libertad y La Red, y en los canales de televisión VCC, Telefe, 9 y 7.

Entre 2005 y 2006 fue secretario de redacción de la revista "Un Caño".

Colaboró en las revistas Gatopardo (Colombia), Selecciones, [illegible], Rugby Magna (Argentina) y el periódico de las Madres de Plaza de Mayo (Argentina).

Uno de sus trabajos, "El invencible Bilardo" fue seleccionado finalista en la Tercera Convocatoria del PREMIO NUEVO PERIODISMO CEMEX-FNPI de la Fundación de García Márquez.

Como abogado integró los equipos de abogados que colaboraron ad honorem con el Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS) en 1985 en su trabajo por

La noble Ernestina

Pablo Llonto

La noble Ernestina



Llonto, Pablo
La noble Ernestina. - 4a ed. - Buenos Aires : Punto de Encuentro, 2008.
300 p. ; 22x15 cm.

ISBN 978-987-24359-5-0

1. Investigación Periodística. I. Título
CDD 070.4

Pavón 2765
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, República Argentina.
(54-11) 4941-4784

Diseño de interior: Nicolás Fagioli
Diseño de portada: Cristina Angelini

www.puntoed.com.ar

ISBN: 978-987-24359-5-0

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723
Libro de edición argentina.

GRACIAS, DE NADA

(Prólogo a la primera edición)

En los libros de investigación periodística, y éste lo es, nunca faltan los agradecimientos. Aquí no los habrá.

Es más importante ocupar este espacio para denunciar cuánto miedo sembró Clarín durante su existencia, capaz de generar en casi todos los entrevistados una respuesta calcada: "no me nombres, ya sabés cómo es Clarín; cuando puede te mata".

El terror a las represalias de los, por ahora, anónimos informantes, la mayoría de ellos ya sin relación con Clarín, merece respeto. Y sería injusto mencionar a los que sí autorizaron su publicación ya que dejarían a los demás como cobardes.

Esa tal vez haya sido la razón de que jamás se haya publicado un libro sobre la Noble, la mujer más rica y poderosa del país. Le temen las editoriales de libros, le temen los periodistas y le temen los gobiernos. Hace unos años, un ex periodista de Clarín, lo intentó. Entre versiones sobre "apretadas" del menemismo y dramas personales, Mario Krasnob se suicidó en Brasil.

La aparición de una editorial cooperativa y de trabajadores como Astralib, y una imprenta como Chilavert, recuperada por sus obreros explican de algún modo, por qué ahora sí.*

Este libro pertenece a la "no ficción creativa". Las técnicas de la ficción han sido utilizadas sin alterar la verdad. Se sabe que, en los libros de investigación, recomiendan que los sentimientos del periodista no ingresen en el relato. La no ficción creativa, en cambio, se apoya en la subjetividad. Y la subjetividad es una de las banderas que defiende "Metaprensa", el grupo de periodistas del que formo parte con el que buscamos romper todos los moldes del periodismo complaciente y resignado.

Para la segunda edición –2008–, la felicidad y la valentía resurgen de otra editorial cooperativa, Punto de Encuentro. Sus trabajadores contribuyen al esfuerzo enorme que lleva adelante la humilde militancia por la verdad y la historia. Todos, ellos y nosotros, preocupados por escribir y divulgar quién es quién en la Argentina. Porque pensamos en la Memoria y en la Justicia).

La primera vez que pisé la redacción de Clarín, con ilusiones, buscaba trabajo. A los 17 años, pensé que ingresaba a un diario. La última vez, sin ilusiones, me sacaron del edificio por ser el delegado gremial de mis compañeros. A los 31 años, estaba convencido de que era una carnicería.

¿Pero justo ahora lo escribe?, preguntará con razón algún desprevenido.

En realidad me animé hace mucho, y lo hice, al igual que otros compañeros, desde las entrañas del monstruo.

Eramos un enorme grupo de trabajadores de que mientras escribían, se autocensuraban, sacaban fotos, cargaban paquetes de diarios o se intoxicaban con la tinta en los talleres, denunciaban las ilegalidades que la Noble y Clarín cometían. Desde 1984, cuando a los 23 años me eligieron secretario general de la comisión interna, centenares de demandas contra el diario y la Viuda llegaron a los juzgados. Lo hicimos mientras estábamos adentro, no cuando nos despidieron. Fue esa una de las causas por las que Clarín no me dejó entrar más bajo la acusación de que no podía tolerar "a un delegado que además es abogado y le dice a la gente lo que tiene derecho a reclamar y además los patrocina"

Durante ocho años le pedí a los jueces mi reincorporación. Tuve suerte. Los fallos de primera y segunda instancia decían que Clarín me debía tomar de nuevo y para ello fue clave la actitud de mis compañeros que, desde 1991 y hasta 1999 me eligieron su delegado, aún cuando estaba en la calle. La Corte dio vuelta todo y falló a favor de Clarín.

Luego llegaría la breve reorganización gremial del 2000, los despidos masivos, incluida toda la comisión interna cuya secretaria general era mi esposa Ana Ale, y nuevamente el silencio.

Tanta barbarie, a la que se suma la causa por apropiación de menores, no debía quedar guardada sólo en nuestros archivos. "Las cosas se cuentan solas, sólo hay que saber mirarlas" cantaba el comprometido Piero de los 70 y algunos niños repetíamos sin comprender.

Aquí están algunas de las cosas que hizo la Viuda.

Pablo Llonto
Barracas, Febrero 2003

Prólogo

Introducción con nostalgias, flores y heridas

Por Osvaldo Bayer

Saber que iba a aparecer un libro sobre la vida interna del diario Clarín me puso muy curioso y nostálgico. Dentro de todo trabajé en su redacción quince años y fue el diario donde más tiempo ejercí una de mis profesiones preferidas: la de periodista. Claro, las redacciones de aquel tiempo eran la noche y el día comparadas con las actuales. Empecé en 1956 en Noticias Gráficas, un vespertino y allí tuve experiencias que se iban a repetir en Clarín. Por ejemplo: la conformación de la redacción y las relaciones entre los periodistas. Hasta podríamos generalizar: los periodistas en aquel tiempo eran todos seres salidos de ambientes literarios, escritores, poetas, hombres de la vida bohemia y siempre unos cuantos exiliados españoles republicanos. No había periodistas recibidos en escuelas de periodismo pero sí la escuela de la calle literaria. En los descansos de las tareas conversábamos con esos literatos, poetas, novelistas, cronistas extranjeros, en gran parte hombres disidentes de partidos de izquierda. Sin ninguna duda era la escuela de Crítica, el diario de Botana. Justo había sido él, como director, quien prefería a estos escritores y soñadores de la calle y sabía elegir bien: había comunistas, anarquistas, socialistas, radicales y hasta algún conservador de cuello duro, y algún falangista disimulado. Por eso las crónicas eran nostalgiosas, con citas intelectuales, con alguna reflexión general de altura poética y lenguaje bien popular. Cuando ingresé a Clarín en enero de 1958, me dio la impresión de entrar a la redacción vespertina de Crítica. Es que su director, Roberto Noble, seguía con mucha viveza la línea de Botana. No los reclutaba a sus redactores por su ideología política o su buena conducta en los registros de la policía política sino de acuerdo a su talento, su sensibilidad popular demostrada

en algún libro, en alguna investigación o en discursos de peñas y reuniones culturales.

A principios de 1958, la gendarmería me había expulsado de Esquel, la ciudad patagónica, porque allí editaba un periódico, La Chispa, en el que según ese cuerpo uniformado yo publicaba artículos que iban contra la "seguridad de una ciudad fronteriza". Un disparate que se aplica cuando faltan argumentos que expliquen el porqué de la pobreza y el porqué de la discriminación contra los habitantes originarios de aquellas bellas regiones. Llegué a Buenos Aires y al día siguiente entré a Clarín. Me llevó un periodista con barba porque yo tenía barba, y así éramos dos barbudos. Llegué a la redacción y el secretario general Luís Clur apenas me miró pero me dijo ansioso: "¿Puede quedarse ya?". "Si, claro", le respondí a la rápida aceptación. Y comencé a trabajar esa misma tarde y quedé allí quince años. Era la antigua redacción de la calle Moreno, pequeña, incómoda pero llena de tranquilidad y humor. Yo dependía de Alejandro Yebra, prosecretario general, un gordo tranquilo que luego cambió de profesión y fue un muy buen entrenador de fútbol de la primera de Huracán. Mi tarea era salir a hacer notas, recorrer la calle, cosa que era lo que más me gustaba, porque así –me decía– iba conociendo bien a la gente común. Me tocaban tanto huelgas como ir a un café donde en su excusado había de pronto un ahorcado. Al poco tiempo el gremio me eligió secretario general del Sindicato de Prensa, una experiencia vital, donde aprendí bien lo que era la vida gremial con todos sus ramajes políticos y sus juegos de posiciones. En ese tiempo me acuerdo que hice la primera huelga de la historia de la redacción de Clarín, en la que tuve la colaboración de Cytrynblum, un periodista que con los años llegaría a ocupar el rango máximo de la redacción.

El primer gran cambio que se experimentó fue cuando el diario se trasladó a la calle Piedras. Quedaba atrás para siempre aquella redacción íntima y fraterna de la calle Moreno. Cuando entramos al nuevo edificio nos dimos cuenta que a partir de ese momento todo iba a cambiar, se iba a "mecanizar" el trabajo, íbamos a ser un poco más máquinas y la dirección estaría en otra latitudes. No íbamos a ser ya el fundamento sino apenas uno de los motores de

lo que amenazaba con convertirse en una gran empresa. Pero al salón enorme y despojado de la nueva redacción la gente le siguió dando su calor y su intimidad. En 1963 caí preso en esa increíble dictadura de los militares azules con un don nadie en el poder, y un ministro del Interior, el general Juan Enrique Rauch, que se puede poner –sin lugar a dudas– como ejemplo de la torpeza, la ignorancia, la petulancia, el vacío mental. Era un franquista con sotana disfrazado de militar, que creía que al filósofo Kant se lo vencía a gritos. Para hacer mayor el castigo –y aquí la ironía basta– me mandó preso a la cárcel de mujeres de Riobamba. Allí me acompañó un grupo de queridos compañeros y amigos. Luego de más de dos meses de prisión volví a la redacción de Clarín pero la primera semana no me dieron trabajo. Entendía que era una manera de decirme que no era una persona non grata. De ahí mi enorme sorpresa en el encuentro con el director del diario. Sí, Noble tenía la costumbre de pasearse los lunes, a eso del atardecer, por la redacción. Tenía la pose de un estanciero paternalista. De pronto se paraba ante un escritorio y conversaba con algún periodista. Le hacía preguntas profesionales o también sobre su familia. Esa vez, oh sorpresa, se paró frente a mí, el recién salido de la cárcel. Me señaló con el dedo y, seguro de sí mismo, me dijo: "Osvaldo Bayer". En ese momento, cuando le respondí "sí, señor" pensé que me iba a dar el despido. Pero no. Continuó: "Usted va ir ascendido a la mesa de redacción, donde están los jefes". Creí que era un chiste y le respondí: "No, doctor, usted sabe que yo soy de izquierda". "Por eso mismo", me respondió rápidamente, "porque por ahí están diciendo que este diario tiene una mesa de redacción de derecha, y desde ahora voy a poder decir, no, si ahí está Osvaldo Bayer".

Y me hizo acompañarlo hasta la mesa donde dio la nueva a los secretarios de redacción, quienes no podían creer la noticia.

Una típica solución bismarckiana como las hacía Botana, el director de Crítica. Y bien, fui nombrado nada menos que jefe de las secciones Política y Fuerzas Armadas –las dos más tortuosas, tal vez– y tuve un equipo de redactores y cronistas de lo mejor, entre los cuales estaban Félix Luna, Hamlet Lima Quintana, Jorge

Barroca y otros excelentes cronistas. Los asesores eran los hermanos García Córdoba. Pasamos los tiempos políticos más difíciles, aquellos de los dictadorzuelos Onganía y Levingston, y después el inmoral Lanusse que no pudo borrar nunca lo de Trelew. Entremedio, Illia, que fue poco a poco y con constancia buscando su velorio para finalmente tomarse un "coche de alquiler" y desaparecer del mapa ante los posibles gases lacrimógenos del general Alsogaray.

Yo aplicaba a rajatabla mi principio: ser objetivo publicando absolutamente todo lo que sucedía, sin retacear información. Fuera de mi alcance estaba la columna de comentarios que hacían los hermanos García Córdoba.

Eso sí, en las pausas del trabajo me escribía casi todas las páginas del diario anarquista La Protesta. Los demás redactores creían que yo hacía versos. A La Protesta la hacíamos con un querido personaje bien de abajo, el "Cholo" Charrelli. Yo hacía la redacción y él la financiación en ignoradas acciones expropiadoras. Ante mis dudas me respondía Charrelli muy tranquilo: "No tengas problemas, le afano a personajes despreciables, son casi todas mejicaneadas". Lástima que ante la prematura muerte del "Cholo", ese héroe del pueblo, La protesta cayó en manos que tergiversaron sus hermosos fines solidarios y libertarios. Fueron años de doce y catorce horas diarias en la redacción. Sin embargo, no dejé de lado mi vocación primera: la investigación histórica y así, poco a poco, fueron surgiendo Severino Di Giovanni, el idealista de la violencia y los dos primeros tomos de La Patagonia Rebelde.

Hasta que llegó el día en que todo iba a cambiar. La muerte de Noble. Recuerdo cuando entraron Frondizi y Frigerio a su velatorio. Me imaginé algo que iba a ocurrir. Sentí que estábamos ante quienes iban a manejar el diario, por lo menos en ese futuro próximo. Y sí, los que en forma visible pasaron a ese dominio fueron gente del frigerismo. En primer lugar Camilión y Octavio Frigerio, hijo de Rogelio. Camilión, que ya estaba desde antes, siempre quiso quitarme el cargo en Política pero se ve que se lo impedía el círculo de Noble. Camilión me había censurado una contratapa donde yo había defendido a los niños desvalidos que en invierno,

para no morirse de frío, se refugiaban en las estaciones del subterráneo. Como siempre que terminaba mis tareas tomaba el último subte que partía de Plaza Constitución iba observando como esos pibes menesterosos huían cuando se acercaba la policía interna del subte y se refugiaban en los túneles. Hasta que noté una vez que los uniformados cercaron a los niños y los castigaron despiadadamente a latigazos. Me interpuse y pude leer el nombre del más agresivo de los empleados, que llevaba en la chaqueta: Peduto. Toda la acción salió descrita al día siguiente. Fue la noticia del día, ya que luego la tomaron la televisión y otros medios. Todos en la redacción me felicitaron, principalmente Francisco Llanos, el periodista uruguayo eterno, que estaba acostumbrado a hacer esas cosas en Crítica. Pero fui llamado por Camilión, quien me trató como a un sirviente diciéndome que yo había comprometido la línea del diario. Por supuesto me retiré sin admitir sus argumentos. Mi nota había sido la defensa de los derechos de los niños que vivían en la miseria. Camilión demostró después quien era cuando aceptó ser ministro de la dictadura de la desaparición de personas.

Vi venir de inmediato las consecuencias. Me quitaron de mi cargo en Política y Fuerzas Armadas y me dieron una "embajada", el suplemento cultural. Lo tomé con entusiasmo porque es una veta de mi mayor gusto. Le puse el nombre de "Clarín, cultura y nación" nombre que hoy conserva todavía. Mi intención era dar preeminencia por sobre todo a los intelectuales del interior, completamente ignorados hasta entonces. Mientras tanto, se cambió todo en la redacción, los antiguos jefes perdieron sus puestos y fueron reemplazados por gente que trajeron los nuevos comandantes. Los antiguos fuimos quedando solos. En la redacción entraron miembros del peronismo y se veía muy bien que Frigerio quería intentar una alianza ante el próximo regreso de Perón. Por supuesto que prestaban importancia a las secciones de noticias y editoriales de manera que por un tiempo pude trabajar con libertad y tranquilidad en el suplemento "Cultura y Nación". Hasta que me tocó el turno. Una tarde, cuando yo cerraba el suplemento en el taller y me despedía, personal recién entrado al diario bajo

las órdenes de Octavio Frigerio levantó el plomo de algunas notas mías y las reemplazó por otras que sostenían lo contrario. No permití eso y denuncié el hecho, cosa que Octavio Frigerio tomó con sorna. Pedí que se me cambiara de sección y que se me nombrara corresponsal viajero. Quería recorrer el país haciendo notas de los pueblos más pequeños que pululan en nuestro territorio. Aceptaron. Viajé por todo el país, escribí 26 notas y no publicaron ninguna. Fui entonces a verlo a Octavio Frigerio. Le dije: "Aprendí la lección, me voy". Él sonrió amablemente y me respondió: "Es lo que estábamos esperando". Terminaban así quince años de periodista en la redacción de Clarín. Fue el 15 de diciembre de 1973. Me fui caminando hasta Constitución, como lo hacía habitualmente en los sesenta con el poeta Raúl González Tuñón. Quedaba detrás mucho vivido, principalmente las escenas del oficio, los encuentros, y –sonreí– mis artículos escritos ilegalmente para La Protesta.

Sé que había comenzado un Clarín distinto al que yo conocí. Es el que va a describir Pablo Llonto en este libro.

Volví una vez a la redacción de Clarín. Cuando regresé del largo exilio, en 1983. La televisión alemana –con el director Carlos Echeverría– hizo un film con mi exilio y regreso. Por eso quería que quedase el testimonio de esa redacción donde yo había trabajado tantos años. Me arrastraba toda la nostalgia. Quería ver esas paredes, esos escritorios, esos sonidos. Pero en el film se ve: todo fue decepción. Me recibió el vacío. Nadie se paró para el abrazo. Pasé como un forastero. Me quedé parado ante el escritorio que había sido de Raúl González Tuñón. Se hallaba sentado allí alguien que escribía noticias de la Bolsa. Era suficiente para dar el adiós.

Durante el exilio fui atacado en las páginas del diario por un redactor llamado Gregorich. No se publicó mi contestación...

Pero si bien no fui más agredido, en el futuro el diario guardó el más absoluto silencio sobre mí. En el suplemento que yo bauticé como "Cultura y Nación" ni se hizo mención a mis nuevos libros. Solo en dos oportunidades una periodista evidentemente se jugó y presentó mi opinión. No son reproches, son experiencias de alguien que tal vez no quería desprenderse de aquellos quince años

de vida. Al lado mío, en la redacción, había trabajado varios años nada menos que el Paco Urondo, el querido amigo asesinado por la dictadura. Siempre sonriente, apuesto, invitándome a por fin ir a cenar después de la tarea. Me acuerdo cómo lloramos destrozados con el Manolo Puig cuando supimos, en el exilio, la muerte de ese representante absolutamente limpio de la amistad.

Hubiera querido hacer un análisis del libro de Llonto, una toma de posición, un meterme en sus cielos, pasadizos y túneles. Pero no pude hacer más que esto. Mis recuerdos, mi paso por allí, las voces. Esa estancia conservadora con libertades bismarckianas, actuada por periodistas salidos de las calles, de los barrios, que además de leer los pronósticos de las carreras de Palermo, hojeaban disimuladamente La Protesta que se escribía en una de sus ruidosas máquinas de escribir.

Corramos el telón, entremos en el libro de Pablo.

[illegible]

Sé que había comenzado en Clarín [illegible]. Es lo que va a describir Pablo Llonto en este libro.

Volví una vez a la redacción de Clarín, cuando regresé del largo exilio, en 1983. La televisión alemana –con el director Carlos Echeverría– hizo un film con mi exilio y regreso. Por eso quería que quedase el testimonio de esa redacción donde yo había trabajado tantos años. Me arrastraba toda la nostalgia. Quería ver esas paredes, esos escritorios, esos sonidos. Pero en el film se ve: todo fue decepción. Me recibió el vacío. Nadie se paró para el abrazo. Pasé como un forastero. Me quedé parado ante el escritorio que había sido de Raúl González Tuñón. Se hallaba sentado allí alguien que escribía noticias de la Bolsa. Era suficiente para dar el adiós.

Después el exilio fue atacado en las páginas del diario por un redactor: [illegible]. No se publicó mi contestación.

[illegible] agredido, en el futuro el diario guardó el más absoluto silencio sobre mí. En el suplemento que se llamaba "Cultura y Nación" ni se hizo mención a mis nuevos libros. Sólo en dos oportunidades una periodista [illegible] se jugó [illegible] opinión. No son reproches, son [illegible] desprenderse de aquellos [illegible]

Al cierre de esta edición

Nada cuesta imaginar la última imagen antes del alba, en aquel jueves caliente, diecisiete de julio. No la ha despertado el son de campanas que abunda en la catedral de San Isidro. Ni las jaquecas infinitas de añejas noches de champagne. Ni los ladridos intrusos de sus perros, nunca enterados de la extraordinaria suerte que les deparó el destino, la de ser los perros mejor tratados de la Argentina.

Sentada frente al plasma, sin los intolerantes espejos que podrían reafirmar sus ochenta y tres años, recuerda que nunca había almorzado ni cenado con este vicepresidente. Sabe ella que el hombre apóstata que ha emitido su voto en el Senado, a las cuatro y veinticinco de la mañana, ha lavado una urgencia de venganza que llevaba poco más de tres meses. Deberá, de aquí en más, ser más atento con el señor Cobos, de Mendoza.

Acaso deba llamar pronto, muy pronto, al hombre enfermo y odiado que comanda sus empresas y exigirle que busque las palabras exactas que servirán para retorcer las vísceras del matrimonio presidencial, cuyos furibundos gritos, a pocas cuadras de allí, refieren el peor momento en cinco años de poder.

Pero quién sabe si Héctor Magnetto estará despierto o pasa una de esas noches miserables, entre penas y evocaciones de un dolor de garganta que revela el término maldito: cáncer. Por un momento, ella olvida el mando y se detiene en la compasión. Basta de atormentar a quien ha perdido sangre, células sanas y la voz. Lo ha notado a tiempo. Además, las cosas ya no se deciden como antes. La eficacia de sus periodistas da envidia y es más que seguro que, con Magnetto o sin Magnetto, con Ernestina o sin Ernestina, nadie en la redacción de Clarín desnaturalizará los deseos de confeccionar una tapa que estremezca de frío a los habitantes de la quinta de Olivos.

****

"Crisis política. Cobos votó 'no' y fracasó la ley". Así ha titulado *Clarín*, con letras de catástrofe, el resultado de la votación contra el proyecto que murió antes de avalar la resolución 125.

Cuando se recuerden los tiempos de la "crisis del campo" y los historiadores asalten las hemerotecas, advertirán los fragores de una batalla que habitó entre otra y, luego, entre otras más.

El decorado era el siguiente: hasta el 11 de marzo de 2008, día en que la fecunda imaginación del gobierno se interesó por distribuir una parte de la riqueza, la señora de Noble y la señora de Kirchner mantenían una débil relación... de caballeros.

La prudencia de Ernestina se mantenía a raya debido a la enorme popularidad de la presidenta. En los ejemplares veraniegos y dominicales de *Clarín 2008* se percibían notorias aprobaciones. Examinenos: *"Abrirán 20 nuevos shoppings por el boom del consumo"* (domingo 20 de enero, primicia de Clarín), *"Sorpresivo acuerdo de Kirchner y Lavagna"* (domingo 3 de febrero), *"Gualeguaychú debe aceptar el fallo de La Haya, dice Cristina"* (domingo 10 de febrero), *"Subirán un 15 por ciento las jubilaciones en dos meses"* (domingo 17 de febrero), *"Cristina advirtió por la seguridad a jueces y policías"* (domingo 9 de marzo).

Podría creerse que predominaba el pensamiento más ortodoxo de todos los que guiaron, durante décadas, al Grupo que ella capitaneaba: *"no salirnos del humor de la clase media"*.

Pero las escenas de la rebelión de los patrones del campo, convertidas y multiplicadas por los noticieros, arrastraron la decisión de romper lanzas. En una fracción, los principales accionistas del Grupo y muchos de sus jerárquicos comprendieron que esos rostros, de Barrio Norte; que ese lenguaje, de los cuarteles; que esos discursos, de la derecha, les pertenecían.

De algún modo sintieron el deber de pronunciar, mucho más abiertamente, la soberbia de los ricos.

Quienes dicen que Ernestina Herrera de Noble nada sabe de agricultura y ganadería, suelen olvidar que uno de los consejeros, y también accionista del Grupo es José Antonio Aranda, presiden-

te de la Asociación Braford Argentina, una comprobable coalición de millonarios, cuyo sueño mayor es curioso: un rematador, en la Exposición Rural de Palermo, baja el martillo y anuncia que el toro campeón de la raza se ha vendido en la suma de veintidós mil dólares.

El objeto sagrado de Aranda tiene cuatro patas, giba, pelo corto, resistencia al calor y pesa poco más de media tonelada. Posee el privilegio, y los aplausos, de una carne destacada entre los comensales exquisitos y occidentales. Antes de ser bife de lomo, la vaca, o el toro Bradford, representa sus bondades en las páginas del suplemento Clarín Rural. Allí lo espera la pluma del ingeniero agrónomo Héctor Huergo, un adicto a los dislates del periodismo, menos inteligente que su jefe y su jefa, pero tan ambicioso como ellos.

Con Huergo y Aranda, a Ernestina no le faltaron justificaciones para enviarle al gobierno un mensaje desafiante: la elevación de retenciones a los dueños de los campos serían combatidas desde cada uno de los *máss media* del Grupo.

Los titulares de *Clarín* y los de *Clarín.com* conservaron, durante corto tiempo, el máximo de compostura que le era posible a los editores. No ocurría lo mismo con los textos de Huergo, a quien la máxima conducción del Grupo le había encomendado misiones similares a las de un ametralladorista. El ingeniero, algo así como el delegado de la Viuda entre los opositores duhaldistas al gobierno K, ya era parte de la anatomía del Movimiento Productivo Argentino (MPA), la nave de combate del ex presidente Duhalde y del peronismo menos revolucionario.

Cuando Huergo hablaba con los referentes del MPA les hacía entender que las páginas de Clarín y los espacios principales estaban a disposición de todo intrépido contrincante del matrimonio presidencial. Javier González Fraga, ultracatólico economista y ex presidente del Banco Central en los desastrosos días del menemismo, Jorge Sarghini, diputado intrascendente e indivisible colaboracionista del ex ministro Roberto Lavagna y la senadora Hilda "Chiche" Duhalde estaban disponibles. Sin embargo, el hombre elegido para tomar las armas desde las contratapas del Suplemen-

to Rural fue Alieto Guadagni, admirador del genocida general Roca y el más volatinero de los funcionarios del PJ, quien luego de seducir a Menem, Cafiero y Duhalde, resbaló sus principios hasta los fondos del puntano Adolfo Rodríguez Saá.

Fue desde las páginas de los sábados que Clarín y la Viuda dieron lecciones de gobierno. Allí estaba la letra fina. *"Las cartas están echadas. El Gobierno cantó truco mostrando dos cuatros de copas. La modificación de las retenciones móviles es ridículamente mezquina". "Pero el Gobierno inventó que la soja es un problema. Cree que hay que desojizar. Diagnóstico: siente que por culpa de esta leguminosa nos estamos quedando sin los alimentos que consumimos. Falacia total porque si bien la producción de soja se triplicó en doce años, la de todos los demás granos aumentó en un 50%. También estaba aumentando la de carne y leche, hasta que hace tres años empezaron las restricciones a la exportación y se produjo la debacle de estos segmentos de la actividad".*

El tono se puso bravo. Cada página de los cuatro diarios del Grupo, cada noticiero de la media docena de canales controlados y cada uno de los conductores de programas radiales de AM y de FM parecían excitados

Los periodistas fueron incapaces de soportar semejante presión y sucumbieron ante la bajada de línea que, día a día, se alejaba de la tolerancia con la Rosada.

Decían ciudadanos y no piqueteros, decían campo y no empresarios rurales, decían vehículos y no lujosas cuatro por cuatro.

Mientras los diarios de la mañana y los de la tarde hablaban de una rebelión contra la suba de las retenciones, el grupo Clarín abría las puertas a los personajes de la oposición que podían frenar la ofensiva del gobierno. Lilita Carrió multiplicó sus apariciones en televisión y, de pronto, variados radicales y sabandijas menemistas, hasta poco tiempo atrás despreciados por su pésima imagen, fueron convocados para decir "lo que tengan ganas de decir contra el Gobierno".

El primer día de abril, la presidenta Cristina Fernández de Kirchner se levantó, cruzó dos o tres conversaciones nada seductoras con su marido, guardó silencio mientras desayunaba y se reconoció en una caricatura del dibujante más prestigioso del periodis-

mo argentino. Menchi Sabat, en su talentosa forma de resumir las noticias, la había dibujado en colores, con la boca roja cruzada por dos cintas y, de uno de sus costados, casi como una esfigie que brotaba de su rostro, el perfil de Néstor Kirchner.

En aquel punto, se terminó la paciencia en la quinta presidencial. Cuando un rato después le tocó subir al palco de la Plaza de Mayo para dirigirse a la militancia que la respaldaba, Cristina desenfundó: *"Son los mismos que hoy pude ver en un diario donde colocan mi caricatura, que no me molesta, a mí me divierten mucho las caricaturas y las propias son las que más me divierten, pero era una caricatura donde tenía una venda cruzada en la boca, en un mensaje cuasi mafioso. ¿Qué me quieren decir, qué es lo no puedo hablar, qué es lo que no puedo contarle al pueblo argentino?"*

La Viuda y Magnetto, pareja de zorros a la hora de aprovechar errores del rival, no se disgustaron. No necesitaban dar demasiadas órdenes. Para satisfacerlos, estaban los dueños de los grandes medios, las cámaras empresarias, las agrupaciones de periodistas refinados y el coro calculador de la centroderecha política que pondría el grito en el cielo: *"nos preocupa el ataque a la libertad de prensa"*.

Una vez más, un gobierno equivocaba el blanco. Pegarle al dibujante y no pegarle a Ernestina resultaba una estrategia, futbolísticamente hablando, de *catenaccio*. Así, La Viuda quedó fuera de las miradas de todo el mundo. En la mansión, sobraban felicidad y reflexiones soberbias: Ni siquiera Cristina y Kirchner, los más indóciles habitantes de la Rosada desde Cámpora, se habían atrevido a nombrarla. Estaba tranquila. Era tanto el señorío, tanto el cuarto poder, que los enemigos le temían de verdad.

Con los acontecimientos dispuestos de esa manera (un gobierno cercado por los sectores más pudientes de la sociedad, mal visto por las clases medias antiperonistas, cuestionado en los pueblos dependientes del agro y que encima ¡¡¡atacaba a los periodistas!!!) la Viuda contempló como la imagen de los Kirchner se reducía, hora tras hora.

Sin embargo, la historia política del país enseña a ser abundante con las previsiones. Resultaba evidente que se trataba de una

cuestión de clase. Pese a las aclaraciones de la presidenta Cristina en el acto de Parque Norte ("el peronismo nunca planteó la lucha de clases, el peronismo nunca planteó la guerra entre los pobres y los ricos"), Ernestina y sus muchachos sintieron, como tantos otros, que venían por ellos. Aranda dio la instrucciones para que una solicitada estimulara mayores tensiones: *"Asociación Braford Argentina expresa su reconocimiento a: La dignidad del hombre del campo. La importancia vital de su trabajo en la producción de alimentos. La unidad inquebrantable del sector agropecuario"*. Firmaban con un sello modesto y poco creativo: *"Braford, la marca de la nueva ganadería argentina"*.

El vicepresidente del Grupo es el titular, además, de Copra S.A, una empresa con sede y explotaciones arroceras en Mercedes, Corrientes. Alto, nada atlético y dueño de una curiosa sonrisa que conoce de amenazas, el currículum de Aranda incluye una extraña quema de pastizales de Copra en los meses previos a los grandes incendios del conflictivo otoño 2008. Siempre que Aranda y Magnetto compartieron desahogos, el primero intentó convencerlo de adquirir hectáreas en los alrededores de Pehuajó o Juan José Paso, pueblos de su infancia en la zona suroeste de la provincia de Buenos Aires.

Magnetto, fiel a la idea de no mezclar amistades con negocios, optó en cambio por ser terrateniente light a pocos kilómetros de Mercedes, pero no la ciudad correntina, sino en Mercedes, La Perla del Oeste bonaerense, la cuna del Ejército Argentino.

En sólo veinte días y veinte noches, la orden de aniquilamiento periodístico se repartió y recordó en cada territorio de la Viuda. Las discusiones entre productores, conductores de programas, columnistas, periodistas, fueron mínimas. Unos se declararon abiertamente clarinistas, otros (pocos) optaron por la moderación. La mayoría, cumplió el mandamiento. En la redacción de la calle Tacuarí, las mujeres y los hombres de las secciones Política y Economía escucharon estas palabras de Julio Blanck, el máximo de los editores: *"Esta guerra va para largo"*.

En los ojos de Ernestina el brillo de otro combate deseaba, como nunca, la bendición de la vieja consigna: "Nadie puede gobernar con Clarín en contra".

****

Los días posteriores fueron de los vencedores. Durante semanas no se hablaría de otra cosa en la Argentina y, en la Exposición Rural de Palermo, un evento anual donde se entremezclan extrañas ambigüedades sobre "razas elegidas", llegó a brindarse más de cien veces por la victoria sobre "la pareja de zurdos". Durante las cenas de los viejos y nuevos aristócratas, el champagne se amontonó en las copas, las copas se elevaron como espadas tercas y las espadas tercas añoraban tiempos idos.

El gobierno de los Kirchner bajó asombrado del ring. Habían padecido la cólera de los hacendados. Un infierno. Habían padecido la cólera de Ernestina de Noble y sus ejércitos. Dos infiernos.

Algunos colaboradores exaltados, durante los días del pleito, agitaron ante Néstor y Cristina cualquier instrumento para que la Viuda y Magnetto sintieran las estocadas.

"Hay que salir a hablar de los hijos adoptados y denunciar que son hijos de desaparecidos".

"Hay que sacarles Canal 13".

"Hay que llenar el país de afiches y calcomanías denunciando quiénes son".

El ex presidente reprobó las dos primeras. Se dirá que hubo tibieza, pues era el momento justo para desmantelar al mayor monopolio de comunicación que ha parido América Latina. La observación es pertinente. Sin embargo, Néstor Kirchner comprendió que no habían quedado más que las sombras del peronismo cincuentista y que jamás podría hacer lo que Juan Domingo cuando expropió La Prensa.

La Argentina de la pos dictadura era vieja en esto de las guerras entre medios de comunicación y presidentes. Los finales eran clonados: Siempre triunfaron los medios.

"Son una pistola en la cabeza de la democracia", dijo Luis

D'Elía, quien, sin exagerar, era el más inapropiado combatiente del ámbito kirchnerista. Ciertamente, cada vez que el docente y dirigente de la Federación de Tierra y Vivienda tomaba la palabra en algún canal de TV, o se mezclaba en reportajes para defender la medida de Cristina, el pensamiento de la clase media se dirigía hacia visiones notoriamente contradictorias. Su imagen estaba satanizada por una piña desaforada y por metódicas ediciones que transfiguraban a cualquiera.

El proceso mental de gran parte de los "media" argentinos, se sabe, responde a diversos abracadabras. La magia de La Viuda y del grupo Clarín, en ese sentido, parece infinita. A mano tienen los secretos para humanizar demonios o para provocar obscenidades con la sola mención de un apellido. Los casos Blumberg, De Angeli, Norma Plá, Tinelli, "piqueteros", son una muestra.

Cuando el país amaneció tapizado de obleas y carteles que anunciaban "Clarín miente", "TN Todo negativo", "Clarín aprieta, Clarín quiere la inflación" la reacción fue la indiferencia.

Quienes habitan los cuatrocientos mil hogares que, de lunes a viernes, beben las enseñanzas y artificios del Gran Diario Argentino, no son, mayoritariamente, gente independiente de pensamiento, palabra y obra.

Bajo los argumentos de la defensa de una argentinidad basada en el trabajo y el esfuerzo Clarín decía lo mismo que la clase media y la clase media lo mismo que Clarín. El matrimonio social entre una empresa de muñeco y corneta y una comunidad de comerciantes y profesionales demostraba ser más fuerte que el matrimonio llegado de Santa Cruz con pasado setentista.

Los compadritos del Grupo, mientras tanto, arrojaban piedras desde cada fortín. Joaquín Morales Solá, estimulado amigo de Héctor Magnetto y de la Viuda, sentía alivio al llegar al canal de noticias TN. Cuando los lunes por la noche las luces se encendían y la cortina musical anunciaba que comenzaba "Desde el llano", parecía un antiguo artesano del gorilismo y el anticomunismo. Dejó de mostrar el rostro angelical que, bajo pecado de perversidad, le sirvió para gozar de algunas charlas reservadas con los K (y así obtener primicias) y, por decimoquinta vez en cinco años,

apuntó y tiró: " *La crisis es consecuencia de una mala gestión administrativa, política y económica durante los años del kirchnerismo. Pero tiene una explicación: los Kirchner se niegan a aceptar la aparición de ráfagas menos benévolas de la economía, porque ellos han construido un inmenso poder sobre los exclusivos cimientos de la bonanza económica y de la abundancia de recursos fiscales*".

Para la Viuda, tantos años de relaciones con Joaquín, "el muchacho tucumano y peladito" conducían inevitablemente a la admiración. Ya tendrían tiempo para conversar, como antes, del general Bussi, de los favores concedidos por la gente grande que habitó el edificio Libertador y de los chismes de vida de Julio Saguier, el presidente del directorio de La Nación, socio de Ernestina y dulce patrón de Joaquín.

Menos agresivo y a tono con muchos oyentes de radio Mitre, Ernesto Tenembaum prefirió aquello que llaman el punto medio. Lo decía por AM y también lo escribía: "*... a partir de una medida difícil de justificar –por sus maneras y por la extensión de los afectados y por la ignorancia oficial sobre sus consecuencias en los eslabones más débiles–, se produce una respuesta de dimensiones aún más escandalosas que la medida en sí, con un agravante: la reacción podría haber causado muertes. El corte de los caminos por parte de los productores rurales debería marcar un ejemplo sobre lo que no debe hacerse en un país democrático. Podrá ser cierto que los pequeños y medianos productores no están en una situación holgada, pero tampoco son los más desesperados de la sociedad argentina. Y ellos, los que peor la pasan, jamás han respondido de manera extrema ante su sufrimiento...por supuesto, es más sencillo ubicarse de un lado o del otro. Calificar de traidor a todo el que duda o marca las incoherencias en ambas partes y alzar la bandera para que pase la farolera. En este país siempre hemos sido muy coherentes, siempre hemos tenido razón, siempre justificamos nuestra actitud en las barbaridades de los otro*".

Como otros periodistas del Grupo que alguna vez jugaron al límite, Tenembaum sabía que sus palabras eran el paralelo 38. Un salto hacia el oficialismo, lugar en el que se recostaba el matutino Página 12, empleador de Tenembaum, le costaría el micrófono. La Viuda, es justo señalarlo, se fatiga demasiado cuando un quinta-

columnista se apropia de ciertas libertades.

Sí, como se dijo en los últimos días de marzo, Néstor Kirchner había pronunciado una frase ("me voy a quedar con Clarín") entre los suyos, quizás haya sospechado de una decadencia que se avecinaba, atravesada por la edad de la Viuda y la salud eclipsada de Magnetto.

Sí, como se dijo en los últimos días de marzo, Néstor Kirchner había pronunciado la misma frase, pero hablada entre erupciones de virilidad, quizás haya sospechado que era el más guapo entre los guapos.

De ambas maneras, le regañaría un estratega chino de la guerra, apresuró su fin.

Para entonces la Viuda se lamentaba de una gran pérdida. Julio Bárbaro el ex interventor del COMFER (Comité Federal de Radiodifusión) quedó inmóvil ante la decisión de la presidenta. Debía abandonar el sillón que más anhelaban controlar los empresarios de la radio y la televisión. Bárbaro consideró injusta la determinación de Cristina, que era la determinación de Néstor. Leal a los poderosos holdings que manejaban el aire nacional (jamás impulsó la derogación de la ley de Radiodifusión creada por los militares en los 80 para beneficio de las familias opulentas), fue reemplazado por Gabriel Mariotto, licenciado en Comunicación Social, ex alumno de la Universidad Nacional de Lomas de Zamora, predispuesto a cumplir la nueva directiva del Ejecutivo (¿o Ejecutiva?): democratizar la información y crear nuevos medios de comunicación o, perdón por la antigua jerga, tocarle la cola al monopolio Clarín.

Todos pensaban que el asalto Kirchner consistiría en un paquete autóctono de medidas que empujaría, a pechazos, a la Viuda hasta que ella pidiera la hora.

Se habló de un envío de inspectores hasta la planta de Papel Prensa en San Pedro para explorar infracciones al medio ambiente.

Se habló de un bloqueo contra la fusión de las empresas prestadoras de servicios de cable, Multicanal y Cablevisión.

Se habló de algunos llamados a los jueces más afines de la Corte

para promover un rápido fallo que les ordenara a los hijos adoptivos de Ernestina sacarse sangre para el examen de ADN.

Se habló de tantas cosas. Sin embargo, a Cristina o no le daba el cuero para sostener dos peleas de fondo, o la recomendación de uno de sus escasos hombres de confianza fue atendida con celeridad: "necesitamos pactar una tregua con el Grupo".

Con intermitencias breves y tropicales, Alberto Fernández, el jefe de Gabinete, había ocupado el rol de "policía bueno" durante los tiempos del esposo presidente. Entre astuto y careta pidió permiso al ex y marchó a campo enemigo para hablar sin capitular. Lo recibió Jorge Rendo, a esa altura un canciller del Grupo, y a quien Magnetto, por entonces obligado a utilizar uno de esos aparatitos suplentes de las cuerdas vocales, y La Viuda, le habían reservado el privilegio de comentarle a Fernández que el Grupo vería con buenos ojos cierto armisticio.

La clave estaba en el asunto de los hijos.

La presidenta de Abuelas de Plaza de Mayo, Estela Carlotto le había reclamado a La Viuda, en el programa radial de Rolando Graña, que "que si esta señora no tiene nada que ocultar, tendría que facilitarle a estos jóvenes y ayudarlos a que vengan, den una muestrita de sangre. El destino de ellos va a seguir igual. Nadie los va a sacar de donde están".

Una semana después de la reunión de las banderas blancas, en una sentencia que asombró a los especialistas en periodismo Judicial, la Corte Suprema avaló el reclamo de Ernestina y los muchachos adoptados: sólo deberían sacarse sangre para compulsarla con dos casos de bebés desaparecidos (y no con el total del Banco Genético), las extracciones se realizarían en un lugar aprobado por los Noble (eludirían de esa manera el Hospital público Durand, sede de los análisis de quienes dudan de su identidad) y las muestras de sangre quedarían en poder de ellos y no de la justicia argentina (así se impide la realización automática de futuras compulsas).

¿Qué promesas saltarinas habían convalidado un fallo tan contrario a la llamada política de Derechos Humanos del Gobierno?

¿Era la Corte un poder realmente independiente de los vientos

huracanados de la Rosada?

Raúl Zaffaroni, uno de los jueces de la dictadura que aún permanecen en funciones y que empujaron decenas de comunicados de las Madres de Plaza de Mayo (Hebe de Bonafini) que denunciaban el fastidio por tanta hipocresía judicial, había logrado imponer, entre los demás miembros de la Corte, el criterio de no molestar a la Viuda.

Tres de los otros cortesanos, denunciados en julio de 2007 ante la Comisión de Juicio Político de la Cámara de Diputados por conductas sospechosas con la Viuda, no sintieron vergüenza alguna en seguirle los pasos a Zaffaroni. Los jueces Highton de Nolasco, Petrachi y Lorenzetti acumulaban una gran cantidad de horas de visita protocolares y demasiado gentiles a los distintos edificios de la Noble. Fiestas, recepciones, charlas, seminarios y otros eventos organizados por el Grupo Clarín y por la Fundación Noble los tuvieron como protagonistas. Pero ellos, cultores del caradurismo, optaron por el silencio ante las denuncias, y la sonrisa ante la familia del Imperio.

Es quizá un error suponer que Alberto Fernández es un caballero encantador. Pero que otro adjetivo correspondería, en el pensamiento de la Viuda, a quien designado como representante del estado en Papel Prensa SA nada hizo para controlar la sociedad anónima y, luego de su renuncia, brindó con sonrisas junto a los conductores del programa A dos Voces, en TN, muy bien dispuestos a colmarlo de palmadas.

Con el tablero del país volando por los aires, las fieras de las camionetas importadas sueltas sobre la ruta y la tropa peronista ensayando caballos de Troya, Cristina y Néstor ya no tenían tiempo para ocuparse de los tambores de la Noble. Se avecinaban horas desoladas. Y la imagen de un tren que se les iba.

Cuando las señoras distinguidas descorcharon, y en los barrios de uniformes pródigos se improvisaron festejos, alguien con pasado desgarbado y pelo largo, experiencia de Juventud Universitaria Peronista y ambiente de John William Cooke, improvisó un mea culpa muy íntimo.

****

Estamos ya en el invierno. Si las cosas ocurrieron como supieron fogonearlas los movileros de televisión, la historia argentina de los últimos minutos tiene otro capítulo que pudo ser insólito y no lo fue: presidenta (e) derrotado por Grupo Clarín.

Pero esta vez la parábola no fue menor. Cristina será señalada por los estudiosos como la presidenta, en cuyo mandato, casi se desafió a duelo a la Viuda. Nombrada o no en los arrebatos, la Noble Ernestina y sus, en esta ocasión, campestres mosqueteros pasaron del amor al odio y viceversa para terminar en una vereda que nadie pudo imaginar en los felices momentos del mandato de Néstor. Cuando todos, a la ligera o no, señalaban el récord de concesiones que desde el poder se habían otorgado al Grupo Clarín.

Enumeradas por cronología o por asombro, las puertas abiertas de par en par presuponían una boda de esas en que sólo el cielo las separa:

En diciembre de 2007, la Comisión de Defensa de la Competencia consideró viable la fusión de los canales de cable Multicanal y Cablevisión, ambos de La Viuda. Juntos pasaban a controlar el setenta por ciento del mercado argentino. José Sbatella, entonces presidente de la Comisión, había declarado unos meses antes que le parecía llamativo que dos empresas acumularan semejante porción de ventas. Tiempo después, Sbatella dejó de ser opositor a la fusión y su nombre se ha perdido entre el montón de funcionarios que se movían entre las sombras de un sí o un no presidencial.

Hoy, la fusión resulta el mejor negocio de la Noble. Un piso mensual de 45 millones de dólares, sólo por cobro de abonos, permite adivinar que cuando la familia de Clarín hable de la presidencia pinguina, paradójicamente la recuerde como aquella que hizo cierta la fábula de la gallina de los huevos de oro.

Canal 13, o quienes mantengan la propiedad allá por el 2023, pensarán que fue una ficción el decreto presidencial que le otorgó a la Viuda la posibilidad de continuar con la joya estatal regalada por el menemismo. Sin licitación, sin alharacas y sin sonrojas,

con una birome Bic, Kirchner le dio el poder de la pantalla más caliente del momento. Buceadores de los archivos políticos de la Argentina recordaban en ese momento; "les dio más de lo que les dio Menem"

Intercalados, dos datos reconocidamente severos: La publicidad oficial del estado argentino en 2007 otorgó amanuenses números al Grupo. 728.000 pesos a la Voz del Interior, 300.000 a Los Anddes; 25.000.000 a Clarín, 31 por ciento más que 2006, 3.762.000 a Radio Mitre–Radio Mitre Córdoba, 113 por ciento más que un año atrás, 6.355.00 a canal 13, 1.608.000 a TN y 716.000 a Telered.

TN, el canal de noticias que lidera los rankings del rubro informativo, goza desde la era K de un privilegio: fue coronado en el puesto 12 de la grilla, entre los dos canales con mayor audiencia (Telefé y Canal 13). No existía otra interpretación para aquel decreto presidencial que un perfecto obsequio a los amigos.

¿Fueron los Kirchner alguna vez amigos de la Noble?

¿O fue la ingenuidad cíclica y curiosa, la misma que llevó a los últimos presidentes argentinos a creer que dos o tres presentes a Clarín evitarían diez tapas clavadas por la espalda?

Nuestra mente nunca será la de ellos; pero si quisiéremos saber de explicaciones, aún queda la ilusión de futuras confesiones, ante un grabador, o en los nunca rigurosos "off the record", cuando alguien que pasó por el sillón de Rivadavia, acepte ver el camino recorrido y confiese las derrotas de sus presentimientos.

****

La Viuda ya no escribe demasiado y cada aparición en lugares populosos (una o dos veces por año) la exhibe con guardaespaldas, auto blindado y la compañía de Marcela, devenida en señorita de treinta y dos. Se murmuran las ausencias de Felipe, y el desinterés del ahora señor por los cócteles, presentaciones o entregas de premio.

El último texto de Ernestina, una carta solicitada gentilmente por el periodista José Ignacio López para bendecir una biografía (a

medida) de Magnetto, ha sido un manantial de agradecimientos a quien la había salvado de los crepúsculos financieros de los años setenta.

"El hombre de Clarín. Vida privada y pública de Héctor Magnetto". Así fue denominada la obra de López en que el CEO del Grupo, fundamentalmente, omite datos de los pactos que la Viuda y él mantuvieron con los distintos gobiernos y censura detalles de los expedientes judiciales que establecieron las sombras de aquellas adopciones.

López, en la escritura presentada este año en una ceremonia que se cuidó por no exponer a Ernestina ni a Magnetto, infla las narraciones en primera persona de un hombre que se declara cercano a la muerte.

Es evidente que la gratitud de López, quien fue editorialista religioso de Clarín, jefe de prensa de Raúl Alfonsín entre 1983 y 1989 y empleado jerárquico de la sociedad creada por Clarín y La Nación para controlar diarios del Interior, es abundante. Hablar de los párrafos redactados por López durante los primeros tiempos de la dictadura no es asunto de este afán. Queda pues la lástima por saber que no fue capaz de alejarse de sus múltiples complicidades con el Grupo, a tal punto de ignorar las persecuciones políticas, gremiales que caracterizaron la gestión Magnetto y que son llamadas en el libro, con gracia y espanto, "reestructuraciones"–

Es seguro que ella hubiese querido una biografía así. Cuando al hablar del tema vio una de las últimas sonrisas de Magnetto, al regreso de uno de los viajes a Chicago, la ciudad en la que momentáneamente detuvo infieles células, sospechó que todo hombre y toda mujer que juzgan sus vidas como fundamentales, necesitan de un buen libro que las perdure.

Que leyeran de su belleza, de sus irreprochables accionares en los tiempos del general Videla, de su amor por los animales, del repertorio de transparencias para obtener cada uno de los decretos que agigantaron sus empresas, de la serenidad para trazar los mapas del Imperio, de tantas noches de insomnio que procuraron salvar al periodismo y al país.

En otro lugar cercano, en cambio, está escrito que en sus labe-

rintos se entreveraron historias que no pudieron perderse:

La furia incontrolada contra el juez Marquevich, quien supo del inevitable porvenir reservado para los desafiantes funcionarios que hurgan en la historia de la familia Noble. Un operativo relámpago que incluyo una visita de Jorge Rendo, "canciller" del Grupo, al Consejo de la Magistratura. Vale decir que los consejeros avalaron cada una de las presentaciones de los abogados de Ernestina para expulsar del Juzgado Federal al hombre que la había encarcelado. Eran tiempos de vendetta cuando el placer fue tal que el 8 de junio de 2004, un día después del cumpleaños de la Señora, un jury de enjuiciamiento, apresurado y desmemoriado, quitó al juez rebelde del medio bajo la acusación de "antojadizo". Mientras tanto la causa en la que se investigaban las adopciones de los chicos se tapó de lentitudes. La justicia, bajo control.

La colocación pública – en noviembre de 2007 – de acciones del Grupo Clarín en las bolsas de Londres y Buenos Aires. Las cosas ocurrieron mejor de lo que habían calculado en las noches de grandes decisiones. Cuando la necesidad de expandirse y comprar Cablevisión precedió a la aceptación del consejo que daba Magnetto: deshacerse de una parte de las acciones del multimedia para convertirlas en millones de dólares que asegurarían el negocio. Lo que sigue son palabras de Clarín, supervisadas por la Viuda: "*La transacción, técnicamente una Oferta Pública Inicial de Acciones (IPO) –ya que es la primera vez que el* ***Grupo Clarín*** *cotizará en Bolsa–, alcanzará un valor aproximado de* ***US$ 532 millones****, inédito por su magnitud en la Argentina luego de la crisis de 2001. Este valor surge de la colocación de* ***50 millones de acciones****, que representan un 17,53% del capital del Grupo Clarín, más un adicional de 7,5 millones de acciones. Así,* ***el 20% del capital del Grupo cotizará en Bolsa***". Cuatro meses después, el banco de Inversión (JP Morgan) que piloteó la colocación de acciones de Clarín S.A. en la bolsa cayó bajo sospechas de "lavado dinero" por confesiones de un ex empleado. La Viuda le ordenó a Martín Ríos, consejero general de Multicanal que redactara y despachara notas aclarando que Clarín nada tenía que ver con el escabroso asunto. Y para que los nuevos accionistas se pusieran cachondos y jaraneros, nada mejor que distribuir

la información de la agencia Reuters del 12 de mayo de 2008: " *El Grupo Clarín de Argentina, uno de los mayores conglomerados de medios del país, dijo el lunes que sus ganancias treparon un 207,5 por ciento interanual en el primer trimestre del 2008, gracias a mayores ventas. En un comunicado enviado a la Bolsa de Comercio de Buenos Aires, Grupo Clarín ...dijo que ganó 79,9 millones de pesos (25,1 millones de dólares) en el trimestre, frente a los 25,9 millones de igual periodo del año previo.*

Pero la compañía registró una caída en sus beneficios del 7,8 por ciento respecto de los 86,7 millones de pesos logrados en el cuarto trimestre del 2007. Las ventas del grupo, que edita el segundo periódico en español de mayor circulación en el mundo, crecieron un 31,8 por ciento, a 1.195,7 millones de pesos.

Clarín es también el mayor operador de televisión por cable de América Latina por cantidad de abonados y en Argentina controla el diario deportivo Olé, el periódico La Razón, el canal 13 de televisión abierta, el canal de noticias TN y las radios Mitre y FM 100, entre otros activos. La compañía dijo en abril que pagará un dividendo a sus accionistas de 48 millones de pesos, tras obtener beneficios por 209,5 millones de pesos en el 2007. Clarín es controlado por un grupo de accionistas privados, que poseen el 70,99 por ciento de los títulos, mientras que un 19,9 por ciento flota en el mercado local y en el de Londres, y un 9,11 por ciento está en manos del banco de inversión Goldman Sachs. Las acciones del Grupo Clarín cerraron el viernes a 17,3 pesos, tras alcanzar un máximo de 32,85 pesos en noviembre del 2007, luego de una colocación de 50 millones de acciones en los mercados de Argentina y Londres".Lápiz y papel entonces: La Viuda, Magnetto, Aranda y Pagliaro, se quedaron con el 71%; el 20% es de los felices y anónimos poseedores de acciones y el 9% para los anónimos poseedores que coordinan Goldman Sachs y sus muchachos. Los negocios, bajo control.

El veloz casamiento y veloz separación (con Sebastián Arce, un muchacho desconocido) de Marcela, a quien el Grupo reservó un lugar como "Adjunta a la Dirección Coroporativa" y luego como "Coordinadora General de Ferias y Exposiciones de la Argentina". Acaso en otros países, donde los periodistas honran a la profesión, raras veces la vida de alguien como la hija adoptada de la mujer

más rica y poderosa pase tan inadvertida como en la Argentina. Los medios argentinos concuerdan en el silencio por investigar los pensamientos, rasgos y movimientos de una persona con tan singular historia. Siempre se ha dicho del vago pero efectivo pacto entre La Viuda y sus colegas, pero no de su eternidad. El periodismo, bajo control.

Como Gea, también colmada de indignaciones, La Viuda nunca dejó de sentir a muchos argentinos como enemigos. Así, en los últimos años incrementó la nómina:

– Algunos de los trece mil trabajadores de sus empresas, culpables de heredar la maravillosa costumbre de los explotados: reclamar por sus más elementales derechos laborales. Llamó pesadilla, llamó tormento, a cada noticia que le acercaban los gerentes de Personal. Todos tenían a mano el ejemplo de la mano dura desplegada en el diario Clarín en noviembre de 2000, pero todos al igual aprenderían que no hay fuerza en el mundo capaz de terminar con las estaciones. Para los días del voto de Cleto Cobos, justamente en Mendoza, los periodistas del diario Los Andes–Clarín reclamaron pago de horas extras, cumplimiento del Convenio Colectivo y fin del trabajo sin papeles. La orden fue la de siempre: despidos. Echaron al columnista político Jorge Fernández Rojas y a la periodista Analía Boggie. La respuesta, una huelga contundente que, después de muchos años, le torció el brazo a una sucursal del Imperio. El diario recién se pudo imprimir a las nueve de la mañana y Clarín pidió la toalla. El 1 de agosto, el ministerio de Trabajo decretó la Conciliación Obligatoria.

– La genialidad juvenil que, lanzada a imitar los tics de Clarín, terminó convertida en revista de culto y en dolor de cabeza para todo el personal del Grupo y para ella en especial. La imaginación desplegada en *Barcelona,* el quincenario del slogan desopilante (*"una solución europea para los problemas de los argentinos"*), garantizaba la sonrisa de los más espontáneos y la intolerancia de los más ortodoxos. Una de las contratapas más comentadas fue la enorme foto que mostraba a Ernestina Herrera de Noble junto al genocida Videla, en el estadio Monumental de River entregando una Copa al capitán de la selección de fútbol de Holanda Rudolf Kröl. Otro

día el blanco fue el conductor de TN, Marcelo Bonelli, de quien Barcelona comentó "Se cumplen tres años sin que Bonelli haga repreguntas". Los otros disparates no se concebían sin la existencia de Clarín. "Ahora dicen que el próximo Papa será negro y judío", "Ahora dicen que vuelve el peronismo".

– La aliados mediáticos del kirchnerismo, encabezados por el empresario Spolzky y sus revistas Veintitrés, Siete Días, el periódico semanal Miradas al Sur y el benjamín matutino de distribución gratuita, "El Argentino". Ante las proyectadas amenazas de un diario que le restaría publicidad a La Razón (vespertino), la Viuda ordenó una apuesta Todopoderosa. Horas antes del debut, "El Argentino" ya tenía competencia: La Razón comenzó a editarse en dos ediciones, matutina y vespertina y se repartía impetuosamente en los andenes de ferrocarriles y subtes. Lujos de una multimillonaria. Los porteños que frecuentaban las terminales, en cuestión de días, pasaron a llevarse tres diarios gratuitos a sus casas.

– Jorge Lanata, ofendido ex editor de Página 12, quien fue el primer ex trabajador del picante diario que denunció el desembarco de Magnetto y Ernestina para controlar a una empresa ahogada financieramente. Acaso "Crítica", emprendimiento que conduce Lanata desde febrero de 2008, pueda llamarse el único diario de alcance nacional que se ocupa, sin temores, de investigar qué ocurre con la justicia cuando no profundiza el juicio que busca la verdad de Marcela y Felipe Noble.

– El abogado Juan Alberto Murray, desguarnecido fiscal federal de San Nicolás y valeroso investigador de las barbaridades que se cometen en la planta de Papel Prensa en la localidad de San Pedro. La fábrica de papel de La Viuda funcionaba sin certificados de aptitud ambiental, sin autorización para vuelco de efluentes líquidos industriales al río Baradero, con índices de contaminación diez veces mayores que los permitidos por las leyes (dato verificado por el Instituto Nacional del Agua) y con un dictamen negativo de la Dirección de Residuos Peligrosos de la secretaría de Ambiente y Desarrollo Sustentable de la Nación.

– Simbólicos chisporroteos de un gobierno que ha quedado tan

enojado con el Grupo como alejado de antiguos (diez meses) deslumbramientos. La Viuda sabe que aún hay tiempo para que la otra dama esculpa su firma en algún decreto que le arruine el gran negocio del Triple Pay (servicio de Internet, telefonía y televisión por cable en un solo paquete que costaría 60 dólares por mes), o el reparto de las frecuencias nuevas en los tiempos de las "radios digitales" o, lo que es peor, la estocada, aún no resuelta, de un final feliz para quienes luchan por los Derechos Humanos y no están dispuestos a permitir que Ernestina Herrera de Noble alce las manos, triunfal, en el centro del cuadrilátero.

Increíblemente, el diario Página 12 había recuperado su propia voz y se alejaba de los designios de La Viuda. Beneficiado por 20.082.000 de pesos de publicidad del gobierno K durante 2007 (proporcionalmente a los ejemplares que vendía era el diario con mayor cantidad de avisos estatales), resolvió emprender el breve camino del oficialismo. Ese cambio de vida, y una aclaración formulada por Magnetto en el libro de López, ("´*Lo que en su momento hicimos, a principios de los 90, cuando Página 12 atravesaba su peor momento financiero –con escasez de anunciantes, boicot publicitario del gobierno y problemas de estructura– fue facilitarle el acceso como cliente de Papel Prensa, gestionarles un poco de aire en los plazos y darles algunas recomendaciones de gestión*")´confirmaron que La Viuda se había retirado del medio de comunicación más cercano a la izquierda que pobló sus dominios.

Es sabido que Clarín bajó sus ventas y que difícilmente se acerque al récord de un millón doscientos mil ejemplares obtenidos en marzo de 1995 (edición del domingo). Es sabido también que los millones de Ernestina inspiran conjeturas y que todos preguntan "¿Cuál es la fortuna de la Viuda?" Decir que el Grupo está valuado en 3.500 millones de dólares no agrega demasiado en este mundo donde se repiten datos, números, infografías.

No tengo vocación de adivino. Pero bajo el influjo de Tucídides y no de Herodoto, este capítulo que agrego a la historia de "La Noble Ernestina" se deja influenciar, hasta el límite, por la abundancia de testimonios que decoran los seis últimos años de ella. Como nunca, cuando el cansancio, la soledad y los temores a un

escrache la hicieron insociable azotando cada uno de sus días, al menos hoy nadie ahorra denuncias contra la mujer que más supo engañar a los argentinos. Hasta el año en que dejó de ser huérfana de biografías, sus escándalos triunfaban en la censura de la prensa amiga. El palacio era el poder en la sombra.

Si de algo sirvieron las páginas que continúan, fue para entusiasmar a una generación de nuevos periodistas que eligieron no temerle. Y ella lo sabe.

Pablo Llonto
Barracas
Agosto 2008.

iuda de Noble, de 77 años y afectada por
al de San Isidro para cumplir con la indagatoria.
años los cargos que se le imputan.



I

POLICIALES

Cuando *la Señora* despertó, molesta por un calor pegajoso que no conocía, fastidiosa por las intermitentes luces de un arbolito de Navidad que no veía y abrumada por las bocinas de los autos y el vocerío de niños y niñas que prometían portarse bien esa Nochebuena, comprendió que ya no era intocable. Estaba, aunque no lo pareciera, en un calabozo. Con una ventana rectangular y alta, muy alta, adonde su metro sesenta no podía llegar. Los ruidos venían de muy cerca, de ese shopping que estaba enfrente. Se puso de pie enseguida, miró hacia la pequeña cama y caminó en soledad, como arrastrando su cuerpo marchito que antes le había valido tantos piropos, acosos y buena vida.

Necesitaba saber qué pasaba. Necesitaba leer el diario, el diario que le pertenecía y tener, al menos, alguna idea de cuánto tiempo estaría allí, detenida: increíblemente detenida.

Durante 2 días, 19 horas y 17 minutos, Ernestina Laura Herrera viuda de Noble, la dueña del diario *Clarín* y del imperio empresarial más poderoso del país, la mujer que había logrado colarse en la lista de las personas más ricas del mundo que publicaba la revista Forbes, la dama a la que temían los presidentes, la propietaria de una fortuna que se calculaba en 1.500 millones de dólares, permaneció encerrada en una pequeña pieza de Cavia 3350 en el barrio de Palermo, sede del Departamento Delitos Complejos de la Policía Federal, acusada de uso de documento público falso e investigada en una causa por sustracción y ocultamiento de menores.

No era una celda para mujeres, de esas que existen en algunas comisarías del país, a donde hubiese ido a parar cualquier otra

ciudadana por el mismo delito y en la que jamás le hubiesen permitido pasar tantas horas al lado de su hija Marcela como a *la Directora*. El selecto alojamiento, en cambio, estaba en el primer piso de un edificio en refacción y había sido parte de una serie de aulas donde, durante años, los nuevos agentes recibían clases de educación vial. Tuvo suerte. Las piecitas estaban como nuevas. Pocas semanas antes los albañiles contratados por la Federal arreglaron el lugar y lo dejaron como un cuarto de un hotel dos estrellas de los que abundaban en la costa: cama de una plaza, una mesa de luz sin estilo y un mueble sencillo para guardar la ropa.

En ese mismo lugar habían estado detenidos algunos hombres de dinero, acusados de ilícitos económicos, como el banquero Carlos Rhom, el empresario textil Edgardo Bakchellian y también los asesinos del esposo de la actriz Georgina Barbarrosa, algunos de los policías implicados en los asesinatos de los jóvenes que se movilizaron durante el Argentinazo del 19 y 20 de diciembre del 2001 y unos cuantos extorsionadores que impusieron durante el 2002 la moda de los secuestros express. Pero nunca una persona tan influyente como *la Señora*.

La Señora, la Dire, la Vieja, la Directora, la Viuda, la Loca, la Piti, la Noble. Ocho alias para identificarla, pero ninguno de ellos figuró en la ficha que se le abrió en la planta baja de Cavia aquel martes 17 de diciembre, después de que bajara del Peugeot 405 de vidrios polarizados del comisario Carlos Alberto Sablich, de Delitos Complejos.

Sablich, uno de los comisarios con mejor prensa gracias a sus investigaciones en una gran cantidad de secuestros que por entonces impactaban a los periodistas, se había presentado a las cinco de la tarde en la mansión de Madero 2558, el imponente edificio de la paqueta colina ribereña de Martínez que se asemejaba a una mediana terminal de aeropuertos pletórica de cristales y aluminio con privilegiada vista al río , y le había mostrado al vigilador de la empresa privada la orden de detención y allanamiento para que abriera, sin chistar, las enormes rejas negras de la entrada. No estaba solo. Lo acompañaban cuatro policías de su departamento repartidos en un Falcon Gris y un Renault del mismo color pero

con el paragolpe trasero abollado. Los cinco estaban de civil. Sablich de prolijo traje azul y los demás con ropa deportivas y gorras azul eléctrico, como acostumbran moverse los investigadores de Delitos Complejos.

– Ustedes esperen acá, yo entro solo – les ordenó Sablich.

Una empleada doméstica recibió enseguida la comunicación desde la cabina de ingreso:

–¡Dale, rápido! Decile a la señora que vienen de la policía. Parece que van a allanar.

La humilde mujer no tuvo tiempo de reaccionar. Sablich ya había cruzado la calle de entrada a toda velocidad con la mirada atenta hacia los jardines de los costados para espiar, por las dudas, una posible fuga por los laterales del camino de acceso.

La Noble no estaba para fugas. Aunque tenía casi listas las valijas, a los 77 años su cuerpo apenas podía con las leves sesiones de footing que todas las mañanas realizaba por la ciclovía que corre paralela al Tren de la Costa. Faltaba una semana para Navidad y esa tarde la rutina del personal de la mansión era la de todos los diciembres: la mucama de los chicos debía ordenar y empacar la ropa con la que viajarían primero a Punta del Este; la mucama de la señora tenía que separar algunos de los 60 tapados de piel de la cámara frigorífica para revisarlos porque, desde Uruguay, partiría unos días a Europa junto a Marcela y, la cocinera, encargar en la confitería de San Isidro la misma cantidad de pavo que el año pasado para la cena de Nochebuena.

La Directora había tenido una larga reunión la noche anterior en la que dos de sus asesores la habían puesto al tanto de cada detalle de la fiesta que, ese martes, su diario organizaba en el Teatro Colón para entregar los Premios Clarín Espectáculos 2002 a los mejores artistas. Estaba ansiosa con la idea de subir al escenario a premiar con la estatuilla principal de bronce a La Figura del Año, el pianista Daniel Barenboim y así lucir el nuevo conjunto brilloso que competiría en las miradas contra el vestido de pailletes fucsia que, ya sabía, llevaría Susana Giménez y el conjunto color camel que, también sabía, la diseñadora Susana Gimal le había prepara-

do a su amiga de tantos años Mirtha Legrand.

Había dado la orden de que la despertaran más tarde porque se notaba más cansada que de costumbre y quería estar muy fresca para cuando llegara la maquilladora. Le habían aconsejado que saliera de la mansión rumbo al Colón a eso de las cinco. Cuando la mucama le avisó por el teléfono interno que la casa se llenaba de uniformados, su sorpresa fue como la de una fugitiva:

– ¿La policía? ¿Y qué mierda quieren?

– Dicen que tienen una orden para detenerla y otra para allanar la casa.

Se vistió con lo primero que encontró a mano, un saco y una pollera crema; le dijo a la ama de llaves que llamara urgente al celular de su abogado Eduardo Padilla Fox y al del vicepresidente del *Grupo Clarín*, Héctor Magnetto, y salió al súperluminoso hall a preguntar de nuevo lo mismo que había preguntado antes. Cuando vio a Sablich tan alto y tan parecido a Jean Paul Belmondo, creyó que era una joda y volvió con el mismo tema:

–¿Qué es lo que trae?

–Señora. tengo una orden del juez federal Marquevich de San Isidro. Usted tiene que acompañarnos al Departamento Delitos Complejos. Allí le tomarán las huellas y quedará detenida hasta que el juez la indague mientras no decida otra cosa. Le aclaro además que no está incomunicada y que tenemos que retirar de esta casa los pasaportes de Marcela Noble y Felipe Noble y el suyo. Le pido que nos facilite las cosas y que preste colaboración.

Se sentó en el sillón blanco, el más grande de los que usaba para recibir a las visitas y pidió que le trajeran agua mineral. El silencio de todos los que estaban en el amplio ambiente fue total. Sólo quebrado a los pocos segundos por la aparición de los adoptados Marcela y Felipe, que, avisados, corrieron a ver qué ocurría con *"mamá"*.

–¿El hijo de puta de Marquevich ordenó esto? – preguntó Marcela exaltadísima.

–Señorita – la interrumpió el comisario–. Le pido un poco más de respeto. Es un juez de la Nación.

Marcela pidió acompañarla, pero el comisario, con voz firme le

dijo que eso no estaba permitido y que se trataba de una detención, no de un paseo. Enseguida, ***la Noble*** intervino. Le aconsejó que se quedara en casa cuidando a Felipe y le pidió que le alcanzara de su habitación los anteojos negros que había dejado sobre la mesa de luz y todos los remedios que tomaba para enfrentar la diabetes lábil.

Así salió de la mansión. En el auto del comisario a quien casi ni le dirigió la palabra durante la media hora de viaje, sin esposas y ante el asombro de todos los que estaban en su casa. Se había despedido con un largo beso a Marcela y a Felipe y les encargó que le preguntaran a los abogados si, después de todos los trámites que pedía el juez, llegaría a tiempo a la fiesta que su empresa preferida preparaba con todas las galas en el histórico teatro.

Estaba nerviosa, pero el comisario no lo notaba cuando de tanto en tanto la observaba por el espejo retrovisor. Le resultaba increíble que justo el semáforo detuviera al auto frente al dúplex de avenida Libertador dónde había pasado tantos años con Marcelita y Felipito. Esa había sido su verdadera casa en 1976 y no la de la calle Laprida como había declarado en el expediente por sugerencia de sus anteriores abogados, todos ya muertos. Estaba convencida de que debió contar la verdad desde el comienzo, pero ya era tarde. Su historia oficial había negado siempre que Marcela y Felipe fueran niños secuestrados–desaparecidos por la represión de la dictadura. Ahora, cuando todo el país hablaba sólo de ese tema ella no podía aparecer como una gran mentirosa arrepentida.

Se dejó llevar por los recuerdos y, haciéndose la dormida, se entregó a un desahogo interior que le ayudaría a completar el corto trecho que faltaba hasta la dependencia policial: "¿Qué habrá sido de Marco Antonio Cúneo, aquel servicial coronel que prestaba tantos favores al diario en 1976 y que se ufanaba de saber cómo conseguir niños para adoptar? ¿Y de Rogelio Frigerio, el siempre atento Frigerio que tanto me había insistido en que adoptara una parejita y qué me decía que el sabía cómo conseguirla más rápido? ¿Y qué de la vida del coronel Vallejos, ese que el ex marino Adol-

fo Scilingo decía que conocía todo lo ocurrido con la madre verdadera de uno de los chicos en el centro clandestino Automores Orletti? ¿Y el doctor Evaristo Pedraja? ¿Estará vivo? ¿Era él quien había revisado a los bebés cuando me los trajeron o era la doctora Norma Cadoppi o el doctor Ignacio Katz? ¿Y la clínica Iatros? ¿se llamaba así o era el Centro Asistencial Privado Iatros S.A. dónde examinaron a los chicos?"

Estaba cerca de deprimirse, cuando una frenada no muy brusca la trajo de nuevo a la zozobra de su propia detención. Habían llegado, y el comisario, muy amable, se bajó a abrirle la puerta y la invitó a descender.

En la sede de Delitos Complejos ya estaba el doctor Padilla Fox. Había estacionado el lujoso auto azul sobre la calle Cavia después de cruzar todo el centro de la ciudad y, luego de dejar su documento en la casilla de cemento en la que se controlaba la identidad de las visitas, debió aguardar casi una hora hasta que a ella le tomaron todos los datos, la ubicaron en la habitación para detenidos y le explicaron cómo debía moverse de allí en adelante. El abogado tenía un bronceado parejo, que resaltaba mucho más frente a la desmejorada y pálida cara de ***la Directora***. Le dijo que se calmara, ella le contestó que hacía rato estaba calmada y empezaron a conversar sobre la estrategia del caso, a puertas cerradas.

–Señora, estuvimos tratando de hablar con Marquevich y no hubo forma. Apenas pudimos comunicarnos con el secretario del juzgado. La indagatoria se la van a tomar mañana al mediodía en San Isidro, pero nuestro estudio preparó un escrito en el que le pedimos al juez que en forma urgente revoque la medida, ordene su libertad y, en el peor de los casos autorice que usted permanezca detenida en su domicilio porque tiene más de 70 años y problemas de salud.

–¿Me van a sacar a los chicos?

–No señora, no se los van a sacar. La orden de detención es para tomarle declaración sobre el delito del que hablamos hace unas semanas. Usted sabe, la acusación de los Jaján de que los documentos originales de los chicos son todos truchos.

Entre los dos repasaron los aspectos más importantes de la his-

toria oficial, la que figuraba en el expediente y que, hasta que alguien no confesara lo contrario, respetarían como a una tabla divina. Abogado y defendida eran creyentes. Se aconsejaron rezar en privado y, con papel y lápiz, puntearon cada uno de los episodios que, junto a otros personajes, ***la Directora*** había armado veintiséis años antes y que serían la envidia de cualquier guionista de telenovelas venezolanas:

Padilla debía repetir ante cualquier consulta de los medios de comunicación que el 13 de mayo de 1976 ***la Directora*** se había presentado ante el Juzgado de menores 1 de San Isidro a cargo de la doctora Ofelia Hejt para denunciar que once días antes había encontrado en la puerta de su casa, en una caja de cartón, a la beba que había tomado a su cargo, a quien ya llamaba Marcela y cuya guarda solicitaba. No debía olvidar que figuraban como testigos de aquel hecho Roberto García, ex chofer de Noble y su señora, y una vecina, Yolanda Echague de Aragón.

En el caso de Felipe, tenía que memorizar que el 7 de julio de 1976, una mujer que supuestamente se llamaba Carmen Luisa Delta y que decía ser la madre de un varoncito nacido el 17 de abril de ese año, se había presentado ante la misma jueza Hejt y le había entregado el niño al juzgado para que lo dieran en adopción. Un rato después, cuando la señora Delta ya se había retirado, ***la Directora,*** que estaba de paso por el Juzgado por los trámites de Marcela, se encontró con el secretario del Juzgado quien le informó de la existencia de un nene para adoptar. Feliz de la vida, pidió la tenencia provisoria del chico, la que le fue concedida ese mismo día.

El consejo final de Padilla Fox fue que se negara a declarar en la indagatoria porque no le tenía ninguna confianza a Marquevich. Lo que no sabía era que, aprovechando el escrito de la propia defensa que denunciaba el pésimo estado de salud de ***la Directora*** y mientras él daba recomendaciones, en San Isidro el juez se preparaba para jugar otra carta: suspender la declaración indagatoria prevista para el miércoles a las doce del mediodía porque consideraba que, si ella misma admitía encontrarse mal de salud, no era conveniente someter a ***la Señora*** a una declaración en la que

estaría expuesta a una situación de stress. En la misma resolución ordenaba que se le hiciera a *la Directora* un examen médico, pero recién el miércoles.

Mientras acomodaba las cajas de remedios sobre la cómoda levantó la mirada hacia donde entraba un poco de luz. El ventanal rectangular y angosto que cruzaba la pared de punta a punta estaba ahí. A unos dos metros del piso. Del lado de afuera le pareció distinguir las sombras de un enrejado color naranja. Era su único contacto con el exterior. Se veía el estacionamiento del enorme shopping que conocía muy poco. Paseo Alcorta no tenía los encantos de las tiendas de Nueva York. El ir y venir de los autos se hacía cada vez más intenso y pensó que las fiestas estaban cada vez más cerca y que aún no había comprado los regalos para Marcela y Felipe.

–Quédese tranquila – le dijo la oficial de policía encargada de su custodia, cuando entró a preguntarle si iba a comer algo – Si necesita algo me pega un grito y enseguida vengo. Si necesita ir al baño de mujeres me avisan a mí y yo la acompaño, porque de lo contrario tiene que ir al que hay en este piso, que es de varones.

No le pareció malo el trato. No estaba en una cárcel, al parecer había sólo dos detenidos más, ninguno de ellos peligroso y no estaban los agentes penitenciarios duros y ventajeros sobre los que había leído terribles cosas en las páginas policiales del diario cuando se denunciaban abusos y tormentos. En un rato más, antes de la cena, llegarían Marcela y Felipe con la comida especial que le había recomendado el médico. Poca harina, bebidas dietéticas y en lo posible pollo y verduras.

Para su sorpresa, las puertas de la habitación quedaban abiertas y si quería podía caminar por los pasillos hasta el lugar donde estaban los dos policías que custodiaban la escalera por la que se bajaba al hall. Dos rejas, una en la puerta de la escalera y otra antes de llegar al descanso, impedían cualquier escape. Uno de los custodios estaba escuchando una radio y con el informativo de las diez de la noche se enteró de que sus abogados y Magnetto

habían emitido un comunicado: "Arte Gráfico Editorial Argentino S.A., empresa editora de *Clarín* ha tomado conocimiento, en horas de la tarde, de la abusiva detención de la directora del diario, Sra. Ernestina Herrera de Noble...AGEA S.A. desea expresar su profunda preocupación ante la adopción de medidas que considera claramente abusivas e ilegales, además de manifiestamente contrarias a los derechos constitucionales básicos de libertad ambulatoria, debido proceso y garantía de la defensa en juicio".

Ni su abogado sabía por qué la habían llevado a ese lugar. Tampoco el comisario tenía idea y se preguntaba a cada rato qué razones habrían movido al juez Roberto "Tito" Marquevich para convocarlo a él, el comisario de mayor prestigio de la Federal y pedirle que se encargara de una misión menor: la nada complicada detención de una mujer mayor y su traslado a la dependencia que manejaba.

El experimentado Sablich no se había quejado. Sabía que él estaba para cosas mayores, las investigaciones de los raptos, las coimas en el Senado, las pistas de los secuestros que habían terminado en homicidio, las estafas de los grandes banqueros. Igual se subió al auto y en menos de media hora llegó a los tribunales de San Isidro en la provincia de Buenos Aires.

Era extraño lo de Marquevich, pensaba Sablich. Si el juez tenía a mano a la policía bonaerense, a la delegación San Isidro de la Federal, a cualquiera de las otras delegaciones del Gran Buenos Aires más cercanas, ¿para qué convocar al Departamento Delitos Complejos, una oficina ubicada a diez kilómetros del Juzgado y que pertenecía a la jurisdicción de otra ciudad? Pero nada diría. "Los polis estamos para obedecer, no para preguntar", reflexionaba mientras esperaba en las oficinas del Juzgado para que lo atendiera el secretario del juez. Marquevich había dejado la orden firmada y le había pedido a sus colaboradores que no lo molestaran, a no ser que se complicaran las cosas. Al juez le encantaba la espectacularidad y no vio la hora entonces de mandar a su detenida, la que tan poco había colaborado en la causa, la que ese día preparaba una gran fiesta de *Clarín* y los artistas, la que se creía invencible, a dormir en el pabellón de esas instalaciones des-

tinadas a narcotraficantes, homicidas y privadores de libertad. Lo sabía bien, y por eso eligió a Sablich. Los empleados del juzgado sonreían al ver al confundido comisario desplegar una guía Filcar sobre el techo de su auto para encontrar la calle Madero de San Isidro y comprobar con sorpresa que estaba a sólo veinte cuadras de Tribunales.

La investigación del juez Marquevich le apuntaba directo al corazón. Si bien la orden de detención se refería al delito de uso de documento público falso, la preocupación de los abogados de *la Directora* era la acusación central: sustracción, retención, ocultamiento y cambio de identidad de menores respecto de Marcela Noble Herrera y Felipe Noble Herrera quienes ahora ya andaban por los 26 años. El primero de los delitos era excarcelable y hasta se podía pelear la prescripción. Los demás, en cambio, daban pie para que la poderosa señora pudiera ser condenada en forma efectiva y terminara en las nuevas instalaciones de la cárcel de mujeres de Ezeiza. No eran delitos prescriptibles porque, según el Código Penal, en los casos de sustracción de menores la prescripción de la acción nunca empieza hasta que el delito deja de cometerse. Es lo que los abogados conocen como "delitos continuados", que sólo cesan cuando los apropiadores dejan de apropiarse de las víctimas.

La causa tenía siete años de antigüedad y diecisiete cuerpos, y en ella se había denunciado que los hijos de *la Directora* en realidad eran hijos de desaparecidos durante la dictadura a quienes algunos jerarcas militares habían entregado a la millonaria para que los adoptara, bajo aquel depravado argumento de que "los hijos de los terroristas deben ser criados por padres buenos, occidentales y cristianas, lejos del marxismo y de las familias que le lavan la mente". La había iniciado una de sus archienemigas, Ana Elisa Feldmann de Jaján, una setentona como ella y esposa de Emilio Jaján, el hombre que desde 1986 reclamaba el pago de sus trabajos como gestor que ayudaron a consagrar a *la Directora* como la dueña de una de las mayores herencias de la Argentina.

Pero *la Noble* se había negado a pagarle lo que le reclamaba Jaján (el seis por ciento de todo el valor del diario y el nombramiento como único representante en Europa para realizar compras y ventas para el matutino) bajo el argumento de que eran otros, y no Jaján, quienes habían obtenido los papeles fundamentales. La venganza del matrimonio, se anunciaba como terrible; también se propusieron escarbar en una de las historias mejor ocultas de la Argentina y que, durante décadas, ningún medio de comunicación se había atrevido a rozar.

Desde la apertura democrática en 1982, los rumores sobre los orígenes de Marcela y Felipe se iban agigantando y, en la mayoría de las redacciones a donde llegaban los comentarios y versiones, nada se publicaba. Los jefes, después de consultar con los dueños de los medios, recomendaban no meterse con el tema ya que no existía ánimo de enfrentar a *Clarín*. La primera publicación que hizo alguna ligera mención al caso fue la revista *Gente*. En la edición del 5 de enero de 1984, en un reportaje al militante nacionalista Guillermo Patricio Kelly, a quien los organismos de Derechos Humanos vinculaban a ciertos sectores de los servicios de inteligencia, se podía leer este diálogo:

–Kelly, ¿por qué quiere encontrar a Camps?

–Porque quiero preguntarle quiénes son estos dos chicos. (Exhibía dos ejemplares de la revista dominical de *Clarín* del 8 de mayo de 1977 y del 5 de junio del mismo año en que aparecían las fotografías de una niña y un niño de aproximadamente un año de edad)

–¿Y si le contesta, como dijo en televisión, que todos los chicos fueron entregados al juez de menores?

–Entonces que me dé las listas de esos chicos, los nombres, dónde y cuándo los entregó, e hijos de quién eran (señalando de nuevo las fotos). Que me conteste por estos dos, quiero mostrárselos en la cara.

Si bien *Gente* no haría mención a que la acusación de Kelly apuntaba a *la Noble*, la primera línea de Clarín advirtió que el destape democrático que desnudaba las barbaries de los militares también les ocasionaría problemas a ellos. Kelly había sacado a luz una chi-

quilinada de *la Directora* que, segura de tanta impunidad, mandó publicar en 1977 las fotos de Marcelita y Felipito cuando tenían un año para ilustrar dos notas sobre cumpleaños infantiles. Es cierto que, por esos días, el periodismo tomaba con pinzas todo lo que decía Kelly por aquello de sus dudosas fuentes, pero en realidad lo que prevaleció fue la preservación de las buenas relaciones con el más importante e influyente medio de comunicación que aún era un simple diario y no un multimedio con mil tentáculos. Algunas editoriales como Abril que publicaba las revistas Siete Días y Radiolandia 2000, recibieron llamadas de alguien que pedía por favor que no se ventilara "el caso de los chicos". El movimiento de ablande estaba a cargo del secretario de redacción de *Clarín*, Marcos Cytrynblum.

Cuando la esposa de Jaján presentó su primera denuncia en 1995 no se imaginó que lo que le habían dicho sobre el poder de *la Noble* era tan así. "Hasta los jueces tiemblan cuando les cae una causa que la involucra a ella o a *Clarín*", le comentó uno de los abogados a los que fue a consultar para que la asesorara. Finalmente se puso en contacto con la joven abogada Martha Edith Querequeta e iniciaron la causa que, por cuestiones de competencia fue a parar al Juzgado Federal 1 de San Isidro cuyo titular era Roberto Marquevich. El juez le dio inmediato traslado al fiscal Carlos Villafuerte Ruzo, quien en su dictamen opinó que había inexistencia de delito y de esa manera dejó el camino libre para el primer pronunciamiento de Marquevich: desestimar la demanda y archivar el expediente.

¿Es que era tan frágil la denuncia de Jaján cómo para que el juez se inclinara por esa vía procesal? Al cabo de unas horas de analizar el fallo que mandaba todo a un cajón, la doctora Querequeta vislumbró los primeros indicios de la trama política del expediente: Marquevich había sido nombrado juez federal en 1991 por el presidente Carlos Menem en agradecimiento por dos fallos que, como juez de instrucción, habían tranquilizado a sus amigos Alfredo Yabrán y al brigadier Andrés Antonietti. Yabrán festejó su sobreseimiento en la investigación del sospechoso suicidio del brigadier Rodolfo Echegoyen, quien se proponía denunciar las

mafias que abundaban en la Aduana de la Nación que él dirigía, y Antonietti también celebró su sobreseimiento en la querella que Zulema Yoma de Menem le había iniciado por privación ilegítima de la libertad cuando fue desalojada por orden de su marido de la quinta presidencial de Olivos. Era 1995, las relaciones entre Menem y ***la Noble*** pasaban por un buen momento y además el presidente, ansioso de reelecciones, no tenía ganas de ponerse en contra al diario que mejor direccionaba el voto de la clase media argentina. ¿Qué otra cosa podía esperarse de Marquevich?

En verdad, las pruebas que habían aportado los Jaján eran lo suficientemente contundentes para que se abriera, por primera vez, una pesquisa a fondo. Se trataba de los expedientes de adopción de Marcela y Felipe que, a simple vista, contenían una cantidad de irregularidades tal que llamarían la atención de cualquier iniciado en el derecho:

El acta de nacimiento de Marcela Noble no tenía ni constancias de maternidad, ni de paternidad; tampoco se hacía mención alguna a lugar de nacimiento. Esos espacios estaban en blanco cuando debían contener, al menos, la inscripción "desconocido". No se indicaba cuál era el organismo que se había encargado de certificar el estado de salud y situación social de la criatura sobre la que tramitaría la adopción y, en cambio, ya aparecía la menor con el apellido Noble Herrera.

En el acta de Felipe las irregularidades eran las mismas, pero además, al leerse los números de los expedientes por los que se ordenaba la inscripción de sus datos en el Registro de las Personas de la provincia de Buenos Aires se destacaba una incongruencia: entre la ficha identificatoria N° 25.127.753 de Marcela, a quien se le adjudicaba como fecha de nacimiento el 23 de marzo de 1976 y la ficha N° 25.127.946 de Felipe, a quien se le daba como fecha de nacimiento el 17 de abril del mismo año existía una diferencia razonable de 193 nacimientos, pero en cambio entre los expedientes 35.755/76 de Marcela y 43.254/76 de Felipe en que personal médico de la provincia de Buenos Aires debía constatar los datos físicos de cada bebé había una diferencia de ¡5.499! números.

Cualquier bien pensado podía suponer que los números a veces

son más rápidos que las manos y que entonces siempre se producen errores al anotar. Pero si el error se presenta dos veces más, o los números se han vuelto locos, o la mano es la de la tramoya. Los dos nacimientos estaban inscriptos, por orden del Tribunal de Menores 1 del departamento judicial de San Isidro. El de Marcela tenía sentencia del 15 de junio de 1976 dictada en la causa 1.308 y el de Felipe por sentencia de agosto de 1976 en la causa 9.149. Es decir que, entre una y otra sentencia del mismo tribunal y durante un lapso de quince días hábiles, aquel juzgado de 1976 habría recibido otras 7.841 causas a un promedio de 522 causas por día. Un disparate.

El vale todo es uno de los deportes que ha popularizado la globalización. Se trata de un combate entre dos atletas que, encerrados en una jaula de dos metros de alto deben pegarse a mano descubierta o usar cualquier arte marcial hasta que uno de ellos diga basta. "La ausencia de reglas, es una regla en sí misma", dicen los que lo practican.

En los tribunales argentinos también se practica el vale todo, aunque mucho tiempo antes del arribo de la globalización. Durante los años de la dictadura, los jueces daban clases magistrales de injusticia en especial, cuando se trataba de asuntos vinculados a lo que los militares y los medios de comunicación llamaban "guerra contra la subversión". El trámite inicial de la denuncia de los Jaján tomaba el mismo rumbo.

Ni Marquevich en primer lugar, ni el juez federal 7 de Capital Adolfo Bagnasco, a quien la Jaján, insistente, se había presentado en 1997 con los mismos papeles, ni el juez Rodolfo Canicoba Corral que recibió la misma denuncia meses después, ni los camaristas Martín Irurzun, Horacio Cattani y Eduardo Luraschi que avalaron el archivo del expediente, mostraron interés en la investigación. Frente a ese panorama, el matrimonio Jaján pidió el juicio político de todos esos jueces.

En eso estaban cuando se presentaron las Abuelas de Plaza de Mayo. Con su presidenta Estela Carlotto a la cabeza, contaban con el auxilio de dos familias que, luego de revisar fechas y papeles, se sentían con derecho a intervenir en la causa porque Marcela

y Felipe podían ser los niños buscados. Carlos Miranda se convirtió en uno de los querellantes en la búsqueda de su sobrina Matilde, quien podría ser Marcela Noble. Matilde, de seis meses, había sido llevada por militares luego de un procedimiento en el que mataron a sus padres Roberto Lanuscou y Bárbara Miranda –hermana de Carlos – y a sus hermanos Roberto, de seis años, y Barbarita de cuatro.

La otra querellante era Estela Gualdero, quien reclamaba por su sobrino sin nombre que habría nacido a fines de junio de 1976. La hermana de Estela, María del Carmen Gualdero de García había sido detenida el 8 de junio de 1976 en Acoyte y Avellaneda y nunca más se supo de ella. Estaba embarazada de 9 meses y su esposo, Ernesto García, había sido asesinado en diciembre de 1975.

La intervención de las Abuelas, con la carga de prestigio internacional que conlleva, pareció darle a Marquevich el ánimo que no tenía. Habían cambiado los tiempos. Menem y *la Noble* ya no eran amigos.

El día en que las Abuelas vieron en detalle cada página del expediente, desconfiaron de tantas historias de cajas de cartón y madres solteras. Veían una elucubración de camuflajes realizados mucho después de la entrega de los chicos a *la Noble*. No tenían certezas sobre cómo habían ocurrido los hechos, pero la abogada de Abuelas, Alcira Ríos, dejó entrever algunas posibilidades en una entrevista radial que le hicieron en la FM La Tribu, una radio que *la Directora* jamás escuchaba:

– Aquí hay dos expediente judiciales, los de la adopción, que están totalmente adulterados y los expedientes judiciales son instrumentos públicos. En ellos aparece una madre entregando un bebé y se trata de una mujer con documentos de hombre que no existe. En el caso de Marcela aparecen dos testigos que en realidad nunca existieron. Supuestamente se la dejaron en una canasta en el jardín y la encontró junto a dos testigos, pero esos testigos declaran que nunca vieron nada.

–¿Esa declaración de donde surge?

– Cuando hay un niño abandonado debe intervenir un juez de menores que otorga la guarda del menor a la persona que le pare-

ce mas idónea. Después, con esa guarda, esa persona puede tramitar la adopción. Nosotros primero buscamos el expediente de los menores y es ahí donde se notan la irregularidades. En principio, estos dos expedientes estaban muy armaditos. Se han cambiado fechas, se han hecho inscripciones tardías. Yo tengo derecho a pensar que las pruebas que la Noble dice tener, pero no ha presentado en la causa, tampoco son válidas. Por ejemplo, figura en el pasaporte que Ernestina de Noble viajó a Europa con la nena en julio de 1976, pero si adulteraron dos documentos públicos yo puedo pensar que ese pasaporte también está adulterado.

Cuando la eufórica placa roja del canal de cable más visto en la redacción de *Clarín* dio la noticia a las 19, la mitad de los periodistas quedó congelado y la otra, con ganas de celebrar: "Detuvieron a la directora de Clarín. Primicia de Crónica TV". Entre los primeros estaban los encargados de preparar la edición del día siguiente. La sensación de confusión los abrumaba y no sabían si llamar o no a los celulares del vicepresidente del Grupo, Héctor Magnetto. Roberto Guareschi, el secretario de redacción fue el primero en hablarle :

–¿Qué pasó? ¿Esto es cierto?

–Claro que es cierto – le dijo Magnetto – . Pero por ahora no daremos ninguna información. Los abogados se están moviendo y ya vamos a ver qué pasa.

La primera urgencia que atormentaba a Guareschi era la página en Internet del diario que se jactaba de tener las informaciones más importantes del país en cuestión de segundos. Las agencias internacionales y las web de los principales medios de comunicación escupían la noticia de mayor impacto en los últimos meses mientras los lectores de *Clarín Digital* no encontraban una sola mención a la detención de ***la Directora***.

El comunicado oficial se había repartido en todo el multimedio al mismo tiempo, tres horas después de la primicia de *Crónica*. Los periodistas, ya no con los televisores sintonizados en *Crónica*, sino en *Canal 13*, el de ***la Directora***, se enteraron de lo que estaba ocu-

rriendo con la patrona. Cuando el rostro doblemente amargo del periodista de *Canal 13* Santo Biasatti interrumpió la transmisión de la entrega de premios en el Colón, se vio una mayoría de cabezas que se movían de un lado a otro con el típico gesto porteño del " ¡¡¡No se puede creer!!!"

Empezaba uno de los capítulos de mayor nerviosismo que se haya vivido en esa redacción. Las órdenes de sacar y poner materiales pasaban de boca en boca y enloquecían a la sección Política. Cada pequeña decisión era un drama. Todo se consultaba a Magnetto y al doctor Padilla. Si había que dar o no dar foto de la detenida, si los textos se firmarían o no, si las palabras que más impactarían eran "arbitraria detención" o "abusiva detención". Al final se decidieron por no poner ninguna foto hasta que la Directora pudiera opinar, dispusieron que nadie firmara las notas para dar la imagen de que las notas reflejaban la expresión general de todo el diario y aprobaron los dos términos, arbitraria y abusiva.

Pero en semejante pandemonium las mentiras de la historia oficial quedarían mucho más en evidencia sobre el blanco papel:

En la edición del miércoles 18 de diciembre se publicó que uno de los testigos que había visto cómo Marcelita fue dejada en una caja de cartón era "Roberto García, cuidador de una casa vecina". En la edición del día siguiente, en cambio, se afirmaba que García "trabajaba como chofer de *Clarín*". Toda la coartada de García estallaría en mil pedazos unos días después cuando el propio ex chofer, a los 85 años y en medio del escándalo, explicaba en su casa de Ciudadela que "en 1976 los abogados de *Clarín* me trajeron un papel para firmar y yo lo firmé".

En la misma edición se decía que "fuentes de Abuelas de Plaza de Mayo consultadas anoche por *Clarín*" se habían mostrado "sorprendidas y extrañadas por la decisión de Marquevich porque no se cumplió ninguna de las pautas por las que Abuelas de Plaza de Mayo pide a la justicia la detención de una persona en los casos que lleva adelante". El periodista Ari Paluch quiso saber ese mismo miércoles en su programa de radio "El Exprimidor" si eso era así y entrevistó a Rosa Roisinblit, la vicepresidenta de Abuelas: "Yo fui la única que habló con la prensa el martes – aclaró–.

Y nunca dije eso. Varias veces pedimos hablar con la señora de Noble y no nos atendió. Lo máximo que hacía era enviarnos un secretario para que nos recibiera, pero el tipo lo único que quería era saber quiénes eran los familiares de desaparecidos que habían hecho la denuncia. Era lo único que le interesaba".

Alterados por los comentarios que iban de sección en sección y que hablaban de una liberación en pocas horas más hasta las sospechas de que Magnetto estaría involucrado en las gestiones realizadas en 1976 para conseguir a los chicos, los periodistas de *Clarín* y en especial los de la sección Política, recibían directivas para ponerse al servicio de la destrucción de Marquevich.

Lo primero que se les encargó fue la confección de un "perfil" del juez que resaltara la cantidad de fallos controvertidos y mal llevados que se acumulaban en su Juzgado. "Pese a su inclinación a la mesura – decía la anónima redacción del cronista – , Roberto Marquevich no ha podido escapar de cierta espectacularidad en los procedimientos espectaculares que encabezó. Esa espectacularidad no siempre se correspondió con buenos resultados, una característica que parece haberlo acompañado en sus casi treinta años en la Justicia, catorce de los cuales lleva como Juez" (SIC).

También se las tenían que ingeniar para ponerse en contacto con colegas de cierto peso a los que debían transmitir sus inquietudes por la "politización" del caso y para alertarlos de que la sombra de Menem y la del banquero Raúl Moneta se movían atrás de la detención de ***la Dire.***

Un comunicado no llamaría la atención de buena parte del gremio de prensa. Se trataba del emitido por la Asociación Periodistas, una agrupación que reúne a una serie de jefes, conductores de programas de radio y televisión, redactores jerárquicos y "especiales" y responsables de los principales medios argentinos y que expresó su "preocupación ante la detención de la directora del diario *Clarín*, Ernestina Herrera de Noble, y advierte sobre sus peligroso efectos sobre la libertad de expresión en la República Argentina (SIC). La detención de la señora de Noble en una causa en la que se investigan irregularidades en las adopciones de sus dos hijos, plantea el necesario debate sobre los derechos y garan-

tías de las personas en el debido proceso, cuando son acusadas de cometer delitos". Nada se decía del contenido de fondo de la causa que era la probable sustracción de menores. Por gestiones vía e–mails y la presión a veces destemplada de Guareschi, quien integraba la asociación desde sus comienzos, aceptaron finalmente poner sus firmas los periodistas María Laura Avignolo (*Clarín*), Ana Barón (*Clarín*), Santo Biasatti (*Clarín*), Nelson Castro (*Clarín*), Ariel Delgado (radio, ex Crónica), Rosendo Fraga (consultor y dueño de una encuestadora), Carlos Gabetta (Le Monde), Rogelio García Lupo (*Clarín*), Isidoro Gilbert (La República de Uruguay), Andrew Graham Yoll (ex Buenos Aires Herald), Martín Granovsky (Página 12–*Clarín*), Mariano Grondona (Canal 9), Roberto Guareschi (*Clarín*), Mónica Gutiérrez (América TV), Ricardo Kirschbaum (*Clarín*), Jorge Lanata (América), José Ignacio López (La Nación), Fanny Mandelbaum (Canal 13–*Clarín*), Tomás Eloy Martínez (Free lance), Joaquín Morales Solá (TN–*Clarín*), Norma Morandini, María Moreno (Página 12–*Clarín*), Silvia Naishtat (*Clarín*), James Neilson (Noticias), Teresa Pacitti (Perfil), Magdalena Ruiz Guiñazú (*Clarín*), Hermenegildo Sábat (*Clarín*), Fernán Saguier (La Nación. Sobrino nieto de Noble), Claudia Selser (*Clarín*), María Seoane (*Clarín*), Oscar Serrat, Ernesto Tiffenberg (Página 12–*Clarín*) y Horacio Verbitsky (Página 12).

Los que sí se sorprendieron fueron decenas de militantes de organismos de Derechos Humanos cuando vieron otro comunicado de "preocupación": el del Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS), una entidad que creada por el doctor Emilio Mignone a finales de los ochenta se había ganado el respeto internacional en su consecuente lucha por encarcelar a los represores de la dictadura. El CELS, luego de aclarar que en su larga lucha "por el necesario juicio y castigo" a los responsables del terrorismo de estado "nunca contempló violaciones a los derechos y garantías de las personas involucradas", sostuvo que "el principio de inocencia, que rige todo proceso penal, impone que la regla durante el proceso sea la libertad del imputado. Por ello, la detención previa a la sentencia es una medida excepcional que sólo puede disponerse cuando, en el caso concreto, se logra acreditar que la persona

imputada obstruirá el curso de la investigación o existe el peligro cierto de que no comparecerá al juicio".

El periodismo en general fue puesto a prueba. La estrategia de los mandos de *Clarín* se basaba en dos puntos: la orden de Marquevich era abusiva porque se había detenido a ***la Directora*** sin tomarle declaración indagatoria y sin que existiera peligro de que se fugara, y la sospecha de un "complot económico y político" tras el cual estarían empresarios con intereses en medios de comunicación y con fuertes lazos políticos y judiciales y algunos ex funcionarios. De ninguno de los sospechados se daba nombre y apellido, pero los jefes de la sección Política ordenaron: "por ahora todo lo que haya que publicar sobre Menem, lo vamos a revisar bien".

Tal vez los comportamientos que mejor conservaron un margen de independencia entre aquellos que estaban vinculados a empresas del Grupo *Clarín* hayan sido los de Nelson Castro, quien en su programa de radio en La Red le dijo al aire al doctor Padilla Fox que: "en mi opinión ***la Señora*** debería recibir a las Abuelas de Plaza de Mayo" y que era una lástima "que se tenga que hablar de la intromisión de la política en la justicia que en la Argentina no sólo la sufren los poderosos sino muchos casos anónimos de los que uno no se entera" y Horacio Verbitsky, quien pese a ser firmante de los dos comunicados mencionados, escribió en *Página 12* y sostuvo en el programa de televisión "Detrás de las Noticias" que la falsedad de los documentos de Marcela y Felipe "parecía acreditada en forma contundente " y dio numerosos detalles que derrumbaban la historia oficial de ***la Directora***. Unos días más tarde, entrevistado por Ernesto Tenembaum en radio *Del Plata*, Verbitsky agregaría que "una vez Jacobo Timerman me dijo que Rogelio Frigerio le había contado que él le había comprado los dos chicos a la señora".

En realidad, no estaba preparada para tanto ajetreo. Ni los consuelos de Marcela, que se pasaba el día en Cavia, ni los mimos de Felipe, que iba un poco menos, le alcanzaban para entender cómo no era posible que la sacaran de esa pieza. Los jóvenes de 26 años

ya no eran aquellos mocosos con los que saltaba en aquellos dormitorios a los que les habían acolchado las paredes para que no se golpearan al jugar, sobre todo cuando los perros entraban a la casa a corretearlos.

Padilla Fox llegó el miércoles a la mañana para avisarle que Marquevich cancelaba la indagatoria y ordenaba el traslado a Tribunales para un chequeo médico. Ella no lloró, pero poco le faltó cuando le preguntó al abogado si sabía cuando le tomarían la declaración y la soltarían y él le contestó que no tenía idea de lo que iba a hacer Marquevich.

A las tres de la tarde, el comisario le avisó que la llevarían en un móvil a los consultorios de los forenses en la calle Talcahuano. Otra vez al Peugeot bordó y a pensar en esos fantasmas de los que se hablaba en la radio del custodio y en los diarios que le habían traído Marcela y Felipe.

Cada una de las pequeñas historias oficiales se derrumbaban y entre los periodistas circulaban copias de las declaraciones e informes en los que se había basado Marquevich para detenerla. El chofer decía que no sabía de lo que le hablaban, la vecina aseguraba que no era vecina y los informes del Registro de las Personas afirmaban que ella no había vivido, en 1976, en la casa de la calle Laprida sino en la avenida Libertador de Capital Federal. Los documentos y los expedientes de la adopción eran un gruyer lleno de gusanos.

Volvió del examen médico y se encontró en la pieza con la fiscal de la causa, Rita Molina. *La Directora* le reclamó que hiciera lo posible para que se le tomara la declaración indagatoria, y después escuchó de boca de quien había sido esposa del ex gobernador justicialista de Santa Cruz, Arturo Puricelli, una opinión que la dejaba un poco más tranquila: "Mire señora, usted debería estar en libertad mientras se sustancia el proceso. Yo no sé lo que está buscando Marquevich. No comparto para nada que se pueda privar de la libertad a alguien sólo por hipótesis. He apelado la decisión del juez que le denegó a usted la excarcelación y ahora veremos que dirá la Cámara Federal".

–Todo bien, pero ¿cuándo salgo?

–No lo sé señora. Por mí se podría ir ya mismo. Pero ahora hay que esperar que dice Marquevich cuando reciba el resultado de los exámenes médicos. Quédese tranquila, usted es una persona pública que ha colaborado en esta causa. Seguramente la Cámara tendrá en cuenta todo eso.

La fiscal se despidió con una sonrisa y un beso y al salir de Cavia, ante los pocos periodistas que la esperaban, se dedicó a explicar por qué *la Noble* debía estar en libertad y no hizo ninguna referencia a la opinión de la fiscalía sobre el origen de Marcela y Felipe y las irregularidades de la adopción.

Marquevich sonrió cuando vio el dictamen de los peritos: "apta para declarar". Fijó entonces la nueva fecha de indagatoria para el jueves 19 de diciembre. Ese día, acompañada por una policía de civil que vestía una remera negra y tenía el pelo atado con una colita y a la que muchos confundieron con una familiar de *la Directora,* llegó hasta los tribunales de San Isidro y, sin sacarse los lentes negros que cubrían sus ojos llorosos, se encontró cara a cara con el secretario del juez, Walter Rodríguez. Marquevich prefirió no tomarle la declaración y siguió todo desde un ambiente cercano. *La Directora* miró al secretario con todo el odio que le quedaba y le dijo en voz alta, como una verdadera Noble:

–Soy inocente y ajena a todas las irregularidades que dicen haber detectado. No se me pueden endilgar ninguno de los hechos que se me atribuyen y no voy a contestar preguntas porque no están dadas las condiciones mínimas de un juicio justo.

Allí se levantó el acta. Puso su extensa firma, la misma en la que remarca el apellido de su marido, y enseguida fue notificada del segundo golpe del juez. "Seguirá detenida porque en esta causa se investigan dos delitos y no uno, y la suma de ambas penas lo hace no excarcelable".

Fue trasladada de nuevo a la pieza de la calle Cavia. Padilla Fox estaba junto a su socio Carlos Espinoza. Antes de que subiera al auto le adelantaron lo que pensaban: "Como están las cosas, Marquevich no la va a soltar. Estamos en manos de la Cámara Federal de San Martín. Usted ya sabe, apeló la fiscal y apelamos nosotros. Tenga paciencia, nos moveremos rápido".

–No iré a pasar Navidad en la cárcel ¿no?
–No señora, eso sí que no – le aseguró Padilla.

El 7 de junio del 2001, día del periodista, *la Directora* disfrutaba de uno de los mejores cumpleaños de su vida. Por la noche, tres botellas de champagne Don Perignon sirvieron para dar las hurras por el juez federal Jorge Urso que, ese día, le había hecho el mejor de los regalos: la detención de Carlos Menem, el ex presidente de la Nación, en la causa por la venta ilegal de armas a Ecuador.

En la redacción de *Clarín* unos pocos también festejaban, pero sin bebidas alcohólicas sobre la mesa y con la alegría contenida. La detención de Menem era considerada como una victoria al estilo del *Washington Post*, el diario que en 1973 había sido pieza fundamental en la renuncia del presidente estadounidense Richard Nixon acusado de espionaje en el caso Watergate.

Clarín, era cierto, había participado en forma persistente en la investigación de la venta de armas del gobierno menemista a Croacia y a Ecuador durante la guerra con Perú. La voluntad del periodista Daniel Santoro por mantener despierta una causa que sacudiría el cuartel general de las bandas menemistas, no hizo otra cosa que poner algunas piezas en su lugar, aunque por poco tiempo. Acusado de ser jefe de una asociación ilícita y de incumplimiento de los deberes de funcionario público, Menem fue trasladado a la casa quinta de su amigo Armando Gostanian, en una singular prisión en la que estaba permitido desde fumar habanos hasta armar peñas de amigos, imitando así aquellos privilegios que el narcotraficante colombiano Pablo Escobar había logrado en su breve paso por la prisión de Envigado.

Para diciembre del 2002 el enfrentamiento con el menemismo era casi un "hecho público y notorio" como les gusta decir a los abogados. También lo era que Marquevich tenía relaciones bajo cuerda con varios de los referentes del ex presidente y que una de las estrategias preferidas del juez cuando los encausados se ponían difíciles era detenerlos por unos días. Suponía que, ablandados por el espíritu de encierro que genera cualquier prisión, aún las

más cómodas, llegarían al momento de la declaración indagatoria mansitos y dispuestos a colaborar. No estaba en los manuales, pero era un recurso que recomendaban los viejos jueces cuando los misterios de una investigación parecían impenetrables: "Unos días de encierro le aflojan la lengua a cualquiera. O se quiebran, o realmente son más fuertes que la verdad", decían los veteranos.

La verdad era que la causa Noble estaba encerrada en un círculo extravagante en el que unos y otros fabulaban sobre revanchas y recontrarevanchas. Se decía por ejemplo que detrás de Menem se encolumnaban el empresario Daniel Hadad y *Canal 9* en respuesta a la campaña de *Canal 13* contra el padre Julio Grassi a quien una investigación del programa "Telenoche Investiga" del Grupo *Clarín* lo señalaba como corruptor de menores. Grassi era un sacerdote que se jactaba de sus amistades con un nutrido contingente de menemistas de quienes recibía aportes importantes para su Fundación Felices Los Niños. Los donantes eran mostrados después como solidarios benefactores de los menores desamparados. Canal 9 y los medios que controlaba Hadad habían defendido a Grassi como si fuera Sacco, o Vanzetti. Formalmente, Menem mandaría a su secretario privado Ramón Hernández para que llamara a *Clarín* y dejara una adhesión a ***la Directora*** que saldría en las últimas líneas de una extensa lista que el diario publicó el domingo 22 de diciembre.

Magnetto mientras tanto, ayudado por su jefe de relaciones públicas Jorge Rendo, se movía con la agenda de celulares y mails de todos los operadores del presidente Eduardo Duhalde para, exprimiendo su inquinas antimenemistas, solicitarles que se comportaran como buenos aliados y respaldaran a ***la Directora***. Enseguida, el mapa político de la interna peronista marcó claros alineamientos. Una muestra fue la que brindó el grupo empresarial Avila Inversora Sociedad Anónima–Uno, donde ahora prestaba tareas José Luis Manzano, el ex ministro del Interior. Manzano le hizo llegar al vicepresidente de *Clarín* una carta de apoyo que, con reservas, repudiaba la espectacularidad de la detención de ***la Directora***. El siempre próspero Manzano no ocultaba ni la cantidad de gestiones que desde hace meses realizaba para Duhalde ni que

algunos de sus grandes amigos, como el ex diputado Jorge Matzkin, estaban estratégicamente colocados en los sillones del poder. Otra movida de trascendencia fue la del enriquecido senador Luis Barrionuevo, quien aseguraba por radio que: "acá hay conspiraciones hechas. De algún lado viene, seguramente, este hecho de la señora de Noble: sin ninguna duda que no es casualidad".

A Duhalde en cambio no le alcanzaría con una adhesión como la que había enviado Menem. A la salida de un acto de inauguración de una clínica en el partido bonarense de Malvinas Argentinas, directamente le pegó en la nuca a Marquevich: "me parece que la forma espectacular en que se hace la detención de la señora de Noble es un exceso al que muchos jueces nos tienen acostumbrados. No entiendo por qué en este y en muchos casos, algunos jueces actúan con una espectacularidad, buscando notoriedad, que en vez de ayudar a la justicia, la perjudican".

La gente subía y bajaba de sus autos cada vez más rápido y entraba y salía de la misma manera de los negocios de ropa, de perfumes, de juguetes. No lo veía. Pero lo presentía por esos ruidos inconfundibles que se metían por el ventanal enrejado al que, en dos días, nunca pudo asomarse. La Navidad estaba realmente cerca y el Paseo Alcorta era la cara de la moneda argentina que aún brillaba. La otra gente, la que compraba sus regalos y sus pan dulces en los supermercados de los chinos, poco y nada sabía de lo que le ocurría a la mujer más rica de estas tierras.

–¿ Doctor, usted está seguro de que no pasaré la Nochebuena detenida? – le preguntó de nuevo a Padilla Fox el viernes 20 de diciembre.

–No señora, de ninguna manera. Nuestra gente ya habló con algunas personas vinculadas a la Cámara Federal de San Martín y nos dijeron que a Marquevich lo van a hacer mierda.

No le mentía el abogado de la cara tostada. En su afán desesperado por tranquilizarla, el mismo día de la detención Padilla Fox ya había tomado algunas medidas para interiorizarse sobre cuál sería la posición de los camaristas que atenderían la apelación. La

Cámara estaba integrada por tres jueces, aunque sólo dos votarían, Horacio Prack y Alberto Mansur. El tercero, Daniel Rudi, estaba de licencia. Con un par de llamados telefónicos pudo advertir que los dos jueces no estaban para nada de acuerdo con lo que había hecho Marquevich. Y en un intento apresurado para que *la Directora* leyera el diario con alivio, sugirió que se publicara en la página 5 un adelanto: "Fuentes de la Cámara Federal, el tribunal que revisa los fallos de Marquevich, dijeron anoche que la causa contra la directora de *Clarín* estuvo hace un mes a estudio de los tres camaristas de la Sala II y, de las constancias reunidas hasta ese momento en el expediente ", no había motivo alguno", para ordenar la indagatoria y detención de Ernestina de Noble".

Al mediodía de ese viernes, Marquevich la citó al juzgado para que se notificara de la primera resolución que la favorecía: la detención continuaría pero en la mansión de Martínez. Accedía así al arresto domiciliario al que tienen derecho los mayores de 70 años no peligrosos y que sus abogados habían reclamado desde el primer minuto. El juez, con atención, caballerosidad y picardía, le puso a disposición un patrullero para que regresara a casa. Se imaginaba la foto de las tapas de los diarios al día siguiente. Pero *la Directora* se negó y le pidió al doctor Padilla que la llevara inmediatamente en su auto.

Los dos camaristas de San Martín le otorgaron la libertad el lunes 23 de diciembre con un fallo de excarcelación que no sólo descalificaba a Marquevich. También fijaba una pauta: hasta el momento de la sentencia, nada de detener a *la Directora*. "La restricción de la libertad ambulatoria durante este segmento del juicio –decían los camaristas – únicamente obedece a una necesidad indispensable que se verifica cuando el imputado pretende eludir la acción de la justicia o entorpecerla". Más adelante, con un lenguaje digno de los Picapiedras, el fallo sostenía: "Ninguna de las pautas obstativas del derecho impetrado aparecen siquiera mínimamente verificadas en el legajo. Es dable recordar una vez más que el instituto de la excarcelación posee un indudable arraigo constitucional, toda vez que como ocurre en el subexamen el estado de inocencia debe mantenerse incólume hasta tanto exista un

pronunciamiento que declare la culpabilidad del justiciable…son los jueces los que primero debemos cumplir y hacer cumplir tal postulado".

A las diez de la noche, ***la Directora*** fue trasladada a Tribunales y el secretario le leyó la buena noticia y le extendió una lapicera para que se notificara. Con la misma sinceridad de aquel vaticinio de la edición del 18 de diciembre, en el diario del martes 24 de diciembre se cerraba la información del caso con un breve párrafo que indicaba de qué lado soplaría el viento: "Será también esta misma Cámara la que evaluará todo el accionar del juez de ahora en más".

Acta de Nacimiento de Marcela

ACTA Nº 414 En San Isidro Partido de San Isidro
provincia de Buenos Aires, a 15 de Junio 1976 Ante mí
Delegado, don
Nº Domiciliado
DECLARA: Que el día 21 mes marzo año mil
novecientos setenta y seis hora lugar esta ciudad
NACIO una criatura del sexo femenino constatada por
recibió el nombre de Marcela
APELLIDO Noble Herrera ❶ su padre ❷
Nº su madre
Nº
L. Sanitaria Nº Ficha identificadora Nº 23.122.753
Leída esta acta, la firman conmigo
❸

1. *Figura con doble apellido antes de la sentencia de adopción.*

2. *Se dejó en blanco el espacio correspondiente al padre y a la madre, cuando debió constar la palabra "desconocidos".*

3. *Entre el número de expediente 1.308 de Marcela y el 9.149 de Felipe hay 7.841 causas de diferencia. Una cifra imposible de creer, teniendo en cuenta la cantidad de expedientes que ingresan habitualmente en los juzgados.*

Acta de Nacimiento de Felipe

N[illegible]E HERRERA
Felipe.

Adoptado por Doña Ernestina Laura HERRERA de NOBLE y por seguimoficio letra N. Nº: 49255 ordenado por el Sr. Juez de Primera Instancia del Departamento de San Isidro Dr. A. Gimenez Zapiola (h) Secretaría Cl. Nacar labrada, Expt Nº: 1311 del libro de adopciones del año [illegible] Adop. plena de fecha 20.5.1977. Conste Dlaz A. Russo. Hay unicelo Registro[illegible] Oficiales 15 de agos. de 1977. Conste. Estado y [illegible]

ACTA Nº 921 En San Isidro Partido San Isidro provincia de Buenos Aires, a 23 de agosto 1976 Ante mi Juan Antonio Barrutieta Delegado, don Recibió por intermedio de la Dirección (4) C.I. Nº ______ Domiciliado donde es: DECLARA: Que el dia 17 mes abril año mil novecientos setenta y seis hora ______ lugar esta ciudad. NACIO una criatura del sexo masculino constatada por según Expte Nº: 43.254 (5) recibió el nombre de Felipe

APELLIDO NOBLE HERRERA su padre ______ C.I. Nº ______ su madre ______ C.I. Nº ______

L. Sanitaria Nº ______ Ficha identificadora Nº 25.127.946

Leida esta acta, la firman conmigo De acuerdo a sentencia (6) fecha 1976 dictada por Tribunal de Menores Nº 1 del Departamento judicial de San Isidro en la Causa Nº 9144. Se deja constar que de este hecho no hay antecedentes en este libro.

J. A. Barrutieta

4. *No consta a qué "dirección" se refiere.*

5. *El número de expediente 43.254 no tiene indicación del organismo al que pertenece y debe suponerse que se trata de una constatación médica. Pero entre el número de Felipe y el 37.755 de Marcela hay ¡5.499! bebés nacidos entre el 23 de marzo y el 17 de abril del mismo año. Otra cifra sospechosa, ya que indicaría que esa oficina, atendía un promedio de 215 nacimientos por día.*

6. *Entre la ficha 25.127.946 de Felipe y la ficha de Marcela 25.127.753, hay 193 nacimientos en un lapso de 25 días. Se puede decir que esa sí es una cifra razonable.*

Procesamiento de Ernestina de Noble

Resuelvo:

I. DECRETAR el PROCESAMIENTO de ERNESTINA LAURA HERRERA de NOBLE, en orden a los delitos de (en el caso Marcela) hacer insertar en un instrumento público declaraciones falsas en carácter de autora; insertar tales declaraciones en documentos públicos destinados a acreditar la identidad de las personas como participe necesario; y usar documentos públicos falsos, los que concurren en forma ideal entre si, adjudicándose el último en carácter de autora penalmente responsable (arts. 45, 54, 293 en función del 292, segundo párrafo, y 296 en función del anterior, todos ellos del Código Penal); y en orden a los delitos de (en el caso Felipe) falsificación de documentos públicos destinados a acreditar la identidad de las personas en carácter de participe necesario y uso de documentos públicos falsos en carácter de autora, los que concurren idealmente entre si, y en forma material con el caso anterior. (arts. 45, 54, 55, 292, segundo párrafo, y 296 en función del anterior, todos ellos del Código Penal), en la presente causa nro. 7552/01 iniciada por denuncia en orden a los delitos de sustracción, retención y ocultamiento de dos menores de 10 años del poder de sus padres y la alteración del estado civil; caratulada "BARNES DE CARLOTTO, Estela -en representación de la Asociación Abuelas de Plaza de Mayo s/ su denuncia" mandando a trabar embargo sobre sus bienes hasta cubrir la suma de pesos UN MILLÓN ($ 1.000.000) -arts. 306, 310 y 518 C.P.P. Líbrese mandamiento.

II. MANTENER la libertad provisional de la procesada Ernestina Laura Herrera de Noble bajo las restricciones vigentes. (art. 310 C.P.P.).

III. CITAR a la procesada Ernestina Laura Herrera de Noble a fin de cumplir con los trámites procesales pertinentes, fijándose su comparecencia para el día 4 de febrero de 2003 a las 12:00, fecha que se designa en vista a la autorización concedida por el suscripto en su incidente de excarcelación.

IV. COMUNICAR lo aquí resuelto al Registro Nacional de Reincidencia y Estadística Criminal, Policía Federal Argentina y Policía Bonaerense.

Notifíquese mediante cédula de estilo.

ROBERTO JOSE MARQUEVICH
JUEZ FEDERAL

Ante mí:

WALTER A. RODRIGUEZ
SECRETARIO FEDERAL

ES COPIA

Orden de allanamiento y detención

USO OFICIAL

Herrera de Miranda (querellantes), que deberá realizarse por intermedio de la Unidad Inmunología del Hospital General de Agudos Carlos Durand, tendiente a determinar si quienes fueron inscriptos como Felipe Noble Herrera y Marcela Noble Herrera guardan nexo biológico con los grupos familiares García-Gualdero y Miranda-Lanoscou, respectivamente (arts. 75 inc. 22 C.N., 7, 8 y 9 de la ley 23.849, ley 23.511, arts. 218, 253 y ss. C.P.P.). A los fines dispuestos, convóquese a los nombrados (Felipe y Marcela Noble Herrera) para el día 20 de diciembre del corriente a las 11:00.

II. NO HACER LUGAR a la apelación intentada por Marcela Noble Herrera y Felipe Noble Herrera. (arts. 434, 438, 449 y 450 C.P.P.).

III. NO HACER LUGAR a la apelación intentada por la defensa de la encausada Ernestina Herrera de Noble (arts. 434, 438, 449 y 450 C.P.P.).

IV. LIBRAR ORDEN de **DETENCIÓN** contra **ERNESTINA LAURA HERRERA DE NOBLE** a efectos de recibirle declaración indagatoria en orden a los delitos previstos en los artículos 293 en función del 292 y 296 del Código Penal -dos hechos-. (arts. 282, 283 y 294 C.P.P.). Desígnase audiencia a tal fin para el día 18 de diciembre del corriente a las 12:00.

V. A los fines dispuestos en el punto anterior, **LIBRAR ORDEN DE ALLANAMIENTO** contra la finca ubicada en Madero 2558, Martínez, Pcia. de Buenos Aires, que deberá practicarse en el día de la fecha, oportunidad en la cual se dispone el **SECUESTRO** de los pasaportes de ERNESTINA LAURA HERRERA DE NOBLE; y los inscriptos como MARCELA NOBLE HERRERA Y FELIPE NOBLE HERRERA, instrumentos que pueden resultar de interés para la investigación conforme lo autoriza el art. 230 C.P.P. y cualquier tipo de documentación que guarde vinculación al trámite. Dicha diligencia se realizará por intermedio del Departamento Delitos Complejos de la Policía Federal Argentina a cargo del Comisario Carlos Sablich, en cuya sede se deberá alojar a la encausada en carácter de comunicada.

El juez Roberto Marquevich ordenó la intervención del Departamento Delitos Complejos de la Policía Federal. Ese hecho llamó la atención de los cronistas de Tribunales: el Juzgado de Marquevich tiene sede en San Isidro y la casa de Ernestina de Noble está a pocas cuadras de allí. ¿Por qué no pidió la intervención de la comisaría de su jurisdicción o de la Delegación de la Policía Federal más cercana?

Revista dominical de Clarín 08-05-77



En la causa en la que se acusa a Ernestina de apropiación de menores, los denunciantes aseguran que en 1977 se publicó en Clarín Revista esta foto de Marcela, sin dar cuenta de su verdadera identidad. Un mes después le tocaba el turno a Felipe.

Revista dominical de Clarín 05-06-77



El militante nacionalista Guillermo Kelly exhibió en su programa "Sin Concesiones", las tapas de dos ejemplares de Clarín Revista, *mientras preguntaba: "¿Señora de Noble, usted sabe de quién son estos niños?"*



Protagonistas y opiniones

Estela de Carlotto,

señora de Noble para hablar del

sí bus verda

–Por
–¿Y
chic
–Ent
dónc
ñalar
pór
Segu
en la
jos c
GEN
limit
–Ave
Y fu
taba
cido
aun
tand
tant
sabi
CLA
den
cua
cec
Grá
sea
mec
más
nale
tia c
de
ma
Cal
cha

II

AVISOS FÚNEBRES

La libertad conseguida en la Sala II de la Cámara Federal de San Martín era maravillosa, pero la había dejado groggy y necesitaba recuperarse durante algunas horas para poder salir al ruedo. Debía retomar la iniciativa. Ella no era cualquiera de esas copetudas que cuando cayeron entre rejas bajaron la voz y se guardaron la rabia. La memoria de Noble no la perdonaría. En las páginas de *Clarín* debía quedar registrado el mal que le habían hecho, las injusticias que se cometían contra ella y la advertencia clara, a todos los buitres que acechaban, de que les costaría mucho cascotear el castillo donde se atesora la herencia más grande de la historia argentina.

Esta vez no tenía, como en los ochenta, al tucumano Joaquín Morales Solá para que la asesorara frente a la computadora. Ya bastante había hecho por ella con ese artículo de La Nación del 19 de diciembre en el que había puesto su pecho para defenderla con la gratitud de quien comió de su mano durante tantos años. "Era el invierno de 1976 – escribió compungido Morales – ... Una noche fría de ese tiempo ingrato, la directora de *Clarín*, Ernestina Herrera de Noble, nos sorprendió con el relato de la adopción de sus hijos. Había también lágrimas, muchas lágrimas en sus ojos, pero correspondían a las emociones que despierta la alegría. El relato incluía la forma en que esas criaturas habían llegado a sus brazos. Un bebé tenía una hermosa sonrisa y el otro no paraba de llorar, decía. Incluía también, los farragosos trámites de la adopción entre jueces, médicos y abogados. Más de 25 años después, la señora de Noble sigue llorando por esos hijos". No le extrañaba la gentileza de *La Nación*. Al final de cuentas era el diario que dirigían los Saguier, hijos de Matilde Noble, la sobrina del marido. El artículo, al que Morales había titulado "Una madre que siempre habló de adopción", era conmovedor para todos aquellos que aceptaban la

teoría de la pobre señora. Era algo así, sentimental y humano, lo que ella necesitaba transmitirle a los lectores. Pero no podía, la cabeza no le daba.

El impulso decisivo llegó del propio Marquevich cuando el miércoles 8 de enero dictó, en plena feria judicial, el procesamiento de ***la Directora***, por el primero de los delitos de los que era acusada: falsificación de documentos públicos. El juez no creía en tanta lágrima derramada y puso en claro sus razones:

"Se ha verificado la puesta en marcha del engranaje judicial para satisfacer los deseos maternales de Herrera de Noble valiéndose de una inescrupulosa ingeniería ideada sobre el servicio de justicia".

"Presentar versiones falaces de los hechos, incorporar pruebas irregulares en especial por testigos amañados e informes a gusto, medida y conveniencia para demostrar un imaginario cuadro de situación propicio para lograr la adopción de los entonces menores".

"La beba no apareció en las circunstancias que dijo Herrera de Noble, sino que la casa donde apareció en una caja de cartón sobre la calle Laprida de San Isidro no era el domicilio o residencia de Herrera de Noble".

"Yolanda Echague de Aragón no fue vecina de Herrera de Noble ya que, en la época que ésta última dice haber encontrado a la criatura, Echague de Aragón residía en la localidad de Acasusso, junto con su esposo y su nieta y no en el barrio de Las Lomas de San Isidro".

"El otro testigo del caso, García, que supuestamente trabajaba como jardinero de Aragón nunca fue tal, sino que se desempeñaba como chofer personal de la viuda de Noble y de la familia desde hacía 38 años".

"La mujer que quería dar a su hijo (Felipe), María Luisa Delta, no existió ya que su matrícula personal corresponde a una persona de sexo masculino, y que no hay dato preciso y concordante de su personalidad, edad, figura o antecedente alguno que acredite haber tenido un hijo".

"Se encuentra probado que la encausada Herrera de Noble el

día 29 de noviembre de 1976 usó documentos apócrifos –certificado de nacimiento y testimonio de depósito provisorio– al entablar la demanda que culminó con el dictado de la sentencia de adopción plena fundada, básicamente, sobre dicha documentación".

"Se encuentra probado que Ernestina Laura Herrera de Noble hizo insertar datos falsos en su deposición ante el Tribunal de Menores 1 de San Isidro (en el expediente 7308, N.N. mujer) producto de lo cual provocó las falsas declaraciones que habrían prestado Yolanda Echague de Aragón y Roberto Antonio García"

A pesar de que sus abogados le dijeron que todo esto era previsible y que en la Cámara de Apelaciones las cosas seguramente cambiarían, no pudo evitar la decepción. No sabía que hacer, así que lo llamó a Magnetto por el celular y le pidió que le reservaran dos páginas en el diario para dar su respuesta en una carta a los lectores. Estaba dispuesta a escribir sola, sin consejeros, hasta que Magnetto la convenció de llamar a los abogados y esperar hasta el domingo 12 de enero para publicar la carta en un diario que tiraba 720.000 ejemplares.

Por primera vez, desde 1976, admitiría que los menores a los que había adoptado con sus métodos podían ser hijos de desaparecidos, pero eso sí, la culpa siempre era de otros: "me encuentro frente a dos realidades muy distintas –escribió – . Primero, el deseo legítimo de las Abuelas de saber si mis hijos fueron arrebatados a detenidos–desaparecidos. Segundo, los abusos del juez Marquevich. Muchas veces he hablado con mis hijos sobre la posibilidad de que ellos y sus padres hayan sido víctimas de la represión ilegal. Y siempre les he dicho que yo apoyaría la decisión que ellos tomaran. Tienen 26 años, son lo más importante de mi vida, una vida mucho más interesante, afortunada y prolongada de lo que jamás imaginé en mi juventud".

Mientras revisaba la última línea, su memoria traía el registro de aquella pieza de la calle Cavia, de los fotógrafos en la puerta del Juzgado, de los numerosos diarios internacionales con su foto, semiagachada y con esos oscuros anteojos que buscaban despertar la compasión general. Demasiadas afrentas como para no referirse al juez: "Marquevich no me conoce, nunca nos hemos reunido

¿tiene algo en mi contra? Les digo que sufro más por mis hijos que padecen por mí, que por mi situación personal. Sufro también porque veo su intimidad al aire libre, tironeada por especulaciones políticas y por deseos legítimos que terminan envueltos en esas mismas especulaciones. Mi misión es preocuparme por la gente. Conducir un medio que defienda la democracia, conducirlo para que siga siendo una herramienta al servicio de la gente. Eso lo que pienso seguir haciendo toda la vida".

Casi una semana detenida había sido mucho. Y aunque los tres últimos días los cumplió en la mansión, era un duro golpe a sus setenta y siete años. La carta a los lectores sería lo último que haría antes de dedicarse de nuevo a los chicos. Se prometió reponerse con el bálsamo de una familia que, decía, le había llevado veintiséis años construir. Ni siquiera la conmovería la solicitada que, en respuesta a su carta, le dedicaron las Abuelas sugiriéndole por enésima vez que mandara a Marcela y a Felipe a sacarse sangre para cumplir con el estudio de ADN.

Tenía mucho para contarles a los chicos. Jamás les había hablado de sus devaneos juveniles, de cuando esos hombres –por lo general maduros y casados– se acaloraban en el teatro y le gritaban "¡bien, Marinerita!", "¡otra, otra, Marinerita!". Nunca les había dado detalles de la desconcertante vida de "papá" – así llamaba a Noble frente a ellos – y, lo que era más duro, tampoco se había atrevido a relatarles a los chicos la verdadera parábola de sus vidas ni a confesarles que la historia de la madre que había abandonado a Felipe en un juzgado era falsa, igual de falsa que la historia de la cajita de cartón que misteriosas manos habían dejado una noche en la puerta de la casa de la calle Laprida de San Isidro.

La culpa que sentía era infinita, tanta como su memoria. En algunas zonas de su mente tenía el registro de cada hecho, de cada acto y ahora entendía por qué, a lo largo de treinta años todos los secretarios de redacción de *Clarín* se asombraban de su enorme retentiva.

¿Debía empezar? ¿La apodarían "la viuda negra" cuando terminara todos sus relatos, como esa araña peluda y temible que la atemorizaba de chica? ¿O la atormentarían con aquel refrán popu-

lar de 'la viuda rica, con un ojo llora y con el otro repica'?

Cuando se decidiera, ya sería tarde. Llevaba años cometiendo el más grande error de su vida: creer que nunca se averiguaría la verdad.

Si los jóvenes Felipe y Marcela aceptaran hacerse el estudio de ADN deberían concurrir por primera vez en sus vidas a un sanatorio municipal, el Hospital Durand de la Capital Federal, hacer una pequeña cola para ser atendidos en la unidad de inmunología y someterse a un leve pinchazo en el dedo que, con mucho gusto y cara de aburrimiento, le realizará una enfermera que gana 230 dólares por mes.

Su sangre pasaría entonces por un examen de abuelidad, a partir de los resultados que, desde hace quince años, se encuentran depositados en el Banco Nacional de Datos Genéticos. Allí, más de tres mil familiares de desaparecidos ya han dejado una muestra que sirve de base para el rastreo de los niños buscados.

Los médicos, mediante el seguimiento de marcadores genéticos pueden establecer si algunas combinaciones de ellos son heredados de los abuelos o simples coincidencias. Las probabilidades de certeza llegan al 99,95 por ciento y en todo el mundo son muy pocos los casos de dos individuos no relacionados que compartan el mismo tipo de sistema genético. Los resultados se conocen en dos meses.

La historia que se busca reconstruir con Marcela es la de una niña de seis meses, que se llama Matilde y que vio, el 4 de setiembre de 1976 en su casa de la calle Catamarca 1795 de Acasusso, como grupos del ejército y de la policía de la provincia de Buenos Aires atacaban la vivienda a tiros y granadas. La madre de Matilde era Bárbara Miranda y el padre, Roberto Francisco Lanuscou, ambos militantes montoneros. En el ataque murieron los dos y también los hermanitos de Matilde, Roberto de 5 años y Bárbara de 4. Según algunos vecinos, Matilde habría sido retirada viva, pero ese dato se supo recién después de 1983 cuando los abuelos de los tres chicos participaron de la exhumación de unos cadáve-

res N.N. en el cementerio de Boulogne y, al abrir los cajones, encontraron los huesos de los padres y de dos de los niños, un osito de peluche y un chupete. De Matilde no había nada. Siempre pensaron que en el asalto a la casa habían muerto los cinco integrantes de la familia. Cuando consultaron a un experto en antropología y restos humanos, les dijo que era imposible que los huesos de un bebé de seis meses se evaporaran en el cajón. El cráneo de la madre presentaba un orificio por lo que se deduce que fue rematada de cerca. Los militares y la policía habían impedido el acceso a la vivienda de los Bomberos Voluntarios de San Isidro que se presentaron por los llamados de los vecinos. Los diarios de la época hablaban de "cinco subversivos muertos en un enfrentamiento". Matilde jamás podrá abrazarse con sus abuelos maternos porque Juan Miranda y Amelia de Miranda fallecieron en 1995 y 2001. Cosas del destino: el apellido de soltera de la abuela Amelia era Herrera. Había nacido en Córdoba, en 1923.

En el caso de Felipe se busca a un bebé que estaba en la panza de María del Carmen Gualdero, quien fue secuestrada el 8 de junio de 1976 en el barrio de Caballito por el móvil 1083 de la seccional 11 de Capital. De la esquina de Acoyte y Avellaneda, María del Carmen fue llevada a una dependencia de la calle Moreno de la Policía Federal y luego se pierde todo rastro. Estaba embarazada de 9 meses y tenía fecha probable de parto para el 25 de junio. Su abuelo, un militar retirado, había realizado algunas averiguaciones que le indicaron que había pasado por el centro clandestino Automotores Orletti que funcionó en la calle Venancio Flores 3519 del barrio de Floresta. El padre del bebé, Ernesto García, fue asesinado en 1975.

Mientras *la Directora* estuvo detenida en la pieza de la calle Cavia, ni Marcela ni Felipe se animaron a hablar con ella sobre un probable análisis. Todo cambió cuando llegó "mamá" a casa y los dos intentaron convencerla de ponerle un cierre a algo que llamaban calvario. Pero *la Directora* les dio una orden que sonaba muy parecida a aquellos gritos de reprimenda que recibían de niños:

–Mientras esté Marquevich de juez ustedes no se sacan ni una gota de sangre para ese juzgado.

Volvió a ser la leona de sus mejores años. La mujer que en los breves y escasos reportajes que concedía aseguraba que el único premio que no había recibido y más deseaba era el de "la mejor mamá del mundo". Estaba dispuesta a demostrar, en cualquier terreno, que ningún juez, aún el que había osado detenerla, sería capaz de obligar a "sus hijos" a hacer lo que ella no quería.

El domingo 26 de enero – el detalle de las publicaciones en día domingo nunca estaba ausente –, el título de la página 10 de *Clarín* era un aviso para Marquevich: "Hallan una prueba irrefutable en el caso de la directora de *Clarín*". La información señalaba que Marcela, de viaje por España para aprender cuestiones ligadas al manejo de un diario, había concurrido a un laboratorio en Barcelona para verificar su grupo sanguíneo. El resultado era A positivo. Con ese dato ***la Directora*** pretendía demostrarles a sus lectores que Marcela no era la beba Lanuscou desaparecida en 1976 ya que, decía la nota, en el expediente existía un certificado aportado por las Abuelas que certificaba que el grupo sanguíneo de la pequeña Matilde era B positivo.

La noticia no cambiaba en nada la historia de la causa ya que la prueba judicial determinante para averiguar si alguien es hijo de desaparecidos es el estudio de ADN y no el grupo de sangre. Pero el tiro por elevación al juez era furibundo: los Noble Herrera le refregaban en el rostro a Marquevich que se harían extracciones cuando a ellos se les diera la gana.

"Mi prisión forma parte de un plan que comenzó varios meses atrás y que tiene previstas muchas acciones más. Hay un sector político que quiere ir limpiando el terreno para adueñarse de todo el poder". Este texto, de enero de 2003, era parte de la Carta Abierta de ***la Directora*** a sus lectores y tenía varias lecturas en el difícil escenario argentino que asomaba. La más simple era, una vez más, imputarle la supuesta operación a la maldad o sed de venganza del menemismo y su brigada. Pero en las salas de lectura de entrelíneas de los analistas de medios y en la propia redacción de *Clarín*, también se abrieron especulaciones de otro tipo.

La Directora cumplirá 78 años a mitad del 2003. Su agotamiento físico es notorio y la causa por la apropiación de los chicos puede aniquilarla moralmente. La clase media argentina, principal sostén de *Clarín*, no toleraría tan fácilmente que su diario de tantos años fuera dirigido por una condenada por delitos aberrantes. ¿Por qué no un pase de manos y una retirada elegante a cuarteles de invierno?

En ese escenario, el nombre de Héctor Magnetto escalaba posiciones y acumulaba sospechas. A muchos les llamó la atención que en los días de las rejas y los comisarios y las órdenes de allanamiento, quien era su segundo en el Grupo, y naturalmente la persona encargada de poner la cara, se ocultara de las explicaciones dando un notorio paso al costado. El único que hablaba era el *doctor* Padilla Fox.

"Muchachos, queremos traerles tranquilidad. Este es un ataque contra el diario. Tenemos que seguir trabajando y con fuerza. Quienes trabajamos en *Clarín* no podemos bajar los brazos". Con distintas palabras en cada sección, los jefes recorrieron la redacción durante la última semana de diciembre y les hablaron a los periodistas para que el pánico no se extendiera. Las cenas de fin de año, típicas de toda empresa, estuvieron a punto de ser canceladas en las secciones Política y Economía por propuesta de algunos cronistas que, extremadamente solidarios con *la Directora*, decían que "no era momento de festejar nada". Realmente había quienes pensaban que en la sombra podían verse aves de rapiña y no eran precisamente de plumaje menemista.

Son los mismos que están convencidos de que *la Directora* no confía ni en su imagen en el espejo y aseguran que, en el tercer piso del edificio de la calle Piedras, en el corazón del poder del Grupo, Marcela ya tiene una oficina esperándola para que se meta en los manejos de *Clarín*. *La señora* no desea más sorpresas en su vida.

La figura de una viuda millonaria siempre tuvo especiales atractivos para la prensa. En este caso no porque existiera un candidato para casarse con ella a los 77 años, sino por el rumbo que podía tomar la herencia del imperio mediático con mayor facturación de la Argentina. Algunos seguidores de la trama Ernestina cayeron en el facilismo de las especulaciones. Que si se decretaba la nulidad de las adopciones Marcela y Felipe perdían todo, que los chicos ya tendrían jugosas cuentas en el exterior, que Magnetto se preparaba para un sabroso conflicto sucesorio.

Pero no eran los periodistas los únicos que habían tomado por caminos amarillos y estaban exaltados con estos escarceos. ***La Directora*** también se interesó por el intríngulis hereditario y le pidió a Padilla Fox que le armara un esquema con todas las posibilidades. Cuando lo recibió, se quedó tranquila con el primer párrafo: si el juez decretaba la nulidad de las adopciones, al no tener hijos ni padres vivos, ella podía testar la totalidad de su fortuna a favor de Marcela y Felipe o cómo luego elijan llamarse. La segunda posibilidad le pareció rara, pero también aceptable. La readopción. Al no existir otros hijos, podía adoptar a Marcela y Felipe mayores de edad siempre y cuando se demuestre en una causa judicial la existencia de lazos de familiaridad que así lo justifiquen y exista plena conformidad de los adoptados mayores.

Años antes todas estas cuestiones de herederos y herencias y malditos testamentos le habían causado una jaqueca permanente. En los últimos meses de vida del ***Doctor***, cuando él ya la llamaba cariñosamente *La Piti*, no sólo se había quedado al lado de su lecho para acercarle los remedios y controlarle la fiebre, también quería hablar con él sobre las redacciones y arreglos del testamento que Noble hacía y deshacía mientras desvariaba en la paz cordobesa.

El desplazamiento que *La Piti* había conseguido de los demás herederos no forzosos era notable. Desaparecían hermanos, amas de llaves, sobrinos y el nombre de ella se agigantaba en los mismos niveles en que la salud del ***Doctor*** se venía a pique. Tenía muy claro que en algo no debía distraerse: Clarín debía ser para ella. Era un diario que valía 47 millones de pesos ley en 1969 y una

máquina de fabricar dinero. Quedarían para la disputa final, tres mujeres: la pequeña Lupita, que por entonces vivía con ellos en la estancia y que se sacaría de encima a la semana de la muerte de Noble, la mamá de Lupita, y ella.

Imaginaba de nuevo la cara que puso y la amargura que tragó el día que le notificaron la primera demanda. Era la ex del ***Doctor***, conocida como Guadalupe Zapata, que en representación de su hija menor de edad, Lupita, intentaba impugnar la validez del casamiento de ***la Directora*** y de todas las manifestaciones testamentarias que le parecían nada equitativas: los campos, departamentos y las Galerías Santa Fe quedaban para la niña y el diario y el dúplex donde vivían, para la esposa. Los juicios terminaron en complejas conciliaciones gracias a las gestiones del ex secretario privado de Noble, Jorge Baeza, en las que finalmente Clarín fue a parar en su totalidad al patrimonio de la directora mientras Lupita recibía los inmuebles en la Argentina y Uruguay y algunas pequeñeces relacionadas con el diario que olían a tomada de pelo: entrega cotidiana y gratuita de un ejemplar del diario, un palco en el Colón y el carnet de periodista si cumplía con los requisitos legales. A partir de ese momento, las puertas de *Clarín* quedaron cerradas para la niña Lupita, a quien ni siquiera le dirigiría la palabra.

Cuando Guadalupe Georgette Noble, el verdadero nombre de Lupita, (Noble le puso Georjette porque quería un hijo varón al que iba a llamar Jorge) tuvo idea de lo que había ocurrido con la herencia del padre y también de la veda que le imponía *Clarín*, sacó a relucir el recio carácter –sí heredado– del ***Doctor*** y convocó a sus abogados para que iniciaran el operativo rescate. Contrató al constitucionalista Germán Bidart Campos y reconoció que estuvo mal asesorada en los anteriores pleitos en los que había desistido y aceptado la dispar herencia "por razones de armonía y para mantener la paz familiar"... Estaba dispuesta a dinamitar lo que ***la Directora*** había construido durante años, cuando se aprovecharon de su inocencia de niña bien y la excluyeron de toda mención. Un día de 1996 lanzó el grito de guerra: "le voy a pelear las páginas del diario a Ernestina".

Fue uno de los juicios de impugnaciones hereditarias y declaración de derechos más apasionantes que haya vivido la justicia civil argentina. Armada de papeles hasta los dientes, la única hija que, hasta ahora, es quien lleva con todas las letras y sin objeciones el apellido Noble, cuestionó la validez de algunas cláusulas testamentarias que le daban a Ernestina el manejo exclusivo de *Clarín*, pero en lo que más hacía hincapié era en su "apartamiento espiritual y periodístico de la mayor obra de creación de mi padre que es el diario *Clarín*". Sus abogados iniciaron la demanda en el Juzgado Civil 35 y la carátula del expediente era otra muestra de las trifulcas familiares: "Noble, Guadalupe c/ Herrera Ernestina s/ Derechos Personalísmos, N° 4553".

La lista de agravios que Lupita había acumulado durante años parecía interminable: captar la voluntad de Noble para desheredarla, perjuicios de 37 millones de dólares debido a la desheredación, no tratarla públicamente como única hija de Noble, apropiación indebida de la marca Roberto Noble.

El contragolpe de La Viuda en el expediente sonó como una advertencia. Le refregaba a Lupita su carácter de "´hija extramatrimonial"´y deslizaba la hipótesis de que no fuera hija de Noble. Era su táctica preferida: jugar con los secretos del padre que Lupita desconocía. Como una fiera herida, Lupita llegó a a lo máximo y pidió un estudio de ADN con todos los sobrevivientes de la familia para demostrar que su sangre era la de un Noble.

La disputa estaba por superar la paciencia de ***la Directora*** cuando los abogados le sugirieron, en diciembre de 1998, que llegara a un arreglo y que además pagara el daño moral que reclamaba la Lupita, convertida ahora en Lupe y conductora del programa de cable Virtudes Capitales que se televisa por Política y Economía *(P+E)*, después de ponerle fin a su matrimonio con el ex funcionario de la cultura menemista, y también cantante, Enrique Llopis.

El jueves 10 de diciembre de aquel año, para los lectores de *Clarín* pasó casi inadvertida una carta de una persona apellidada Noble. Era la primera vez en 30 años que se le permitía escribir y entonces Lupita desgarró su corazón para que ***la Directora*** entendiera cómo iban a ser las cosas de allí en adelante: "Un padre no

está hecho de bronce sino de alma, sangre y piel. Aunque sea recordado por su obra, detrás de cada hombre público hay siempre un ser humano que ama, acaricia, besa y trasciende en sus hijos… Los recuerdos se agolpan y se entrelazan. Me llevan a Villa del Totoral, su refugio, su descanso. En esa tierra cordobesa de paz y dulcedumbre, de luminosos atardeceres entre viñas, churquis y alfalfares según la época, entre pájaros y caballos, papá tenía su estancia La Loma. Era su cable a tierra. Cuando las preocupaciones lo acuciaban, buscaba refugio en el campo para retemplar el ánimo. Y en esa solitaria reflexión encontraba el impulso necesario para enfrentar nuevos desafíos. Siempre repetía que en la vida hay que ir de frente y poner la cara. El peso de sus realizaciones se palpaba en todas partes. Cuando me hacía saludar a todo el mundo en la Villa del Totoral, en realidad me estaba enseñando a corresponder el respeto y la veneración que recibía de aquellos cordobeses agradecidos. Hoy te digo papá, que recuerdo a tu gente, esos hombres de campo que te querían, te respetaban y a veces, también te temían. A esos periodistas que procuraban alcanzar la fuerza de tus convicciones, esos hombres incondicionales que, salvo queridas excepciones, ya no están para reconfortarme recuperando tu anecdotario. Han pasado treinta años desde aquel inexplicable paseo en bicicleta que Norberto Ezeiza, administrador de La Loma, improvisó para alejarme de ese lugar y de esa hora en que ya habías muerto. Yo tenía diez años. Y no nos despedimos. La noche anterior habíamos visto una película de Bob Hope".

Desde entonces Guadalupe concurre a los actos de la Recoleta – dónde Ernestina ni aparece – en homenaje a su padre, lleva a su hija Sara Llopis a cuanta recordación del doctor Noble se celebre y cuando algún curioso le pregunta si alguna vez será periodista del diario, responde con dulzura: "Yo con *Clarín* ya estoy en paz".

No muy lejos de las Galerías Santa Fe que heredó Lupita, vive el matrimonio Jaján. Cualquiera que los viera caminar por el barrio cuando salen de compras hasta el supermercado Disco, diría que se trata de una pareja de jubilados que ha tenido un buen pasar y

que en los últimos años se vino a menos. Tendrían razón. El, un señor alto y calvo, de anteojos gruesos y mirada perdida ya tiene ochenta y uno. La tentación de compararlo con el tío Lucas, aquel personaje de los Locos Adams, es irresistible. Ella es una señora elegante, que cuida cada peso como si fuera el último y que pasa los días preparando su venganza II en un libro en el que contará "toda la verdad de Noble y la vieja esa". Se cuida de no usar malas palabras ante los periodistas que la interrogan, cosa que no hace su marido, quien cada dos por tres se refiere a ***la Directora*** como "esa yegua de mierda".

No hay en el planeta alguien que odie más a la señora de Noble que los Jaján. No le perdonan que los haya dejado con las manos vacías después de tantos favores realizados. Aseguran que una noche de abril de 1982 el gerente financiero de *Clarín*, José Aranda, llegó hasta la casa de ellos en la calle Paraná para ofrecerle a "Don Emilio" un trabajo de ablande. La empresa necesitaba que alguien de confianza del abogado de "las Guadalupes" lo convenciera de no seguir adelante con las demandas que cuestionaban el matrimonio de Ernestina y la cada vez más creciente herencia del padre. Jaján no supo nunca quién le dio su nombre a los hombres de confianza de ***la Noble***. Pero comprendió que Aranda sabía bien a quién iba a pedirle ese favor: él era un gestor de operaciones comerciales internacionales, lo que en el mundo de las valijas misteriosas y los vendedores de influencias se conoce como un "abrepuertas". Peronista de la ultravieja guardia, a Jaján se le conocían amistades con el empresario Jorge Antonio, alguna vez delegado de Perón, con Guillermo Kelly y con gran cantidad de viajantes asiduos que cerraban operaciones de exportación de maderas a México o de cemento a países árabes.

El abogado Ramón Martos, amigo de Jaján, era un incansable buscador de pruebas con las que intentaba anular el matrimonio entre Roberto Noble y Ernestina Herrera. Llevaba varios años en esa tarea por encargo de Guadalupe Zapata, la madre de Lupita y primera esposa de Noble. Su argumento era que Noble ya estaba casado con la Zapata en Culiacán, México en 1958 y, por ende, el matrimonio Noble–Herrera de 1967 era nulo. De esa manera *la*

Directora perdería la herencia y el diario *Clarín* quedaría a disposición de un nuevo juicio sucesorio en el que la Lupita y la propia Zapata ocuparían una posición privilegiada como herederas.

Sin embargo ***la Directora*** había preparado un buen contraataque. Sostenía que la Zapata no podía decir que se había casado primero con Noble, porque su propio matrimonio con el ***Doctor*** era nulo. La acusaba de no haberse divorciado del piloto de aviones Carlos José Federico Stehlin, con quien se había casado en Buenos Aires en 1955, y por ende, si nunca se había separado, mal podía casarse con Noble. Jaque.

Pero no contaba con que Martos tenía otra jugada en mente: la señora Zapata había iniciado en la Argentina un juicio reclamando la nulidad de su propio matrimonio ya que sostenía que Stehlin, en 1955, también estaba casado con anterioridad con la señorita francesa Viviane Alice Cochery. Había conseguido el acta de matrimonio Stehlin–Cochery celebrado en Nueva York en 1942 y pedía que se declarara que el matrimonio Zapata–Noble era indiscutiblemente válido. Estaba todo en regla, tenía hasta una opinión favorable de la fiscalía y se preparaba para celebrar el gran triunfo judicial que apartaría a la Ernestina de la propiedad de *Clarín*. Jaque.

Jaján aceptó el trabajo encomendado por Aranda y se lanzó a buscar contactos en México y en Francia para conseguir lo que parecía imposible: obtener algún documento que demostrara que el casamiento Stehlin–Zapata era válido y para ello era imprescindible una sentencia de divorcio entre Stehlin y la francesa, un matrimonio que se había celebrado en los tiempos de la Segunda Guerra Mundial cuando el aviador juraba que combatía contra los nazis.

Para estas cosas, nada mejor que Ciudad Juárez en México, el paraíso de los "divorcios al vapor" en la década del 50. Hasta allí viajó Jaján y un policía que trabajaba para él. A las tierras calientes y cerveceras, cercanas a la ciudad tejana de El Paso y llenas de historias de contrabandos de frontera, tráfico de inmigrantes a los Estados Unidos y, sobre todo, millones de divorcios. No era una exageración la fama. Gracias a una ley mexicana que autorizaba

que "por incompatibilidad de caracteres" una pareja podía lograr su divorcio, el Registro Civil de Ciudad Juárez se hizo famoso por la rápida tramitación que le daba a esos casos. "Andate a Juárez que allá te separan, a lo mucho, en dos días", comentaban los abogados de todo el mundo. Se llegó a registrar el tiempo récord de una separación: un matrimonio de California había obtenido el divorcio en 14 minutos. Llegaban famosos de todo el mundo, urgidos por nuevos amores y viejos rencores, y los diarios mexicanos llenaban sus páginas con las noticias del corazón: se separaban en Ciudad Juárez Ingrid Bergman y Roberto Rosellini, Marylin Monroe y Arthur Miller, Mía Farrow y Frank Sinatra. Muchos ni siquiera pisaban México. Bastaba darle un poder a los abogados por la mañana para que el trámite se cerrara antes de que anocheciera.

Diez ***doctor***es en leyes de Ciudad Juárez se enriquecieron en aquellos años y se calculaba que 187 millones de dólares entraban a la ciudad por año en concepto de impuestos por trámites de divorcios, gastos de alojamiento de las parejas y honorarios de abogados. El imán no sólo era la velocidad de los empleados del registro civil, rápidos para concretar el fin de un enlace. En muchos países – la Argentina era uno de ellos – aún no existía la ley de divorcio.

El plan Ciudad Juárez dio resultado. Jaján regresó de México con el trofeo que demostraba que Stehlin se había separado "al vapor" de la francesita el 29 de febrero de 1944. Por lo tanto, su matrimonio con la Zapata era válido. Si era válido, la Zapata no contaba con aptitud nupcial cuando se casó con el ***Doctor*** Noble. Zapata–Noble era nulo, y en consecuencia Ernestina estaba bien casada con Noble. Jaque mate.

Cuando Jaján se presentó a cobrar sus honorarios, ***la Directora***, Magnetto y Aranda le respondieron sin eufemismos que "se dejara de joder". Le decían que ya había cobrado viáticos y sostenían que quien había realizado la investigación era el policía y no Jaján.

Cuando en 1986, después de un último intento por conseguir la recompensa se encontró con las puertas cerradas de la residencia

de *la Directora*, Jaján empezó con el juicio. Era apenas el comienzo de otra de las historias de un movedizo zorro de los negocios que se había retirado a casa a discutir con su señora cómo podían hacer para cobrar. En otro sentido, *la Directora* se proponía lo mismo, que cobrara y para toda la cosecha.

La suerte no lo ayudó y aún espera novedades en la última instancia, pero antes debió soportar la condena del juez de instrucción Mario Quiroga quien, por denuncia de Ernestina, encontró que en el expediente de reclamo de honorarios, se había cometido "tentativa de estafa procesal".

La voz de mando de *la Directora* puso a Jaján en la lista de los indeseables y así, durante varios años, el gestor engañado vio su apellido en grandes titulares de *Clarín* relacionado con el narcotráfico. El diario partía de un hecho real: Jaján había sido condenado a 16 meses de prisión por la justicia estadounidense por defraudación al Tesoro al haber hecho una declaración jurada incorrecta en una extraña operación de la que nada se contaba: agentes encubiertos de la DEA, la agencia antidroga estadounidense, entre los que se encontraba un ex tupamaro delator durante los 70, querían ingresar fondos del lavado de dinero a Sudamérica mediante compras inmobiliarias que les facilitaba Jaján con unos campos de su propiedad en Misiones. En el medio aparecía un abogado de *Clarín* viajando a Estados Unidos para aportarle a la jueza los antecedentes de Jaján en la Argentina y la veloz y llamativa presentación de un escrito de *la Directora* al juez Quiroga, el mismo día de la condena a Jaján, informándole de la sentencia condenatoria en los Estados Unidos.

De jugar con fuego y quemarse, Jaján había aprendido la lección. La posta la tomó su esposa, limpia en antecedentes y con menos nidos de víboras atravesados en su hoja de ruta. "Emilio, yo no paro hasta verla presa", le dijo una tarde de 1995 en la cocina amplia del departamento que parecía detenido en la estética de los 60.

Y no paró.









La familia Lanuscou-Miranda. En 1976 Roberto Lanuscou, Bárbara Miranda y sus hijos Roberto y Bárbara fueron asesinados por la dictadura en un ataque a su casa en Acasusso. Una tercera hija, Matilde, es buscada hoy por las Abuelas de Plaza de Mayo.





Ernesto García, asesinado en 1975, y María del Carmen Gualdero, secuestrada el 8 de junio de 1976 cuando estaba embarazada. Son los padres de un bebé que debió haber nacido a fines de junio de 1976. Abuelas de Plaza de Mayo sospecha que Felipe podría ser aquel bebé.



En enero de 2003 la revista Noticias *presentó al matrimonio Jaján como el enemigo número uno de Ernestina Herrera de Noble.*
Emilio Jaján fue quien consiguió la documentación clave que le permitió a LA VIUDA *convertirse en la heredera indiscutible de* Clarín.
Ana de Jaján inició en 1995 la denuncia por la que el juez Marquevich detuvo a LA DIRECTORA.

pe Noble retorno a "Clari









a los 7 años, cuando su padre, Roberto J. Noble, la llevó a recorrer el
o «Clarín», por ese entonces en la calle Moreno al 800, y la ubicó a su
n las reuniones de directorio. También de más pequeña, y luego Gua-
Georgette Noble hoy, a los 40 años, como se la vio este verano último
nta del Este. (Fotos del pasado de un libro de Guillermo Patricio Kelly.)

la. Con eso despejó sus íntimas y enfrentó todos ríos de herencia, aunque gunó.

un juicio por desarraigo de su esencia. Cuando muchos no lo esperaban, a fines del año pasado, un juez le dio la razón en

debe la salida esa carta de ayer donde se le reconoce a la hija del fundador el derecho de dirigirse al público desde el

ción tras tres décad putas con Laura Humanamente suer ble este reconocimi

En diciembre de 1998, Ámbito Financiero *dio cuenta del final del juicio iniciado por Guadalupe Noble contra Ernestina Herrera. El diario de Julio Ramos destacaba como noticia la publicación de una carta de la hija de Roberto Noble en el matutino de su padre después de décadas de haber estado silenciada.*

Clarín, 2 de diciembre de 1953

Teatro CINE Artistas

Un Interesante Recital de Danzas Hubo en el Teatro El Nacional

Presentó a sus Alumnas la Directora C. del Valle

LA gracia puesta en la ejecución de sus danzas y la plasticidad de los movimientos de sus participantes, merecieron el aplauso del público que asistió anoche a la presentación de las alumnas de Concepción M. del Valle, realizada en el escenario del teatro El Nacional.

La primera parte del programa, cuyos números tuvieron por ejecutantes a las alumnas de más corta edad, fué cerrada con una creación de la profesora "Del principio a la mitad", que conquistó por la ajustada interpretación del conjunto, la entusiasta acogida de los espectadores.

En la segunda parte del programa, se acentuaron los aplausos del público, al premiar con su simpatía la labor de Laura y Carmen Herrera, en "Alegrías"; de esta última, en "Danza del Terror"; de la primera, en "Farruca"; de Emma B Ylla, Lilia A. Ylla, Teresa Basualdo, Blanca Romero, Nilda B. Toselli y Carmen Ventrice, en "Malagueñas"; de Nilda Toselli en "Farruca"; de Elsa Lapp, en "La muerte del cisne", y de Carmen Ventrice, Lilia Ylla, Emma Ylla, Mirta B. Rodriguez, Victoria Luna, Emilia C. Palazzo, María E. Schena, Irma Vidal, Pilar Zamorano, Blanca Romero, Nilda Toselli, Beatriz Marrazo y Myriam Schuman, en "Bolero".

Finalizado el espectáculo, la profesora Concepción M. del Valle, re-



LAURA y Carmen Herrera, alumnas de Concepción del Valle, en una de sus felices interpretaciones



II BIS
ESPECTÁCULOS

Lo más difícil para toda bailarina de flamenco que no ha nacido en Andalucía es mantener los brazos en alto durante tanto tiempo sobre el tablao. Parece sencillo. Pero sólo aquellos que han practicado los palos durante mucho tiempo saben de los calambres y el cansancio que dejan horas y horas de zapatear, rumbear y aplaudir.
La Marinerita tenía 21 años en 1946 y sus brazos en alto se lucían en la sala El Tronío cerca del Bajo, sobre la avenida Corrientes. Era más bien petisa, pero su escultural cuerpo se lucía cuando, subida a esos zapatos de taco con pulsera, iba de un lado a otro del escenario envuelta en un vestido bien ajustado hasta la cadera que le ponía a su espectáculo un picante que ninguna otra bailaora tenía.
"Marinerita/ que yo no pueo/de tu barco de vela/ ser marinero". Una mano en alto y la otra subiendo y moviendo las faldas. Taconeo y otra vez: "Marinerita/ que yo no pueo/ de tu barco de vela/ ser marinero". Los ojos claros de él, seguían cada contoneo. Era la primera vez que ***el Doctor*** Noble entraba a esa sala de varieté que se autoproclamaba "El mejor Colmado de Buenos Aires" y de la que tanto hablaban los muchachos de las oficinas de *Clarín* Corrientes que justo la tenían frente al trabajo. Había terminado su recorrida desde la redacción de Moreno 840 hasta el local del 526 de la avenida que nunca dormía. Allí se recibían los pocos avisos clasificados que, en septiembre de 1946, los porteños publicaban en el nuevo diario. Para clasificados, nada mejor que *La Prensa*, razonaba el público lector, y eso preocupaba al Doctor que siempre se daba una vuelta para alentar a los administrativos: "ya vendrán buenos tiempos, no se preocupen".
La noche en el bar de El Tronio era distinta a todas, le había dicho también el uruguayo Rodolfo Rodríguez Lorenzo, un buen amigo que ocupaba el cargo de jefe de fotografía del diario y que conocía

como pocos los buenos lugares de bailes, borrachines y putas de Buenos Aires. Con años de experiencia en la revista *Cascabel*, siempre comentaba que las famosas del momento se rendían ante su cámara. En una oportunidad, aseguraba Rodríguez, la vedette Nené Cao se le había presentado a una sesión de fotos con un tapado y, ante su sorpresa, se sacó el abrigo y le preguntó si le parecía bien que, de una vez por todas, posara desnuda para él. Algunos amigos de ***El Doctor***, eran unos atorrantes.

"Vaya a ver a la Marinerita, no se va a arrepentir", le dijo Rodríguez Lorenzo al patrón. A los 44 años, y aunque ***el Doctor*** ya había probado todos los placeres, no conocía bien los misterios del cante jondo, las gracias españolas y las buenas carnes de las muchachas que se anunciaban en las carteleras de ese local que competía con el Tabarís y el Trocadero. Cerca de las ocho y media de la noche, se ajustó el nudo de la corbata, y dándose aire de conquistador, prendió un habano y cruzó todo el salón hasta llegar a la zona de camarines. Los que lo conocían le abrieron el paso, pero él no quiso avanzar más. Sólo le dijo a uno de los hombres que cuidaba la puerta: "le da esto por favor a la Marinerita".

La tarjeta decía "Roberto Jorge Noble, director de *Clarín*", y en la línea de abajo se destacaba en rojo el número de teléfono.

Años después, la Marinerita Ernestina estaba trabajando en las oficinas de *Clarín* Corrientes como cajera. No estaba mal el puesto. ***El Doctor*** había sido generoso y, de paso, le quedaba cerca para cruzarse, cuando quisiera, al Tronio a ver a las viejas amigas y a su hermana Carmencita.

De a poco se fue adaptando a las máquinas registradoras, las anotaciones con lápiz en el cuaderno de ventas y los clientes acosadores que miraban desafiantes su espléndida silueta. Debía conseguirle un trabajo también a la Carmen. Lo hablaría con ***el Doctor*** la próxima vez que salieran.

El día que la hermana fue nombrada inspectora de juegos infantiles en las plazas de la ciudad, la Marinerita ya había dejado de bailar, también de cobrar avisos en *Clarín* Corrientes y ambas eran el orgullo de sus otros tres hermanos. Trabajaban juntas en la municipalidad de Buenos Aires gracias a los buenos oficios del intendente radical Francisco Rabanal, quien no podía negarse a uno de los tantos favores que le pedía ***el Doctor***.

Blanquita Herrera seguía soltera, María Esther noviaba con un muchacho de apellido Tortorella y Carlos Eduardo estaba a punto de casarse. Los tres sin embargo, seguían atentamente los pasos de las otras dos hermanas, las bailaoras, pero en especial el caso de Ernestina. Se estaba vinculando a otro ambiente, de mucho más nivel que el de ellos. Novia semioculta del dueño de *Clarín*, salidas con, políticos, legisladores, directores de revistas. Junto a Carmencita se daba el lujo de pasar cada tanto por la sala de prensa de la Municipalidad y quedarse charlando con los periodistas que, al verlas retirarse, comentaban bajito que una era la cuñada d***el Doctor*** Noble y la otra la novia.

Ernestina no estaba cómoda en ese rol, pero cuánto había cambiado su vida desde entonces. No era lo mismo volver a casa en colectivo que llegar en el imponente Cadillac verde que Julio, el chofer d***el Doctor,*** manejaba con soltura y mucha velocidad. Otros días la pasaba a buscar Roberto, el chofer más importante y el preferido de Noble. El de todos los días y el que sabía guardar muy bien los secretos.

Su vida ya merecía una corta pero tormentosa biografía, con un amor apasionado, aunque también infiel. A los treinta y cinco años veía como ***el Doctor*** disfrutaba de su hija Lupita y nunca se había atrevido a preguntarle si había sido feliz durante aquel matrimonio veloz, apasionado y carnal con la casi adolescente Marta María Guadalupe Zapata Timberlake, quizás más bella, pero sin la gracia para caminar y seducir que a ella le daban los años de tablao.

El día que ***el Doctor*** le avisó, en diciembre de 1958, que otorgaría un poder para casarse vía México porque la Zapata ya tenía un matrimonio anterior con un aviador, pensó que el mundo se le

terminaba. Necesitó escuchar las explicaciones del caso: que Lupita necesitaba papeles en regla, que ya había sido todo un lío traer a la nena desde México y anotarla en Buenos Aires con una segunda partida de nacimiento, que el ex marido de la Zapata, el piloto estadounidense Carlos Stehlin estaba armando unos líos bárbaros con las fechas de nacimiento de Lupita y que hasta se decía que la nena no era de él sino de Stehlin. Demasiada confusión, pensaba para sí, y demasiadas complicaciones.

Mejor sería quedarse en el molde, razonar como lo hacen las mujeres que se consideran afortunadas por el sólo hecho de tener un buen pasar, y dedicarse a disfrutar del departamento en la avenida Las Heras que le había puesto ***el Doctor***. Qué más. ¿Qué importaba si la nena había nacido el 4 de junio de 1957 en el Hospital Español del Distrito Federal, o el 10 de noviembre de 1958 en Tepoztian México, o el 4 de octubre de 1958 en Buenos Aires? ¿Qué importaba tanto Lupita si al final de cuentas él la admitía y amaba como hija? La llevaba a la redacción, mostraba su largo pelo rubio en las reuniones de la plana mayor de *Clarín*, le pagaba regularmente una buena cuota alimentaria que el servicial Angelito Ruscio, el hombre que le manejaba todas sus cuentas, le alcanzaba al departamento de la Zapata en la calle Castex.

Eran muchos y silenciosos los sufrimientos de Ernestina. Sólo compartidos con esa mujer de su edad, apenas más alta y apenas más hermosa, a la que llamaba en esas tardes melancólicas para tomar algo en las confiterías de la zona del Botánico y ponerla al tanto de sus angustias, como verdaderas amigas que eran.

- ¿Qué hago Neve? ¿Decime qué hago por favor?
- No seas tonta. Aceptalo como es. El es un tipo especial, con mucha vida y muchas vueltas. Yo sé que a vos te quiere y te quiere mucho, pero por ahora te va a tener ahí. Vos lo que deberías hacer es apurarlo un poco. Decile que te gustaría estar más tiempo con él, algo así. En algún momento vas a tener que hablarle de casamiento.
- ¿Casamiento? Vos estás loca Neve. Está casado en México.
- Pero avivate nena. Casamiento en México, no acá. Avivate.

Neve Bandini era, en el lenguaje de la época, una mina polenta, en

todo sentido. Para Ernestina porque le servía de hombro consejero, para los hombres, porque se sentían atraídos por ese andar tan seguro que hablaba de una mujer realmente experimentada. Era la hermana de Reinaldo Bandini, el editorialista de Economía y hombre de máxima confianza del ***Doctor***. Alejada de los avatares de la prensa, Neve estaba más metida en las cuestiones terrenales que rodeaban las relaciones humanas y, cada palabra de ella, tenía el mismo valor que el de una Celestina.

fume de po



ROBERTO NOBLE *conoció a Ernestina Herrera durante un paseo en barco por el río Paraná. Con el tiempo, ella creó el emporio "Clarín".*

Es la propietaria del holding periodístico

cas aparicio-
ran en archi-
en a fotogra-
tes, jefes de
rsarios de su

Era lo que qu
ar por los ca
Noble por en
tar la ciudad
ción —150.

III

Sociales

–¡Hay que casarlos urgente! ¡Si Noble se muere perdemos el diario!

En la estancia cordobesa de La Loma, muy cerca de Villa General Mitre, un político de viejas mañas y cara de profesor de matemáticas sudaba la gota gorda. En la habitación vecina, Roberto Noble, el único dueño del diario *Clarín*, ya tenía la muerte entre sus ropas. A los 65 años, una lesión cerebrovascular y el desvencijado corazón estaban a punto de ganarle la pelea mientras Rogelio Frigerio, su amigo y socio sin papeles, se preocupaba por la hora de la herencia.

La candidata era realmente hermosa. Todos hablaban de su increíble parecido con Sofía Loren y envidiaban su suerte: Ernestina Laura Herrera, *La Piti*, tenía 42 años y poco se sabía de su pasado. Cuando le preguntaban cómo había conocido a Noble daba siempre una respuesta poco convincente: "durante un paseo en lancha por el río Paraná".

La lancha, al menos, existía. El novio tenía estacionado en uno de los amarraderos del Tigre a "Jaguar", una embarcación mediana de la que se sentía orgulloso. Pese a que llevaban más de dos décadas de romances y convivencias salteadas, Noble no le había propuesto matrimonio y tenía una razón: la implacable influencia católica de sus padres jamás le perdonaría un doble casamiento.

No era que a su futuro marido le preocupara la memoria de papá y mamá Noble, pero una familia como la de ellos no podía transitar por las páginas de las revistas amarillas ni ser parte de los comentarios en voz baja en el Jockey Club de La Plata. Aunque una nueva ola de rebeldías y modernidad recorriera el mundo en 1967, el respeto a los muertos era aún una obsesión para él. Papá Noble había sido un distinguido caballero platense, socio

del Jockey, apostador furibundo en el hipódromo de Los Eucaliptus, pero sobre todo, se trataba de un viejo líder del partido Conservador y admirador de la obra del militar más odiado por los pueblos indígenas Julio Argentino Roca. Don Pedro Javier Noble jamás hubiera aceptado que el menor de sus hijos, el más mimado, se casara dos veces y encima por iglesia. Mucho menos doña María Larrosa, descendiente de vascos franceses, que lo había criado con bastante sacrificio en el barrio de Almagro junto a sus hermanos Pedro Carlos, Ana María, Ricardo, Julio Argentino y Sara, cuando ya viuda debió abandonar La Plata para probar suerte en la Capital.

El esfuerzo de Doña María no había sido económico – porque los bienes del padre alcanzaron para vivir bien y mandar a los hijos a la universidad – sino ideológico. El pequeño Roberto había crecido entre los bares y billares de Medrano y Rivadavia y se había convertido en poco tiempo en el galán de la confitería Las Violetas. Su fina estampa le permitía cambiar de novias sin que nadie se escandalizara porque casi no había muchacha en el barrio que se resistiera a la tentación de salir un rato con el rubio alto, espigado, y con porte de corredor de cien metros, que además se había afiliado al Partido Socialista y pregonaba las ventajas de una sociedad distinta, justa y nueva, similar a la que los comunistas aseguraban construir en la Unión Soviética. "Justo el más chico se me hace socialista", maldecía doña María, mientras aseguraba que otra hubiese sido la historia si viviera el padre.

Pero en su lecho de enfermo, Roberto Noble ya no era más socialista. El novio llevaba muchos años desde su giro a la derecha, su simpatía por Mussolini y Hitler, su alineamiento con la Unión Democrática, algún coqueteo con el peronismo hasta finalmente caer en manos del desarrollismo de Frigerio y el ex presidente Arturo Frondizi. Tal vez – habrá pensado la novia – si se hubiese mantenido en las filas socialistas no tendría tantos prejuicios en meditar y volver a meditar si era adecuado casarse con ella pese a la existencia de aquel matrimonio en tierras mexicanas.

Cuando Noble les dio las indicaciones a Frigerio y al gerente general del diario Héctor Cabezas para que se ocuparan de los papeles del casamiento y de gestionar que la Iglesia autorizara una ceremonia en el departamento donde vivían, ella pensó en felicitarlo por su ruptura con los principios conservadores pero al final decidió que no era el momento. Lo conocía bien y sabía que tras esa decisión, además de pasión y agradecimiento, se escondía la verdadera preocupación de su futuro marido: *Clarín* no debía quedar en manos de cualquiera.

Se sentía amada por ese hombre elegante al que sus viejas novias aún llamaban "El Teniente seductor", por el personaje de la película de Maurice Chevalier. No la asustaban ni las dudas de último momento del novio, ni la presencia en la casa de la inquieta Lupita, ni la inseguridad que le transmitía cuando hablaba de un casamiento de apuro para arreglar el tablero de su vida. Ella presentía que le daría no sólo el sí sino gran parte de su fortuna. En eso la querida Neve tenía razón. Quienes rodeaban al débil Noble creían lo contrario. Veían como sus testamentos se deshacían de un día para otro. Un escribano al que siempre recurrían llegó a contar cinco textos diferentes con su última voluntad. A Noble la herencia le importaba tanto como a Frigerio, pero los entreveros de su pasado revoloteaban por su mente a la hora de designar a los herederos.

Los dos pensaban en el futuro de *Clarín*. Noble, para ver quién podía manejar en forma más eficiente su obra maestra, esa opera prima que marcaba rumbos en el periodismo y a la que quería como si fuera otra hija. Frigerio para ver si desde *Clarín* continuaría dictando una doctrina económica que le facilitara a los desarrollistas el regreso al poder.

En 1967, *Clarín* no era el gran diario argentino pero estaba muy cerca de lograr esa posición. Desde la cuarta ubicación cómoda que ocupaba en la década del cincuenta, detrás de *La Prensa, La Razón y La Nación*, ahora se asomaba al tope de la tabla en ventas con un futuro enorme gracias al empuje de los avisos clasificados. Allí estaba su gran secreto. Los enemigos de *Clarín* sostenían que, sin quererlo, Perón le había dejado a Noble una gallina

de huevos de oro. La clausura y posterior confiscación del diario *La Prensa* durante el segundo gobierno peronista, permitió que la gran masa de avisos que la clase media publicaba en ese diario saltara al joven matutino que desde varios años atrás buscaba captarlos. Los dueños de *La Prensa,* que se jactaban de que "en este país nadie está oficialmente muerto si no aparece el aviso en *La Prensa*", maldecían entre lágrimas la increíble fortuna de Noble, aunque pensaban que cuando cayera "El Tirano" todo volvería a su cauce.

Nunca ocurrió. La Prensa volvió a salir pero en manos de la CGT y la clase media, que día a día veía crecer su pelaje gorila, prefirió poner los avisos en *Clarín,* un diario que, al final de cuentas, no parecía ni muy peronista ni muy antiperonista.

Noble manejaba como pocos el don del oportunismo y cada vez que podía se lo explicaba a la fiel Ernestina que lo cuidaba en sus últimos días de enfermo, razón por la cual muchos cordobeses que merodeaban por la estancia creían que era la enfermera. La bella dama ni se imaginaba que estaba por recibir un imperio y no sólo un diario, pero igual, día a día, aprendía como era aquello de quedar bien con dios y con el diablo después de haberle arrebatado a cada uno una nube y una tormenta. Supo así que no había que temerle a los fantasmas del tercer Reich. Noble le explicaba pacientemente que admiraba de Perón su estilo germanófilo y que, pese a apoyar furiosamente a la fórmula Tamborini–Mosca en la campaña electoral de 1946, había reflexionado en los primeros años del gobierno de el General e intuía que en la Argentina podía nacer una variante nacionalista que tomara "lo mejor del nazismo". Si bien con el tiempo renegaría del entusiasmo que sintió a partir de 1937 con la figura de Hitler, llegó a reconocer ante un grupo de amigos, entre los que se encontraba el periodista Francisco Llano, que el mismo Hitler lo había invitado a conocer Alemania y que tenía reservado un camarote a bordo del Cap Arcona, viaje que nunca pudo realizar debido al rumbo que tomó la Segunda Guerra Mundial.

El mundo había cambiado también para él y ahora quería

dar muestras de su arrepentimiento. A Frigerio le decía que, en aquellos años, había sufrido una "enfermedad generacional" y que no entendía "la grave inmadurez" con la que había actuado en las décadas del treinta y cuarenta cuando simpatizaba con el Fuhrer. Los últimos actos del gobierno de Perón y su caída, admitía, le habían ayudado a revisar algunas ideas.

Pero aunque abjuraba de sus pecados de juventud, era un empresario hecho y derecho. Sus empleados no olvidaban que meses antes de su casamiento, sorprendido porque por primera vez en la historia de su diario asomaba una organización gremial de los trabajadores, despidió a los delegados sindicales y a los activistas del Sindicato de Prensa. Entre los periodistas impulsaba las asambleas un joven redactor de la guardia matutina que tenía un especial predicamento con los obreros de la sección Expedición, Eduardo Jozami. En el clima de época de entonces, los militantes de izquierda y los peronistas agotados de tanta proscripción coincidían en exigir aumentos salariales y politizar los conflictos laborales para que el gobierno del radical Arturo Illia escuchara sus reclamos. Noble no lo soportó, ni aguantó las asambleas multitudinarias que se hacían en el local de los obreros gráficos en la calle Moreno. Cuando la comisión intersindical entre periodistas y gráficos avanzaba con entusiasmo y en las elecciones del gremio parecía que triunfaría una lista de izquierda, llegó el golpe de Onganía, la intervención del sindicato y la ola de despidos en *Clarín*.

Ernestina no entendía muy bien al peronismo y las propias actitudes de Noble a veces la confundían. Sabía que en 1946 había puesto el diario al servicio de la candidatura de su hermano Julio Noble, representante de los demócratas progresistas en las listas de la Unión Democrática y que además había recibido 16.000 pesos de la UD para publicar una serie de propagandas electorales en la campaña contra el aún coronel. Dos titulares de Clarín redactados por Noble eran elocuentes: el del 7 de febrero cuando se presentó la fórmula presidencial José Tamborini–Enrique Mosca "El pueblo va a proclamar la fórmula que salvará los destinos de la república" y el del domingo 24

de febrero, día de las elecciones "Pueblo argentino a las urnas: Tamborini". Su marido le decía que Perón era "un demagogo y un autoritario", aunque admitía que un tiempo después del triunfo del candidato del laborismo – resultado que a Clarín le costó reconocer – redactó algunos editoriales elogiosos frente a algunas medidas de gobierno del General. Y poco antes del golpe del 55, Noble aceptó el encargo de Perón para que cumpliera una misión conciliadora con los Estados Unidos. "Don Noble – le había pedido el General –, dígales que si el gobierno argentino no es comprendido ni aceptado en los centros influyentes de la vida norteamericana, el pueblo argentino no debe ser víctima de negativas o sanciones por parte de los dirigentes estadounidenses".

Odiaba la figura de Evita. No porque fuera bandera de los más humildes y de cientos de jóvenes que practicaban para revolucionarios sino porque había defenestrado a Noble en los pasillos la Rosada. "Ese cajetilla metido a periodista", era la frase preferida de la señora de Perón cada vez que se refería al dueño de *Clarín* a quien no podía convencer de que le pusiera la camiseta peronista al diario. Los intentos de los hombres del General por disciplinar a Noble se realizaban en forma clandestina, sin el aval de Perón. Muerta Evita, el diputado José Emilio Visca se convirtió en el principal enemigo d*el Doctor*. Desde su estratégica posición de presidente de la comisión estatal que distribuía bobinas de papel a los diarios, manejaba las cosas con el mecanismo de premios y castigos cada vez que encontraba un artículo muy peronista o poco peronista. Más de una vez Noble debió levantar el teléfono y quejarse ante Perón porque Visca no le abría los galpones para que sus camiones cargaran el papel.

Por suerte, pensaba Ernestina, Perón estaba exiliado en España, Visca ya no molestaba y en cambio el gobierno de Juan Carlos Onganía mantenía vínculos interesantes con su veterano novio. Si en un futuro cercano le tocaba manejar el diario, sabía que con los militares de esa época tendría línea directa. El general Onganía admiraba a Francisco Franco y Noble se consideraba amigo del dictador español a quien, en uno de sus viajes a Ma-

drid, le había regalado un poncho de vicuña que usaba en sus días de pesca.

Pocas veces se enredaba en las discusiones sobre política en esas interminables reuniones nocturnas a las que convocaba su novio después de dejar casi listo el cierre de la edición. A Noble no había algo que le gustara más que revisar algunos textos del diario hasta las diez de la noche, llamar a dos o tres amigos periodistas para invitarlos a cenar y ordenarle a su chofer que trajera el auto para partir, todos, rumbo a su dúplex de Santa Fe y Rodríguez Peña. Atenta a todo lo que se decía, y en especial al centenar de anécdotas con que Noble divertía a sus invitados, Ernestina se dio cuenta que a su lado tenía a un hombre de novela. Periodista de deportes en *La Nación*; en marzo de 1930, a los 27 años, el diputado más joven de la cámara por el Partido Socialista Independiente, nuevamente diputado por la Concordancia del general Agustín Justo en 1932 y vicepresidente de la Cámara, ministro del fraudulento gobierno del fascista Manuel Fresco en la provincia de Buenos Aires, militante durante la Segunda Guerra Mundial de la mal llamada neutralidad que escondía a los tamborileros de Hitler y autor de leyes progresivas como la que protege el derecho de autor y a su vez instigador de normas que le permitían a la policía el secuestro de literatura comunista o de reglamentaciones que fomentaban el sindicalismo corporativo y manejado por el estado.

La boda y sus preparativos no eran un tema que la desvelara. Para esas cuestiones, Noble ya había designado a los hombres que se iban a ocupar de todo. Siempre le había garantizado una vida de princesa que ni en sus años de cajera en las oficinas de Clasificados, ni en sus rutinarios días de empleada municipal había soñado. Su miedo se llamaba *Clarín*. Conocía al detalle lo que pensaba Noble de sus amigos, de sus propios hermanos y de los mejores gerentes de la empresa. Ninguno de ellos era merecedor de la enorme joya que se levantaba en la calle Piedras. El diario debía estar bajo la mano de una sola persona, alguien que no lo traicionara jamás y esa persona era ella, la más inexperta en negocios, la que nunca había escrito un artículo, la inocente

Ernestina a la que todos admiraban por su andar sensual, sus vestidos ajustados y su carácter indomable. Antes de casarse, vio venir su destino y advirtió que tarde o temprano se convertiría en la señora directora. No había tiempo que perder y, para no fracasar, debía copiar cada paso, cada frase, cada pensamiento del amor que se le iba.

Mil veces había escuchado de boca de Noble las historias de una misteriosa mujer griega. Sin que él se lo dijera, sabía que le estaba dando un ejemplo de cómo una dama podía pilotear un importante medio de comunicación al punto de tener a un país pendiente de ella. En 1961, cuando estaba de paseo por Atenas, Noble supo de la historia del diario "Cotidiano" que era manejado por una mujer de cincuenta años y se propuso entrevistarla. Perseguida por la policía del gobierno, la directora escapó de Grecia horas antes de la charla pactada con el periodista argentino que se quedaba sin la nota, pero duplicaba el atractivo que sentía por esa mujer. No había reunión de directores de diarios o secretarios de redacción donde Noble no hablara de la griega, de sus editoriales desde el exilio en Londres, de las denuncias que escribió luego desde los Estados Unidos. A Ernestina le empezaba a quedar claro que su novio quería para *Clarín* alguien como la griega.

El frío de julio no perdonaba ni a los ricos. Cuando Noble fijó el día 27 como fecha para la boda religiosa, los amigos y conocidos de ambos se extrañaron porque no era habitual que los casamientos importantes se realizaran un jueves. Pero ella no discutió. Le bastaba complacerlo en todo lo que quería y ya había escuchado las directivas: "ceremonia privada y tranquila". El cura que los casaría estaba a la altura de los acontecimientos: Antonio Caggiano era el cardenal primado de la Argentina, el arzobispo de Buenos Aires, vicario castrense y el hombre de más influencia en la Universidad Católica. La iglesia argentina no tenía otro hombre de mayor prestigio eclesiástico para ofrecerles. La lista de 150 invitados, que encabezaban tres ex

presidentes (el dictador Pedro Aramburu, el monigote José María Guido y Arturo Frondizi) servía para demostrar que a los Noble convenía tenerlos más de amigos que de enemigos. Los padrinos elegidos estaban casi cantados, María del Carmen Herrera de Tiercin, la Carmencita, por parte de la novia y Enrique Viacava, primo hermano del novio y uno de sus compinches en el diario.

Los primeros meses del matrimonio no fueron muy distintos a los años de noviazgos. En los pisos once y doce de avenida Santa Fe 1678, en el edificio que *el Doctor* había mandado construir para levantar en su planta baja una galería comercial de primera, Ernestina disfrutaba de los balcones terraza, de un amplio jardín diseñado con buen gusto francés, de los cuadros de Rembrandt y del nuevo apellido. Ya era la señora de Noble y como tal debía guardar silencio con las trasnochadas de su marido, sus viajes relámpago a Europa, las interminables mesas de amigos y políticos que, convocados por *el Doctor*, discutían el país derecho y pujante que aspiraban a gobernar.

Noble le prestaba más atención a Frigerio que a Ernestina y si bien ella no se lo hacía notar, era muy raro ver a los tres compartir una mesa. Ella se ubicaba en un sillón, a una distancia respetable, y veía cómo su marido escuchaba con admiración a ese hombre de los anteojos gruesos al que consideraba un hermano. Con la voluntad de una alumna aplicada, Ernestina se esforzaba por comprender lo que debía comprender. Frigerio era el Buda de los desarrollistas. Se jactaba de haber cautivado a Frondizi en una calurosa tarde de 1956 en la casa de Delia Martiarena de Jaramillo, y de que el entonces líder radical tomara sus "soluciones nacionales" para convertirlas en el programa de gobierno con el que haría campaña para las elecciones de 1958. Era conveniente entonces que esas conversaciones entraran por una oreja y no salieran por la otra. Noble admiraba a Frigerio y ella ahora era una Noble. "Ojalá Dios me dé salud para ver a este muchacho en el lugar que le corresponde, la presidencia de la república", le dijo una tarde en que no se sentía muy bien después de una jornada agitada en el diario. Comprendió entonces que sería mejor no

protestar cada vez que Frigerio llegaba al dúplex con una botella en la mano y muchas horas para dialogar.

Los enemigos de Noble decían que su acercamiento y posterior ligazón con el desarrollismo era una cuestión de intereses que duraría unos pocos años más. No sabían de la estrecha amistad de Noble con Frondizi, a quien había conocido gracias a Frigerio, de los abrazos que le pegaba al grito de "¿Qué hacés Gubbio?" en alusión a la ciudad italiana de sus raíces, o de cómo lo había defendido durante los ataques opositores que minaron su paso por la Rosada. Lo que decían era que durante el gobierno de Frondizi, *Clarín* había recibido un importante préstamo del Banco Nación para la compra de sus primeras rotativas y que ésa, y no otra, era la razón del apoyo incondicional que *Clarín* le brindó a Frondizi desde sus páginas. Con esa historia real, alimentaban además numerosas versiones; entre ellas, la que decía que Frondizi y Frigerio poseían, por vía de testaferros, acciones de la empresa. Cuando los chismes llegaban hasta Ernestina, ella defendía a su marido con la convicción de haber visto todos los papeles en regla: "Roberto jamás va a entregar una sola acción del diario. El quiere el manejo unipersonal. El que dice otra cosa no lo conoce".

No exageraba. Una de las pocas discusiones que había mantenido con su marido giró alrededor de algunos intentos de compra del diario por empresarios estadounidenses que le habían echado el ojo al medio de comunicación que más prometía. A *La Piti*, las ofertas le parecían razonables. Pero para Noble el diario era la vida. Le encantaba llegar al edificio de la calle Moreno, cruzar la redacción con el sombrero y el habano en la mano, acariciar los escritorios de madera y recibir cada dos metros el saludo que más le agradaba: "Buenas tardes, doctor".

Adentro del diario era ***El Doctor***. El prohombre que había vendido su estancia "Santa María" en doscientos mil dólares para poner en marcha *Clarín*. El que había estado a punto de liquidar su último auto cuando, en los primeros meses de la nueva empresa, la falta de avisos parecía condenarla al cierre.

Ernestina hubiese querido que los últimos días de Noble a su

lado transcurrieran a bordo de cruceros que surcaran el Atlántico rumbo a la Europa que tanto admiraba. Conocía la debilidad d*el Doctor* por los viajes y sabía que por esa razón en el diario lo criticaban cuando se tomaba vacaciones de tres meses para recorrer Francia, España e Italia. A ella en cambio, le encantaba acompañarlo y hasta se animó a hacer planes para que, a fines de 1968, el invierno europeo los encontrara a los dos levantando una copa de champagne en el Andalucía Palace de Sevilla, el hotel preferido de su marido.

Pero los médicos dijeron no. El final se acercaba sin disimulos y Ernestina pasó de esposa a enfermera de verdad. La fiebre y el cerebro de Noble, que cada vez respondía peor, no le daban tregua y debió acatar la recomendación de los especialistas: "Llévelo a Córdoba. Necesita tranquilidad y aire puro. Basta de salidas, de alcohol y de habanos".

Ernestina mandó preparar la estancia como si fuese a alojar a un rey. La tropilla de caballos "pasucos" debía estar lista por si *el Doctor* quería verlos lucirse con el paso a la peruana en un espectáculo que le recordaba sus grandes tardes de doma. En el tocadiscos debía escucharse a Schumann y a Beethoven, pero también a Canaro y a D'Arienzo, dos amigos. Y la radio y el televisor, sólo a la noche, cuando había que combatir a ese eterno insomnio que acompañaba a Noble desde los veinte años y que nadie había logrado derrotar. Era una hazaña encontrar a alguien que hubiese charlado con Noble entre las seis y las doce de la mañana. Esas eran las horas en que recién llegaba el sueño.

Ernestina dejó de ser Ernestina el domingo 12 de enero de 1969 a partir de las diez y media de la mañana. Desde aquel momento todos la llamaron *La Viuda* y comprobó que el apellido Noble no sólo era símbolo de dinero y poder en la Argentina de entonces. Le otorgaba además un prestigio intelectual que no sospechaba. Mientras lloraba con discreción en el velorio del marido veía desfilar frente a su ornamentado cajón

a ex presidentes, ministros, gobernadores, intendentes y una gran cantidad de jerarcas de la iglesia que no entonaban con la vida alegre y secreta del difunto doctor. El beso de pésame del nuncio apostólico monseñor Umberto Mozzoni no la conmovió tanto como el mensaje que traía: "Señora, su Santidad Paulo VI le hace llegar sus condolencias".

El traslado del cuerpo en avión desde Córdoba, el velatorio en la sede del diario, la larga marcha del cortejo que cruzó la ciudad, el entierro en la Recoleta, la bandera argentina que cubría el cajón y el ejemplar de *Clarín* que algún buscador de ascensos colocó sobre el ataúd fueron los últimos momentos en los que sintió la presencia del entrador caballero que durante años le había parecido un ejemplo de elegancia, fino trato y que aún en las peores borracheras con whisky importado la había hecho sentir como una primera dama.

Cuando Luis Sciutto, el ex futbolista uruguayo que brillaba en el diario con el seudónimo de Diego Lucero, pronunció el discurso de despedida en nombre de la redacción, *la Viuda* sintió que era hora de mirar hacia adelante. "*Clarín* es el reflejo de lo que fue Noble en espíritu y persona", dijo con voz enronquecida el periodista preferido y compañero de jaranas de Noble. Ella entonces giró la cabeza hacia los costados, recorrió uno a uno los rostros de los hombres de confianza y tembló. Le tocaba bailar con la peor. ¿Cómo conseguir que el diario siguiera el pensamiento de Noble y no el de decenas de buitres que ya sobrevolaban por la edición del día siguiente?

No tenía la menor idea. El 21 de enero de 1969 se puso un vestido negro, un collar de perlas y resolvió hacerse cargo del diario. Llegó a *Clarín* después del mediodía, se dirigió a la sala de reuniones cuando todos esperaban que se apoderara del sillón de Noble y un rato después, temblando como una hoja, se paró en la mitad de la redacción y dijo unas palabras de compromiso a los periodistas. Todos la aplaudieron, más con lástima que con convencimiento.

Si bien había visitado varias veces esa larga cuadra de escritorios antiguos que apestaba a cigarrillo, en poco tiempo com-

probó que no era un chiste aquello que le decía el marido sobre el miedo a la hoja en blanco. En las primeras semanas al frente de *Clarín, la Viuda* no se animaba ni a escribir los editoriales ni a decidir cuáles serían los principales títulos de cada mañana. El diario le quemaba por dónde ella caminara. La muerte de Noble había dejado el terreno limpio para que Frigerio y Frondizi desplegaran todo el armamento desarrollista y consumaran el sueño del pibe: tener un medio propio. Los dos puestos estratégicos estaban bien marcados. Oscar Camilión, un nacionalista liberal católico que se había pasado a la filas de Frondizi, era el jefe de redacción. Era un hombre de confianza de Frigerio que había sido funcionario durante el gobierno de la Unión Cívica Radical Intrasigente. Noble le había encargado a Camilión la responsabilidad de darle "coherencia política" a la línea editorial de *Clarín* desde 1965. Pese a que no tenía antecedentes periodísticos, Camilión estaba considerado como uno de los mejores teóricos de las ideas del Movimiento de Integración y Desarrollo (MID), el partido que Frondizi y Frigerio habían creado luego de la pelea y división que se armó en la UCRI con el mayoritario sector de Oscar Alende. Uno de los responsables de la sección Economía era Reinaldo Bandini, el hermano de Neve, otro servidor de Frigerio que redactaba los editoriales económicos después de analizarlos junto a sus jefes políticos.

La Viuda, mientras tanto, se quemaba las pestañas leyendo y releyendo los libros fundamentales del marido muerto. Noble, por suerte para ella, había volcado su doctrina industrialista en una obra que realmente era más una expresión de deseos que un plan de acción de gobierno. En las doscientas páginas del libro "Argentina Potencia Mundial", además de una fallida profecía que hablaba de una población argentina de 65 millones de habitantes para 1985, se desplegaban los siete principios fundamentales para ganar "la batalla del desarrollo". *La Viuda* no tenía más que memorizarlos para seguir el camino que su marido había abierto en el complejo país de los sesenta: petróleo, siderurgia, caminos, transportes, carbón, energía y petroquímica. Casi nada para poner en marcha una sociedad que se empobrecía de

la mano de quienes cocinaban todas las recetas surgidas de los manuales capitalistas. El libro en realidad se debía en gran parte a la notoria influencia de Frigerio. Durante varias semanas de 1965 Frigero instruyó a Noble sobre su Plan Nacional de Desarrollo, le acercaba datos de la economía argentina y discutía con él los artículos más extensos de la revista *Qué*, el órgano oficial del frigerismo.

Durante un buen tiempo los trabajadores de *Clarín* creyeron que *la Viuda* había huido ante tamaña responsabilidad. Fue a partir de mediados de 1969 que dejaron de verla por los pasillos del diario y las historias más absurdas formaron parte de las charlas informales a la hora del almuerzo del personal en el buffet del primer piso. Los desarrollistas decían que la estaban preparando para convertirla en una gran empresaria: un curso intensivo para formar un cuadro a imagen y semejanza del marido. Y que se olvidara del viaje a Río de Janeiro del que estaba hablando con sus amigas para participar de los carnavales. Los neutros afirmaban que los otros la habían apartado para que no padeciera su endeblez intelectual. Entre tanta imaginería y lengua larga, los dos sectores tenían algo de razón.

El combate por el manejo del diario se daba en todos los frentes. La primera mujer de Noble cuestionaba la validez de los cinco testamentos redactados por ***el Doctor***; el MID no se cansaba de armar roscas con la dictadura de Onganía y quería que *la Viuda* alcanzara un alto nivel político para negociar con los militares.

"Es un ladrillo con pelo", le había dicho su marido sobre Onganía, al final de una de las últimas cenas, cuando ella era apenas *la Piti*. Sonrió, con la sonrisa que más le agradaba al doctor, y siguió con atención las diferencias que él le planteaba entre el general y su ministro de Economía. Adalbert Krieger Vasena entraba en la categoría de liberal del tipo conservador que agradaba a Noble. Ahora, perdida frente a la realidad argentina, *la Viuda* recordaba aquella cena y rogaba al cielo para que le diera la capacidad de entender quiénes eran los buenos y quiénes los malos. Había llegado el momento de dar la cara.

Faltaba poco para 1970 cuando tomó la decisión más importante de su vida aunque sabía que le llevaría un tiempo dar el golpe de timón: "soy *la Viuda* de Noble y a este diario lo tengo que manejar sola".





ESTINA HERRERA DE NOBLE
ige uno de los diarios más importantes del país, continuando en la e
edó de su marido. Y ha hecho suya su máxima favorita: "Sólo enc
icidad en la lucha".

IV

Economía

De lo poco que había aprendido del marido enseguida puso en marcha lo más elemental: las buenas relaciones con el poder. Antes de que finalizara el año invitó a cenar en el dúplex de Santa Fe a un grupo de militares y altos funcionarios del gobierno de Onganía. Aquella noche, la cuadra dieciséis de la avenida se llenó de autos Ford Falcon y Peugeot mientras los vecinos jugaban a adivinar quiénes estaban detrás de los anteojos negros que no paraban de desfilar. La cancillería del general con cara de foca y la primera línea de su gabinete económico mantenían aceitados contactos con los desarrollistas pero aún no conocían muy bien a la señora directora. Cuando llegaron al lujoso departamento comprobaron in situ lo que se decía del diario que más había engordado sus finanzas en los últimos tiempos. Las ventas de *Clarín* habían crecido durante 1969 y en las tres fuerzas armadas seguían con atención a la empresa periodística que con su tabloide se ganaba la confianza de la clase media. Onganía había desplazado a Nicanor Costa Méndez del ministerio de Relaciones Exteriores y en su lugar eligió a Juan Benedicto Martín, un amigo de Camilión, quien por esos días escalaba posiciones en el diario a tal velocidad que ya algunos lo conocían como la mano derecha de ***la Viuda***.

En plena cena, el flamante canciller Martín, por indicaciones de Onganía, le propuso a Camilión que se hiciera cargo de la embajada en Brasil. Se trataba de una oferta personal que buscaba tender redes con *Clarín* y con ***la Viuda***, a sabiendas de que venían días complicados en la Argentina y que la dictadura necesitaba de los medios de comunicación como los molinos al viento. El giro a la izquierda de importantes sectores de la juventud y del movimiento obrero desafiaban no sólo al poder militar sino también al poder económico. El peronismo se recomponía fun-

damentalmente de la mano de sus burócratas sindicales y en las filas militares, antiperonistas hasta el empacho y anticomunistas desde la cuna, se tejían alianzas desesperadas con los principales referentes del establishment.

La Viuda, aunque no se lo imaginara, ya formaba parte de las privilegiadas listas de empresarios que en aquella Argentina eran tomadas muy en cuenta tanto en los cuarteles como en los bancos. La ingenua visión que entonces tenía de la vida le hacía creer que las relaciones públicas solamente servían para construir negocios. Del gobierno de Onganía ya había logrado la firma del decreto ley 18.312 por el que se creaba el Fondo para el desarrollo de producción de Papel Prensa y Celulosa, un paso inicial indispensable para cumplir luego con uno de los objetivos que había soñado Noble: obtener para el diario el autoabastecimiento de papel y dejar de depender del control estatal en el reparto de las bobinas importadas. Mientras agradecía a los hombres de Onganía por las gestiones realizadas, por atrás de ella, Frigerio y sus delfines, entre los cuales sobresalía Camilión, completaban la otra parte del ideario de los ambiciosos y sembraban en un terreno que ***la Viuda*** aún no había descubierto: acercarse al poder para, de una o de otra forma, conquistarlo.

Durante la cena, atendida por los mismos morochos que cumplían tareas de mozos en el diario, se habló de los coletazos del Cordobazo y de la excelente cobertura que Justo Piernes había realizado para *Clarín*; de las buenas relaciones de Camilión con el general Juan Enrique Guglialmelli quien ya adhería con fervor a las ideas desarrollistas, de lo bien que se llevaba el general Agustín Lanusse, por entonces comandante en jefe del ejército con Kaplan y Rubino, los corresponsales de *Clarín* en Córdoba, de las primeras reuniones entre Frigerio, el almirante Pedro Gnavi y el general Ibérico Saint Jean. Todo ese mundo de intrigas, de relaciones bajo cuerda, de favores y palancas que se ponían en marcha mientras degustaban tintos franceses y espumantes portugueses, brillaba frente a los ojos de ***la Viuda*** que por primera vez en su vida se sentía como la Cenicienta

en el palacio. Jamás se enteraría del ofrecimiento a Camilión, quien rápidamente dijo que no porque no quería abandonar el diario en ese momento y porque estaba seguro de que no había otro hombre capaz de brindarle a *la Viuda* más seguridad que la suya.

Apenas unos centímetros más bajo que el finado doctor, pero también muy delicado en los modales y con un peinado que imitaba el de Noble, Oscarcito, o el doctor Camilión, pasaba entonces más horas en el despacho de *la Viuda* que en las habitaciones de su casa. Ella lo consultaba por la próxima edición del diario, por las ventas en Capital y en el interior y también por el mayor dolor de cabeza que le había dejado el marido, la peleada sucesión. De a ratos era el redactor Camilión y en otros el abogado Camilión. ¿Qué tenía de especial ese elegante cuarentón al que empezó a obsequiarle corbatas y a mandarle un sastre para que se hiciera trajes cruzados como los que usaba el Doctor? ¿ Sólo se trataba de la oportuna aparición en su vida de un gran bálsamo para sus preocupaciones de novata empresaria? *La Viuda* agradecía todos los días la elección de Noble cuando cuatro años antes convocó a Camilión, bajo el pretexto de convertirlo en un sagaz redactor de la sección internacionales, para luego contarle la verdadera razón del llamado: "usted está aquí para controlar la línea de la redacción. Tome el ejemplo de *La Prensa,* un diario en el que todo es coherente. Aquí en *Clarín* debe ocurrir lo mismo. Todo debe estar de acuerdo a lo que piensa el desarrollismo". En realidad, Noble vio en Camilión a alguien que venía de transitar su misma senda. Ex conservador, ex nacionalista, ex simpatizante de los golpistas de 1955, su atracción por la figura de Frondizi nació también de la lectura de los análisis que Frigerio volcaba en la revista *Qué.* Por esos días, la publicación que en realidad se llama *Qué sucedió en siete días* se acercaba a los 200.000 ejemplares y no había sectores políticos que no le prestaran atención. Hasta Perón en el exilio la mandaba pedir. De la mano de Carlos Florit, un hombre que llegaría ser canciller de Frondizi cuando los desarrollistas aún eran la Unión Cívica Radical Intransigente,

Camilión se acercaría definitivamente a su nuevo partido.

Desde aquel día en que el Doctor lo puso al frente de la redacción, Camilión vigiló cada uno de los comentarios de *Clarín*, colocó en caja a los jefes y periodistas radicales, conservadores, peronistas o liberales que creían en la libertad de prensa y – por presión de Noble – presentó su renuncia pública al desarrollismo para que los más desprevenidos creyeran que el flamante jefe de redacción se asumía como periodista independiente.

Nadie quería perderse el tren de *Clarín* y eso la dejaba satisfecha. A un año y medio de la muerte del marido y después de que los funcionarios de Hacienda, de Onganía primero y de Roberto Marcelo Levingston después, le facilitaran la importación de máquinas gráficas desde Europa, ***la Viuda*** inauguró el 28 de agosto de 1970 la nueva línea de rotativas que se instaló en el subsuelo del edificio del diario en la calle Piedras. Los obreros del taller recibieron la recomendación de sacarse las manchas de los sufridos mamelucos, los periodistas vestirían los trajes reservados para notas importantes y los gerentes debían disponer de tiempo para señalarle a la señora directora quién era quién cuando llegaran los invitados. Ella no pisaba muy seguido la oscura y ruidosa cueva donde el aroma a tinta era tan shockeante como los almanaques de rubias desnudas que daban vida a las paredes. Por respeto a las investiduras, una dotación de operarios de limpieza dejó el taller reluciente y a tono con la moral media de la época, es decir, sin almanaques. Se puso el trajecito que más le apretaba las caderas y bajó sin temblar por las empinadas escaleras hasta un pequeño escenario dónde debutaría como oradora política. Infaltable para estos trámites, la bendición estuvo a cargo del cardenal Antonio Caggiano, a quien le llamó la atención la soltura que empezaba a mostrar *la Piti*, especialmente cuando leyó el discurso ante el general Levingston, el presidente de facto que asistía como invitado especial a la ceremonia: "La identificación que el hombre de la calle hace entre *Clarín* y la doctrina del desarrollo constituye nuestro más grande orgullo. Algo así como una marca de fábrica que distingue cada

día el producto que ponemos a disposición del gran público. En efecto, *Clarín* es el diario al servicio del desarrollo nacional. El contenido cotidiano de su prédica es siempre el mismo, hay que hacer el desarrollo rápidamente con todo el vigor de que nuestro pueblo es capaz, con la urgencia implacable que nos impone la historia, con la ansiosa e intransigente vocación de poner a la Argentina, una vez más, en el primer plano de la expectativa mundial". Los aplausos duraron dos minutos, hasta que el cardenal lanzó el agua bendita sobre la mole de hierro y, muy cerca de él, la plana mayor del desarrollismo sonreía al comprobar que la alumna recitaba sin errores, y sin papeles, la lección. Habían descubierto una virtud que, al igual que su pasado, permanecía escondida: con sólo repasar una veces los textos, se los aprendía de memoria.

De tanto leer, escuchar y hablar de desarrollismo, ***la Viuda*** se había hecho – o eso parecía – desarrollista. Estaba claro que lo suyo no se trataba de una opción por convicciones políticas sino de una herencia sentimental. Con los años comprendería por qué Noble, un hombre al que alguna vez se le cruzó por la cabeza el sueño de la presidencia de la Nación, en el tramo final de su vida se había acercado con tanta fuerza a Frondizi y Frigerio. *El Doctor* no tenía una doctrina sólida como querían demostrar sus contados seguidores. Si algo estaba comprobando ***la Viuda*** en la lectura y desempolve del archivo de su marido era que se había casado con un cocoliche de ideas. Ya una vez él mismo le había admitido que gracias a Frigerio comprendía la importancia de la alianza de clases que sostenía Perón y que era una de las bases que el desarrollismo tomaba del General para autoproclamarse "corriente integradora nacional y popular". Mucho más le había dicho: "*Clarín* tendrá la misma sintonía de la revista *Qué*".

En la búsqueda de historias, y mientras revolvía cajones y papeles que había dejado su marido, ***la Viuda*** comprobó que el nombre del diario *Clarín* coincidía en demasía con un periódico de limitada circulación que se llamaba *Clarinada* y que, durante los finales de la década del treinta, había tratado de

convencer a los argentinos de las bondades de Hitler. Entendió así la obsesión de Noble en comprar la marca *Clarín*, en agosto de 1945, cuando ese título estaba en poder de una desconocida revista gremial de viajantes de comercio del interior y recordó, con cierta angustia, cuando lo escuchaba preguntar "¿y este judío quién es?" cada vez que algún colaborador le traía mensajes de alguna personalidad de aquella colectividad. Algo parecido habrá sentido cuando revolvió aquellos escritos del Noble de los años veinte cargados de romanticismo y utopía revolucionaria en el semanario socialista "Crítica Social" y los comparó con la correspondencia privada y afectuosa que mantenía con el caudillo conservador Alberto Barceló, a quien hasta sus amigos mentaban como el señor fraude. Le parecía increíble, pese a adherir a posiciones progresistas, con su exacerbado antiyrigoyenismo había contribuido con la "década infame". ¿Izquierda? ¿Derecha? ¿Centro? Ni siquiera en los parientes y amigos de Noble encontraba una referencia clara que le sirviera de clave para encasillar a su marido. Eduardo Busso, un ministro de la revolución Fusiladora de 1955, casado con Ana María Noble, hermana del Doctor, le había asegurado que el fundador de *Clarín* llegó a convertirse en uno de los principales colaboradores de la conspiración contra Perón y que varias veces juró que "comprometería vida y fortuna" hasta que triunfaran los comandos derrocadores del almirante Isaac Rojas. Sus cambiantes convicciones recién parecieron aclararse cuando empezó a leer los discursos de Frondizi y los libros de Frigerio, y decidió volcar allí su cambalache ideológico para apostar a la construcción de un pensamiento nacional más estructurado que el que venía masticando con dificultad. El desarrollismo no era otra cosa que el industrialismo nacional que pregonaba Perón, a lo que sumaba una ambigua visión a favor de la desestatización de algunos sectores de la economía. En este último punto se diferenciaba del peronismo clásico. Pese al origen marxista de Frigerio, las posiciones del desarrollismo sobre el capital extranjero eran lo opuesto a los postulados básicos de El Capital. Sostenían que las puertas

de la Argentina debían permanecer abiertas, y sin molestas trabas, para que los inversores pudieran explotar estas tierras con un mínimo control estatal. A la vez, apostaban a las existencia de una burguesía local que, al igual que el modelo alemán de Adenauer, levantara al país a fuerza de dejar de invertir en campos y vacas para pensar en fábricas, acero y energía. "Si otros lo hicieron, nosotros también lo haremos", escribió decenas de veces Noble en sus editoriales cuando en los últimos años de su vida defendía a los desarrollistas como a sus hermanos. ***La Viuda*** tomo de allí uno de los secretos: escribir frases rimbombantes, mencionar mucho a la patria y al ser nacional, y dejar que otros, y en especial Frigerio, armaran planes económicos mientras una disfrutaba de la buena vida y se preocupaba por ampliar los negocios.

Como en las películas de horror del cine zeta, los desarrollistas se extendían cual mancha gelatinosa sobre todos los poros de *Clarín* aprovechando la fragilidad intelectual de ***la Viuda***. La hermosa mujer a la que habían casado con Noble para no quedar afuera del control del diario, había picado el anzuelo y pensaba que los únicos hombres en la Argentina que mantendrían las banderas de su esposo en alto eran ellos, los del MID. ¿Cómo entonces podía oponerse a la idea de Frigerio que sugería el ingreso de un joven de La Plata? a un joven para que prestara auxilios en los tejes y manejes administrativos del diario que todavía estaban en manos de la vieja guardia antidesarrollista.

El muchacho, Héctor Magnetto, venía con la chapa de brillante alumno de la Facultad de Ciencias Económicas, y se desasnaba políticamente en las huestes de la juventud desarrollista bajo la atenta supervisión de otros militantes como Paulino Pena y Guillermo Sábato, el hijo de Arturo y sobrino del escritor Ernesto. Eran pocos, pero aún así fueron bien recibidos por la Agrupación Reformista Auténtica, una alianza estudiantil de radicales, anarquistas, socislistas moderados y conservadores que peleaba en las elecciones por el Centro de Económicas. Magnetto viajaba todos los fines de semana a Chivilcoy a contarle a los viejos para

que se sintieran orgullosos: el hijo del dueño del restaurante "El Sauce" se destacaba en la Universidad y había conseguido trabajo en la capital bonaerense en el previsible mundo de la venta de autos. Sus aspiraciones de entonces eran modestas, casarse, llevar correctamente las cuentas de Berlingeri Automotores y pasarla bien con dos de sus mejores amigos, los ex compañeros de la facultad José Aranda y Lucio Pagliaro, a quienes haría ingresar unos meses más tarde a *Clarín* sin imaginarse que con los años, todo el personal hablaría de ellos como "Los Tres Chiflados".

–Llamaron por teléfono y dicen que hay una carta para *Clarín* de los que secuestraron a Aramburu.

Era viernes al mediodía y el encargado de la mesa de noticias pensó que el Día del Ejército sería como tantos otros, aburrido y con la habitual recorrida por los distintos actos que los militares realizaban en esa fecha en todas las ciudades del país. Cuando aquel 29 de mayo los informativos de las radios hablaban del secuestro del general Pedro Eugenio Aramburu, nadie entendía qué pasaba. Un grupo comando había sacado de su casa al ex presidente de la dictadura que derrocó a Perón y muchos imaginaban que se trataba de un ajuste de cuentas entre sectores del ejército. Pero cuando horas más tarde le avisaron a Camilión que los secuestradores había elegido a *Clarín* para dar a conocer su primer comunicado, se le ocurrió que era una joda

–¿Montoneros? ¿Y quién carajo conoce a esos Montoneros? ¿No será un chiste de algún boludo?

–No, doctor – dijo el encargado por teléfono – Avisaron que vayamos a buscar una carta que está detrás del depósito del baño de un bar en la esquina de Guise y Santa Fe.

–Mandá un motociclista urgente a ver de qué se trata y me avisás enseguida.

La carta estaba dirigida al jefe de redacción de *Clarín* y al abrir el sobre, en un texto muy prolijo, la organización guerrillera que con los años se convertiría en un enorme imán para miles de

jóvenes , se presentaba ante el mundo: "Perón vuelve. Al pueblo de la Nación. Hoy a las 9.30 horas, nuestro comando procedió a la detención de Pedro Eugenio Aramburu, cumpliendo una orden emanada de nuestra conducción a los fines de someterlo a juicio revolucionario. Sobre Pedro Eugenio Aramburu pesan los cargos de traidor a la patria y al pueblo y asesinato en la persona de veintisiete argentinos. Actualmente Aramburu significa una carta del régimen que pretende reponerlo en el poder para tratar de burlar una vez más al pueblo con una falsa democracia y legalizar la entrega de nuestra patria. Oportunamente se darán a conocer las alternativas del juicio y la sentencia dictada. En momentos tan tristes para nuestra Argentina que ve a sus gobernantes rematarla al mejor postor y enriquecerse inmoralmente a costa de la miseria de nuestro pueblo, los Montoneros convocamos a la resistencia armada contra el gobierno gorila y oligárquico siguiendo el ejemplo del general Valle y todos aquellos que brindaron generosamente su vida por una Patria Libre, Justa y Soberana. ¡Perón o Muerte! Comando Juan José Valle–Montoneros".

Mario Firmenich y sus entonces veinteañeros compañeros consideraban a *Clarín*, lo que realmente era: el diario de mayor alcance a nivel nacional. Todos los fundadores de Montoneros tenían al diario de ***la Viuda*** como su primera lectura y a *La Razón* y *La Nación* como segundas fuentes de consulta. La elección no era casual y, si bien en los días posteriores también dejarían comunicados dirigidos a otros diarios, siempre la primicia estaba reservada para el matutino de Noble.

La Viuda se enteró de la noticia por un llamado de Camilión quien le tuvo que explicar que ningún servicio de inteligencia tenía idea de quienes andaban detrás de esos Montoneros. Ordenó que avisaran a la policía y consideró un acierto que se hubiese puesto en marcha una edición especial del secuestro con la publicación íntegra de la carta. *Clarín* estaba a punto de pegar el gran salto y, con una tirada promedio de 360.000 ejemplares, se acercaba a la cima de los diarios argentinos que compartían *La Razón* y *Crónica* con medio millón de ejemplares, aunque a esas

cantidades llegaban si se sumaba la tirada de todas sus ediciones.

La vida de viuda no le sentaba bien. Faltaba poco para el segundo aniversario de la muerte del marido y, por consejo de sus hermanas, empezó a vestirse con colores más alegres y a abandonar los vestidos ajustados de lunares negros y fondo blanco. El pelo todavía era azabache, la tintura apenas perceptible y en la cabeza se mezclaban y daban vueltas los problemas del primer cimbronazo económico que sacudía a la empresa. El diario se agigantaba pero, a la vez, era un territorio de disputa de dos poderes que actuaban en las sombras y en las cajas fuertes. En un rincón estaban los desarrollistas y su nueva tropa de jóvenes con ambiciones políticas. En la otra esquina se defendían como podían los antiguos gerentes y algunos jerárquicos periodísticos que decían estar cansados de recibir órdenes de "los boludos del MID". El subgerente financiero le comunicó una tarde que la empresa estaba en situación de preconcurso y que una media docena de cheques habían sido girados sin fondos y circulaban por la plaza. Algunos proyectos faraónicos, la renovación de las máquinas y la sensación de fiesta loca que se vivía por el crecimiento de los avisos habían cebado a quienes manejaban las cuentas. Una catarata de préstamos oficiales y privados habían llovido sobre la empresa mientras se aumentaban los sueldos de los principales gerentes. En muchos pasillos del diario se empezó a hablar de que "a ***la Viuda*** la están acostando" y después de una charla extensa con Camilión, aceptó el desafío: los desarrollistas no sólo iban a controlar la línea editorial sino que ella se entregaba a los hombres de Frigerio para que le resolvieran el entuerto financiero.

Era hora de apelar nuevamente a la solidaridad del gobierno de Lanusse y sentarse a esperar el alivio de los fondos estatales. Desde el banco municipal, manejado por Saturnino Montero Ruiz, se le concedió a *Clarín* un crédito que permitió tapar los agujeros causados por los cheques voladores. ***La Viuda*** pensó que con eso era suficiente pero Camilión le hizo ver que además era necesario llevar adelante una carnicería interna para salva-

guardar los intereses de la cofradía. Era la primera vez que el jefe de redacción, y ahora abogado asesor en temas financieros, le trasladaba semejante responsabilidad: "tenemos que echar gente y achicar el diario, las deudas son muy grandes".

Salvo porque ella nunca había firmado telegramas de despido, *la Viuda* no sintió mayores escozores en los días siguientes. La empresa redujo el personal notoriamente, se dejó de enviar el suplemento de avisos clasificados al interior del país porque se lo consideraba un gasto innecesario y se pactaron nuevas condiciones con los proveedores de tinta y de papel. Reclamaban lo de siempre, el esfuerzo de todos. Ella empeñó algunas propiedades que ya estaban a su nombre para obtener, fuera del circuito bancario, un préstamo adicional.

–¿Por qué los bancos privados no nos prestan plata? Le preguntó a Camilión el día que firmó los papeles en una de las cuevas de prestamistas que ya pululaban en el país.

–Porque hay sectores ligados al gobierno, especialmente los del ministro Bruno Quijano, que están agazapados esperando que nos caigamos para comprar el diario – respondió el subordinado.

La observación de su hombre más cercano le abrió los ojos y creyó ver ante sus narices el nido de víboras del que le hablaba Noble cuando, en la tranquilidad cordobesa, le decía que *Clarín* sería la envidia de todos los anduvieran por la Rosada.

Los servicios prestados por el desarrollismo en el manejo de la crisis, la cada vez más cercana relación entre Frondizi, Frigerio y un Perón que preparaba las valijas para el regreso que todos deseaban y las maniobras poco felices de los viejos capataces de las cuentas de *Clarín*, no demoraron la inclinación definitiva de *la Viuda*. Todo el poder al MID que, en definitiva, ya era el partido de su corazón.

La primera víctima de la vendetta desarrollista fue el subjefe de redacción, Francisco Luis Llano, un ladero de Noble desde los comienzos, que había sido repatriado por el diario en 1970 cuando cumplía tareas de corresponsal en Uruguay. Llano era periodismo puro, criado en los viejos códigos de la bohemia aunque

cargado de prejuicios morales y que por lo bajo pregonaba que *Clarín* debía ser dirigido por periodistas y "no por oportunistas". Enterada ***la Viuda*** de la campaña de desprestigio que Llano encabezaba en la redacción, pidió a sus leales que le acercaran alguna metida de pata del subjefe y cuando lo tuvo en la mira, disparó.

–Llano, ¿qué es esto que usted escribió? ¿Desde cuando la ganadería es una industria? Discúlpeme pero éste es un error imperdonable...

Sobre el escritorio estaba desplegado un ejemplar del diario en el que Llano había titulado "La vaca, por sí sola una industria". Se trataba de una nota en la que se comentaba que algunos laboratorios extranjeros estaban interesados en adquirir ojos de vaca para la elaboración de medicamentos. Llano entendió el mensaje y presentó la renuncia.

Los notables de la primera hora, los que habían bebido buen vino durante las largas cenas con el Doctor, los hombres que creían que en el diario no se mezclaban los tantos de la militancia política con el ejercicio de la profesión, tardaron poco en advertir que o se iban, o se ocultaban tras funciones inocentes o se convertían rápidamente al desarrollismo para que ***la Viuda*** los viera alineados y obedientes. Uno de los primeros en mostrar que había que sentarse donde calentaba el sol fue Sciutto, el simpático Diego Lucero de las crónicas deportivas que mantenía línea directa con ***la Viuda*** y a quien no le dio vergüenza confesarse en el tercer piso, en el despacho más importante de *Clarín*: "señora, así como Noble quería una Argentina grande, estoy seguro de que Frondizi y Frigerio desean lo mismo. Hay estúpidos en la redacción que hablan de los "desarrollistas" como si fuera una mala palabra y quiero que usted lo sepa".

Lo que Noble había logrado mantener con ciertas mañas resultaba imposible para ella. Su escasa experiencia le impedía garantizar la convivencia de quienes pensaban distinto. El diario había empezado a convertirse en un verdadero puterío. Más de un periodista recordaba *sotto voce* que Noble tenía otra esposa, decían que la sucesión revelaría a quién le correspondía el ma-

nejo de *Clarín* y se lanzaban rumores sobre seguras renuncias de la señora directora que huiría desbordada por el tamaño de la embarcación que timoneaba.

Fue en ese momento que Frigerio le aconsejó que mejor viajara. Durante unos meses, ***la Viuda*** iba y venía de Francia y de Nueva York para dejarles las manos libres a los leales y acatar la recomendación del monje más escuchado: "usted no debe intervenir en la confrontación interna. Deje que esto lo arreglamos nosotros. Va a ver que en unos meses estos despelotes internos se terminan".

Las aguas de la política no sólo eran turbias, también estaban cruzadas por decenas de corrientes subterráneas en las que se mezclaban nacionalistas con marxistas, peronistas con radicales, militares conservadores con comunistas stalinistas y, entre todos ellos, los desarrollistas del MID llevaban a la práctica la vieja consigna de poner huevos en todas las canastas. Para ***la Viuda,*** no había forma de comprender la multiplicidad de entretejidos. Por un tiempo dejaría bajo responsabilidad de Frigerio la confección de la hoja de ruta por la que se movería el diario. Ella se limitaría a ser una princesa decorativa que, después de llevar un discreto control sobre la contaduría, ofrecería almuerzos, premios, recibiría condecoraciones, atendería embajadores, ex presidentes y ministros, mientras el desarrollismo operaba en las mesas de negociaciones y sellaba acuerdos encubiertos o al aire libre.

Eso sí, reclamaba medidas urgentes para que *Clarín* no se quedara dormido en la estratégica construcción de la fábrica de papel que el estado fomentaba. No quería sufrir lo que había sufrido su marido entre 1945 y 1955 con el reparto discriminatorio del Poder Ejecutivo de las bobinas de papel que se importaban. Puso al novato Magnetto a interesarse por la marcha de los expedientes en los que se horneaba la planta papelera de San Nicolás y le exigió informes precisos. Por entonces, la dictadura llamaba a licitación pública para que los sectores priva-

dos se interesaran en participar de las acciones de Papel Prensa S.A pero los grupos mediáticos aún no tenían la dimensión económica necesaria para meterse en proyectos de esa envergadura. O lo que era más concreto, ni ***la Viuda***, ni los Mitre en la Nación, ni los Gainza Paz en *La Prensa*, ni Jacobo Timerman en La Opinión, estaban dispuestos a invertir plata en una tarea que, querían, se hiciera cargo el estado. Finalmente, Lanusse realizó una contratación directa con el grupo de la Editorial Abril que encabezaba el empresario César Augusto Civita. El estado se reservaba el veintinco por ciento de las acciones y además movilizaba importantes préstamos del Banco Nacional de Desarrollo para que don Civita importara bienes de capital y empezara de una buena vez por todas el emprendimiento que tanto anhelaba Roberto Noble.

Mientras tanto, Frondizi y Frigerio estaban a punto de cerrar otro pacto con Perón, esta vez para la creación de lo que sería, en 1973, el Frente Justicialista de Liberación y que por entonces llevaba el pluralista nombre de Frente Justicialista de Liberación Nacional. Tan viejo como zorro, Perón les hizo creer a los dirigentes del MID que ellos eran "pieza clave" en la conformación del frente que participaría de las elecciones presidenciales. A sus espaldas, se burlaba de ellos en sus comunicaciones privadas, escribía el apellido Frondizi con doble zeta para desmerecerlo y les contaba a sus delegados que en poco tiempo más conseguiría la meta que buscaba. Así ocurrió. Unas semanas después de la reunión Frondizi–Perón en Madrid, ***la Viuda*** invitaba a almorzar a Héctor Cámpora, el delegado de Perón en la Argentina, y le pedía disculpas por algunas notas críticas que *Clarín* había realizado contra el peronismo y contra el propio General. Era hora de que comprendiera que durante los próximos meses el matutino de la cornetita regresaría a los años cincuenta cuando el doctor elogiaba a Perón en los editoriales y al mismo tiempo se reservaba cierta independencia para marcarle pequeñas diferencias.

Con elegancia, ***la Viuda*** cumplía sonriente con la agenda que Frigerio y Frondizi le señalaban. La turbulencia de los seten-

ta era tal que todos negociaban con todos y todos apaleaban a todos. Lo mismo ocurría en *Clarín*. Mientras ella mantenía conversaciones con las primeras espadas de Lanusse, Perón distribuía el documento "La única verdad es la realidad. No ataco, critico" en el que parecía tomar una serie de ideas básicas de Frigerio. Por momentos, y debido a los argumentos que Frigerio le brindaba, ***la Viuda*** llegó a pensar que en el próximo gobierno peronista que ya todos anticipaban, *Clarín*, o su brazo político conocido como MID, llegaría a ubicar una cantidad importante de legisladores en la Cámara de Diputados. Eso al menos le decía Frigerio, y ella repetía el optimismo sin el mínimo análisis. Cuando comparó el documento de Perón que hablaba de privilegiar industrias siderometalúrgicas, de química pesada, celulosa y papel, autoabastecimiento de petróleo y carbón, con el libro *Argentina Potencia Mundial* de su marido, creyó en lo que le decía Frigerio y adhirió a lo que declaraba Frondizi: " Perón plantea correctamente las bases del problema político argentino, se define el encuadre de fuerzas que se requiere para arrancarlo del subdesarrollo y se establecen los fundamentos de un programa capaz de unificar efectivamente el Movimiento Nacional".

Por lo pronto, ***la Viuda*** se dedicaba a ensayar cómo escribir un editorial más o menos coherente. Una y otra vez le repetía a su secretario Carlos Melone los textos que ella elaboraba para que le hiciera las correcciones del caso. El apuesto Camilión había renunciado al diario en 1972 para dedicarse a la política y si bien la seguía visitando semanalmente y hasta era designado en funciones comerciales de importancia para *Clarín*, ya no contaba con él para chequear los extensos editoriales que trataban de imitar la pluma de Noble. Todo el personal del diario repetía por lo bajo el run run que bajaba desde el tercer piso: "no sabe escribir ni una postal a la madre". Pero ella persistía. Enviaba tarjetas de saludo por el fin de año (" Como lo quiso el fundador, Roberto Noble, esta empresa tiene una conducción unipersonal que es garantía de lealtad a los principios rectores del diario") o preparaba para los lectores mensajes de neutralidad y objetivi-

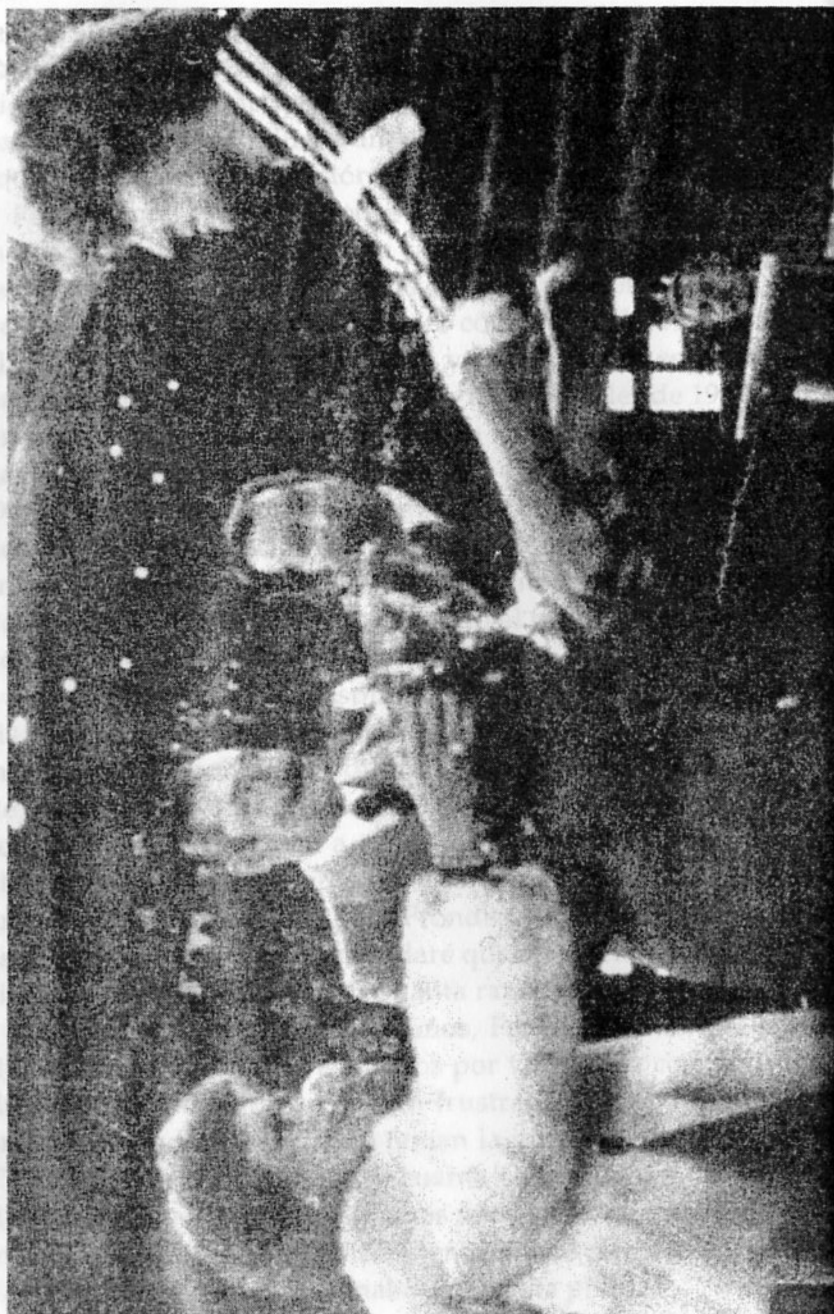
dad difíciles de creer: "*Clarín* es un órgano periodístico independiente, objetivo e imparcial, y no sujeto a condicionamientos con nada ni con nadie. Ratifica para ello su compromiso indeclinable con los intereses de la Nación".

Por más que escribiera sobre independencia e imparcialidad, la relación con el MID adquiría características asfixiantes. El jefe de redacción que había reemplazado a Camilión era el abogado desarrollista Carlos Zaffore. A comienzos de 1973, debido al inminente acuerdo de Frondizi y Perón, *Clarín* se preparaba para ser un diario neoperonista. Los lectores fieles de 1945, comprobaban azorados que el diario que nació de simpatías con el nazismo al igual que Perón, el mismo que militó para la Unión Democrática antiperonista y lanzó loas al golpismo de la autodenominada Revolución Libertadora, el que luego silenció sus críticas al peronismo cuando Frondizi pactó con Perón a cambio de los votos, ahora retornaba con todo al primer amor con aquel general que no quería jubilarse.

Las cuentas bancarias respiraban aliviadas y lo peor de la crisis financiera se había esfumado. ***La Viuda*** era dueña formal de la empresa Arte Gráfico Editorial Argentino y la mina de oro de los avisos clasificados funcionaba a la perfección. Había que ser agradecida. Convocó a su dúplex a Frigerio y después de elogiarlo por su capacidad para sacarle las papas calientes, puso en sus manos un mensaje para Frondizi: "Este diario siempre le estará agradecido y nunca olvidaré que mi marido me decía que siempre confiara en ustedes. Cuánta razón tenía".

Por primera vez en muchos años, Frondizi sintió que era el dueño de un diario. Los esfuerzos por vincularse con otros medios de comunicación se habían frustrado y las pocas revistas en las que pudo hacer pie no tenían la influencia que sí le daba *Clarín*. Qué certera elección y cuánta suerte depara la vida, se decía para sí, al recordar que unos años atrás, cuando Camilión le había preguntado qué sentido tenía aliarse con Noble y su modesto diario, la respuesta sonaba a perorata política: "*Clarín* es el faro que nos ilumina. Da un poco de luz sobre los desarrollistas que de lo contrario estaríamos ignorados por la gran prensa. No

nos interesa que Noble haga lo que el partido dice sino que en las páginas de *Clarín* se registre que existimos". Quería y conquistó lo que le parecía necesario y suficiente.



V

Deportes

Las muchachas y muchachos saltaban y gritaban con los dos dedos en V y *la Viuda* miraba las escenas por televisión ya instalada en un espectacular dúplex en la avenida Libertador 3752. Desde los pisos veinticuatro y veinticinco tenía un panorama único y alguna tarde de té ingles, Don Perignon y masas con crema, se enorgulleció ante Neve la siempre buena amiga que la acompañaba: "desde aquí puedo ver hasta el diario". Era mentira, no había forma de que la vista humana llegara desde Palermo hasta Constitución en una ciudad como Buenos Aires. En la nueva casa compartía el consorcio con Alfredo Gómez Morales, quien un año después sería el ministro de Economía de Isabelita. Todos los caminos, los de la izquierda y los de la derecha, conducían a Perón; las juventudes con sueños revolucionarios militaban en algunos de los treinta partidos, grupos y organizaciones guerrilleras que creían en el socialismo y, en *Clarín*, los desarrollistas también se alistaban para festejar el triunfo inminente del 11 de marzo de 1973 con Héctor Cámpora a la cabeza del FREJULI, un frente en el que el MID había logrado acuerdos ventajosos. El primero de ellos era la candidatura de Isidro Ódena en la lista de diputados y la media palabra de Perón para que Ódena, una vez electo, fuera el presidente de la Cámara. Pese a que Frondizi era un señor mayor, lo seguían engañando como a un adolescente. Una vez que la fórmula peronista logró el 49,5 por ciento de los votos, fue a reclamar la palabra empeñada y se encontró cara a cara con la realidad: nuevamente los habían usado y el desarrollista Ódena jamás se sentaría a presidir las sesiones de la cámara joven.

–¿Y por qué Ódena no es el presidente de la Cámara cómo había prometido el peronismo?

La pregunta de *la Viuda* dejó a Frigerio descolocado. Le cos-

taba admitir ante ella que, como había ocurrido en otras oportunidades, Perón hacía lo que quería. Cuando finalmente le dio las explicaciones, ella insultó a Perón en los dos idiomas que manejaba con menos dificultades, el francés y el español. Pero se guardó la bronca por consejo de un Frondizi que, aún con el desaire fresco, no se atrevía a romper lanzas con el general de 77 años y menos cuando ya se sabía que Cámpora sólo estaría unos meses en el gobierno para dejarle luego el poder al hombre que vivaban la mayoría de los argentinos. Ordenó entonces que desde la redacción no se interfiriera con las medidas esenciales del flamante gobierno. Y le dejó a Frigerio la misión de evaluar que rumbo tomaría su amigo, el nuevo ministro de Economía José Gelbard. Frigerio y ella tenían la esperanza de que se cumpliera, al menos en parte, con el documento "La única verdad es la realidad" que Perón había publicado tiempo atrás y que parecía coincidir con los postulados básicos del desarrollismo. ***La Viuda*** votó por el Tío Cámpora en los comicios de mayo como parte del empresariado nacional que pensaba obtener especial atención de los peronistas y lo hizo aunque Frigerio le había adelantado sus resquemores por el regreso de un Perón viejo y enfermo. Tenía además otra buena razón para optar por la fórmula: el candidato a vicepresidente era Vicente Solano Lima, un anciano astuto, abogado conservador popular de quien le había hablado muy bien Camilión cuando, en aquellos paseos inolvidables, comentó que don Vicente era su padrino político. No era poco para, de paso, honrar la memoria de su marido que también había conocido a Solano Lima en sus épocas de adhesión al conservadorismo bonaerense. Durante algunos meses Frigerio le ocultó información que sólo reservaba para los íntimos. De tantas visitas a la residencia madrileña de Puerta de Hierro, poseía una visión distinta frente a la esperanza generalizada. Una tarde de agosto, esas reservas despertaron la inquietud de la señora:

–Oiga, oiga, al final usted no cree en nadie – lo retó ***la Viuda***.

– Mire, el viejo está muy mal de salud y lo maneja López Rega. La verdad, sería mejor que se quedara en Madrid.

Fueron sólo unos meses. Entre enero y agosto de 1973, ella fue una más de los millones de argentinos convencidos de que no había otras manos salvadoras para el país que las de Perón. Creía en el Pacto Social que se firmaba. Aunque lo hacía por las influencias del pensamiento de época del MID, lo cierto es que desde las páginas de *Clarín* se le brindó un tratamiento complaciente al gobierno de Cámpora y a los primeros meses del Perón versión III. Las críticas se escondían muy bien en las entrelíneas y, como solía ocurrir, las primeras voces de desacuerdo se escucharon desde la sección Economía, territorio en el cual el desarrollismo se movía a sus anchas y sembraba dudas sobre el plan de Gelbard, en especial cuando tomó nota de algunos proyectos que se enviaban al Congreso: impuesto a la renta potencial de la tierra, nacionalización del comercio exterior, nacionalización de los depósitos bancarios, creación de una Corporación de empresas del estado. Gelbard y Frigerio se conocían muy bien desde 1956, cuando el ahora ministro se había acercado a la revista *Qué*, para aportar ideas que sirvieran de apoyo al futuro candidato Frondizi. Los dos tenían puntos de acuerdo importantes por su formación marxista. Gelbard aún respondía lealmente al Partido Comunista y Frigerio había integrado el grupo de izquierda Insurrexit en la Universidad de Buenos Aires antes de dedicarse de lleno a la carrera de Económicas.

Las alfombras del inmenso departamento tardarían un tiempo en volver a soportar el trajín de los días intensos del duplex de la avenida Santa Fe. Una sociedad diferente, y un gobierno tan incontrolable, le demostraban a ***la Viuda*** que algunas cosas eran distintas en aquella Argentina de jóvenes rebeldes y combatientes. Ahora eran pocos los que tocaban el timbre de su casa y eran muchos los que cantaban en las calles "vamos a hacer / la patria peronista / vamos a hacerla sí / montonera y socialista". Como tantos otros poderosos de entonces, no sólo sentía el miedo a perderlo todo. También temía que alguna de las organizaciones que practicaba la lucha armada hiciera de ella el botín perfecto. Cada día exigía que Frigerio le reportara personalmente los acelerados movimientos que se vivían en la Casa Rosada que aún

lucía el graffiti pintado el 25 de mayo, cuando alguien tomó un aerosol y escribió en uno de los muros: "Casa montonera".

El Mercedes Benz estaba convenientemente blindado y Roberto García, el chofer más fiel de Noble que ahora la servía a ella, cambiaba todos los días el recorrido que unía Palermo y el barrio de Constitución. Sentía pánico a las ametralladoras y no eran pocas las noches en que soñaba el mismo sueño que atormentaba a Timerman, el dueño de *La Opinión*, la competencia más firme que tenía *Clarín*: veían a centenares de jóvenes periodistas tomando las redacciones y pidiendo la expropiación de las instalaciones en pro de un periodismo nacional y popular. Timerman ya lo presentía desde mayo cuando a raíz de un reclamo salarial de sus trabajadores respondió con un lock out patronal y ordenó que *La Opinión* no saliera a la calle acusando a los periodistas en solicitadas costosas que publicaba en *La Nación*: "Un pequeño grupo quiere apropiarse del diario. Todo hace suponer que estoy frente a una maniobra tendiente a alcanzar los incidentes necesarios para expropiar o cooperativizar el diario *La Opinión*. Desde ya me comprometo ante los lectores que esto no ocurrirá". Del susto, Timerman llegaría a más. Hablaría con los legisladores del MID Ódena y Marcos Merchensky, a quienes consideraba sus maestros periodísticos, para pedirles que no aprobaran de ninguna manera cualquier proyecto de ley que se presentara en la Cámara y que hablara de la expropiación de *La Opinión*.

En las redacciones de entonces, si bien algunos periodistas militaban a fuego en el peronismo o en la guerrilla, nadie estaba pensando en la expropiación. Mucho menos en *Clarín* donde el desarrollismo contaba con un pequeño equipo de periodistas domesticados que, en cualquier asamblea, defenderían la propiedad privada como a su alma.

Pese al avance de *La Opinión*, que llegaría a tocar una venta de 100.000 ejemplares diarios, *Clarín* se mantenía como el diario preferido de los ambientes profesionales y la clase media. Lo sabía el ERP 22 de agosto, un grupo disidente del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) que el domingo 9 de setiembre de 1973 secuestró al apoderado legal de *Clarín*, el abogado

Bernardo Sofovich, tío de los empresarios teatrales y televisivos Hugo y Gerardo.

–¿Qué quieren? ¿Qué quieren? ¿Quieren plata? – gritaba espantada *la Viuda* en el teléfono mientras pedía que los desarrollistas solucionaran el tema pagándole a los guerrilleros lo que quisieran.

–No señora, no piden plata. Piden que les publiquemos tres solicitadas – le respondió Frigerio.

Los pocos combatientes del ERP 22 de agosto, liderados por Víctor Fernández Palmeiro, querían que todo el país se enterara de la existencia de una fracción del ERP que, pese a que se reivindicaba marxista, apoyaba a Cámpora, a diferencia de los perretistas de Mario Roberto Santucho. No era la primera vez que recurrían al método del secuestro de alguna personalidad vinculada a los medios de comunicación. En marzo del mismo año se habían llevado por unas horas a Héctor Ricardo García, el ex fotógrafo de *Clarín* que acumulaba fortunas con su simpática creación, el diario Crónica, y con canal 11. A García le habían exigido sólo una solicitada que titularon "El 22 de agosto apoya al FREJULI". En cambio, el rescate de Sofovich, quien también era abogado de Frigerio, costó tres textos importantes en los que la fracción reiteraba que estaba con Perón "en la convicción de que es necesario llevar hasta las últimas consecuencias el proceso interrumpido desde 1955". También reclamaba una investigación de la masacre de guerrilleros en Trelew en 1972 –por esa razón se identificaban como 22 de agosto, fecha de los asesinatos – y por último le daba con un caño al presidente interino Raúl Lastiri, yerno de López Rega, y a su mujer, Norma López Rega.

Era tal el pánico de los directivos de *Clarín* y de *la Viuda* que, pese a la insistencia del gobierno para que no accedieran a negociar con los secuestradores, en forma secreta unos pocos jefes de la redacción iniciaron los contactos para que los textos de las solicitadas llegaran al diario. Estaba en vigencia el artículo 212 del Código Penal que sancionaba la difusión de comunicados de organizaciones guerrilleras. Pero a Frigerio y a la directora les importó muy poco lo que pudiera suceder después. El Ruso

Sofovich no era un simple tinterillo que recorría tribunales como apoderado del diario. Conocía los secretos de ***la Viuda*** y estaba al tanto de la contabilidad que daba forma a los balances de la empresa.

El lunes 10, después de treinta y cuatro horas de cautiverio, mientras Sofovich brindaba una conferencia de prensa en el tercer piso del edificio de Piedras, muy cerca del despacho de ***la Viuda***, una banda de treinta hombres, con brazaletes celeste y blanco que llevaban pintada una V, entraron a *Clarín* a fuego de metralla y lanzando bombas incendiarias. Arrasaron con el hall, se llevaron la plata de las cajas de avisos clasificados, causaron graves heridas a una telefonista y al grito de "diario de zurdos, zurdos de mierda", los matones huyeron sin problemas por la calle Tacuarí con una sola baja: Lisandro Borjas, herido en las piernas por un policía que de casualidad pasaba por allí, alcanzó a decirle a los testigos que se habían asomado que le avisaran a Lorenzo Miguel o a Rogelio Coria que se encontraba bien.

Miguel y Coria eran los burócratas sindicales que capitaneaban la Unión Obrera Metalúrgica y la Unión Obrera de la Construcción de la República Argentina. Pero además formaban parte del comando de tropas de la derecha civil peronista que respondían a José Ignacio Rucci y se encontraban en guerra con todo lo que se moviera del centro hacia la izquierda.

Fue difícil explicarle a ***la Viuda*** aquello del jamón del sandwich. Pero era eso lo que les había ocurrido y no otra cosa. La UOM, la UOCRA y Rucci no estaban dispuestos a tolerar que la izquierda tuviera vía libre en los medios para hablar mal del peronismo ortodoxo. Perón pensaba lo mismo y, a esa altura, le importaba un comino mantener buenas relaciones con ***la Viuda*** porque ya estaba cansado de que el desarrollismo le pusiera piedras a su política económica.

"Que se jodan", dijo el general en la intimidad, cuando le llegó la noticia del ataque al edificio. En cambio, al hablar para *La Prensa* extranjera eligió una explicación más a su estilo de eterno Salomón: "el que procede mal suele sucumbir por su propio mal procedimiento. *Clarín* tuvo un mal procedimiento y alguien

que se sintió herido por ese mal procedimiento le metió otro mal procedimiento. *Clarín* fue cómplice de los secuestradores porque tendría que haber dado parte a la policía".

Los sindicalistas pro–Perón mantenían estrechos contactos con elementos de la Triple A y se enfrentaban a los cadenazos y a los tiros en las fábricas con las corrientes opositoras, más democráticas, honestas y revolucionarias que ellos. *Clarín* también era escenario de estos choques y muchos encontraron en esta situación otra de las explicaciones de la violencia miguelista. Los trabajadores de *Clarín* pertenecientes a los gremios gráficos y de prensa buscaban la reorganización interna después de varios años de conflictos perdidos y de decenas de despidos. Los sectores más antipatronales – radicales, peronistas de izquierda, montoneros, trotskistas y marxistas revolucionarios – se ganaban el respeto de centenares de trabajadores especialmente en los sectores administrativos y en la redacción. En los talleres, los obreros preferían elegir delegados vinculados a las 62 organizaciones peronistas, alejados de las listas antipatronales y sin simpatías por la guerrilla. El atentado contra *Clarín* fue realizado en un horario – las tres de la tarde – en el que aún no habían ingresado a la planta ni los obreros de las rotativas ni los del sector Expedición, donde se concentraban los delegados más afines al vandorismo. En cambio sí estaban en pleno trabajo los administrativos y algunos periodistas que miraron espantados como, en una acción relámpago, sonaba el escarmiento de la patota mientras se lanzaban gritos contra "el zurdaje" que se estaba gestando en los dos primeros pisos del diario. Un día después, nadie tuvo dudas de quiénes eran los firmantes del mensaje cuando leyeron el comunicado de las 62 Organizaciones: "Se acabó. Ellos eligieron el terreno. Y los argentinos no sabemos arrugarnos a la hora de la verdad. Aceptamos el desafío. A pesar de su disfraz de mascaritas, iremos a buscarlos uno a uno porque los conocemos. Ni las capuchas, ni los patrones que tienen podrán salvarlos. Han rebasado la copa y ahora tienen que atenerse a las consecuencias".

Con una parte del diario en llamas, la mayoría del personal se solidarizó con la empresa y decidieron que, pese al atentado,

debían sacar la edición del 12 de setiembre. La noticia del ataque de la derecha sindical no tuvo la suerte de ser el título principal. La muerte de Salvador Allende y el golpe de estado en Chile requería la mayor atención.

Fue a partir de ese día que ***la Viuda*** no dudó más y estableció que, con ese peronismo, su diario no tenía más nada que ver. En una reunión con la plana mayor del diario se resolvió que se actuaría con mucha cautela – pese a estar fuera del esquema del diario, Camilión le contó a los Frigerio que tenía el dato de estar incluido en una lista de hombres a secuestrar por Montoneros – y que se privilegaría en el tratamiento de los temas aquellos que no irritaran a los grupos más violentos. *Clarín* vendía, en 1973, un promedio de 380.000 ejemplares por día y había perdido una franja de lectores frente al estilo ágil, de a ratos novelesco e inteligente de *La Opinión*. Como el aislamiento del desarrollismo con los factores de poder era casi absoluto, los jefes de redacción de *Clarín* fueron puestos a pensar fórmulas para no perder más lectores antes que a elaborar críticas que dolieran en el corazón de los sectores que agitaban la vida argentina. Frigerio no tenía relación con la guerrilla, Perón ya no lo recibía con afecto, con Gelbard se hablaba poco y nada y, entre los militares, aún era visto como un izquierdista converso que hablaba de globalización cuando todos querían nacionalización. Frente a ese panorama, y por temor a las bombas, los juicios de *Clarín* sobre el mal desempeño del gobierno tan sólo se limitaban al latiguillo de "los excesos del populismo redistribucionista". Con eso alcanzaba para enloquecer a uno de los miembros del gabinete. Gelbard se mordía los codos con las infidelidades del supuesto aliado. A tal punto trepó su odio hacia Frigerio que en dos oportunidades pidió castigo para *Clarín*. La primera vez tuvo suerte: por unas semanas el gobierno borró al matutino de la lista de diarios que recibían la abundante publicidad estatal. La segunda no pasó. Quería la clausura de *Clarín* por conspirar contra el gobierno justicialista pero ni el general ni Isabelita, después de las lecciones del caso *La Prensa*, estaban para más clausuras de diarios.

La sanción económica que privaba de fondos oficiales al diario

no era chiste. La tomó Perón en sus últimos días de gobierno y descolocó a *la Viuda* y a Magnetto que convocaron de urgencia a Eduardo Durruty, el secretario general de redacción y autor de las principales renovaciones de estilo y forma de *Clarín*, para que rediseñara un diario que se achicaría de ciento veinte páginas a treinta y seis. El garrote peronista se hizo sentir de tal forma que Frigerio debió izar la bandera blanca y pidió hablar con su viejo amigo y ahora archirrival. Gelbard lo recibió sonriente:

–Rogelio, hay una sola condición para que el gobierno dé marcha atrás en su decisión. Si ustedes aceptan que coloquemos un hombre nuestro al frente de la redacción.

–¿Vos te volviste loco?

–No, loco no, pero la única manera que tengo para garantizar que *Clarín* no me dé más palos es si tengo un mínimo control sobre lo que van a publicar.

La soga apretaba tan fuerte y el dinero que se perdía por no tener los avisos oficiales eran tan grande que Frigerio regresó de la reunión con la peor cara que sus seguidores recordarían por años. Traía además el nombre de un periodista amigo de Gelbard, que ocupaba el cargo de secretario de Relaciones Institucionales del ministerio de Economía, y que sería el topo del ministro en la calle Piedras: Oscar García Rey, un ex jefe de prensa de Pedro Eugenio Aramburu y de la Confederación General Económica, pasaba a ocupar, sin quererlo, el puesto clave de jefe de redacción de *Clarín*. Con mucho entusiasmo el flamante "interventor" se presentó en la sorprendida redacción para cumplir sus nuevas tareas. García Rey estaba a punto de convertirse en el jefe de redacción de más corta duración en la historia del diario. Los pocos días en los que intentó, sin éxito, conocer a *la Viuda*, imponerle editoriales a Magnetto y transformar al matutino en un medio peronista, se evaporaron junto a la retirada de su jefe Gelbard quien, arrinconado por las presiones de la derecha sindical peronista y por las 62 Organizaciones de Lorenzo Miguel, presentaba su renuncia al ministerio y abandonaba a Isabelita.

Con Perón muerto, Isabelita en el poder y el país convertido en un laboratorio dónde la derecha experimentaba su receta y los militares esperaban turno, ***la Viuda*** eligió mirar para otro lado. El MID y ella no querían otra cosa que un poco de orden. Le subió entonces su fiebre inversora y tomó decisiones para cubrirse de un hipotético caos. Buena parte de las ganancias del diario se giraron al exterior, otras se gastaron en terrenos y construcciones para el descanso en Punta del Este y el resto se destinó a la compra de viviendas, casas y casaquintas para que las hermanas se instalaran en el Gran Buenos Aires y a la confección de los planos de la que sería su mansión en Martínez.

Todavía no había madurado la ambición de convertirse en un multimedio y Frigerio y Magnetto se las ingeniaron nuevamente para que ***la Viuda*** no se ocupara tanto del diario y recorriera la mayor cantidad de capitales del planeta en viajes placenteros. "Que no se crea la directora, ella es la dueña", coincidían entre ellos con el fin de alejarla de las principales decisiones del diario. Cuando les preguntaba cómo andaban las finanzas, respondían que apenas bien pero que estaban muy ocupados en resolver el maldito asunto del abastecimiento de papel.

Al frente de la redacción habían puesto a Octavio Frigerio, llamado cariñosamente por los periodistas "El Látigo". Era uno de los hijos de Rogelio y, pese a que el cargo formal de secretario de redacción era ocupado por Eduardo Durruty, la línea de censura diaria salía de la cabeza de Octavio, en permanente consulta con el padre. Tal como había ocurrido con Camilión, las visitas de Octavio al despacho de ***la Viuda*** iban en aumento. Los mal pensados armaban verdaderas telenovelas hasta que, en el verano de 1974, sorprendidos, todos los empleados supieron que algo muy fuerte había ocurrido en las oficinas más importantes. La gran cantidad de versiones confundían, pero los correveidiles más insistentes hablaban de una historia tan extraña como cómica: Rogelio había decidido tomarse una noche de jolgorio en "El Viejo Almacén" con algunas compañías. El lugar era ideal: semipenumbra, ambiente como el de los tangos que hablaban de mil trampas y, además, muy poco frecuentado por ***la Viu-***

da. Tuvo tan mala suerte que, a eso de la medianoche, su silla cedió y cayó al piso de cola. Las luces lo enfocaron y mientras el público calmaba su risa, el secretario de *la Viuda*, que –¿pura causalidad?– estaba en el piso de arriba, miró, registró y contó. Finalizaba el tiempo de Octavio jefe periodístico y comenzaba el de asesor de la empresa, pero desde afuera. Bien afuera.

A fines de 1975, con la inflación colgada del ascensor, la marcha de la construcción de la fábrica Papel Prensa era lenta, demasiado para quienes la necesitaban como un suero. Ante los ojos del estado, que era socio de la futura empresa, se realizaban los más increíbles pases de mano entre accionistas que parecían testaferros y testaferros que parecían accionistas. El llamado grupo fundador, encabezado por Editorial Abril y la familia Civita, le había vendido las acciones a otro de sus socios, el ingeniero Luis Rey, con los años devenido petrolero. Con la urgencia de quien tiene una pistola en la cabeza, Rey transfirió parte de sus acciones al grupo Graiver que se ocultaba bajo la pantalla de una empresa llamada Galerías Da Vinci. Es decir, a pocos meses del desembarco de la dictadura, el estado argentino estaba en sociedad con el banquero que manejaba gran parte de los dólares montoneros y se disponían a fabricar juntos toneladas de papel. Los desarrollistas tenían el dato de que aún no era conveniente meter las narices en la disputa por las acciones y que la mejor jugada era desensillar hasta que aclare.

Al comenzar 1976 el ya maduro gerente Magnetto cultivaba la idea de limpiar el diario de elementos rojos. Cada vez que hablaba del tema con Frigerio en el edificio de Talcahuano y Córdoba, el cuartel central desde donde donde el MID manejaba el diario, o con *la Viuda* en el dúplex de Libertador, se refería a los trabajadores que participaban de las asambleas como "la turba". Estaba cansado de reclamos, sostenía que los periodistas de *Clarín* eran los de más altos sueldos en la Argentina y no sabía de qué se quejaban. Aún sentía el flash del recuerdo de aquel día en que la comisión interna de prensa lo fue a buscar al garage donde guar-

daba el auto para llevarlo a empujones al tercer piso a firmar un aumento salarial.

Con fervor y prudencia elaboró capítulo a capítulo el plan que primero hizo aprobar por los Frigerio y luego por ***la Viuda***. Debía primero quebrar a alguno de los delegados gremiales, luego conseguir los contactos políticos con la derecha sindical peronista para contarlos como aliados y finalmente esperar la fecha de las vacaciones para ver si los delegados antipatronales tomaban su licencia y se iban a la costa.

El 3 de febrero, mientras la mayoría de los trece miembros de la Comisión Interna se encontraba de veraneo colectivo en una quinta del Gran Buenos Aires, ***la Viuda*** y Magnetto aprovecharon para ordenar que se despacharan 59 telegramas de despido, se rodeara la manzana del diario con custodios y policías y se bajaran las persianas de todas las ventanas. La acusación a los delegados fue de "atentar contra la producción y los bienes de la empresa". El general Viola, entonces jefe del estado mayor del ejército, le había advertido a Magnetto sobre el golpe que se venía en dos meses. "Será peor que lo de Chile" le dijo, mientras le aconsejaba que se sacara de encima a todos los "terroristas" que tenía en la redacción. La actividad sindical interna de *Clarín* había sido una de las expresiones más fuertes de la radicalización y combatividad de algunos sectores de la clase media durante los 70. Muchas de las conquistas que el gremio obtenía eran luego ampliadas para los trabajadores de *Clarín* que, en su mayoría, se enorgullecían de tener una comisión interna tan antipatronal.

Las asambleas se celebraban cada vez con más frecuencia desde 1972, y en las tardes de debates sobre convenios colectivos, derechos laborales y solidaridad con las fábricas en lucha de la zona como Bagley y Terrabusi, eran frecuentes los debates sobre el peronismo que volvía, el general que era socialista, la fuerza de las ametralladoras y el alerta general para que los servicios de inteligencia no advirtieran quienes eran los compañeros que estaban en la JTP montonera. Oscar "El Chino" Martínez Zemborain, un radical que luego se enrolaría en el alfonsinismo y llegaría a ser gerente de noticias de radio Nacional, encabezaba

la comisión que aterraba a Magnetto y que todos los fines de año, con mucha hipocresía, era recibida por ***la Viuda*** en el tercer piso para sacarse juntos una foto de compromiso.

Con los telegramas en la mano y los principales activistas en la calle, los delegados se plantearon una batalla desigual confiando en la fuerza de la gente que no había sido despedida y que podía ingresar al diario para reiniciar desde allí la lucha. Un delegado de la sección expedición de apellido Miranda, a quien la empresa estratégicamente no había despedido, se negó a realizar asambleas en el interior de la planta para regocijo de Magnetto que lo había convencido. La gerencia de personal sabría agradecérselo. Con la imposibilidad de reunirse dentro del edificio, doscientos trabajadores se autoconvocaron junto a los delegados en un local alquilado a la Federación de Entidades Gallegas y allí resolvieron armar piquetes para garantizar un paro que impidiera la salida del diario. La apuesta era dura y se esperaba alguna intervención del ministerio de Trabajo. Pero el país ya era otro. La Asociación de Periodistas de Buenos Aires estaba intervenida desde la época de López Rega por un marplatense de apellido López que cuando tomó la voz en la audiencia de conciliación dijo que: "el sindicato no va a apoyar a las internas que agitan el trapo rojo". Pese a ello, los piquetes funcionaron y *Clarín* dejó de salir por unos días. ***La Viuda***, en estado de desesperación, no sabía qué hacer y dejó todo en manos de sus asesores. Dispuestos a resistir hasta el final, Magnetto y Frigerio no contaban con la insaciable voluntad de los montoneros de convertirse en la vanguardia obrera. Un comando con bastante autonomía ametralló, en el medio del conflicto, la casa del gerente de personal de *Clarín* Constantino Caprarola. Fue el pie para que se aterrorizaran los trabajadores con menor convencimiento y uno de los cronistas vinculado al MID propuso "seguir la pelea desde adentro", es decir, llegaba el desarme. Había miedo y mucha gente se planteó volver al trabajo y dejar de lado la huelga. Se venía además el golpe y la mayoría de los periodistas estaban sin norte y abrumados por la situación. Los delegados despedidos tomaban nota de las advertencias que les daban sus compañeros de más confianza

que habían quedado en la administración y se alarmaron cuando alguien les contó: "Este conflicto está preparado por la empresa y por el ejército. Días antes de los despidos, vinieron unos tipos con pinta de servicios a llevarse todos los legajos personales de ustedes". Era hora de pensar en irse de la Argentina. Magnetto había ganado la pulseada.

El golpe de estado más anunciado en la historia de la Argentina se demoraba más de lo que los periodistas suponían y *la Viuda*, bien informada por Marcos Cytrynblum, el secretario general de hecho en la redacción, sabía que después del conflicto podía tomarse unos días de vacaciones en Punta del Este. Luis Garasino, el cronista de *Clarín* que se movía como pez en el agua entre las fuerzas armadas gracias a que tenía un hermano en el ejército, había adelantado que la fecha exacta para sacar a Isabelita de la Rosada era el 23 marzo. Partió para Uruguay en avión, y le encargó a Frigerio y a "Cytryn" que la tuvieran al tanto del desenlace.

El martes 23 de marzo Garasino llamó temprano a Cytrynblum y éste a *la Viuda* para transmitir un seco mensaje:

–El golpe es hoy. Está confirmado.

Durante todo el día los periodistas de política prepararon la edición del miércoles 24 de marzo con artículos que hablaban de la "culminación de un proceso" y redactaban, después de consultar en el archivo, los antecedentes de los militares que se apoderarían de la Rosada. Lo mismo ocurría en la mayor parte de redacciones del país. Mientras tanto, en actuaciones dignas de un premio Martín Fierro, Lorenzo Miguel y algunos dirigentes peronistas anunciaban a *La Prensa*, después de entrevistarse con la presidenta que se iban tranquilos a sus casas y que el golpe era una fantasía.

–Oíme Garasino, estoy cerrando el diario con todo un material que anuncia el fin de Isabel y hay tipos que salen de la casa de gobierno diciendo que no pasa nada. ¿Qué mierda hago?

–Marquitos, quedate tranquilo. Hago una llamadita y te pego

otro telefonazo.

Diez minutos después, Garasino hablaba con su alta fuente del ejército y recibía casi una orden: "Es hoy le dije, después de la medianoche". Llamó a Cytrynblum y lo dejó tranquilo: "Sólo falta precisar la hora". Fue entonces cuando se produjo en *Clarín* la misma queja que se repetía esa noche, con mucho humor negro, en todos los matutinos: "Qué milicos hijos de puta, mirá a la hora que van a dar el golpe, justo para enterrarnos a todos nosotros. Sólo piensan en *La Razón* que es vespertina y es de ellos".

El horario elegido por los alumnos de la doctrina de seguridad fue el de las 3.20 de la mañana del 24 de marzo y hasta ese momento debió esperar Cytryn para darle el toque final a la tapa. Para entonces ya lo acompañaban en su despacho un capitán de la marina de apellido Montemayor y su viejo conocido del Ejército, el misterioso coronel Cúneo. La idea de Cytrynblum de titular "Nuevo Gobierno" les pareció brillante. La tipografía elegida – gigantesca y exagerada, aún para una noticia de esas características – contrastaba con la utilizada por *La Prensa*, *La Nación* y *La Opinión*, diarios que se manejaban dentro de las medidas habituales para los hechos de importancia política. "Las Fuerzas Armadas asumen el poder; detúvose a la Presidente" decía la portada de *La Nación* sin olvidar, al menos, que se trataba de un hecho que violentaba la legalidad constitucional. En la misma dirección apuntaba la tapa de *La Opinión*: "Asume hoy el poder la junta de comandantes". La frase de *Clarín*, en cambio, sonaba a deseos escondidos y a esperanza que llevaba días de maduración. No era casual. El desarrollismo, desde fines de 1975, había elaborado una serie de comunicaciones internas a sus militantes que también se entremezclaban con los papeles que sobre el escritorio tenía ***la Viuda***. "El ciclo iniciado con los pronunciamientos electorales de 1973, al cabo de sólo 30 meses, toca a su fin. Las esperanzas de millones de argentinos marchitaron y las ha sucedido una generalizada frustración. *La Nación* marcha a la deriva. El estado está en crisis, la moral está en crisis, la economía y la cultura están en crisis". Las consideraciones de Frondizi y Frigerio se inclinaban por una salida militar urgente y, luego de

comentar que el FREJULI era un muerto que parlaba sin sentido, descartaban cualquier solución dentro de las vías constitucionales: "No puede esperarse una tregua a pretexto de un año electoral ni arbitrarse paréntesis entre concepciones en pugna. Hay que poner manos a la obra del cambio en la estructura productiva en forma inmediata, pensando al país en su continuidad en el tiempo, no a través de etapas precarias o provisorias".

–¿Van a intervenir los diarios? – preguntó la directora cuando faltaban horas para que el general Villarreal despachara a Isabelita del poder a los bosques de El Messidor.

La respuesta desde la redacción de *Clarín* fue un no contundente. Si bien Garasino se jactaba de tener información de primer nivel que indicaba que no se meterían con *Clarín*, los intercambios de trascendidos entre periodistas decían que esa noche en *La Opinión*, el jefe de Economía Horacio Chaves Paz, quien estaba a cargo del cierre del diario, envió a todos los periodistas a su casa ante las versiones que señalaban que tropas del primer cuerpo de ejército ocuparían el edificio. Sólo era parte de la confusión total que se vivía y del efecto contagio que estalló cuando se supo que soldados y oficiales tomaban posición en los canales de televisión y radios estatales y en la agencia oficial Telam.

Podía ser un remedo de las poses que asumía Isabel cuando harta de los cuestionamientos a López Rega decía: "Lo que fue bueno para Perón, será bueno para mí y lo que fue malo para Perón será malo para mí". Cuando ***la Viuda*** percibió que "el nuevo gobierno" no era mal visto por sus consejeros desarrollistas, sugirió que desde la redacción se intensificaran los canales de diálogo con ejército, marina y fuerza aérea, para que, más temprano o más tarde, los apoyos políticos rindieran resultado. Si la dictadura era buena para el MID, era buena para ella. Los informes internos del partido así se lo proclamaban: "...los desarrollistas debemos dejar de lado los preciosismos doctrinarios, que no tienen sentido en un proceso que por definición tiene que ser "impuro". El apoyo tiene que ser, como dijimos, franco y total, desprovisto de especulaciones secundarias. Si se nos pide que ocupemos cargos debemos hacerlo sin suponer que nos convie-

ne hacerlo más adelante".

Tenía que designar a los hombres que pondrían la oreja cada vez que se convocara a *Clarín* desde los despachos castrenses y optó por el joven Magnetto y por Cytryn. A Magnetto lo eligió luego de evaluar con Frigerio que se trataba de un contador, con jerarquía de gerente, al que los militares no identificaban a pleno con el MID. Las actividades políticas estaban prohibidas y ya se lo había dicho por escrito el propio Frondizi: "La suspensión de la actividad partidaria dispuesta por el gobierno militar es un hecho positivo en tanto apunta contra la partidocracia que tiene una alta cuota de responsabilidad de lo que ha ocurrido en el país. Y es positiva en tanto los sectores menos ligados al electoralismo, los más vinculados a los problemas concretos de la sociedad argentina, tendrán mayores posibilidades relativas de desenvolvimiento". A Cytrynblum lo confirmaría como secretario general de Redacción, mientras aceptaba el "pase a retiro" de Durruty que pasaría a ser corresponsal en Nueva York, en lo que algunos consideraron una obra maestra sobre el uso del serrucho y otros un paso al costado del viajero que aseguraba: "no quiero estar en el diario con todo lo que se viene, que lo haga otro". Para ***la Viuda***, Cytryn era un "rusito simpático", que se había hecho de abajo, tenía calle y, sobre todo, el visto bueno de Magnetto.

La primera reunión del dictador Jorge Videla con los responsables de los medios de comunicación se realizó el sábado 3 de abril. Cuando muchos suponían que por *Clarín* daría el presente la señora directora, los encargados del protocolo en la Rosada preguntaban si Magnetto se escribía con una te. Timerman concurrió por *La Opinión*, Bartolomé Mitre por *La Nación*, Héctor García por Crónica y Alberto Gainza Paz por *La Prensa*.

–¿Y la directora? – preguntó Videla.

–La señora está de viaje – le contestó Magnetto en un tono que daba a entender que, desde ese momento, era él su representante oficial.

Avelina García de Pérez estaba convencida de que *la Viuda* podía haber salvado la vida de su hijo y no lo hizo. En la madrugada del 8 de mayo de 1976, nueve hombres armados subieron hasta el sexto piso de la calle Perón 1578 (en aquella época Cangallo), después de preguntarle al portero dónde vivía el editor y se llevaron, encapuchado, a Carlos Alberto Pérez, director del suplemento literario de *Clarín*. La noticia del secuestro de Pérez – quien también trabajaba como gerente de producción de EUDEBA, la editorial dependiente de la Universidad de Buenos Aires – se publicó en un pequeño recuadro del diario junto a la información sobre la desaparición del legislador uruguayo del Frente Amplio y también periodista, Zelmar Michelini.

Cuando sus compañeros de *Clarín* se enteraron de lo ocurrido, todo el mundo se miró en silencio y los más comprometidos políticamente extrañaron las asambleas multitudinarias de unos meses atrás en las que seguramente se habría planteado el caso del tanguero Pérez. Sólo un puñado lo conocía bien porque llevaba poco tiempo en *Clarín*. Sabían de su admiración por Troilo, por la música clásica, de aquellas caminatas solitarias por San Telmo, de su amistad y sociedad con Héctor Fernández Baños, un abogado defensor de presos políticos que había ingresado al ERP. Con él mantenía la inquietud de publicar pequeñas obras en forma independiente y se preparaban para editar algunas obras de Mao Tse Tung. Cuando ya era un desaparecido, sus amigos vincularon a aquellos proyectos con el motivo por el que los militares lo buscaban. "Cytryn" se movió con rapidez para intentar ubicarlo, pero sin éxito.

Pero a *la Viuda* estas cuestiones no le interesaban. Estaba cebada con las gestiones que, por vía del desarrollismo y sus amigos del ejército, se aceleraban para conseguirle la adopción de una pareja de niños. El coronel Cúneo hacía alardes de contar con una serie de contactos que podían ayudar a Frigerio a cumplir con lo que tanto le reclamaba Magnetto: "a *la Viuda* hay que ocuparle los días con algo, así se deja de romper las pelotas en el diario".

– ¿Me van a traer una nena y un nene? ¿Es en serio?– le pre-

guntó a Frigerio.

El pensador del MID ya no sabía cómo contarle que se reunía todos los días con abogados, médicos y militares para ver de qué manera podía satisfacer el deseo de la señora que ya esa altura bramaba por una solución. Al mismo tiempo se preguntaba si tenía sentido que le hablara a sus conocidos en la cúpula militar sobre el caso Pérez.

Pero el dictador Videla no escucharía el reclamo por el periodista de *Clarín* ni de la voz de ***la Viuda*** ni de la de Frigerio. Fueron Horacio Ratti, presidente de la Sociedad Argentina de Escritores y el cura Leonardo Castellani los que aprovecharon un momento de la reunión que, una semana después del secuestro, un grupo de escritores entre los que se encontraban Jorge Luis Borges y Ernesto Sábato, mantuvo con Videla por invitación del presidente de facto que buscaba oxígeno para la dictadura. Ni Videla se ocuparía jamás de averiguar la suerte de los escritores y periodistas desaparecidos que formaban parte de la lista que Ratti le alcanzó, ni ***la Viuda*** le dedicaría una línea más al secuestro de Pérez, quien se convertiría así en el único desaparecido que durante la dictadura trabajaba en *Clarín*, el diario que desde entonces lo olvidaría para cumplir así con la historia que relataba la canción "Anónimo murió de un cólico" del grupo Acalanto: "trabajaba en un periódico / no salió en ninguna página".

Mejor suerte tuvo Enrique Esteban, el corresponsal en Neuquén a quien una patota vinculada con la marina se lo llevó de su casa junto a su esposa el 23 de julio de 1978. Ambos habían militado en la JP platense cuando estudiaban en la Facultad de Periodismo. El diario publicó algunos recuadros dando cuenta de su desaparición, pero las gestiones más intensas por su suerte las realizó ante una gama de militares el propio Cytrynblum. Esteban no sólo era un empleado, también era el yerno de su buen amigo Enrique Oliva, conocido como Francois Lepot y corresponsal de *Clarín* en Francia, quien se movió en forma inmediata denunciando el caso en todos los organismos de prensa europeos. La mujer fue liberada en un desierto cerca de la localidad de Regina y a Esteban lo mantuvieron secuestrado durante tres

meses hasta que lo largaron en la localidad bonaerense de Tres Arroyos, con treinta kilos menos, adentro del baúl de un auto. Las torturas habían sido tremendas. No obstante, los policías que lo encontraron le armaron otra detención porque consideraban su actitud como sospechosa y pasó otros tres meses detenido en Neuquén, en la categoría de los "blanqueados" a disposición del Poder Ejecutivo. Las investigaciones posteriores de la familia encontraron algunas pistas que revelaban que su detención clandestina había transcurrido en un campo de torturas de Bahía Blanca.

No podía ser mejor año para ella. Sus amigos le habían obsequiado la veloz adopción de una parejita, ya no tenía que preocuparse por gremialistas y asambleas en el diario que le reclamaran que cumpliera con las leyes laborales y el hombre a quien más había admirado después de Noble y que luego odiaría hasta las vísceras, se alejaba de Buenos Aires rumbo a Brasilia para debutar allí como embajador de la dictadura. Como en los viejos pactos con el General, el MID había acordado con los dictadores que cedería a algunos de sus mejores hombres para tareas civiles. El general José Villarreal, secretario legal y técnico de Videla fue el primero en darle la noticia a Oscar Camilión:

–Queremos que vayas a la embajada argentina en Brasil. Tendrás total libertad para manejarte y para encontrarle una salida al problema de las represas.

Camilión no podía creerlo. En menos de una semana fue citado en los tres edificios clave de la época para escuchar la misma propuesta. En la Rosada lo recibió el general Videla, en el edificio Libertad lo esperó el almirante Massera y en la zona de Retiro lo invitó a tomar un café el brigadier Agosti. A la dictadura le preocupaba encontrar una salida a la pelea bilateral entre los proyectos de las represas Itaipú, brasileña, y Corpus, argentina, que despertaban por aquellos días demasiados recelos en ambas cancillerías y se acordó que la persona indicada, por sus antiguos contactos con los brasileños era Camilión. El ex jefe de redacción

volvía a la embajada argentina en Brasil, un lugar que ya conocía de los tiempos de la presidencia de Frondizi, después de pedirle la venia a Frigerio y de intentar comunicarle su nuevo destino a ***la Viuda***. Ella jamás lo atendería.

El tren arrollador de *Clarín* no encontraba una sola barrera. Millones de pesos comenzaban a ingresar en las cuentas bancarias del diario y de ***la Viuda*** y el contador Magnetto no daba abasto en su doble tarea de ser la cara empresarial de AGEA S.A. y confeccionar los balances que debía presentar ante la señora. Para los meses siguientes, la suerte de *Clarín*, siempre de liga cuando llegaban nuevos dueños a la Rosada, le tenía reservada dos alegrías: los comandantes le entregaban buena parte de las acciones de Papel Prensa y una semanas después intervenían *La Opinión*, el competidor que más lectores le había sacado en los últimos años.

Como era de esperar, en las conversaciones que Magnetto mantenía con algunos personajes de la primera línea militar y económica de Videla, el asunto Papel Prensa pasó de simples averiguaciones a profundas negociaciones. *Clarín* había formado, en sociedad con los diarios *La Nación* y *La Razón*, una pequeña empresa que hasta aquel momento tenía tan sólo un sello: Papelsa. Era la carta que tenían guardada los tres diarios por si algún día se les complicaba demasiado el acceso a Papel Prensa S.A. El sector más duro de la dictadura pretendía que el grupo Graiver, que manejaba una parte de los millones de dólares que poseía la conducción montonera, desapareciera de la economía argentina. Entre los bienes más preciados de los Graiver se encontraban las acciones clase A de Papel Prensa S.A, olfateadas desde cinco años atrás por ***la Viuda***. El 7 de agosto de 1976, en un accidente de aviación que algunos sospecharon fue armado por la CIA, había muerto David Graiver, cerebro del grupo. Magnetto sabía de las intenciones de los uniformados de negociar el medio centenar de empresas que manejaba el millonario banquero de los montos. Mandó a un viejo amigo de la redacción de *Clarín* que vivía en Nueva York para cerciorarse de que en la sede del American Bank and Trust estaban intactos los títulos que garan-

tizaban que Graiver era el accionista mayor de Papel Prensa. El contador no quería que ningún agente de la dictadura le ganara de mano a *Clarín* y se apoderara de las acciones. La respuesta positiva llegó desde un lujoso hotel neoyorquino vía télex. Con ese dato en su poder y con la ayuda del retirado capitán golpista Francisco Manrique todo sería más sencillo.

Manrique había telefoneado a Miguel Anchorena, abogado de los Graiver, para que le sugiriera a la familia que la junta militar vería con agrado que los Graiver transfirieran su parte en Papel Prensa. Magnetto le comentó a ***la Viuda*** la operación que venía y le dijo también que Videla, Massera, Agosti y Martínez de Hoz ya le habían dado el okey para que los cuatro diarios más importantes de la Argentina, *Clarín, La Razón, La Nación* y *La Prensa,* compraran el paquete del que finalmente se desprenderían los Graiver acorralados por los miedos y amenazas. Estaba por nacer la más importante operación de compra de silencio por parte de la dictadura. El favor a los diarios sería agradecido durante años.

A ***la Viuda*** le encantó la saga. Llamaron al doctor de los bigotes abultados y amarillos que, en pocas horas, convocó a sus oficinas a Patricio Peralta Ramos de *La Razón,* Alberto Gainza Paz de *La Prensa* y Bartolomé Mitre de *La Nación*. El abogado Bernardo Sofovich, en nombre de *Clarín* daba las primeras pautas: "Martínez de Hoz sugiere que con nuestra empresa Papelsa y la ayuda del diario *La Prensa,* podemos comprar las acciones de los Graiver por ocho millones de dólares". La reacción de Gainza Paz no tardó en conocerse:

–*La Prensa* no entra en ese tipo de negocios. Primero por la cantidad de plata que hay que poner y segundo porque si hay que sacar a los Graiver del medio, que los saquen ellos.

Ellos eran los militares. Querían que el negocio del papel para diarios se resolviera antes de detener a toda la familia Graiver y sus amigos para luego acusarlos de manejar los fondos que Montoneros había logrado de sus más productivos secuestros. Si Papel Prensa quedaba fuera del paquete de empresas que pensaban incautarle a los Graiver, los diarios tendrían las manos li-

bres para adquirir el control de la empresa y poner en marcha el sueño de las bobinas propias. La retirada de *La Prensa* no causó dolor en el resto de la futura sociedad. En los ambientes empresariales del periodismo se sabía que la familia Gainza Paz se había pasado la vida boicoteando el nacimiento de cualquier fábrica argentina de papel de diario. Sus afinidades con los Chiossa, célebres importadores de papel de Canadá y Finlandia, eran evidentes y se hablaba de negocios compartidos. Magnetto dijo que iba a consultar con ***la Viuda*** y en pocos días acercó la respuesta: "*Clarín* está de acuerdo en que reactivemos la sociedad anónima Papelsa lo más pronto posible junto a nuestros socios *La Razón* y *La Nación*. Cada uno que aporte el treinta y tres por ciento de la suma y en esa proporción nos repartiremos el control de Papel Prensa".

–¿Y de dónde vamos a sacar la plata? – preguntó el apoderado de *La Nación*.

–Quedate tranquilo que está todo hablado. Vamos a tener préstamos bancarios del Banco Nacional de Desarrollo, del Banco Español del Río de La Plata y del Banco Holandés Unido de Ginebra – le respondió Magnetto.

La fábrica no estaba en funcionamiento. En la localidad de San Pedro, a ciento cincuenta kilómetros de Buenos Aires, un centenar de obreros trabajaba a ritmo lento para levantar algunas estructuras de lo que sería la planta industrial. El 2 de noviembre de 1976 el doctor Anchorena, en representación de los Graiver, firmó el boleto de compraventa y en enero de 1977 el representante de la junta militar en Papel Prensa autorizó, en nombre del estado, la operación. El viejo truco de comprar bienes con poco efectivo y mucho de papel pintado no era la única irregularidad que Magnetto, Mitre y Peralta Ramos le arrancaban a la junta militar. El acuerdo incluía también un guiño de los funcionarios de Economía para que el estado no realizara ningún estudio técnico sobre *Clarín*, *La Nación* y *La Razón* para averiguar cómo financiarían el proyecto, tampoco se exigiría el cumplimiento en término de las obras y menos que menos se pedirían avales de patrimonios personales.

El negocio redondo se festejó con champagne Don Perignon en el tercer piso de la calle Piedras. *La Viuda* sintió que al fin estaba cumpliendo uno de los más importantes anhelos de Noble y, después de elogiar la sagacidad del contador Magnetto, pensó, por primera vez, que ese hombre y no Frigerio era el adecuado para tener siempre a mano.

Por qué la sociedad argentina tardó tanto tiempo en comprender que los militares estaban llevando adelante un genocidio es uno de los aspectos pendientes de nuestra historia. Dos respuestas se abrieron camino desde el regreso de la democracia para encontrarle algún sentido a la aprobación que recibió la dictadura en los primeros años de gobierno: la enorme influencia de los medios de comunicación en el envenenamiento de la mente de los argentinos, a tal punto que se justificaba la cacería de guerrilleros, de militantes, y de los familiares y amigos de todos ellos y, por otra parte, la existencia de aquel enano fascista del que hablaría la periodista italiana Oriana Fallaci y que habitaba en gran parte de esta nación. Osvaldo Bayer, quien fuera uno de los cronistas brillantes de la redacción de *Clarín* que manejaba Noble en los sesenta, llamó años después a este contrasentido la "vergüenza perdida de nuestra sociedad".

Muchos podían pensar que *la Viuda* y Magnetto estaban obligados a rendir pleitesía a la dictadura luego de consumado el negocio de Papel Prensa. Se trataba de una devolución más de favores. En verdad, *Clarín* mantenía un compromiso con los militares desde unos meses antes del golpe del 24 de marzo; un poco por la visión optimista que tenía el desarrollismo respecto de los uniformados de Videla y otro poco por el afecto empresarial a cualquier emprendimiento que aniquilara la molesta presencia izquierdista. En su editorial del 25 de marzo de 1976, *Clarín* aseguraba que "ahora se abre una nueva etapa, con renacidas esperanzas" y en el del 14 de abril sembraba expectativas: "las actividades y las palabras del gobierno autorizan a pensar que se propone efectuar un tratamiento integral de nuestros males.

Dentro de esa perspectiva, y con esa seguridad, resulta plausible el ejercicio de la serenidad y la paciencia recomendada ayer por el teniente general Videla". Pese a que la censura se ejercía por distintos mecanismos, el 22 de abril *Clarín* lo negaría en su tapa: "la rígida censura de prensa impuesta el 24 de marzo duró sólo 36 horas. Desde entonces el progresivo retorno a la normalidad en todos los órdenes y la fluida comunicación entre el gobierno y los diarios la han reducido al cumplimiento de normas indicativas".

Lo de la fluida comunicación era real. Las reuniones entre Magnetto y la junta no eran muchas, pero el trato con los comandantes era cordial y cada tanto le pedían algunos favores. A ***la Viuda*** la convocaban nada más que para actos ceremoniales de gran importancia. La relación de la dictadura con *Clarín* se daba más entre los mandos intermedios de los dos grupos. Marcos Cytrynblum, los periodistas de política Ricardo Kirschbaum y Eduardo van der Kooy y el enigmático columnista de los domingos, Joaquín Morales Solá, quien durante la primera etapa de la dictadura escondía sus firmas en el panorama político de los domingos que leían millones de argentinos. *El tucumano*, como llamaba la redacción a Morales, compartía con frecuencia más horas con generales, almirantes y brigadieres que con sus compañeros del diario.

Hijo de un periodista de La Gaceta, Morales Solá había sido corresponsal en Tucumán y Cytrynblum lo había recomendado a ***la Viuda*** para la sección Política ya que lo conocía muy bien de la época en que ocupaba el cargo de jefe de Interior. No era bien visto por buena parte de los periodistas que no comprendían sus lentas caminatas por la redacción, con la vista en el piso, sin saludar a nadie y fumando alternativamente un Gitanes y un Marlboro. Quienes se atrevían a desnudar su historia le decían a los más jóvenes que Morales Solá tenía buenos contactos en el ejército por la excelente relación que había trabado en Tucumán con el general Bussi, y porque era un asiduo concurrente a los festejos y aniversarios del genocida. Morales Solá no lo desmentía. En su departamento de solterón aún guardaba el obsequio

que le había hecho Bussi en marzo de 1976, durante un almuerzo al que también había concurrido Leo Gleizer, la periodista de Gente Reneé Salas y Marcos Taire, en los salones del Regimiento de Infantería 19 en San Miguel de Tucumán. "Gracias por su ayuda en la lucha contra la subversión", decía el pergamino. Sus costumbres habían cambiado y ahora, a las cinco de la tarde, tomaba el té con el general Bignone, quien le brindaba letra para que escribiera sus panoramas políticos de los domingos.

La *dolce vita* de ***la Viuda*** transcurría sin sobresaltos. Encantada con los chicos, a los que criaba con doble niñera, paseaba con ellos por los lugares más exóticos que le programaban los agentes turísticos del diario. Era raro verla junto a ellos en el edificio de *Clarín* o en lugares públicos de la Argentina y, en algún momento, la curiosidad por conocerles la cara fue ganando cuerpo en la redacción. Magnetto y Frigerio lucían satisfechos porque la maniobra de distracción había funcionado. Ella prefería evadirse de los asuntos cotidianos del diario donde alguien, con buena fe, aclaraba que los pequeños Marcela y Felipe habían sido sacados de la pobreza en Misiones y así la mayoría de los ingenuos periodistas se engancharon con una vulgaridad muy argentina: "¡qué orto tuvieron esos pibes! Están salvados para toda la cosecha".

En *Clarín* no se hablaba de desaparecidos. Quien manejaba la mayor información sobre la magnitud y el sadismo de la represión era el periodista de Política Oscar Raúl Cardozo, que dedicaba parte de sus horas de trabajo en reuniones de intercambio de datos con funcionarios de la embajada de los Estados Unidos y que, conmovido por lo que estaba ocurriendo, se animó a acompañar en algunas rondas a las Madres de Plaza de Mayo. Cardozo admitía que nada de lo que sabía podía publicarlo en el diario. Los familiares de centenares de jóvenes secuestrados por los militares recorrían en 1978 las principales redacciones para que les publicaran solicitadas con las extensas listas de secuestrados o información sobre los habeas corpus que presentaban en la inexistente justicia de aquellos años. Los resultados eran más o menos los mismos: en *La Prensa* y *La Nación* les aceptaban las solicitadas después de que pasaran por caja. En los demás

diarios, a excepción de *La Opinión*, cuando aún la manejaba Timerman, y el Buenos Aires Herald, que tenía con la dictadura un doble manejo de acuerdos en lo económico y críticas en lo político, las posibilidades de que los editores se interesaran por el seguimiento de sus casos era nula.

Se venía el Mundial de fútbol y *Clarín* se preparaba para una nueva cruzada que le podría reportar aumento de lectores y crecimiento de avisos. Desde la sección Deportes se había decidido apoyar ciegamente a la selección de César Luis Menotti y ofrecerle un contrato al entrenador para contar con su firma en el rol de comentarista. Durante los meses previos, *Clarín* se sumó al discurso oficial de la época que consideraba a las denuncias sobre represión, torturas y muertes como una campaña antiargentina ideada por el marxismo internacional y se silenciaron todas las acciones que los exiliados argentinos realizaban en Europa para boicotear el torneo. La preocupación de la junta militar por la campaña que los golpeaba desde Francia, Alemania, España, Holanda y Suecia, se hizo carne en muchos periodistas argentinos y el 1 de junio, día en que se inauguraba la Copa del Mundo, Juan de Biase, el jefe de deportes de *Clarín* escribía: "No se puede discutir. El Mundial es un éxito, por encima de algún detalle a lo mejor cuestionable. Costó llegar a él, fue un largo proceso y con muchos inconvenientes, incluso con orquestadas campañas de desprestigio en el exterior. Pero el Mundial triunfó..."

Con el pelo más corto y con algunos claritos como le había recomendado su peinadora Andrea, ***la Viuda*** lucía un look más juvenil que durante el Mundial llamó la atención de Henry Kissinger, el ex secretario de estado de los Estados Unidos que había llegado a la Argentina para los últimos partidos de la Copa del Mundo siempre anunciándose como "el gran impulsor del soccer en mi país". Los contactos de ***la Viuda*** con personalidades de peso internacional comenzaban a ser otra obsesión de Magnetto que no veía bien que la directora pisara la redacción y la consideraba más valiosa como gestora de concesiones y favores de la alta política. El lema de campaña que le habían preparado decía: "la mujer que maneja el diario de mayor tirada de habla lati-

na". Los 600.000 ejemplares promedio que se adjudicaba *Clarín* en sus conversaciones con los anunciantes, servían de respaldo y, además, el Mundial le había dejado el sabroso gusto de estar considerado en *La Opinión* pública como el diario de la selección nacional por su inalterable menottismo y por el rol que había jugado el personaje Clemente y sus papelitos en la incentivación de la hinchada argentina.

Estaba como Menotti, encendida. Marcela y Felipe correteaban por los dúplex persiguiendo a los perros que recibían la misma atención aristocrática que ellos, Magnetto controlaba el manejo financiero sin problemas y Cytryn mantenía tranquila a la redacción después de desacartonar al diario privilegiando las secciones Deportes, Espectáculos e Información General. Se podía decir que estaba para cosas mayores. En unos meses más inauguraría al fin la planta de Papel Prensa y le preocupaba el enorme gasto de luz que generaría. La segunda negociación con los militares se llevaría adelante para obtener un subsidio que salió en pocas horas en forma de decreto–ley. La fábrica de papel sería beneficiada con un ahorro de 29,40 milésimas de dólar por kw/h. Una cifra que parecía insignificante pero que, luego se comprobaría, representaba una pérdida de 55 millones de dólares para el estado provincial y su empresa de energía.

En septiembre de 1978, tres generales de traje rodeaban a *la Viuda* y no para detenerla. El dictador Videla, el general Ibérico Saint Jean, gobernador de facto de la provincia de Buenos Aires, y el general Albano Harguindeguy, ministro del interior del proceso, alzaban las copas con ella. Nunca la habían observado tan sonriente y en algún momento creyeron verla tambalear como les suele ocurrir a los que se exceden en los festejos. Muy cerca, le cuidaba las espaldas un engominado Magnetto, dispuesto a arrojarse a su lado ante el menor presentimiento de papelón. Papel Prensa comenzaba a escupir bobinas más baratas y en las gerencias de los clientes preferenciales, *Clarín*, *La Nación* y *La Razón*, se creía que comenzaba la caída sin freno de los otros competidores.

Asfixiados por el monopolio de la venta de papel, *Crónica*,

Diario Popular, y en menor medida *Ambito Financiero y El Cronista Comercial* aguardaban por revancha, aunque el miedo a *Clarín* los obligaba a ser cautelosos. El matutino de ***la Viuda*** era un poder dentro del poder y no sólo estaban condenados a la dependencia en la compra de las bobinas, que a veces rompían importando papel de Canadá, sino que debían subordinarse a los antojadizos horarios de los camiones de recorridos que bailaban al compás de *Clarín*. Los choferes esperaban los paquetes de *Clarín* que salían de las bocas de expedición de la calle Tacuarí, pero no aguardaban con la misma tolerancia a los paquetes de otros diarios. En el negocio de *La Prensa* escrita, los repartidores pasaban un rato después de la medianoche por los distintos talleres donde se imprimían diarios y luego de completar su carga se dirigían a los kioskos del centro y a los puntos estratégicos de la ciudad para la primera entrega, entre la una y dos de la mañana. Si el camión llegaba a las doce de la noche a Crónica y el diario no estaba listo, partía rumbo a *Clarín* y allí sí esperaba cuanto hiciera falta para que el diario de mayor circulación tuviera la garantía de llegar primero a las zonas clave.

Con las victorias de 1978, y para celebrar los éxitos, ***la Viuda*** recibió una idea de Cytryn, que luego tomó Magnetto, y que le pareció maravillosa para el año siguiente: organizar un partido de homenaje a la selección campeona del mundo en el que se tiraría la casa por la ventana.

–¿Pero esto es posible?

–Por supuesto – respondió Magnetto –. La empresa está en su mejor momento, todos se mueren por anunciar en *Clarín* y además tendremos el apoyo del gobierno.

En un alarde de suficiencia, Magnetto le explicó que gracias al prestigio de *Clarín* en el ambiente futbolístico mundial, estaban en condiciones de traer a la Argentina a los mejores jugadores del planeta, juntarlos en un equipo que denominarían "Resto del Mundo" y luego donarle a la Asociación del Fútbol Argentino la recaudación completa para que se construyera un campo de deportes donde se entrenara la selección nacional. Todas las gestiones para conseguir el apoyo de la dictadura fueron reali-

zadas por Ramón Andino, un periodista de *Clarín* que también tenía pantalla en los canales y de muy buenas relaciones con los jerarcas de la Fuerza Aérea. Cuando ***la Viuda*** firmó el cheque en blanco, Cytryn reclutó un ejército de periodistas de distintas secciones cuya misión principal era convencer a las estrellas internacionales de entonces para que, por 5.000 dólares, pasajes y estadía para ellos y sus esposas, más algunos obsequios menores, pasaran unas vacaciones en Buenos Aires después de jugar con la selección argentina. El contacto para superar los obstáculos en Europa sería Enzo Bearzot, el entrenador de Italia en el último Mundial. La expectativa era tal que nadie quería perderse la fiesta. Ernesto Sábato fue el elegido por el diario, un día antes del partido, para entregar medallas de oro a los jugadores argentinos del 78 y un encendedor de plata a Menotti.

Frustrado por no haberse metido en el negocio de Papel Prensa y encolerizado por la suba de ventas de *Clarín*, Héctor García, el dueño de *Crónica* decidió boicotear las noticias sobre el partido. Pese a que jugaba la selección argentina, las páginas de las ediciones matutina y vespertina del diario que estaba "firme junto al pueblo" no destacaban ni a las figuras que arribaban ni el hecho de conmemorarse el primer aniversario de la obtención de la Copa del Mundo. Pensaba que así le restaría público al encuentro que organizaban sus enemigos. Pero *Clarín* era *Clarín* y el estadio Monumental se llenó. Setenta y cinco mil personas se amargaron la noche con la derrota argentina por 2 a 1, celebraron algunas maravillas del genio aún inocente de Diego Maradona que hizo un golazo y aplaudieron con respeto a dos personas que subieron al palco para entregarle al holandés Krol el trofeo: Ernestina Herrera de Noble, con un imponente tapado blanco de visón, y Jorge Rafael Videla, con un sobretodo de color camello que no le agregaba elegancia. "El rey y la reina", murmuró un reportero gráfico indignado. Unas horas más tarde, García se reía con el título que había elegido para Crónica: "Sonamos como un *Clarín*".

Aquella noche a ***la Viuda*** la vieron triste. Ni siquiera la cena con Videla alivió su rostro avinagrado. Cytryn y Magnetto esta-

ban tan convencidos del triunfo de la selección y de la consecuente salida de la gente a las calles, como un año atrás, que le habían transferido la ilusión de que *Clarín* iba a ser el detonante de una alegría popular. Los entendidos de la redacción les habían dicho que el equipo del Resto del Mundo no podía ganar, porque entre otras cosas, los brasileños Leao, Zico y Toninho habían arribado a la Argentina apenas cinco horas antes del partido. Pero en el Obelisco, esa noche, no había nadie. Su única alegría llegó cuando el tesorero le comunicó la recaudación: un millón de dólares gracias a los cuales quedaría, unos días después, como la gran hada madrina del fútbol argentino.

Hay gente que tiene más de una biografía. Eso no es para el asombro. También la hay que tiene biografías publicadas por una misma editorial. Son una perla que cuesta encontrar, pero existen. Lo que jamás se había visto era que se llamara a un concurso para escribir la biografía de una persona y que se publicaran dos libros ganadores con seis meses de diferencia entre ellos. Roberto Noble puede enorgullecerse de que su viuda lo hiciera merecedor de ese récord. A mediados de 1978, y para darle un toque solemne a los actos recordatorios del décimo aniversario de la muerte del marido que se cumpliría el 12 de enero de 1979, ***la Viuda*** le encargó a la Fundación Noble, que ella misma presidía, que convocara a un pomposo Concurso Nacional para recordar "la vida, obra y pensamiento de nuestro gran hombre público". El jurado lo integraban Aristóbulo Echegaray, el ex diputado Hipólito Paz, el músico Ariel Ramírez, Vicente Sierra y el periodista César Tiempo. El sencillo premio sería, obviamente, la publicación de la obra. Para diciembre de 1978 decenas de militares, empresarios, intelectuales y periodistas recibieron una tarjeta de invitación y un ejemplar del libro "Vida obra y pensamiento de Roberto Noble", cuyo autor era el periodista de la sección Política de *Clarín* Luis Murray. Pero no se anunciaba cuál era la obra vencedora del concurso.

El caso es que lo había ganado Luis Sciutto, quien por enton-

ces tenía el acceso vedado al diario y no era bien visto por *la Viuda*. Se había presentado bajo el seudónimo de "Araluce" y al descubrirse el verdadero nombre, la primera reacción de los organizadores fue encargarle otro libro a Murray, un cronista de origen irlandés que se reivindicaba peronista. "El libro de Sciutto es una mierda, hay que mandar a hacer otro". Los que en el diario la conocían como "la loca" entendieron cabalmente el apodo. Era tal la furia que nadie quería preguntar cuáles eran las razones por las que se ordenaba postergar a Sciutto. Se hablaba de un fastidio porque en el relato se trataba a ***la Directora*** como una mujer dominada y dirigida y por el excesivo peso que se daba en sus capítulos al desarrollismo. Nunca Sciutto supo bien por qué su libro, vencedor en 1968, y que debía ser presentado en enero de 1969 fue recién editado en julio de 1969 bajo el título "Roberto Noble, un gran argentino". Era un texto de 230 páginas escrito por el viejo amigo de *el Doctor*, que no ahorraba desbordes en su tinta y que llegaba a comparar a Noble con Mariano Moreno y en el que, con la minuciosidad de los filatelistas, toda la redacción buscaba el golpe bajo, sin hallarlo.

La una y la otra, sin embargo, tenían una particularidad: eran las únicas biografías de Noble que no registrarían ni el primer casamiento de Noble ni, lo que era más grave, la existencia de su hija Guadalupe, a quien el *Doctor* había mostrado orgulloso por los escritorios de la redacción en sus últimos años de vida. ¿Era la mano de ***la Viuda***? ¿Era la autocensura de dos periodistas que prefirieron la antihistoria a recibir el bofetazo de la señora?

Los abogados que estaban cerca del asunto parecían dar en el clavo: la herencia de Noble aún era un tema sensible y sujeto a probables reaperturas del expediente. Entonces, ¿para qué darle de comer a las fieras con menciones innecesarias que podrían ser usadas en la causa?

Lupita Noble era ya una adolescente que tomaba conciencia de cómo habían ocurrido las cosas. Despertaba a un mundo en el que papá se mostraba como el creador de una gran máquina de dinero y de prestigio y no sólo como un estanciero millonario, criador de Aberdeen Agnus y dueño de bodegas respetables,

como le habían hecho creer. Las biografías tardaron en llegar a sus manos. Y todos esperaban un gran combate de fondo.

Cada atardecer, los editorialistas de *Clarín*, asalariados que escribían sin convencimiento, entregaban sus materiales en el tercer piso para que, Magnetto primero y *la Viuda* después, si había regresado de alguno de sus cruceros a Europa, sus descansos en Punta del Este o sus excursiones a París, revisaran los textos si tenían ganas y, con las correcciones del caso, los mandaran a las linotipos. Saber combinar los colores sin derramar la paleta era la mejor virtud de aquellos editorialistas. A partir de las tibias críticas que Frondizi y Frigerio realizaron contra la política económica de Martínez de Hoz desde noviembre de 1978, *Clarín* trataba los temas centrales del país con demasiadas piruetas. Se pedían rectificaciones en el plan de Economía pero no se le sacaba el hombro a la amiga dictadura. *La Viuda* debió pedir colaboración cuando se le ocurrió, en marzo de 1981, escribir una extensa carta personal para recibir al general Roberto Viola como nuevo presidente de facto y despedir la generosidad de Videla: " Asumir la realidad como fundamento de la esperanza" fue el título elegido con la colaboración de Cytrynblum y Morales Solá. Los consejos de la directora parecían extraídos de un manual de Noble básico y, pese a todo, intentaban tender puentes, una vez más, con "el nuevo gobierno": " Es preciso un sinceramiento total de la economía, distorsionada por las pautas dirigistas aplicadas por el equipo que se va, y debe abarcar el tipo de cambio, los precios, las tarifas, los salarios, todo. El ataque a las causas de la crisis supone redimensionar el aparato estatal disminuyendo drásticamente el déficit y el gasto improductivo…las Fuerzas Armadas, que tienen en su haber el triunfo contra la subversión al costo de enormes sacrificios, están en condiciones de realizar esa convocatoria. Se les presenta una alternativa en que la crisis económica puede llegar a minar los logros que han alcanzado en ese terreno y en que superar esa crisis puede dar la consolidación definitiva de la victoria y la realización de todos los objeti-

vos que se trazaron al asumir el poder".

Hablaba como si formara parte del gobierno. ¿O lo era? Si bien Camilión había pasado de embajador en Brasil a canciller de Viola, no era tropa propia para ***la Viuda***. El movimiento de pinzas para congraciarse con el general Viola partió de dos sectores: por un lado las cabezas del desarrollismo participaban de una seria intentona por ubicar más hombres en el gabinete. Camilión inició gestiones para convencer a Roberto Alemann a fin de que asumiera en Economía en reemplazo de Lorenzo Sigaut. No era que Alemann fuera desarrollista, pero Frigerio le tenía más confianza a él que a Sigaut, a quien veía como un dirigista moldeado al estilo de los radicales. Pero Viola le dijo no a Alemann y el intento de influir en el rumbo económico de la dictadura se frustró. Frigerio no podía autopostularse porque llevaba años sin lograr sacarse el maldito cartel de "ex rojo" y "pro Perón" que le habían colocado algunos sectores militares.

La segunda columna estaba integrada por Magnetto, Cytrynblum y Morales Solá. Un trío que comenzaba a tener vuelo propio alrededor de ***la Viuda*** y que intentaba despegarse del MID para acercarse a la señora. Morales Solá se deslizaba entre los almuerzos con Frigerio en el restaurante Veracruz de la calle Uruguay y el té de las *five o'clock* con las intermediarios políticos del "violismo". Unos más, otros menos, todos hablaban de una salida compartida de la dictadura y de la alianza entre civiles y militares.

Estaba por ver la luz la Multipartidaria, un acuerdo entre justicialistas, radicales, intransigentes, desarrollistas y democristianos que se celebró en julio de 1981, y a partir del cual los políticos de la burguesía argentina se atrevieron a elevar el tono de sus críticas al proceso militar. Algunas personalidades del MID como el profesor Antonio Salonia, especialista en temas de educación que trabajaba en *Clarín*, firmaba las solicitadas de los organismos de derechos humanos que reclamaban la aparición con vida de los desaparecidos y la libertad de los presos políticos.

Anteriormente los intentos más serios dentro de *Clarín* por levantar un poco el telón de la verdad los habían realizado dos

personas, en 1979: María Elena Walsh, a quien se le había pedido desde el suplemento cultural que escribiera un artículo sobre la censura y respondió con la brillante pieza "Desventuras en el país jardín de infantes" y Oscar Raúl Cardoso, quien castigó duro a la obsecuencia oficialista en una ácida crítica, que prefirió no firmar, al manejo de los medios estatales y al rol de amanuense que cumplió el relator José María Muñoz durante la visita que realizaba a la Argentina la Comisión Interamericana de Derechos Humanos.

– *Clarín* no tiene más amigos privilegiados y de aquí en adelante caminaré sin Frigerio y su gente. ¿Usted que piensa hacer, se queda o se va con ellos?

La transfiguración de Magnetto fue inmediata. Su cara de ingenuidad, con la que explicó a *la Viuda* que hacía rato que ya no militaba con los desarrollistas, le ayudó a que su respuesta sonara sincera:

–Yo me quedo señora. Por supuesto que me quedo para seguir trabajando por *Clarín*.

Magnetto miraba las huesudas manos de *la Viuda* y pensaba que esa mujer sólo le llevaba diecinueve años. A punto de cumplir 37, no podía creer lo alto que había llegado. Su incansable estrategia de acercarle historias de conspiraciones y su predisposición para resolverle cualquier problema daba sus frutos. El 12 de enero de 1982, al cumplirse trece años de la muerte de Noble, *la Viuda* le comunicó a Cytryn que reuniera a todos los empleados en el segundo piso y que nadie se acercara al busto de Noble que, gris y frío, ornamentaba sin gracia la redacción. A las cuatro de la tarde, luciendo uno de los cien trajes a lo Evita que le confeccionaban en París, se plantó frente a la tropa, respiró hondo y anunció, con la misma frase que anticipaba el fin de "los amigos privilegiados", lo que nadie imaginaba que podía anunciar: la ruptura con el MID.

Los mariscales desarrollistas sentían en las semanas previas que su reloj ya no marcaba las horas como antes. *La Viuda* no los

recibía con la frecuencia habitual y en los almuerzos en los que Frigerio reunía a los más íntimos ya hablaba de Magnetto como "el traidor". El terremoto interno llegaba ese día a su máxima escala. Como en un juego de niños todos querían acertar al juego de la pregunta ¿y quienes son los desarrollistas en la redacción? Se sospechaba de unos, se aseguraba de otros. Tal como sucedía en las purgas stalinistas, *Clarín* hizo la suya con el MID. La larga cola de los nuevos desocupados la encabezaban el vicepresidente del directorio, Horacio Rioja y el profesor Antonio Salonia. Los escoltaban, entre otros 49 nombres que eran dados de baja, los periodistas Guillermo Arizza, Albino Gómez, Gonzalo D'Hers, César Mansilla y Julio Torre. A todos ellos ***la Viuda*** los despidió con un insignificante recuadro en páginas interiores en el que se decía que dejaban de pertenecer a la empresa y que "se habían ganado el afecto y el respeto de sus compañeros". Las cenas de despedida se multiplicaban en los restaurantes más cercanos del diario y allí los desarrollistas se preguntaban una y mil veces si era cierto el día que estaban viviendo. Frigerio intentaba consolarlos y hasta alentaba alguna posibilidad de retorno. En uno de los brindis que hicieron por Arizza, un midista de la primera hora levantó la copa y se animó con un grito: "No te decimos adiós, te decimos hasta luego". Creía que ***la Viuda*** podía arrepentirse algún día del desalojo. Hasta que los demás lo miraron y le hicieron sentir la dura realidad: el sueño había terminado.

Los que realmente trabajaban de periodistas pasaron por el tercer piso a buscar la indemnización especial. Los estrategas del MID habían construido una red interna en *Clarín* que aseguró la subsistencia económica del partido durante años. Así como algunos partidos políticos viven del empleo público, el MID vivía gracias a *Clarín*. Sin tener una sola idea de lo que era el periodismo, Osvaldo Cornide, actual líder de los comerciantes argentinos, era uno de los que se protegía bajo la sombra de la alianza MID-*Clarín*. Lo mismo ocurría con todos los Frigerio. Entre los cajeros del tercer piso se comentaba por esos días que Rogelio Frigerio embolsó diez millones de dólares como resarcimiento por su "ayuda invalorable" en el mantenimiento de *Clarín* y

como adelanto por un silencio que debía durar siglos.

Pero *la Viuda* era la única que sabía la verdad. Los diez millones de dólares no eran sólo para vendar sus bocas. Finalizaba así el plazo fijado en aquel pacto secreto que ella y ellos habían celebrado a fines de 1971 cuando, durante la primera crisis financiera que sacudió a *Clarín*, la pericia y los contactos del desarrollismo permitieron obtener un crédito por diez millones para auxiliar a *la Viuda*. A cambio, los desarrollistas lograban una década de privilegios en el manejo del diario que, suponían, se prorrogaría sin problemas. La última cuota del préstamo fue cancelada en los últimos días de 1981 y *la Viuda*, como buena pagadora, dio las gracias y señaló la puerta de salida.



VI

Sociedad

La mesa del poder pasó a tener tres patas que en poco tiempo se convertirían en cinco. El puño empresarial lo golpeaba *la Viuda*, a quien en la redacción empezaban a llamarla *la Vieja*, sobre todo después de aquella aparición solemne cuando anunciara la ruptura con el MID. Se la veía pálida, muy maquillada, nerviosa. Los pocos que se animaban a traer a la redacción chismes provenientes del tercer piso, querían que se supiera de las exitosas operaciones que el cirujano brasileño Ivo Pitanguy había realizado en el rostro de la directora. Parecía una mujer que había vivido intensamente y que ahora resolvía que era el tiempo de tomar los negocios en sus propias manos. Su primer bastonero sería Magnetto, con oficinas instaladas, a metros de su despacho, un ambiente amplio que había redecorado con cortinas y pinturas de tono salmón. Al *Beto* siempre se lo veía caminar serenamente, con un intenso olor a Paco Rabbane y sin despegarse de sus dos gerentes de mayor confianza, los viejos amigos juveniles de La Plata José Aranda y Lucio Pagliaro a quienes les había prometido un pronto salto en sus actividades cotidianas. Un piso más abajo, silenciosos y con la cabeza gacha, a contramano de la ebullición general que surgía en el país después de la debacle en Malvinas, trabajaban los periodistas. *La Viuda* y Magnetto casi no aparecían por el segundo piso para "no mezclar las cosas" y porque además, aseguraban, estaba en muy buenas manos. Cytrynblum, el nieto de anarquista, el que también como Frondizi y Frigerio y Noble había sobrevolado las ideas socialistas, consolidaba su emblemático apodo de "El Ruso" y construía su propio poder paralelo con un plantel de amigos que sería bautizado como "los hombres de Papito".

Magnetto, Cytrynblum y *la Viuda* sabían que tantos años de desarrollismo no se iban así no más. Defenestrados, los del MID ya estaban lejos, pero sus ideas seguían cerca. Y así como Vandor

alguna vez pensaba en el peronismo sin Perón, Magnetto inventaba el desarrollismo sin Frigerio. A ***la Viuda*** el planteo la seducía. Con el retrato en blanco y negro de Noble sobre su escritorio pensó que, de esa manera, los principios de su marido sobre un industrialismo nacional seguirían bajo sana cobertura.

Afuera del diario se hablaba del inminente copamiento de la línea periodística de *Clarín* por algunos sectores del ejército. El rumor se hizo cada vez más fuerte cuando el 16 de diciembre de 1981 se publicó un editorial que se refería a "el próximo gobierno" del general Leopoldo Galtieri: " La opinión pública está lejos de sentirse indiferente ante los cambios que se están procesando en la cumbre del estado. Es verdad que no puede ni controlar esos cambios, ni tampoco influir en el rumbo que tomará la tarea de gobierno. Pero será en cambio el destinatario de todos los efectos. Es por eso que la opinión pública desea fervientemente que las nuevas autoridades tengan éxito…El gobierno que ha de presidir el teniente general Galtieri no tiene ya ante sí el tremendo fantasma de la subversión. Se encontrará con un país que repudia ampliamente la violencia y cuya mayor ambición es trabajar en paz y crear un futuro solidario y compartido…es imprescindible recuperar el funcionamiento de la máquina productiva, trabada por la gestión ministerial del doctor Martínez de Hoz…"

La vieja combinación de golpes se repetía: acompañamiento político, crítica económica. *Clarín* se mostraba como un diario tibio en su visión de la salida democrática y excesivamente tolerante con el ejército. Hasta los medios más conservadores y de derecha como *La Prensa* evolucionaban y enfrentaban duramente a la dictadura y parecían realmente preocupados por los desaparecidos. Las columnas de Manfred Schonfeld en *La Prensa*, a diferencia de los desinteresados panoramas políticos de Morales Solá, eran seguidas con atención por las Madres de Plaza de Mayo y por militantes de izquierda, en especial desde que, unas semanas atrás, una patota de hombres con manoplas había atacado al periodista de origen alemán, al bajar de un taxi frente a su departamento de la calle Azcuénaga. Cuando ***la Viuda*** y Magnetto leían a Schonfeld, no entendían como había pasado de propagandista de

la junta militar a figura opositora y se asombraban por la pluma ácida que no perdonaba: "...un régimen cuyo fracaso culposo es tan obvio, debe comenzar con un amplio 'mea culpa' y luego optar por uno de dos caminos posibles: o reformarse radicalmente (regenerarse como lo llamamos una vez) desde el seno mismo de las fuentes de su propio poder material o espiritual; o si no es capaz de hacer eso, irse. Antes de que el país toque fondo".

La derrota militar en Malvinas le produjo a *la Viuda* el mismo click en la cabeza que a millones de argentinos. Sólo que a ella sus acuerdos con la dictadura la limitaban en la hora de decirles adiós. Debía pensar en los meses que aún quedaban con el general Bignone en el poder y al mismo tiempo reacomodarse frente a eventuales vencedores en la próxima democracia. Llamó a Cytrynblum, le aclaró que el jueves 1 de julio dispondría de dos páginas en la sección Opinión y se sentó frente a la Olivetti, para que luego Magnetto, y después Morales Solá, revisaran de arriba a abajo un pronunciamiento que titularía "Repensar el país, reconstruir el país". *La Viuda* sufrió hasta la medianoche a la espera de inspiración, mientras comprobaba lo difícil que era manejar el estilo de quedar bien con todos, una especialidad que tan bien practicaba su marido. "Cabe decir, entonces: Ya no hay más lugar para el error – escribió – , no hay más lugar para el desvío. ¿Qué quiere decir esto? Quiere decir que el país no soportaría una mayor degradación de su economía, ni los sectores sociales un recrudecimiento de la crisis que los agobia, ni las regiones productivas la continuidad del apagón económico, ni la Nación un agravamiento de su debilidad relativa. La idea que nos hacemos de la Argentina tampoco podría conciliarse con un mayor sofoco de la información y de las expresiones de la cultura...Repensar el país significa hoy, también, repensar a sus Fuerzas Armadas. No nos conforma la idea de unas Fuerzas Armadas políticamente rechazadas y refugiadas en la especialidad de sus tareas..."

Magnetto hacía malabares para frenar a Cytrynblum, convertido en ese momento en un prágmatico tremendo que pedía vientos de libertad, y aprovechaba cuanta ocasión tenía para recordarle que "aún existen temas pendientes que debemos hablar con los

militares y no queremos romper lanzas". Los cálculos políticos de *la Viuda* se medían por las acciones de Papel Prensa. En esos días convulsos, en que sacarse una foto con un militar genocida era poco menos que el fin de cualquier periodista, *la Viuda* pidió una entrevista con Bignone y fue a verlo a la residencia presidencial de Olivos. Se bajó del BMW que le manejaban los choferes del diario, saludó a los guardaespaldas de anteojos negros que seguían a Bignone a todas partes por temor a la venganza de los montoneros que regresaban al país, y con una carpeta pesada, llena de balances y estadísticas sobre lo bien que funcionaba Papel Prensa, se sentó en uno de los sillones verdes del salón en que se atendían a las visitas especiales:

–General, vengo a verlo por el asunto de nuestra fábrica

–Disculpe, ¿qué fábrica tienen ustedes?

–Papel Prensa, la fábrica de papel para diarios en la que también tiene participación el estado.

–Ah, me había olvidado de Papel Prensa. ¿Qué es lo que ocurre señora?

–*Clarín* está interesado en saber si el estado va a vender las acciones que aún posee ya que tenemos en mente ampliar nuestra participación.

A Bignone le llamó la atención el enorme interés que tenían los productores de papel por recibir facilidades de su gobierno. Unos días antes, uno de sus conocidos, el empresario Carlos Bulgheroni, dueño de la petrolera Bridas y de Papel del Tucumán, la competidora de Papel Prensa, le había solicitado que se dictara una norma de la secretaría de Industria para potenciar los beneficios de la promoción industrial que recibía su fábrica. Al petiso Bulgheroni, aún libre del cáncer que lo atacaría después, le interesaba adquirir algunos bienes de *La Opinión*, liquidada por los militares, y se preparaba para ingresar al apasionante mundo de los editores de diarios con el matutino *Tiempo Argentino*.

Como no estaba muy informado sobre la situación de Papel Prensa, el general le respondió a *la Viuda* que se tomaría unos días para evaluar el tema y que luego se pondría en contacto con ella a través de Magnetto a quien conocía muy bien de los almuer-

zos que compartían en las oficinas del tercer piso del diario o en la secretaría general del Ejército. Bignone le encargó rápidamente a los funcionarios de economía que evaluaran el ofrecimiento y que, de ser viable, redactaran un decreto que él firmaría para venderle las acciones estatales a ***la Viuda*** en seis millones de dólares.

Con un extraordinario sentido del zapping político, *Clarín* cambió su visión sobre Bignone y eligió no cascotearlo directamente al mismo tiempo que, como el resto de la prensa gráfica, enderezaba su rumbo de los últimos seis años reclamando paz, derechos humanos, justicia y democracia.

–Pablo, mañana nos reunimos en el departamento del Flaco, si querés venir date una vuelta por ahí. Queremos hablar de nuestra categorización – El vozarrón del cordobés Alfredo Leuco sonó inconfundible en el teléfono. Era uno de los buenos redactores de la sección Deportes y además, uno de los pocos que además de leer *El Gráfico* y *Goles* se preocupaba por la literatura y la política.

Al día siguiente yo estaba dando vueltas por San Telmo, más inseguro que temeroso, a punto de recibir la primera lección de sindicalismo de base de un grupo de compañeros que tenían más años, más valentía y más compromiso. El departamento era una exagerada muestra de sencillez y salarios bajos. Un cajón de manzana servía de mesita de luz y una biblioteca de pino con la pintura a medias revelaba que "El Flaco" era un trotskista de aquellos. Se llamaba Alejandro Guerrero y lo conocíamos por su fina ironía cuando se trataba de contar el pintoresco mundo del deporte. En su dos ambientes alquilado cruzábamos bromas con reclamos y escuchábamos la sabia voz de Alberto Guilis, un economista con historia militante y algún paso por el Partido Obrero, que interpretaba mejor que nadie lo que ocurría en el mundo desde la jefatura de la sección Internacionales. Allí era el segundo en jerarquía y aparecía como uno de los líderes de la primera rebelión masiva de los periodistas de *Clarín* después de la masacre de 1976. El tema central era el pedido de efectivización de un centenar de trabajadores que por entonces éramos "los colaboradores", una ho-

rrible denominación que mantenía nuestro estatuto del periodista para encuadrar a aquellos que, cada tanto, escribían algo en los diarios. *Clarín* ocultaba a gran parte de su personal periodístico permanente bajo la mentirosa figura del colaborador para evadir así el pago de bonificaciones, vacaciones, licencias, gastos médicos y otros beneficios que sí tenían los redactores que estaban "en blanco".

Sólo unos pocos sabían en el tercer piso que la cuesta abajo de la dictadura a partir de Malvinas había despertado un cosquilleo democrático en la tropa, cansada de atropellos y sueldos miserables, pero poco experta en cuestiones de militancia y organización. Algunos de los periodistas con algún pasado o presente de izquierda se preocuparon por dar los primeros pasos en un ambiente que no se sabía si era muy tenebroso, poco tenebroso o nada tenebroso.

Los petitorios empezaron a circular por lo bajo y día a día se conocían noticias de reuniones en otras secciones que también estaban dispuestas a sacar la cabeza en la redacción. Política, Economía e Internacionales sacudían su modorra de años. Aparecieron las primeras pintadas con aerosol rojo en los baños y en algunas de las puertas exigiendo aumento. Ignorábamos, eso sí, quienes integraban la red de colaboracionistas, y no colaboradores, que informaban inmediatamente a Cytrynblum, a Magnetto y a *la Viuda* de las actividades subterráneas.

–Hacenos la lista de los cabecillas– le dijeron Magnetto y *la Viuda* a Cytrynblum – que se la pasamos a Personal. Y avisá que se dejen de joder porque se van todos a la calle.

La mano del Ruso no tembló. No era ajeno a la desactivación de intentonas sindicales. En el verano de 1976 se burlaba de las huelgas de sus compañeros cuando, en pleno paro, se ponía a teclear notas para que el diario no se atrasara. Llamó a algunos jefes de sección, los más íntimos, y pidió que le averiguaran quienes eran los agitadores. Al "Flaco" que era de Deportes, lo puso primero y luego escribió los nombres de Alberto Guilis, Alejandro Horowicz de Economía y de dos periodistas deportivos más: Alejandro Fabbri y Gustavo Veiga, el hijo del recordado relator boquense Bernardino Veiga.

En septiembre de 1982, no había ni comisiones internas ni sindicatos libres. La Asociación de Periodistas más que intervenida estaba infiltrada. Pese al desamparo, al conocer que se les había impedido el ingreso al "Flaco" y a los demás compañeros, los periodistas nos autoconvocamos en una asamblea que se realizó en el segundo piso.

Un piso más arriba, expectantes, Magnetto y *la Viuda* esperaban las novedades del "Ruso".

–¿Cómo que una Asamblea? ¿Quién carajo está haciendo una asamblea en la redacción de *Clarín*? Basta de asambleas Marcos, terminemos con estas historias.

–Quedate tranquilo "Beto" – le respondió a Magnetto – yo te lo arreglo.

A los operadores de Cytrynblum no les alcanzaban los pies para recorrer como sombras todos los escritorios y sembrar el terror. El jefe de Deportes, Juan de Biase, murmuraba al oído de sus jóvenes escribas: "vos pibe no te metás, no vayás a la asamblea porque sino te echan". Jorge Asís, el redactor estrella y preferido del "Ruso" levantaba la voz en la asamblea como en sus mejores épocas de militancia en el PC: "aquí no podemos hacer otra cosa que exigir la reincorporación de los despedidos". Julio Nudler, de Economía, era uno de los jefes de sección a quienes la empresa les prohibía expresamente que concurrieran a las asambleas. Sin embargo, se unió a los reclamos y alzó la mano para pedir la palabra. A no ser por un veterano cronista de Deportes, Antonio Cursach, que se retiró de la asamblea bajo el argumento conservador de "tenemos que seguir trabajando y chau", el clima iba in crescendo.

La asamblea estaba a favor de discutir algún tipo de medidas para apoyar a los despedidos. No era fácil encontrar la forma de lucha que unificara a todos y entonces se pasó a un cuarto intermedio. Nos intrigaba saber qué iba a hacer la empresa. Lo supimos al día siguiente, cuando ingresábamos a una redacción que parecía un cementerio. "Estamos fritos – me dijo el cordobés – Ahora echaron a Nudler bajo la acusación de ser un empleado jerárquico que no debía hablar en una Asamblea".

La convocatoria para juntarnos en el medio de la redacción ya no tuvo la misma fuerza. Después de extensos debates, el voto final fue a favor de integrar una "comisión de notables" para que hablara con "El Ruso" y reclamara por los despedidos. La integraban Armando Rapallo de Espectáculos, Armando Vidal, el encargado de filtrar las cartas de lecores, Jorge Gottling de Internacionales y además uno de los redactores que más sabía de tangos, "El Vasco" Juan Izaguirre del sector comunicaciones, Luis Gregorich, un intelectual radical que luego sería funcionario de Alfonsín y Asís, el Oberdan Rocamora del diario que con los años también se acomodaría en cargos políticos, pero durante el menemismo.

Esa misma noche nos encontramos con una carta que se repartía por algunas secciones firmada por los seis representantes y en la que, después de informar sobre "la negativa de la empresa" se nos hacía una recomendación: "Descreemos, en las presentes circunstancias, de toda actitud suicida que contribuya a la pérdida de fuentes de trabajo para los compañeros. Recomendamos a todos los compañeros que, aprovechando esta lección, se organicen desde ahora, acatando las leyes vigentes, para que en el momento de reiniciación de la vida sindical interna –que no está lejano – los encuentre fuertes, unidos y conscientes de sus derechos".

No hubo más asambleas. Pero sí trascendidos: "Parece que el turco Asís negoció su propia indemnización y se fue de *Clarín*". Todos supimos más tarde que "el Turco" venía de maniobra en maniobra buscando que lo despidieran y que le dieran la plata de la indemnización porque sentía que había cumplido su ciclo en el diario. Lo que nunca imaginábamos es que además de contarle todo lo que ocurría a su amigo "el Ruso", aprovecharía un conflicto gremial para obtener lo que pretendía y encima se largara a escribir una novela sobre *Clarín* en la que esta historia sería deformada a beneficio propio. *El Diario de la Argentina*, es cierto, era una novela, pero basada en hechos reales que deformó a conveniencia de su ego.

"Muertos los perros, se terminó la rabia", le diría contento el jefe de personal y ex rugbier Jorge Figueiras a Magnetto y a ***la Viuda*** cuando le tocó informar, unas semanas después, que la re-

dacción de *Clarín* era otra vez un hermoso jardín de rosas, quietas y sumisas. El primer intento de reorganización gremial desde la llegada de la dictadura nos había dejado en la lona y ***la Viuda,*** además de ratificar lealtades, verificó sobre el terreno lo que le habían dicho de Magnetto: desde aquella vez que, en los setenta, lo sacaron a empujones de su auto para hacerle firmar un aumento se juramentó que no toleraría periodistas que se la dieran de sindicalistas. Estaban para escribir y punto.

"Llegamos" fue la frase que más le encantó a ***la Viuda*** cuando la fueron a consultar por la tapa del 30 de octubre de 1983, el día que el pueblo argentino volvía a las urnas después de siete años y siete meses de un cáncer del que no supo o no quiso curarse. Cuando *el Ruso* y Magnetto le mostraron cómo quedaba el título en letras gigantescas se animó a preguntar:

–¿Y Marcos? ¿quién gana?

–Mire señora, aunque muchos hablan del triunfo de Luder, nuestros periodistas de Política dicen que nos podemos llevar una sorpresa. Parece que gana Alfonsín – respondió *el Ruso*.

Estaba preocupada la directora. Bignone había firmado el decreto por el que se vendían las acciones estatales de Papel Prensa y no sabía si el futuro gobierno democrático convalidaría las últimas normas con que se despidió la dictadura. Todo el país hablaba mucho sobre la definición electoral entre el PJ y la UCR y bastante menos de los bebés secuestrados o nacidos en los centros clandestinos de la policía y de los militares. Las Abuelas de Plaza de Mayo aún no eran tan conocidas y pese a contar con un enorme respaldo internacional, apenas habían logrado la publicación de una solicitada en *Clarín* del 3 de enero de 1983. Para el gusto de ***la Viuda,*** las Abuelas tenían demasiada carga política y ella no estaba dispuesta a darles más espacio que el que correspondía a publicidad paga. En la intimidad las seguía llamando "madres de subversivos". Para ella seguía valiendo lo que había subrayado en los libros de Noble sobre el tema. *El Doctor,* en el lejano 1966, advertía sobre los peligros de la guerrilla marxista que enfrentaba

a las dictaduras: "La alternativa de seguridad contra la subversión es por lo tanto un fuerte ejército nacional , único en condiciones de operar dentro de un país sin despertar heridas a la larga más peligrosas que el mal que se pretende curar".

Sus sospechas sobre Alfonsín terminaron confirmándose. Una de las primeras medidas del líder de la UCR fue dejar sin efecto la venta de las acciones de Papel Prensa. Para *Clarín,* desactivar ese negocio fue un agravio mayor que ***la Viuda*** incluyó en su nómina de actos imperdonables. Ya tendría ocasión de tenerlo mano a mano, pensaba. Ofendida y ajena por completo a los movimientos y alianzas del radicalismo, sintió nuevamente el llamado del retiro oportuno y placentero. Estos eran tiempos para *el Ruso* y para Magnetto. La paz de la nueva democracia invitaba a conocer un poco más el mundo y mostrarles a Marcelita y Felipito todas las personalidades importantes que podían estrechar la mano de "mamá". A los ocho años, la parejita aceptó inmediatamente la propuesta, cansados de que ***la Viuda*** no los sacara a pasear por los clásicos paseos argentinos. "¿Por qué no vamos un día al zoológico?" le había preguntado con insistencia Marcelita hasta que un día le explicó que si quería ver animales salvajes en vivo se tomara un remís hasta la casona "Oasis" de la tía Carmen en Luján, un lugar de privilegios sobre la ruta 5 en el que la hermana de ***la Viuda*** coleccionaba fieras al mejor estilo Cutini.

Gracias a sus contactos en la jerarquía de la iglesia argentina logró que Juan Pablo II la recibiera en audiencia privada junto a los chicos, a quienes vistió como alumnos de iglesia católica ultraconservadora. Con un trajecito azul y unos anteojos enormes que aliviaban su miopía, Felipe paseaba por Roma llevado de la mano por su hermana Marcela y ***la Viuda,*** quienes le explicaban con esfuerzos todo lo quería saber: sus dificultades para el aprendizaje en el colegio eran una carga bien llevada por ***la Viuda*** que, a esa altura, había aprendido cómo manejar esos retrasos de los que le hablaban las maestras. La breve charla con el Papa no les dejó nada más importante que algunos rosarios supuestamente bendecidos y un pergamino, supuestamente especial. Eso sí, tocaron sus manos. Las mismas manos del Papa que en 1980 habían consolado

a dos madres de Plaza de Mayo, Nora de Cortiñas y Angélica de Mignone, que le pedían que alzara la voz ante la dictadura reclamando por los miles de desaparecidos y por la devolución de centenares de bebés apropiados en los campos de exterminio.

Las noticias de Buenos Aires le llegaban por teléfono con las mismas demoras que a cualquier usuario de ENTel. Desde las oficinas de Magnetto, su secretaria Susana insistía ante el veterano operador telefónico del diario para que le consiguiera la llamada internacional. Diariamente el gerente debía informarle cómo marchaban las cosas y qué novedades se producían en las nuevas relaciones que se buscaban con los radicales. A Magnetto le costaba establecer vínculos firmes con los enemigos mayores del desarrollismo, quienes aún estaban sedientos de venganza por todo el daño que le habían causado Frigerio y Frondizi a la UCR desde 1958 en adelante. Para los agrandados seguidores de Alfonsín, la expulsión del MID de *Clarín* era una película de final incierto sobre la que tenían reservas y sospechas. Querían ejecutar una vendetta histórica y no olvidaban que *Clarín*, en algunos momentos de su historia, llegó a prohibir la publicación del apellido de algunas figuras del radicalismo. El caso más saliente era el de Zavala Ortiz, el ministro de Relaciones Exteriores de Illia a quien los lectores de *Clarín* sólo conocían como el canciller ya que su nombre era tachado por órdenes de los editores de Noble.

No sólo Magnetto estaba obligado a llamarla. También el modisto Gino Bogani era un infatigable consejero telefónico al que *la Viuda* recurría con desesperación, siempre bajo la misma pregunta:

–¿Qué me aconsejas que me ponga hoy? – insistía con urgencia antes de contarle la agenda que le esperaba ese día, las condiciones del clima en el país en que se encontraba y la categoría social de sus interlocutores.

Desde que se había alejado de la casa de modas *Carola*, Bogani le sugería trajecitos brillosos y se inclinaba más por los colores claros para que no contrastaran con su notoria palidez. También le insistía: "Póngase collares de perlas gruesa de esos que dan dos vueltas o use pañuelos que combinen y le tapen las arrugas del

cuello, le quedan muy feas".

Los regresos a Buenos Aires eran una ceremonia. Choferes especiales, a los que ahora ella cambiaba con más frecuencia porque no estaba repuesta de dos sustos que incomodaban su seguridad. La fuga de un chofer que había trabajado en la embajada paraguaya y que, una hermosa tarde, decidió partir con el BMW preferido de la señora hacia Asunción para una vez allí convertirlos en uno más de los autos a los que se les colocaba velozmente una chapa diplomática para ser vendidos a excelente precio. Tuvo tanta mala suerte aquel señor que a la altura de Ramallo, cuando la fuga recién empezaba, se metió con BMW y todo debajo de un camión de carga y murió al instante. El otro sofocón lo había pasado personalmente, en enero del 83 cuando, en las Lomas de San Isidro, en un intento de asalto, uno de sus Mercedes Benz demostraría toda su potencia y dejaría atrás a dos ladrones que pretendieron sacarle el auto. Uno de los muchachos alcanzó a manotearle el reloj, pero ella escapó a los gritos en una acción audaz que sonaba exagerada aún para los cronistas de policiales. Ahora la iban a buscar al aeropuerto dos choferes; colocaban las valijas en un auto, ella y los chicos iban en otro y en poco tiempo los tres estaban en la casa junto a la media docena de perros y perras que formaban parte de la noble familia. No era una metáfora: Blackie , la ovejera alemán favorita, había parido a los cachorros Tucsa, Bombón, Colita, Paquito y Peper y con ellos y la otra ovejera Paty compartía unas elegantes cuchas que parecían casas de muñecas francesas. Ninguno de esos perros se ganaban el hueso con el sudor de su lomo y así habían logrado algo que ni Marcela y Felipe podían contar a sus amigos: una nota completa presentándolos en las páginas del diario.

A la casa que alquilaba en San Isidro, llegaba todas las madrugadas un paquete de diarios de la primera horneada del taller. Como siempre se acostaba tarde, y nunca se quedaba en el diario para supervisar el cierre de la edición, le encantaba esperar el auto que le traía una docena de ejemplares que ya tenían el visto bueno político de Magnetto y *Cytrin*. Cada vez iba menos al tercer piso. Si lo hacía era para cumplir con alguna rutina que trató de impo-

nerse en un momento. Entraba por su garage reservado a las siete de la tarde, firmaba algunas cuestiones que le acercaba Magnetto o recibía a alguna personalidad que visitaba el diario de mayor circulación.

Los trabajadores argentinos no estaban dispuestos a quedarse quietos después de años de represión, mordazas, engaños y confusiones. Dentro de *Clarín* se vivía el mismo clima, irrespirable para ***la Viuda.*** A menos de dos años de los despidos intimidatorios de 1982, el vaticinio del Manifiesto Comunista parecía inevitable: "la historia de todas las sociedades hasta nuestros días es la historia de la lucha de clases. Hombres libres y esclavos, patricios y plebeyos, señores y siervos, maestros y oficiales, en una palabra: opresores y oprimidos se enfrentaron siempre". Aún en las redacciones.

Pese a que Magnetto intentó descomprimir el mal humor de sus periodistas, la redacción no iba a olvidar fácilmente los despidos y reclamos de septiembre del 82 aunque le dieran decenas de efectivizaciones y reconocimientos de derechos. El convenio colectivo estaba bastante pisoteado. No se nos pagaban horas extras y la inflación de los radicales se comía el salario mes a mes. Nuestras historias personales eran las de miles de argentinos que volvían a plantarse en asambleas sindicales aunque los patrones no las hubieran autorizado. Peronistas, radicales, católicos practicantes, incrédulos de la política, inocentes sin partido, marxistas quebrados y de los otros, ex guerrilleros sin soberbia y con soberbia y un grupito insignificante de trotskos recién nacidos que aprendíamos a los golpes todo lo contrario que nos habían enseñado nuestros padres. Se disfrutaba con el presentimiento que la democracia traería soluciones y se creía que a ***la Viuda***, a Magnetto y a "Cytrin" se los podía asustar a pura pasión asamblearia.

A diferencia de 1982, esta vez los periodistas nos habíamos unidos con los administrativos, ellos con los operarios de expedición y todos juntos con los míticos gráficos, a los que ilusionaba un mítico mayor, el recién retornado del exilio y siempre vestido de

negro Raimundo Ongaro. En menos de tres meses, la reorganización gremial era un increíble logro alcanzado con la primavera democrática y en 1984, a los 24 años, me encontraba dirigiendo la primera asamblea gigante en los oscuros talleres del diario, en la emocionante noche en que se aprobaba el primer reclamo del pliego que se presentaría a la señora directora: la reincorporación de todos los despedidos durante el conflicto de 1982.

Pero ***la Viuda*** no estaba dispuesto a romper con la tradición familiar. Noble jamás había recibido a un sindicalista durante los 40, los 50 y los 60. Era otra de las incoherencias del hombre que se jactaba de su pasado socialista y que se adjudicaba la idea que luego, decía, le robó Perón: la intervención del estado a favor de los trabajadores en las disputas entre obreros y patrones. ***El Doctor*** siempre enviaba a su mano derecha, el gerente general Héctor Cabezas. Muerto Noble, las relaciones con el personal quedaron en manos de Magnetto, de Aranda o de gerentes que impedían que ***la Viuda*** escuchara reclamos. Lo mismo ocurrió aquella vez. Ante el intento de entregar nuestro pliego a la directora, un empleado del tercer piso nos detuvo en seco diciendo: "la señora no los va a atender. Hablen con Caprarola, el gerente de personal".

Los negocios paralelos aún eran pequeños y nadie se animaba a calificar al conglomerado de empresas vinculadas como el grupo *Clarín*. Además de Papel Prensa, ***la Viuda*** tenía participación accionaria en la agencia Diarios y Noticias (DyN), controlaba una mediana imprenta de revistas y libros a la que, con escasa originalidad, había bautizado como Artes Gráficas Rioplatense S.A., tenía intereses comerciales en el banco Mariva y vinculaciones con Medicus, una explotación de medicina prepaga que se brindaba a todo el personal efectivo de la empresa. En el rubro inmobiliario y agropecuario ella y sus jerárquicos más cercanos creaban nichos especiales que no se relacionaban directamente con el diario pero que les servían para derivar ganancias personales y otras inversiones que nacían de *Clarín*. Decio S.A., Agro Inmobiliaria Atlanthique S.A., Aranlu S.A., Luaran S.A., Cinco Ambientes S.A. eran

algunas de las financieras o pequeñas oficinas cáscara que servían de pantalla para la filtración de fondos que iban a parar vaya a saber a qué destinos. Elementales, como cualquier empresario sin luces pero con manos rápidas, ubicaban a sus esposas, tíos, primos y amigos del diario en los directorios de las sociedades anónimas que fundaban a mansalva. La señora Marciana Orúe de Magnetto había prestado gentilmente sus documentos, y su curioso nombre, para figurar en algunas S.A; lo mismo ocurría con la señora Noemí Alma Lur de Aranda, razón por la cual una financiera se llamaba Aranlu y la otra –para evitar confusiones– Luaran. En los cargos de síndicos, se repartían otros empleados de *Clarín*, el tesorero Julio Trapes y el síndico Carlos Di Candia. Los tres consejos de Magnetto eran escuchados: "diversificar, diversificar, diversificar".

Con *Clarín*, ella vivía intensamente el mundo de la comunicación. Pero notó que algo le faltaba que le sobraba a algunos de sus colegas de las cámaras empresarias. Un puñado de dueños de diarios del interior habían conseguido, de anteriores gobiernos, la entrega de radios locales con lo cual, de hecho, se dejaba de lado el artículo 45 de la ley de radiodifusión de la dictadura que prohibía a los dueños de los medios escritos poseer una emisora o un canal de televisión. "No puede ser que la familia Massot ya esté manejando radios, diarios y canales y nosotros la miremos pasar. Quiero radio Mitre", le ordenó sin vueltas una tarde a Magnetto. Los Massot que había mencionado eran los dueños de la información en Bahía Blanca. Propietarios del diario La Nueva Provincia, quizás la verdadera nave insignia de la armada, ya contaban con las AM y FM de LU2, el canal 9 de aquella ciudad y se alistaban para el negocio del cable con "Cable Total".

En Buenos Aires, LR 6 radio Mitre era una de las marcas con mayor prestigio en la radiodifusión. La dictadura, en uno de sus últimos actos de caridad, la había cedido a la S.A. Radiocultura que formaban el productor de televisión y radio Julio Moyano, su colega Pablo Gowland, el empresario de publicidad y negocios vacunos Augusto D'Apice y algunos inversores menores como Alberto Cordero, Carlos Fioroni, Horacio de la Canal y Joaquín

Oteiza. El plan Magnetto para capturar una radio consistía en una operación a dos puntas. Por un lado presionaría con toda fuerza a los radicales desde las páginas de *Clarín* y desde las cámaras empresariales, allí donde *Clarín* era el ancho de espadas, para que modificaran ese artículo 45 que formalmente mantenía la prohibición de adquirir un medio electrónico y quedara así habilitado el juego en el campo de las radios y los canales de televisión. En forma paralela, con un maletín en la mano, mandaría a sus hombres de mayor confianza para que iniciaran conversaciones con el grupo de Julio Moyano a fin de convencerlos sobre las bondades de tener a *Clarín* como socio inversor y, por qué no, como comprador.

Eran los tiempos en que a los radicales los atemorizaban dos fantasmas: los golpes de estado que veían todas las semanas en todos los cuarteles y el derrumbe económico del país. Para nada estaban en los planes de Alfonsín ni la entrega de radios, ni la venta de canales. Se sabía que *Clarín* se consideraba "el candidato" para Canal 13, el canal preferido de ***la Viuda*** y el que sus operadores habían marcado como el más interesante por su tecnología y programación. A Alfonsín le importaba un bledo lo que dijera *Clarín*, lo que publicara en sus comunicados la Asociación de Editores de Diarios de Buenos Aires (AEDBA) o las presentaciones judiciales de ***la Viuda*** y Bartolomé Mitre de La Nación impugnando la apertura de concursos y licitaciones de radios que los militares habían realizado en su retirada y que ellos habían desaprovechado. Lo que el presidente de la obediencia debida y el punto final no quería era que los medios se abalanzaran contra su política económica a la que consideraba la única salida posible para los argentinos. Alfonsín había conversado con ***la Viuda*** un par de veces en reuniones de protocolo y le tenía cierto respeto, hasta que una mañana de febrero de 1987, bien temprano, leyó una pequeña noticia que daba cuenta de una Argentina con 12,5 por ciento de desocupación y estalló con toda la furia de gallego malherido: " Ese diario es un enemigo acérrimo del gobierno y lo que ha publicado es una información falaz". La frase no se la dijo a los correligionarios que lo secundaban sino al país entero en un

discurso. Es más, invitó a la población a que leyera *Clarín* para comprobar la verdad de su opinión y remató cubriéndose de cualquier ataque que lo señalara como censor de opiniones: "Respeto al diario *Clarín* y *Clarín* respeta al presidente, sin duda; no he de pretender que calle su opinión".

A ***la Viuda*** le brotó la sangre valenciana que lleva en las venas y llamó a Magnetto para firmar la declaración de guerra definitiva. "Me lo hacen mierda", le ordenó. El gerente no buscó excusas para eludir la misión, aunque sabía que, como tantas veces, luego debería enviar emisarios para que invitaran al gobierno a fumar la pipa. La notó enceguecida contra Alfonsín y nada atinó a decirle cuando ella se sentó frente a la computadora para escribir la respuesta que saldría publicada al día siguiente : "*Clarín* no hace política de Comité ni le preocupan los efímeros avatares de la política de partidos. *Clarín* hace, en la medida de sus posibilidades, una política nacional, al servicio del argentino de carne y hueso y no de las abstracciones de las ideologías".

Ajeno al peso que *Clarín* tenía en la política argentina y en el empresariado timorato que no se animaba a contradecir a ***la Viuda***, Alfonsín se despaviló cuando vio que las muestras de solidaridad que recibía eran la de unos pocos diputados de la UCR mientras que a *Clarín* le llovían cartas de apoyo de gran parte de la prensa nacional, la del interior y hasta de ex aliados alfonsinistas como el fiscal Ricardo Molinas. José Ignacio López, un ex periodista de *Clarín* de buenas relaciones con Magnetto y que militaba y trabajaba como vocero del presidente radical, improvisaba argumentos para que el gobierno sacara el pie del acelerador. Pero Alfonsín, cansado de tanta presión se prometió una venganza personal. Dejaría tranquilo a *Clarín*, pero lo haría sufrir hasta el final con el artículo 45. Sin descaro, le decía a sus colaboradores más fieles: "antes de modificar la ley para *Clarín*, me parto un huevo en cuatro".

Experta en cuestiones que se resolvían en las alturas del poder, ***la Viuda*** aceleró el plan B y, en poco tiempo más, la sociedad que manejaba la onda de radio Mitre llegó a un acuerdo para permitir el desembarco de los muchachos de *Clarín* en el 790 del dial. Las operaciones financieras y de inteligencia que se montaban desde

hacía un buen tiempodesde el tercer piso, incluían préstamos del banco Mariva a Radiocultura S.A, el traslado del periodista Abel Maloney de *Clarín* a radio Mitre para que cumpliera la sucia tarea de seleccionar qué trabajadores quedarían y quiénes se irían y la preparación de Jorge Santos como futuro gerente general.

Si existiera la responsabilidad de cumplir la palabra empeñada, el huevo de Alfonsín debería estar hoy en exhibición. Mucho antes de su fuga de la Casa Rosada, *Clarín* se había burlado de su investidura, de su calentura y de su cabeza dura. De hecho, el artículo 45 fue ignorado y radio Mitre era la radio de ***la Viuda*** y de Magnetto para subir así el quinto peldaño en la extensa escalera de la concentración de la información: diario, agencia, editora de revistas, papel para diarios y radio. La tele la esperaba con impaciencia.

Ya no eran los tiempos diáfanos del desarrollismo en materia de censura y autocensura. El *Clarín* de la democracia respondía a otros códigos de periodismo que nada tenían que ver con lo que le convenía al MID, lo que coincidía con la doctrina de Noble o lo que decían los libros sobre desarrollismo. La decisión de lo que salía o no merecía salir en sus páginas se medía ahora con la vara grande de los negocios de ***la Viuda*** y Magnetto y con la vara chica de Cytrynblum. También pesaban las cuestiones ideológicas, por supuesto. Determinados temas y una lista de personalidades se encontraban prohibidas o semidesahuciadas. Era el caso de las Abuelas de Plaza de Mayo, a quienes les costaba colar una pequeña información mientras crecía la sospecha del origen de los niños adoptados por la directora. Por unos volantes que algunos militantes del Movimiento al Socialismo habían distribuido en la puerta de *Clarín*, Luis Zamora desapareció de los breves recuadros con los que alguna vez registraron su existencia. Morales Solá les pegaba duro a las Madres de Plaza de Mayo y las acusaba de reclamar "el patíbulo" para los militares, como si realmente creyera que cuando las masivas marchas por los derechos humanos cantaban "Paredón, paredón/ a todos los milicos que vendieron la Na-

ción" no exigían metafóricamente justicia sino la pena de muerte.

El sensible tema del destino de los desaparecidos y los bebés secuestrados por los militares importaba menos que las roscas radicales, las renovaciones peronistas y los deprimentes planes australes, primaveras y ahorros forzosos que salían de la creatividad de un ministro que parecía siempre distraído. Juan Vital Sourrouile era abucheado en las asambleas de *Clarín* por los trabajadores que, sin unidad monolítica, hacíamos el esfuerzo de mantener encendida la llama de la memoria y la justicia mientras nos ocupábamos de ver como lográbamos algún aumento o, al menos, que las quincenas no se licuaran antes de llegar con el sobre a casa.

Cuando faltaba menos de una semana para el feriado del 25 de mayo de 1987, una agrupación surrealista que sostenía que en la Argentina no había existido violación alguna a los derechos humanos, preparaba una extensa solicitada. Familiares de Muertos Por la Subversión, FAMUS, había enviado a *Clarín* un texto que cargaba cinco mil firmas de ciudadanos, notables y con abundancias de doble y triple apellido, que reivindicaban a Jorge Rafael Videla por todo lo que había hecho durante su gobierno contra la "guerrilla apátrida". Unos pocos compañeros de la sección Corrección, a quienes la empresa les había adelantado la solicitada para que chequearan uno por uno los nombres de los firmantes con los originales a fin de evitar errores, nos acercaron a los integrantes de la comisión interna una inquietud que los preocupaba: ¿era legal que los trabajadores prestaran su tarea para facilitar la divulgación de ideas contrarias a las que pensaban, o peor, de ideas golpistas? Interesante tema para ser el punto principal en el orden del día de una asamblea, hecho que finalmente sucedió y que se recuerda como uno de los más elevados debates de la historia sindical de *Clarín*. La votación final arrojó un veredicto: hacer lo posible para impedir la publicación de la solicitada. Por primera vez, quienes trabajábamos en *Clarín* entendíamos qué quería decir aquello de la cláusula de conciencia de la que hablaban algunos periodistas europeos que nos visitaban: nadie puede ser forzado a escribir sobre algo con lo que está en desacuerdo. Es decir, Argentina año verde.

La forma de trabar a FAMUS era encuadrar lo que estaban haciendo en la figura de tentativa de apología del delito. Videla había sido condenado por todos los hechos que reivindicaba FAMUS, a reclusión perpetua por 50 homicidios por alevosía, 306 secuestros, 96 torturas, 4 torturas que terminaron en muerte y 26 robos. No era poco para presentar un escrito ante el juez Martín Irurzun solicitando una medida cautelar en la que se ordenara a *Clarín* que se abstuviera de publicar el texto. Las gestiones coincidieron con ideas similares del periodista Horacio Verbitsky y de nuestro gremio la Unión de Trabajadores de Prensa de Buenos Aires (UTPBA), al que le habíamos pedido que interviniera en forma urgente.

No quedaban dudas de que la gran incógnita era conocer cuál sería la reacción de ***la Viuda*** al enterarse de semejante atrevimiento de sus subordinados. Tardamos un día en saberlo:

–¡Esto es el colmo! Yo soy la dueña del diario y mis empleados deciden lo que tiene que salir y lo que no – le gritó a Magnetto.

La pulseada sería colosal. ***La Viuda*** le ordenó al estudio de abogados Saénz Valiente que buscara a los mejores especialistas en defensa de la "libertad de prensa" para que, en 24 horas, presentaran los escritos en los que el diario fijaba su posición de principios: la solicitada a favor de Videla debía salir porque FAMUS había pagado miles de australes por una doble página. No estaba sola. Los abogados de *La Nación* y *La Prensa* se sumaron a la defensa de la solicitada bajo la bandera de la misma libertad que no habían honrado durante la dictadura, cuando aceptaron que se silenciaran todos los comunicados y materiales de las organizaciones guerrilleras y de los grupos de exiliados que denunciaban lo que ocurría en el país.

La noticia del fallo de Irurzun, favorable a la posición de los trabajadores, cayó como caen las buenas noticias en una familia que viene de pasar años de injusticia. La sentencia establecía que ninguno de los diarios podía publicar la solicitada ese 25 de mayo ni en días posteriores porque de lo contrario incurrirían en la figura de apología. Más de un cronista no aguantó la tentación de repetir la frase hecha: "al fin sonó un tiro para el lado de la justicia". ***La***

Viuda no podía creerlo, la rebelión en la granja de la que le hablaba la literatura de fantasía se cumplía en su propio corral. El segundo golpe de nocaut vendría unas semanas después cuando se enteró que unos doscientos trabajadores de prensa, también en una resolución de asamblea, decidieron iniciar juicios colectivos contra *Clarín* en reclamo de horas extras mal liquidadas por la empresa lo que constituía otro episodio jamás visto: los empleados le perdían el miedo a ***la Viuda*** y decidían enfrentarla sin rodeos, con juicios mientras estaban en actividad y sin temores a los despidos por represalia. Es cierto, por momentos pensábamos que la victoria estaba cerca. Y por eso peleábamos.



·A DE UNA ADJUDICACION POLEMICA

ñal de ajust

VII

Telones y pantallas

Mientras *La Viuda* y Magnetto se esforzaban por garantizar el pan de sus hijos adoptados – la familia Magnetto también había elegido la búsqueda de niños en adopción, pero ya en democracia – la facturación de *Clarín* y sus empresas satélites alcanzaba promedios anuales de 210 millones de dólares. No estaba mal, pensaba ella, como homenaje a los veinte años de la muerte del marido y de su paso a la celebridad como *la Viuda* de Noble. Faltaba poco para enero de 1989 y por su mente trepaban al mismo tiempo recuerdos de los años felices y divertidos al lado del ***Doctor*** y números de cuentas bancarias de los años más felices todavía. ¿En qué invertir ahora? El diario merecía otra planta. Había que sacar el taller de impresión del edificio de la calle Piedras por tres motivos: el movimiento de carga y descarga nocturna de los camiones de *Clarín* era de tal magnitud que ya era muy evidente la violación de todas las normas municipales y de construcción, por otra parte los vecinos llevaban años quejándose del ruido de camiones a partir de las diez de la noche, de las obstrucciones al tránsito y del enorme despelote que cada madrugada sacudía todas las esquinas de la manzana y, finalmente, eran lógicas las recomendaciones que acercaban los distintos jefes de personal que insistían en separar a los periodistas de los obreros gráficos para debilitarles su fuerza sindical.

Después de dar el okey para la compra de los terrenos en la calle Zepita, recibió de Magnetto una serie de alternativas para adquirir las imprescindibles nuevas rotativas. Con una confianza a ciegas, *la Viuda* aceptó la compra de las máquinas más caras, de altísima velocidad y disponibles para imprimir algún día en color. Era moles capaces de escupir 70.000 ejemplares por hora para que así los camiones partieran enseguida con su carga y no se demorara el envío de los paquetes al interior. Las cosas no estaban

para perder ni el más mínimo espacio en el campeonato que *Clarín* todavía lideraba con mucha comodidad. El diario inquieto, *Página 12*, se ganaba un lugar en los kioscos como un producto preocupante y ágil, capaz de llamar la atención de estudiantes, médicos, abogados, sicólogos y gente de la cultura que reclamaba un matutino comprometido y con visiones más críticas de la sociedad.

La importación de las máquinas alemanas usadas traídas desde Colombia, fue otra drama que sacó de quicio a ***La Viuda***. Mientras en la administración del diario se aseguraba que los montos abonados por las máquinas superaban la media del mercado, los ingenieros, también importados, reconocían los terrenos donde se instalarían los gigantes de hierro y comprobarían con crudeza que se estaban haciendo las cosas a la argentina: la estructura del suelo no permitía el perfecto funcionamiento de las rotativas, celosas en su cuidado como copas de cristal.

En el negocio de los diarios hay dos cosas que no pueden fallar. Buenos periodistas en el manejo de la información y un técnico calibrador de rotativas. Cuando se echan a andar esas máquinas, producen un movimiento similar a pequeños sismos que desacomodan cualquier tuerca inconmovible. La velocidad de las rotativas nuevas era tal que precisaban de un piso firme, ultrareforzado, que los constructores de la planta no habían previsto.

–¡Quién carajo es el que fue a comprar estas máquinas y no nos advirtió de esto! – le gritaron al Beto una docena de veces hasta que logró calmarla.

El escándalo de la mala compra ponía en riesgo la fecha de inauguración de la enorme planta y ***la Viuda*** quería que el bautismo se realizara sí o sí antes de las elecciones presidenciales de mayo de 1989 y con todos los candidatos alrededor de ella para demostrar lo cierto que era la sentencia de siempre: "No se puede gobernar con *Clarín* en contra". Además, la memoria del finado doctor no le perdonaría que la cinta inaugural de una dependencia de *Clarín* fuese cortada exclusivamente por un presidente radical. De pronto, la caja grande del diario se abrió y permitió la salida de diez millones de dólares para cumplir con lo que parecía un imposible.

A la fiesta asistió el país. Ni siquiera se la perdieron quienes, como el director de *Ambito Financiero*, cuestionaban tibiamente a *Clarín* por sus manejos con Papel Prensa. Julio Ramos, esa tarde, se apareció en la flamante planta del brazo de la ex Miss Mundo Silvana Suárez y aceptó una serie de fotografías junto a ***la Viuda***, a sonrisa batiente. Entre bocadito y bocadito, nadie hablaba más que de las elecciones y las negativas de Menem a concurrir a programas de televisión en que también estuviera invitado el candidato radical Eduardo Angeloz. Eran los tiempos de la silla vacía. Los tres candidatos del establishment, Menem, Angeloz y Alvaro Alsogaray, posaron para los fotógrafos que creían que en aquellas horas de intenso tiroteo de campaña sería imposible juntarlos. Cuando los vieron bien arrimados y con la copa de champagne levantada, miraron de reojo y se dieron cuenta que, al lado de ellos, estaba la única razón que permitía convocar ese milagro: ***la Piti***.

Después de la resaca de la fiesta, algunos trabajadores comenzaron a observar que las máquinas se movían demasiado, que el papel se cortaba cada dos por tres y que la impresión era de una calidad que no tenía relación con el precio. Pero aún no era momento de distraer a los ejecutivos con pequeñeces. El país ardía y ***la Viuda*** estaba mirando un poco más allá de *Clarín*.

El humor político de la Argentina de aquellos días le indicaba que era hora de despegarse del peronista conservador, y muy conversador, Antonio Cafiero y de seguir la buena estrella de Carlos Menem, que asombraba en las encuestas como el candidato más firme a la sucesión democrática. Ya poco y nada había para charlar con los radicales. El gobernador cordobés Angeloz se postulaba como aspirante al seguro segundo puesto y por ende, el servicial Magnetto debía esmerarse en tender los primeros puentes firmes y anchos hacia el peronismo. La brújula del gran gerente empezó a girar hacia cuatro hombres con capacidad de operación: José Luis Manzano, Eduardo Bauzá, José De la Sota y Eduardo Menem. Estaba seguro de lo que hacía, pero al mismo tiempo se propuso no dejar de presionar a los radicales porque la política

siempre da sorpresas.

Como los aliados de peso en el radicalismo no existían, Magnetto fue advertido para que también sondeara a algunos caciques menores y les dejara en claro que no querían romper lanzas con vistas al futuro. El otoño de 1989 era más otoño aún para el gobierno de las boinas blancas, nadie creía en la resurrección radical y el explosivo Alfonsín del 83 era "il morto qui parla". ***La Viuda*** ya tenía la radio y esperaba el canal. Nunca había perdido las esperanzas de satisfacer otro de los deseos que, en vida, había obsesionado al marido. *Canal 13* fue parte de la conversación que, en los cincuenta, en el dúplex de la avenida Santa Fe, mantuvieron el cubano Goar Mestre, por entonces dueño de la onda que aspiraba a colocar en las pantallas, y Roberto Noble. La oferta del ***Doctor*** fue asociarse a Mestre. La respuesta de Mestre fue negativa y no hubo caviar, ni champagne, ni promesa de asociación en negocios gráficos que le hiciera cambiar de opinión.

Sus informantes que deambulaban por la zona del poder, entre ellos los jefes de la sección Política, le explicaban que no había forma de convencer a la UCR para que enviara al Congreso ni medio proyecto de ley que modificara el molesto artículo 45. A diferencia de la maniobra realizada con radio Mitre, Magnetto no tenía a quién seducir con una valija de promesas para adquirir el canal porque la propiedad era estatal y mientras no se convocara a una licitación o concurso público, continuaría en manos del gobierno de turno.

La inflación, que carcomía a otras empresas, no era un gran dolor de cabeza para *Clarín* porque la cobranza de miles de avisos clasificados se realizaba al contado y de esa forma la gerencia de Finanzas, a cargo de José Aranda, realizaba atractivas inversiones diarias con la compra y venta de dólares. A los trabajadores, en cambio, se les pagaba el salario con una recomposición similar a la inflación pero del mes anterior. Cerraba así un círculo perfecto y conveniente: los ingresos diarios se volcaban al dólar de especulación y, como siempre daba ganancia, treinta días después se los convertía a pesos para cancelar obligaciones.

Sin embargo, estaba a punto de ocurrir algo inesperado. Cuan-

do el derrumbe era inevitable y aún sufrían las cargadas por la paliza que Menem les había dado en las elecciones del 13 de mayo de 1989, los principales dirigentes del radicalismo sintieron miedo de que la gente cumpliera con esa frase que identificaba el sentimiento de hartazgo con los gobernantes: "hay que colgarlos a todos de un poste en la plaza". La inflación mensual se escribía con cifras lunáticas y un estado de rebelión popular florecía en toda la Argentina. Alfonsín necesitaba que los grandes diarios, frente al seguro desfile de su cadáver, le tuvieran algo de clemencia y, al menos, no le patearan el cajón. No aguantaba que en la debacle se lo pintara como lo que era, un presidente que terminaba su mandato sin cumplir ninguna de las grandes promesas que había realizado ante millones de argentinos en 1983. Con la celeridad que no tenía para los asuntos mayores, dio instrucciones a sus diputados más leales como Jesús Rodríguez para que, en la primera sesión de la legislatura en la que reinara la tranquilidad, se tratara un proyecto que eliminara el artículo 45 y calmara a las fieras.

Entre escenas de saqueo, cambios desesperados de ministros y vacío de poder, nadie estaba para votar modificaciones a ley de radiodifusión. El gobierno de Alfonsín ordenaba la detención de militantes de partidos de izquierda y se ensañaba con el Partido Obrero al que utilizó de chivo expiatorio para adjudicarle la violencia callejera de aquellos días. Un dirigente sindical gráfico de *Clarín* cayó en ese revoleo y pasó una noche en una comisaría de Constitución sospechado de peligroso agitador. El proyecto de ley de aquel radicalismo que se doblaba y se rompía, finalmente no pudo tratarse, aunque la señal ya estaba enviada: cuando el próximo gobierno asumiera, la disciplinada bancada radical no pondría palos en la rueda que iba a pasarle por arriba al molesto artículo 45.

Cytrynblum sobrellevaba el manejo de los temas cotidianos con su certero instinto que le permitía flotar, como siempre, en la complicada marejada de esos días. Su estilo reo y alejado del sesudo análisis y su desesperación por obtener primicias, lo había arrastrado a errores inimaginables como la vez que tituló en tapa que había aparecido en Brasil el cadáver del poderoso empresario

mendocino Enrique Menotti Pescarmona y encima, en una desleal maniobra, le adjudicó el origen de la noticia a Manolo Epelbaum, el sorprendido corresponsal en Río de Janeiro que nada sabía del tema. Unos días después el secuestrado aparecía vivito y sin rasguños luego del pago del rescate. Era su mayor vergüenza en una larga carrera y quizás la más grande metida de pata de toda la historia de *Clarín*. Enterada ***la Viuda***, y después de unos minutos de pataleo, le otorgó un perdón sacerdotal porque aceptó las excusas sobre traviesos y malintencionadas que le habían vendido pescado podrido al ingenuo jefe de política Kirschbaum demasiado confiado en sus contactos en el ministerio de Relaciones Exteriores. No valía la pena desquitarse con "Cytrin" porque además, todavía lo tenía entre sus preferidos. Era el secretario de redacción que con cierta audacia y mucha calle le había sacado cierto almidón al diario de los comienzos de los 70 y lo había posicionado como el medio imprescindible para los sectores que más le interesaban a la dueña: la aún abundante clase media que nutría las páginas de avisos clasificados.

La Viuda y Magnetto lo convocaban diariamente al tercer piso a fin de escuchar su visión sobre los complicados saltos que pegaba la política argentina y, por esos días, la señora directora decidió que, a la visión de Cytrymblum se la podía complementar con testimonios directos. Era momento de invitar a los hombres que podían cortar la torta: menos el vedado Alfonsín, una serie de peronistas de primera línea, con Menem a la cabeza, y unos pocos radicales, estrecharían la mano de la directora y tomarían una que otra copa con ella. En esas charlas, algunas realizadas en el tercer piso, les dejaría bien claro que la preocupación de *Clarín* era la insistencia del estado argentino en mantener en su poder dos canales como el 11 y el 13 y que vería con agrado que una de las primeras medidas del próximo gobernante fuera el llamado a licitación de esos canales. Si esto ocurriera – propondría la directora – su empresa estaría predispuesta a auxiliar las arcas estatales con una interesante oferta.

Cuando escuchó la cifra le pareció una extravagancia.

–¿Piden un aumento de salarios del doscientos por ciento? ¿En qué país creen que viven? ¡ Esto no es una isla!– se horrorizó ***La Viuda***.

Estábamos en la Argentina. La Argentina de las primeras horas del menemismo. Con esperanzados obreros, algunos muy peronistas, y desesperanzados militantes de izquierda que no entendíamos como esos obreros habían sido seducidos por los carteles que anunciaban "salariazo". La noche del 13 de julio de 1989, cuatro días después de que Carlos Menem se calzara por primera vez en su vida la banda presidencial, esperanzados, desesperanzados e indiferentes, reunidos en asamblea en los talleres de la calle Zepita, le reclamábamos a la directora un flor de aumento que ayudara a remar contra la inflación récord de julio que se estimaba en 190 por ciento. Por la mañana, la gerencia de personal de *Clarín* había recibido de boca de Magnetto la dura posición de ***la Viuda***: aumento de sólo el 100 por ciento. Las comisiones internas de periodistas y gráficos desparramaron la novedad y, por la tarde, empezaron las gestiones para que se elevara el porcentaje. La respuesta era siempre la misma palabra, seca, burlona, indiscutible: no.

La Viuda pensaba que si esa noche se les explicaba a los trabajadores que la empresa, debido a la recesión del país, no estaba en condiciones de dar ese aumento "por ahora", los operarios se irían, como recomendaba el general, del trabajo a la casa. Pero no era una noche peronista. Después de trece años sin participar de huelgas masivas, y en forma espontánea, los empleados de *Clarín* decidíamos realizar una apuesta de máxima: la toma de la planta. El objetivo era que alguien nos escuchara y para eso la opción era quedarse al lado de las rotativas y no dejar que ningún jerárquico pulsara el botón de arranque.

Ella pensaba que no se merecía esto. Justo ella, la que les había dado todo, el doble aguinaldo, la medicina prepaga, los préstamos para que se compraran el departamentito. Sintió la furia de los setenta, cuando los paros de entonces –aunque sin toma de las instalaciones– la dejaron con la colección del diario incompleta, y

se desahogó con Magnetto pegando un grito en el teléfono:

– ¡Me importa un carajo que tomen el diario, que no saquen el diario y que se trepen a las máquinas. No hay aumento y se terminó!

El viernes 14 de julio de 1989, *Clarín* no se imprimió. La mayoría de los periodistas se enteraría con el desayuno de aquel día cuando prendieron la radio y escucharon que la decisión de la toma se había votado a las dos de la mañana, varias horas después de que ellos entregaran su notas en la redacción de la calle Piedras y marcharan a sus casas con la tranquilidad de una edición que entraba a las rotativas.

El debut de ***La Viuda*** como dama de hierro causaría un cimbronazo entre los trabajadores. Frente al anuncio de guerra y repitiendo historias que venían del tiempo de los anarquistas, nos dividimos entre duros y conciliadores. La llegada a la planta de una jueza y la policía para desalojarnos por usurpadores, la posición de la directora que nos mandaba decir que "bajo medidas de fuerza ni hablo", la intimación del ministerio de Trabajo de Menem que presionaba a favor de *Clarín* y la debilidad de los delegados más afines al oficialismo del Sindicato Gráfico y la UTPBA, giraron la siguiente asamblea hacia una votación dividida. Los que mocionamos continuar con la toma hasta que nos dieran el aumento perdimos por escándalo y, cerca de la tarde, pese a la derrota, regresábamos a la redacción con la cabeza en alto, el sueño atrasado, la barba crecida y el estómago cerrado. Muchos comprendieron que la dignidad también se construye en las malas.

Durante un mes, ***la Viuda*** tuvo que tragar saliva y aguantar una dura campaña de denuncia contra *Clarín* realizada por sus propios trabajadores que incluyó movilizaciones por las calles de Buenos Aires, visitas relámpago a la Exposición Rural para llenar el stand de *Clarín* con afiches y volantes, y decenas de asambleas en el diario en las que se imaginaban medidas para pelear sin violar la conciliación obligatoria. Un mes y medio después, era cuestión de ver quién aguantaba más. Y aguantó más *Clarín*. El aumentó quedó en "sólo" un cien por ciento y la mayoría de los trabajadores, entre cansados y atemorizados por las acciones

sicológicas y monetarias que se programaban desde las distintas gerencias, dirigidas por émulos de la SIDE, lo toleró.

El hito del 14 de julio cruzaría muy fuerte los siguientes años de *Clarín*. Las divisiones entre conciliadores y combativos se habían marcado muy a fuego durante el conflicto y hasta se notaban en el tono y los modos de expresarse en las asambleas. "Hay que solicitarle a la casa que nos atienda", decían los primeros. "Tenemos que arrancarle a la patronal una audiencia" decíamos los segundos. Se trataba de convencer a la multitud de que éramos parte de una empresa que no se estaba viniendo a pique y que tenía espaldas de sobra para conceder aumentos generales que, al menos, respetaran la inflación. Pero el sentimiento pro–*Clarín* era incentivado con fuerza por ***la Viuda*** y Magnetto. Durante décadas, y al igual que sucede en empresas tradicionales, *Clarín* manejó el concepto de la gran familia, en el que ***la Viuda*** era la guía espiritual y casi madre de todos nosotros y Magnetto y algunos gerentes ocupaban lugares fungibles. Al gerente de personal Figueiras, por ejemplo, algunos lo llamaban "el tío", en un respetuoso reconocimiento a la firma de vales con que, discrecionalmente, adelantaba el pago de haberes. Todos los 28 de agosto, aniversario del diario, ***la Viuda*** se vestía de gala, siempre con alguno de sus trajecitos brillantes, los jefes invitaban a los trabajadores que cumplían veinte o veinticinco años en la empresa a que subieran al salón preferencial del tercer piso, donde, entre alfombras rojas, cuadros de firma y mucho Chandon, se les entregaba un llavero, con un poco de oro, que tenía la forma del muñequito de *Clarín* que encabezaba cada tapa del diario. "El monito", como se lo conocía entre los empleados, era el símbolo de la pertenencia. Había quienes lo enmarcaban para recuerdo y otros que, a la semana de recibirlo, lo vendían en los negocios de la calle Libertad para alivio de la mesa familiar. ***La Viuda*** no sabía de esas rápidas transacciones de monitos que algunos de sus asalariados concretaban. En realidad, su contacto con los redactores se daba solamente en aquellas fiestas de los días 28, cuando obligaba a que se colocara muy cerca suyo el jefe de personal Jorge Figueiras para que le informara al oído dónde trabajaba cada uno de los que era llamado al estrado a recibir su

recompensa a la fidelidad o al aguante. Los detalles personales de cada trabajador se los guardaba Figueiras, dueño de uno de los archivos de inteligencia más completos de los periodistas argentinos que descansa en el tercer piso del edificio de *Clarín*, a treinta metros del despacho de ***la Viuda***. Allí, en jugosas carpetas que interesarían a cualquier gerencia de los medios de comunicación figura el seguimiento realizado por agencias privadas de investigación a cada redactor. En las planillas se separaban los rubros por: "antecedentes policiales", "antecedentes gremiales" y "antecedentes ideológicos" (SIC). Cada legajo contenía además las principales expresiones públicas que los periodistas realizaban fuera de *Clarín*: firmas de solicitadas, pronunciamientos en actos políticos, declaraciones de importancia en otros medios y hasta comentarios de pasillo acercados al oído del experto en relaciones humanas por esos alcahuetes que nunca faltan. A ***la Viuda*** le encantaba saber que Figueiras conservaba el legajo más valioso para ella, el de Julio Ramos, el dueño de *Ambito Financiero* que en abril de 1965, según la oficina de personal, había sido despedido por Roberto Noble bajo la acusación de "chivero".

Para la primera primavera menemista, se vivía un clima de exagerada algarabía entre los directivos del diario. Los operadores jurídicos de *Clarín* venían de moverse como tiburones en el Pacífico en el expediente de la quiebra del diario la Razón. No se trataba de capturar la marca del diario, ni su valioso archivo como harían años después. Buscaban adueñarse del edificio, en una zona clave de Constitución con rápida salida al centro y a la zona Sur y del 13 por ciento de las acciones de Papel Prensa que aún estaban en poder del alicaído socio. *La Razón* ya no pertenecía a los Peralta Ramos. La había comprado José Pirillo, un comerciante y banquero de décima categoría, que condujo al tradicional diario a la ruina y que buscaba, en el concurso judicial, arreglar la deuda con uno de sus principales acreedores que era Papel Prensa. El inmueble finalmente se entregó a otro comprador después de las indecisiones de *La Viuda* que no sabía si por sentimiento o por convenien-

cia, no debía alejarse del edificio, viejo y mil veces reciclado, de la calle Piedras. Pero las acciones fueron objeto de un ejercicio de cálculo tan extraño que, de costar 20 millones de dólares como aseguraban los empresarios vinculados al papel, se transfirieron a *Clarín* por sólo 6 millones. La ventaja de ***la Viuda*** a la hora de comprar fue otro de los favores aquellos que le había firmado Videla. *Clarín* tenía opción de compra preferencial para el momento en que alguno de los socios se desprendiera de su paquete. El día había llegado, y los abogados celebraban el nuevo avance al mismo tiempo que el juez de la quiebra, Foiguel López, acumulaba pedidos de juicio político de quienes objetaban la operación, ante la sospecha de una venta a precio vil.

Pero el movimiento de tropas de contadores y abogados en el tercer piso no sólo era atípico por el operativo *La Razón*. Buena parte de ellos iba y venía de los despachos de ***la Viuda*** y de Magnetto con carpetas que llevaban un, hasta entonces, misterioso nombre: ARTEAR S.A. Era la empresa que ella había decidido formar junto a su trío más incondicional, Magnetto, Aranda y Pagliaro, para presentarse en el concurso por los canales de televisión que sería convocado en días más por el gobierno de Menem.

Ser o no ser peronista ya no era el dilema político del ex gobernador riojano. La topadora de bajo porte y carrocería regordeta de su ministro de Obras y Servicios Públicos José Roberto Dromi, calentaba motores mientras en las cámaras de diputados y senadores, con la complicidad radical y de los partidos provinciales, se le daba forma a la ley de racionalización del estado, considerada la clave jurídica para privatizar todo lo que se les antojara. La primera embestida se realizaría contra los canales de televisión, luego de obtenido el objetivo supremo, la derogación del famoso artículo 45. En un primer momento, a Menem se le ocurrió dejar trascender su intención original: cerrar los canales 11 y 13 hasta tanto se vendieran a los privados. Argumentaba un supuesto déficit mensual que el estado no podía tolerar más. Pero la rápida reacción de un sector de trabajadores de los gremios que trabajaban en la televisión, más la decisiva toma de conciencia de artistas, periodistas e intelectuales que formaron parte de la fiesta de los

Martín Fierro, lograron la suspensión de la alocada medida que pretendía bajar la persiana por unos meses. Aquella transmisión de la ceremonia en que se entregaban las célebres estatuillas parecía indicar que la negativa a las privatizaciones sería intransigente. Pero finalmente se demostró que se trataba apenas de una noche sentimental en la que, hasta Mirtha Legrand, una cambiante amiga de ***la Viuda***, había tomado el micrófono para pedirle al presidente un poco de piedad.

Los avances de las ideas privatizadoras eran de tal magnitud que, pese a la campaña de las agrupaciones sindicales más combativas sobre el asalto que se veía venir, las asambleas de resistencia fueron perdiendo fuerza, muchos sindicalistas se renovaron en simpatizantes de la venta y una gran cantidad de compañeros comenzó a escuchar la palabra ARTEAR con cierta simpatía.

La extraña composición societaria de ARTEAR, Arte Radiotelevisivo Argentino S.A., se repartía en un 32% para ***la Viuda***, 25% para Magnetto, 3% para la empresa que editaba *Clarín* (Arte Gráfico Editorial Argentino S.A.) y 40% para Invarar S.A. Al desglosar Invarar, se descubría lo siguiente: el 15% era de ***la Viuda***, el 31% de Magnetto, el 23% de José Antonio Aranda, el gerente financiero de *Clarín*, el 23% de Lucio Pagliaro, el 2% del dueño de canal 3 de Rosario Alberto Gollan, el 2% del titular de los canales 7 de San Juan y 8 de Mendoza Jorge Estornell, el 1% del accionista de canal 12 de Córdoba Aarón Braver, el 1% de José Bonaldi, el 0,5% del editor del diario *La Calle* de Concepción del Uruguay Ricardo Sáenz Valiente, el 1% del accionista del diario *El Territorio* de Posadas Luis Alberto Pérez y el 0,5% del ex presidente de la agencia *Diarios y Noticias* y accionista de *La Gaceta* de Tucumán, Eduardo García Hamilton.

Los contactos con lo que era el sector celeste del gobierno de Menem se intensificaron y los llevaba adelante Magnetto en persona. Eduardo Bauzá y Eduardo Menem tenían línea directa con el gerente engominado por cualquier problema que ocurriere, pero el sector rojo punzó del menenismo era el que mantenía las más regulares y ocultas comunicaciones con el Beto. Raúl Granillo Ocampo, secretario legal y Técnico de la Presidencia de la Nación

y uno de los líderes de los rojo punzó sería denunciado, en pleno fervor licitatorio, como pieza fundamental en las "distorsiones" a favor de *Clarín*. Como el recién llegado menemismo era una caja de sorpresas y nadie sabía cuántas horas duraba una lealtad, Magnetto se movía en todos los frentes y también intentaba convencer telefónicamente a sus rivales de librar una batalla limpia en la que nadie debía entorpecer una licitación por la que todos habían "luchado". La concesión de la señal de canal 13 era un botín de guerra, no sólo para *Clarín*, también para *Ambito Financiero* y para *Crónica*.

Las vueltas de la vida. Dos ex periodistas de *Clarín*, Julio Ramos y Héctor Ricardo García, como titulares de *Ambito* y *Crónica*, discutían la adquisición de una emisora de televisión con ***la Viuda*** de quien, según admitían ellos, había sido uno de sus referentes en el periodismo. La sociedad que había formado Ramos tenía como acompañantes a Florencio Aldrey Iglesias, dueño de *La Capital* de Mar del Plata y del hotel Hermitage de aquella ciudad, *La Prensa*, radio LT9 de Santa Fe, el empresario metalúrgico Edgardo Gonella, Andrés Alzugaray de la empresa de transportes TAB, Palito Ortega y, como sorpresa bien empaquetada, Gerardo Sofovich, el sobrino del ex abogado de *Clarín* y de Noble. La S.A. se llamaba Argentevé. García y *Crónica*, en cambio, quedaron enseguida fuera de carrera por una torpeza muy habitual de quienes le manejaban los papeles: llegaron cinco minutos después del horario prefijado para presentar las carpetas como oferentes y en la sede del Comité Federal de Radiodifusión, celosos de la puntualidad, les cerraron las puertas.

Menem patentaba frases que la memoria colectiva guardaría luego como emblemas de la hipocresía. "Síganme que no los voy a defraudar", "haremos la revolución productiva" y "pondremos en marcha el salariazo". De mucho menor envergadura, a Julio Ramos le dijo una cuando el empresario conocido por su mote descriptivo de "el Pelado" fue a visitarlo frente al rumor que se engrandecía y que aseguraba que canal 13 ya estaba entregado, a dedo, a ***la Viuda***. "Mirá Julio, te juro que aquí no hay caballo del comisario", le respondió en la quinta de Olivos.

Lo que seguro había era caballo de Troya. El polifuncional Abel Maloney, el periodista que también *Clarín* había ubicado en radio Mitre, estaba ahora trabajando en *Canal 13* antes de las adjudicaciones. ¿Era previsible? Sí, lo era. También era sospechoso.

El concurso más esperado en los ambientes periodísticos debía resolverse por méritos antes que por el valor de las ofertas económicas. He aquí la diferencia con una licitación tradicional. Y he ahí la jugada maestra que Magnetto le había explicado a ***la Viuda***: "conseguimos que los pliegos valoren más los antecedentes morales, personales y de medios de comunicación. En esos rubros nadie tiene con qué darnos". Magnetto estaba seguro de un triunfo en las preclasificaciones.

Si ***la Viuda*** temía sorpresas a la hora de abrir los sobres con las ofertas de dinero – *Clarín* igualmente tenía respaldo para elevar las cifras en una hipotética segunda vuelta – debía asegurarse que nada ni nadie desplazara a su diario en la evaluación de los famosos méritos. Para ello se preocupó por armar una alianza en la que involucró a importantes diarios del interior, los que también, a su manera, realizaron el correspondiente lobby.

Lo que Magnetto le había dicho era cierto: *Clarín*, con su trabajada musculatura empresarial, era como una división Panzer entre el diario más fuerte de capital y los matutinos y canales más importantes del interior. Mientras los otros grupos combinaban en sus formaciones a pesos pesados de los medios con oportunistas vendedores de cerámica o petroleros ansiosos, *Clarín* quería mostrar que la suya era "la sociedad de los expertos en comunicación".

Se acercaba la Nochebuena y los climas eran propicios para las almas generosas. El viernes 22 de diciembre, después de citar algunas rebuscadas frases de Perón en las que dejaba abierta las puertas al capital privado (" En cualquier momento – sostenía el General – las empresas estatales pueden ser entregadas a las empresas privadas, a medida que las curvas de la economía de aquellas pasen a ser positivas"), Menem leyó el resultado de las adjudicaciones. El plan no había fallado. Primer lugar en la preclasificación por méritos, lo que le daba la opción a *Clarín* de elegir canal.

La oferta fue por el 13 y así, el premio mayor llegó a manos de la más poderosa interesada: se quedaba con un canal que en ese momento daba superávit, tenía 900 empleados y levantaba su pauta publicitaria gracias a la participación mínima que el interventor le había dado a los empleados en el gerenciamiento comercial.

De elegante trajecito beige, inseparables anteojos oscuros a lo Loren, un peinado con elevado jopo sostenido a base de batido y spray que nunca había usado en actos públicos y que dejaba su frente tan libre como la emisora que recibía, ***la Viuda*** siguió atentamente el discurso de Menem. Su sonrisa parecía programada en horario y hasta exagerada en el ambiente formal de la ceremonia. No la abandonó ni en los momentos más tediosos. Se puso de pie cuando Menem terminó de firmar el decreto 1540 y, a las dos de la tarde, recibió las felicitaciones de todo el gabinete, del grupo Telefé que se llevaba canal 11, y del hombre que presidía el país y que cuatro años más tarde diría: " cometí un error. Derogar el artículo 45 de la ley de radiodifusión. No medí las consecuencias y se monopolizó la prensa. No esperaba que algunas empresas se convirtieran en propietarios de diarios, canales de televisión, radios y hasta una cuota de Papel Prensa".

Fue por la tarde de ese día que se sintió la dueña de todo. Con siete mil doscientos millones de australes – el equivalente a cinco millones y medio de dólares – tenía en su poder un canal que valía 20 millones de dólares en los setenta, el mismo canal que la dictadura compró en los ochenta en 11 millones de dólares de indemnización a su antiguo dueño el cubano Goar Mestre y, lo más importante, el canal preferido del *Doctor* al que volvía a ver en el sillón de tres cuerpos destornillándose de la risa con el patapúfete de Pepe Biondi.

Las llaves del canal le fueron entregadas a *Clarín* a las ocho de la noche del jueves 11 de enero de 1990 en la sede de Constitución. ***La Viuda*** no quiso postergar sus vacaciones, ni las de Marcelita y Felipe, ni la de su banda de perros, y le encargó al trío Magnetto, Aranda, Pagliaro que concurrieran a la sencilla ceremonia mientras ella se relajaba en Punta del Este. Jorge Rachid, secretario de Prensa y Difusión fue el encargado de consagrar el acto histórico.

Desde ese día, y por quince años, la licencia del 13 le pertenecería a una mujer que, paradójicamente, se enorgullecía de no aparecer ante las cámaras.

En su torre en Punta del Este, ***La Viuda*** era informada de los nuevos pasos que los felices vencedores daban en la nueva administración. Pese a que una de las cláusulas del pliego de condiciones establecía que durante un año los nuevos concesionarios no podían despedir a ningún trabajador, la primera "inversión" realizada fue el pago de indemnizaciones para reducir el personal. En mayo de 1990 *Canal 13* empujó a un retiro, con apariencia de arreglo de partes, a buena parte de los camarógrafos, técnicos y periodistas del noticiero. En noviembre se repitió la maniobra, con tanta saña que se le otorgaban vacaciones compulsivas a trabajadores con discapacidad. Angel Cosentino, uno de los hombres designados para la operación achique tenía en sus manos el paper con las directivas de su nuevo patrón Magnetto: "para 1991, *Canal 13* debe tener no más de 500 empleados".

Los primeros meses del menemato transcurrían en las pantallas del 13 entre la complacencia y las reiteradas preguntas "¿Qué hacemos con este tema, lo tratamos o no?", cada vez que *Página 12* destapaba ollas con alguna de sus investigaciones. ***La Viuda*** le había encargado a uno de sus fieles caballeros que se empezara a meter en las cuestiones macro de la nueva empresa. Al siempre bronceado Lucio Pagliaro, tercero en la línea sucesoria del trío que allá por los 60 había llegado de la mano de los desarrollistas, le llevó un tiempo entender de qué se trataba el negocio de la televisión. El miedo a equivocarse fue tal que recordó aquellos días cuando, junto a Magnetto, manejaba la automotriz platense y juntos se desvelaban por evitar la quiebra. Las nuevas autoridades echaron mano a un veterano de las noticias para que sirviera de filtro ante cualquier exageración de los opositores que pudiera dañar la imagen del gobierno de los favores. La experiencia de Luis Clur, que llegaba al canal con casi 70 años, lo ubicaba en el cajón de los "periodistas sensatos y moderados" que en sus épocas del viejo *Canal 11* había mostrado su ojo clínico en eso de saber hasta dónde tirar de la cuerda. Era, para Pagliaro y para ***la Viuda***, el

servidor ideal que no dudaría, ni en los noticieros ni en los flashes, con desmalezar cualquier nota que sembrara el pánico. En la Rosada y en sus dependencias más cercanas había comenzado el festival de la megacorrupción.

"Quiero un canal con muchos espectáculos, muchas superproducciones y que se dedique a la familia. Hay que apuntar a ese target ABC1 que nos hace falta. Y de noticias, lo imprescindible. Nada más. Cuando nos haga falta, pegaremos". La orientación que ***la Viuda*** le dejó a Pagliaro, se cumplía a rajatablas en el canal de comienzos de los 90. La escuadrilla *Clarín* se repartía los roles de tal manera que radio *Mitre* y *Canal 13* parecían los hermanitos correctos y *Clarín* se iniciaba como el insolente de la familia. La imparable crecida de Página 12, que por esos días alborotaba el gallinero con sólo denunciar el diez por ciento de lo que ocurría, se reflejaba en las cifras que le alcanzaban a ***la Viuda*** cuando cada tarde, entre las siete y las diez, se sentaba en el despacho del tercer piso para supervisar los informes de circulación y comprobaba que despacito, despacito, las ventas descendían.

El drama del diario se agravaría además por el llamado "affaire Cytrynblum", después que Magnetto recibió la infidencia de uno de los jefes de la redacción que había entrado, de casualidad, al despacho del secretario general. Arriba del escritorio se encontraban las carpetas que hablaban de un proyecto de diario en el que "Cytryn" estaba trabajando a escondidas: la nueva versión de La Razón que pensaba adquirir el multimillonario magnate ¿

–Echelo. Y que se vayan todos los que son sus amigos – gritó ***la Viuda*** en el tercer piso.

Magnetto no podía creerlo. El hombre que se había asociado con él para moverles el banquito a los desarrollistas, ahora se embarcaba en elaborar secretos planes para otras editoriales y lo dejaba sin un hombre de confianza para manejar la redacción. *Clarín* era Cytrynblum, en lo periodístico. Y costaría encontrarle reemplazante.

Aquel enero de 1991, una larga lista de jerárquicos leales al "Ruso" abandonaban el diario con el cheque de la indemnización en el bolsillo. El candidato natural para suceder a Cytrynblum era

Joaquín Morales Solá, pero el tucumano prefirió dar un paso al costado y acompañar en su duelo al hombre que lo había traído a Buenos Aires. En la redacción se esperaba cualquier cosa mientras la leyenda se hacía más grande con cada semana que pasaba: "Al Ruso le dieron medio palo verde y con eso le pagaron el silencio. No tiene que contar nada de lo que sabe hasta el día de su muerte".

El dedo elector de Magnetto cayó sobre la cabeza del tercero en la línea hereditaria, Roberto Pablo Guareschi, secretario a cargo de la sección Internacionales con aires de yuppie, inglés de profesorado y moñitos que le había copiado al comentarista deportivo Dante Zavatarelli. A Guareschi no se le conocían ideas iluminadas en sus años de periodismo. Siempre que podía batía el parche a favor de su guía espiritual: el ex director de La Razón, Félix Laiño, o lo que era lo mismo, el conductor intelectual del vespertino del Ejército durante la dictadura. Entre quienes menos lo querían era conocido por una alegoría vinculada a la sonoridad de su apellido: "Guachesqui" le decían.

Las cosas funcionaban con piloto automático. Los jefes de sección habían achatado el nivel general con un grado de censura interna pocas veces visto, y si bien las ventas se inclinaban levemente hacia abajo,como la calidad del producto, los clasificados cumplían el papel de eficaces salvavidas. No eran económicos los problemas sino periodísticos.

O *Clarín* se mantenía neutral, o pasaba a contar una parte de lo que sus amigos del gobierno estaban haciendo. Esa era la cuestión que discutieron ***la Viuda*** y Magnetto antes de entregarle las jinetas oficiales a Guareschi, después de tenerlo a prueba de escritura y fidelidad durante un tiempo. Finalmente se decidieron a liberar algunas riendas de crítica en el diario, con ciertos episodios que sorprenderían al gobierno. El 17 de enero de 1991, en el medio de los escándalos por el Swifgate y ante las primeras piezas movidas por Menem para simular una lucha contra la corrupción, el editorial de *Clarín* daba algunas precisiones sobre cómo se comportaría con su juego de zanahoria y palo, palo y zanahoria: "...en esta ocasión el Gobierno actuó con sorprendente rápidez producien-

do una significativa reorganización del ministerios que puso bajo control de Economía el área de Obras Públicas...más allá de los aspectos positivos de las medidas que se comentan, siguen pendientes las grandes cuestiones de la reconstrucción nacional..." Esa semana el diario de ***la Viuda*** también hizo ver su enojo ante las noticias que señalaban que el gobierno entregaría canal 4 – una onda de T.V. abierta que la Argentina se disputaba con Uruguay – a la sociedad Tevetop S.A. en la que estaba involucrado Julio Ramos. La punta de lanza del malhumor de *Clarín* era el diputado radical Juan Pablo Baylac, quien presentó un pedido de informes en la Cámara de Diputados para que el Ejecutivo diera cuentas de lo que estaba ocurriendo con el 4. ***La Viuda*** y Magnetto suponían que si Menem estaba negociando con Ramos, era porque no pensaba cumplir el pacto de "no más de cinco canales en la Capital".

Hábil para bailar el mismo baile que le proponían, Menem reprodujo en un espejo la estrategia de sus sorpresivos enemigos. "¿Así que me castigan con indirectas? Yo les pegaré indirectamente también". Tres llamados telefónicos bastaron para que Guillermo Patricio Kelly, un ex dirigente nacionalista que el único precio que no acepta es que se hable mal de Perón, mandara claros mensajes desde el espacio que le habían habilitado en el oficialista canal *ATC*. "Sin concesiones", el programa que conducía Kelly y que daba lástima por su escaso rating, era utilizado como canal alternativo de comunicación hacia ***la Viuda***. "La innoble señora de Noble", decía Kelly mirando fijo a la cámara, al mismo tiempo que mezclaba sus inentendibles comentarios con acotaciones contra "el zurdaje", los marxistas, los radicales y "los del emetepe". Nada de lo que decía Kelly cerraba, pero alcanzaba para que los destinatarios se fijaran bien contra quién estaban peleando. Una noche abrió su transmisión con una foto enmarcada de Marcela y Felipe y le pidió al camarógrafo que le hiciera un primer plano lento que él cerraría con una pregunta tan venenosa como traicionera: "¿Señora de Noble, usted sabe de quién son estos niños?".

Magnetto advirtió que estaban jugando con fuego y confirmó que los servicios de inteligencia aportaban mercadería al programa de Kelly. Corrió hasta la residencia de ***la Viuda*** y le contó con

qué armas se estaba jugando hasta que consiguió intranquilizarla. Dispuso en primer lugar que la mansión se organizara de tal manera que "los chicos" prendieran la tele fuera de los horarios malditos de Kelly. La segunda orden fue que Magnetto pidiera una urgente reunión con el presidente de la Nación para que las cosas se resolvieran sin intermediarios.

Menem la recibió el 2 de mayo de 1991 con la extorsión en la punta de la lengua. Desde hacía un buen tiempo, un seleccionado de adulones lo atormentaba al oído con su pesadilla de medianoche: "¿Viste las caritas, los gestos y los comentarios que hace esa yegua por el 13?", le decían los más refinados. La yegua en cuestión era Liliana López Foresi, una periodista que llevaba dieciocho años en los medios y que al fin había conseguido un reconocimiento público a partir del programa "Revista 13, periodismo con opinión" en el que además de presentar las noticias del indulto, la guerra del Golfo y los primeros destapes de los negociados, comentaba los hechos con dureza opositora, fuera de los libretos de época de Noble–Magnetto. El primer intento del menemismo por ponerla en caja lo llevó adelante quien ya era el mejor contacto del gobierno con *la Viuda*, el celeste Eduardo Bauzá. Aquella cita había terminado en nada. Bauzá le pidió a López Foresi que se acercara a tomar un café y la respuesta fue tan seca que Bauzá comprendió que la dama no se rendiría fácilmente. Cuando *la Viuda* puso los pies en la residencia de Olivos, tenía pensada la frase con la que iría al grano: "por favor, que se calle Kelly".

–Por favor, que se calle la López Foresi – respondió Menem.

Sellaban así una nueva edición de los pactos de silencio con los que la historia del periodismo tiene mal acostumbrados a los argentinos. La periodista que alteraba el buen dormir de los menemistas fue forzada a cambiar la acidez de sus comentarios por una neutralidad que ella convirtió en exagerada. Y el acto censor, que generalmente no se percibe, esta vez fue tan evidente que, cuando López Foresi se quedaba unos segundos callada después de presentar una noticia, era como un repique de campanas que anunciaba el tamaño de la venda que habían puesto sobre su boca.

Ocho meses aguantó López Foresi en esas condiciones. La se-

guían a la salida del canal con un Falcon, le dejaban mensajes en el contestador telefónico que se preguntaban: ¿Lázaro Costa, a qué hora pasamos a buscar el cádaver por el 13?", le abrían el auto cada dos noches. En la sede del 13, era la peste andando y sólo unos pocos se le acercaban a hablar. ***la Viuda***, además, no quería que a esa mujer le perdieran el control. La obsesión era tal que Luis Clur, en un rapto de coherencia nobilísima, ordenó que no se usaran textos de poetas para ir a un corte después de que López Foresi cerrara uno de los bloques de su programa con una frase de Juan Gelman en la pantalla: "Y a resistir porque seguro que habrá más penas y olvidos".

El papelón era de tal magnitud que el genio burlón de Jorge Lanata, quien dirigía *Página 12*, preparó veinte días después un suplemento de cuatro páginas en joda que acompañó la edición del diario y que, con la misma tipografía de *Clarín*, imitaba al matutino con títulos hirientes que destacaban el estilo alarmista y al mismo tiempo intrascendente de *Clarín*: "Epidemia de Sida en Lomas del Mirador. Un caso entre 800.000 pacientes", "Un perro cayó, mató quince ancianos, una mujer de mediana edad y mordió a un desprevenido transeúnte", "Inauguran pasaje en honor de Roberto Nóblex". Cuando a ***La Viuda*** le llevaron el irrespetuoso regalo de Lanata, sólo se le oyó decir: "Ya van a ver los de *Página* 12, ya van a ver".

A CONDECORO A LA DIRECTO

é de la Sra. de

ı)
ncipio de la no
ıternos de otros
un orden inter-
oiles estuvieran
os más podero-
la Carta de las

teóricos en que
ría operar con
co extrarregio-
la estabilidad o
ızadas.
No porque en el
venciones. Sino
a intervención,
eptado.
subdesarrolla-
arginado, salvo
ionalismos exa-
sas o disturbios

capitales, otros
l Este en plena
ue se retacean,

el mañana, con
ponencialmente
ıumanidad que
planetaria.
ática, no podía-
l máximo inte-
tos en España.



cos, pues representa a toda Espa
particularismos, tiene una virtu
nante que participa de lo simbólic
allá de un poder moderador.
El gobierno de Felipe Gonzál

VIII

Política

¿Fue realmente la primera mitad de los 90 la época argentina en la que los millonarios ganaron más plata? La reciente confesión de Susana Giménez en ese sentido justificaría que en esos años la fortuna de ***la Viuda*** se multiplicara hasta el derroche. Pero, a diferencia de los demás integrantes de la cofradía privilegiada, nadie como ella tenía aspiraciones políticas. No en el sentido lineal de anhelar sentarse en el sillón presidencial. Lo suyo era más modesto, si es que el término corresponde. Forjada en un ambiente en el que, desde joven, tuvo siempre a su lado a señores con vocación de llegar a la Rosada, no le correspondía otra suerte que ser discípula de esa causa. Con escaso sentido de los límites y alejada de la brillantez intelectual, se creyó lo mismo que se habían creído su marido y sus ex amigos desarrollistas: que gran parte del pueblo argentino llevaría adelante las ideas de *Clarín* y que con ellas se construiría la gran Argentina potencia. El bronce llegaría luego, cuando en las plazas y en las calles, se recordara a los Noble como los autores de la gran revolución patriótica.

Para ello era necesario ocupar espacios, convertirse en la reina de la comunicación, ganar conciencias, influir a fondo en la opinión pública. Debían ser los políticos los que tomaran el ideario de *Clarín*, esa obra abstracta y difusa de Noble que hablaba de que "la Argentina debe ganar de una vez por todas la batalla del desarrollo". Si no lo hacían, había que poner el ojo en algunos de ellos y contagiarles el ideario. Conquistarlos, apañarlos un buen rato, demostrarles que sin la ayuda del diario y sus extensas ramas, poco podían hacer para transformar el país.

"¡Qué tiempos aquellos!" , pensaba *la Viuda* mientras recordaba al marido orgulloso cuando leía los cables que le mandaba Juan Belvesser, el corresponsal de *Clarín* en Francia dando cuenta de la influencia transatlántica del jefe: "La serie de editoriales de *Cla-*

rín, escritos por su Director, doctor Roberto Noble, bajo el título general de Satelismo contra Soberanía, está siendo analizada con significativa atención en los círculos políticos y económicos franceses que se interesan por los problemas latinoamericanos. Una vez más se hace resaltar en dichos sectores de la vida francesa que el dinamismo espiritual de *Clarín* actúa como motor de nuevos estados de opinión que ganan terreno en América latina". A Noble lo citaba Le Monde, lo comentaba Franco en España, lo elogiaban los diarios mexicanos. Se ponía melancólica con aquel destino que el Doctor soñaba antaño y que ella rescató de las cenizas: conductor de pueblos hacia el progreso.

Los peronistas la habían visto venir y no creyeron en el tamaño ni en la persistencia de sus ambiciones hasta que la tuvieron frente a sus narices, dispuesta a golpearlos. Pensaban, por ejemplo, que el diario nunca les jugaría en contra después de obsequiarle nada menos que un canal de televisión. Uno de los ministros de Menem llegó a decir en una de la reuniones de gabinete "Me prometieron diez buenas noticias en la tapa para los próximos días". Cuando escuchó como respuesta las carcajadas de todos en el salón, comprendió lo cándido que aún era.

Para 1991, la multifacética escudería del justicialismo reposaba en la quietud de un plan de convertibilidad que, bajo la trampa seductora de la consigna "un peso, un dólar", dejaba con la boca abierta a la prensa y a sus adversarios ocasionales, un puñado de peronistas cuestionadores agrupados en el Grupo de los Ocho y unos pocos radicales que se animaban a salir de las tumbas. La derecha encolumnada bajo las siglas Ucedé de Alvaro Alsogaray no podía creer que un peronista recitara sus manuales antiobreros, y los partidos provinciales le daban aire desde el norte y desde el sur. Menem sólo era combatido en serio por los conflictuados y siempre divididos partidos de izquierda y por algunos sectores de trabajadores aislados, como ferroviarios, metalúrgicos y telefónicos, que enfrentaban al demonio de las privatizaciones. Era la clase media la que le cubría las espaldas al presidente. La misma clase media que alimentaba el naciente imperio de ***la Viuda*** quien, muy rápidamente, captó el mensaje y se puso a tono con las

circunstancias. No asombraba entonces que los editorialistas de *Clarín* pidieran más ajuste: "...las únicas alternativas son profundizar la redefinición de los gastos estatales, enfatizando la reducción de los improductivos o no imprescindibles para la asistencia social...". El mismo comentario hablaba de "los elementos positivos" del plan Cavallo entre los que nombraba a "...la aceleración de las privatizaciones".

La desconfianza de funcionarios y legisladores del peronismo hacia *Clarín* crecería con los días, en un aprendizaje en el que también se incluían las lecciones que dejaban los radicales. Un viejo consejo que les había dado el entrerriano César Jaroslavsky tomó vigencia: "Hay que cuidarse de ese diario. Ataca como partido político y si uno le contesta, se defiende con la libertad de prensa". La mayor sorpresa fue cuando comprobaron que los códigos que manejaban ***la Viuda*** y Magnetto eran similares a los que usaban ellos en sus operaciones políticas y en sus internas por repartirse el queso. *Clarín* trabajaba con las mismas encuestas que tenían ellos y de ellas se alimentaba para enamorarse y desenamorarse de los ministros, fingir que era opositor u oficialista, publicar notas de favor a cambio de futuros beneficios. En los rincones del Congreso y de la Casa Rosada no había político que hablara bien de ***la Viuda*** y de Magnetto. Los odiaban tanto como les temían y si algún día se levantaban hartos y con ganas de echar maldiciones o consumar vendettas, Eduardo Bauzá y Carlos Ruckauf, por el peronismo, y Federico Storani, por los radicales, se encargaban de cuidar que la mayoría de sus compañeros y correligionarios no se desbocaran contra el gran diario. A la mayoría los podían frenar. Otros, como el ex *Clarín* Jorge Asís, designado embajador por Menem, se dirigía irónicamente hacia los recontraalcahuetes del matutino y les advertía: "no vaya a ser que ahora manden imprimir billetes con la cara de Ernestina".

Cuando los dos partidos más grandes de la Argentina se dieron cuenta que *Clarín* no sólo pensaba en los negocios, ya era tarde. Se habían gastado buena parte de su vida política bajo la creencia de que podían conquistar los favores eternos de ***la Viuda*** con alguna primicia o algún acto de servicio desde el oficialismo o desde las

legislaturas. La dura realidad los pondría en su lugar. Habían sido atrapados por la telaraña de una efímera fama, un reportaje en el ejemplar del domingo, o un recuadro en página tres, y desde allí veían la imaginaria divisa de un escudo: "*Clarín* no tiene amigos, sólo tiene socios transitorios".

Fue el momento en que la clase dirigente de la burguesía argentina dio un vuelco en su relación con ***la Viuda***, su primer ministro Magnetto y toda su corte. Considerarían a *Clarín* como un igual. Uno más en la apasionante timba del poder.

"Con un diario, una radio y un canal podemos hacer aún muchas cosas". Con esa visión Magnetto delineó en el despacho de ***la Viuda*** un esquema estratégico que abarcaba buena parte del país y que, en un plazo de diez años, les permitiría ingresar al próximo siglo con lo que tanto admiraban de los brasileños: la conformación de un grupo económico de las comunicaciones con capacidad de colocar un presidente de la Nación. "Debemos ampliar nuestras inversiones en canales de cable, correo, diarios del interior, telefonía celular, redes de computación y participación en los espectáculos", sostenía el primer plan de expansión. La diversificación era de tal magnitud que ***la Viuda*** le dio enseguida el sí a Magnetto para que repartiera las funciones entre los tres amigos de la facultad: Pagliaro se volcaría mucho más a todos los asuntos de la televisión, Aranda cuidaría de las finanzas y junto a su hermano Héctor de los medios escritos y Magnetto pasaba a monitorear el resto de temas sin descuidar sus funciones políticas más generales.

Era el comienzo de lo que sus enemigos ya llamaban "el monopolio". Palabra que en boca de uno de ellos, el dueño de *Ambito Financiero* Julio Ramos, sonaba a recuerdos juveniles. *Ambito* era uno de los diarios que hojeaban los banqueros, altos gerentes y especuladores financieros. Leer una queja de ese tipo, y referida solamente a un tipo de monopolio, era tan poco creíble como aquello que había escrito Arturo Frondizi, el presidente desarrollista, en sus años desbocados antes de llegar al sillón: "La democratización económica es el tercer elemento para alcanzar una transfor-

mación de las estructuras económico–sociales. Comprende en sí, no sólo la democratización económica en sus aspectos generales, sino también la democratización agraria, industrial, financiera y social. Veamos ahora algunos otros aspectos de la democratización económica. Deben destruirse los monopolios privados para lo cual no existe otro procedimiento que la nacionalización de las concentraciones capitalistas que constituyen monopolios". El insurrecto libro de Frondizi se llamaba "La lucha antiimperialista".

Por entonces la idea del gobierno de sacar a la luz un inexistente canal 4 y prometer su entrega a Julio Ramos se demoraba demasiado y la gente vinculada a los medios comenzó a hacer circular la versión que "al pelado de Ambito lo entretuvieron con un un chupetín". La onda de canal 4 no tenía en regla todas las condiciones que reclama la legislación internacional como para otorgársela libremente a la Argentina . Los gobiernos uruguayos también la reclamaban como propia. Pero otro contendiente entraría a escena. Eduardo Eurnekián, el empresario textil que hacía malabares para quedarse con la licencia de canal 2, en aquel momento envuelto en disputas carnales entre socios y ex socios que se tiroteaban en el concurso de acreedores. Cuando Eurnekián, que para *Clarín* era Menem, finalmente se quedó con Canal 2, ***la Viuda*** entendió que se la estaba agrediendo al adquirir un empresario privado un canal por afuera de los procedimientos de concurso que ella sí había recorrido. El enojo de fondo no era ese. Es que sus cálculos daban a la señal del 2 por agonizante y de esta manera, con la llegada de Eurnekián y dólares frescos, se sumaba uno más al reparto de la torta publicitaria.

En los tiempos del Menem versión Ucedé, la televisión por cable era apenas una posibilidad de negocios que recién empezaba a dar pequeños frutos. Aquellos visionarios del sector, los propietarios de los primeros cables en la Argentina, estaban frotándose las manos. Medianos empresarios de ciudades del interior y del Gran Buenos Aires y Capital se habían interesado años antes en copiar ese modelo del que tanto se hablaba en los Estados Unidos y, con apenas unos miles de dólares, se lanzaron a la colocación de postes, tendidos de cable y a armar pequeñas estructuras para contar con su canal propio. Lo demás era sencillo, comprar las señales a

los distribuidores mayoristas del exterior y de la Argentina. Era difícil de entender cómo funcionaba el sistema y más difícil aún que Magnetto se lo explicara a ***la Viuda***:

–Mil millones de dólares para comprar canales de cable por todo el país. ¿Y de dónde vamos a sacar la plata?

La voz sonaba tan confundida que Magnetto pensó que la supercompra podía fallar. Pero después la alentó diciéndole que era ahora o nunca. Que las mismas intenciones que ellos tenían otros grupos mediáticos estadounidenses y que era imprescindible conseguir un préstamo. La forma de conquistar una parte de la mina de oro que asomaba era poner en marcha Multicanal, la operadora que *Clarín* debía crear para entrar en una arena a la que sólo se le animaban los gigantes.

El primer socio en el que se fijarían era Telefónica. Recién llegado y con plata, los españoles vieron en los ojos de Magnetto un gran ambicioso y en sus insistentes corbatas bordó la elegancia de los que no cambian de color por cábala, para espantar a los malos espíritus. Más adelante *Multicanal* buscaría la participación como accionista del Citicorp Equity Investment (CEI), la organización de negocios del Citibank que cobraría fama en el fuero penal por obra y gracia de uno de sus inversores, el banquero Raúl Moneta.

La dinámica de la compra de los cables del interior y del Gran Buenos Aires fue tal, que los dueños se corrían la voz de que en unas semanas más llegarían los enviados de *Clarín* con la chequera en blanco. En algunos puntos del país se animaron a pedirles 1.000 y hasta 1.200 dólares por abonado cuando en otros países el valor estimado era de 400 o 500 dólares por cada uno. Como la danza de la fortuna de la calle Piedras daba para todo, en ese momento ***la Viuda*** no controló nada. Magnetto firmaba órdenes de compras como si fueran tarjetas navideñas mientras imaginaba el final del cuento: una empresa de cable con millones de abonados asegura el ingreso a la telefonía. Y ése es un negocio que aman los estadounidenses, el de los teléfonos. Todavía no había leído mucho material sobre el boom de internet. Ya habría tiempo.

Ella también ordenaba que le sacaran más fotos del lado izquierdo de la cara, como el marido. Cuidadosa de todos los detalles que remarcaban su llegada a los sesenta y cinco años, cada vez que pedía un fotógrafo del diario para que, con el equipo al hombro, se presentara en la residencia, la sugerencia, con cierta autoridad, no se hacía esperar: "de este lado, si me hace el favor". Aquella coquetería de Noble que tanto asombraba a quienes más lo querían, parecía una herencia que se sumaba a la del diario.

Había perdido la sensualidad que la acompañó hasta la década del ochenta y cuando paseaba junto a Marcela y Felipe sentía que la miraban como si fuera la abuela. No le gustaba mucho pasar a buscarlos por el colegio Northland de San Isidro. Para eso estaban los choferes, los mismos que lucían los últimos modelos de Mercedes Benz o de BMW en la puerta e intercambiaban comentarios de actualidad con los padres de Máxima Zorreguieta que sí se daban una vuelta por el exclusivo establecimiento bilingüe de la zona para ver a la nena. Los chicos ya tenían dieciséis años y cultivaban los sueños más frescos. Felipe, siempre pendiente de las últimas novedades en aviones. *La Viuda*, cada vez que viajaba a París o a Nueva York para pasar unas semanas en sus casas de distracción, volvía con las valijas llenas de aviones en miniatura, revistas especializadas y remeras con las fotos de los jets de última generación. Le había prometido llevarlo a Estados Unidos para que conociera la fábrica Boeing y eso entusiasmó de tal manera a Felipe que se pasaba los días preguntando cuándo harían ese viaje. Se veía como aviador, civil o militar. Era muy notorio, se decía ella, como las historias del pasado volvían con fuerza alrededor de la familia. Pese a todo, no se oponía. "Hay riesgos en todas las profesiones", les contaba a los padres de los compañeros de escuela. Con Marcela las charlas eran más profundas. Mucho más inquieta que su hermano, la adolescente tenía una vaga idea de estudiar Comercio Internacional y hasta había pensado en la universidad. "Quiero ir a la Católica", le dijo un día a *la Viuda*.

Quien los viera en esos días podría hablar de una familia feliz. Con las pocas amigas que se veía, *la Viuda* comentaba las señoriales ceremonias en las que recibía esas medallas y diplomas que

ya no le entraban en las vidrieras de la mansión. Le encantaba pararse frente a aquella exhibición de fotos y personajes como una cazadora de la historia: la Legión de Honor, de manos de Francois Miterrand como presidente de Francia, la Cruz de Oficial de la orden de Isabel La Católica de manos de su Majestad el Rey de España Juan Carlos I.

No concedía reportajes. A lo sumo, respondía algunas preguntas por escrito o escribía, con alguna ayuda, extensos editoriales que se repartían entre las páginas del diario, los números especiales por algún aniversario y las revistas internas de la empresa. Lo suyo eran los mensajes de salutación, las cartas de reflexión o los análisis equilibrados sobre el futuro de la Argentina y hasta del mundo entero. Cuando se acercaba lo que algunos llamaron quinto centenario del descubrimiento de América y que los más precisos calificaron de quinto centenario de la conquista y masacre de América, ***la Viuda*** se esforzó para que algunos diarios extranjeros como *El País* de España y *Excelsior* de México conocieran lo que pensaba: " Es casi apelar a un lugar común apuntar que un verso de un poeta del patrimonio común de esas naciones (hablaba de las latinoamericanas) – incluyendo en aquel a Portugal y Brasil –, el español Antonio Machado, cubre y traduce los alcances de la decisión colectiva: "...caminante no hay camino, se hace camino al andar". Pero no es ocioso porque como lo señaló años después otro poeta del mismo espacio cultural, el argentino Jorge Luis Borges, "los lugares comunes suelen estar repletos de verdades".

En los ratos libres leía. Pero leía poco. Su diario preferido no era el suyo sino *Le Monde*. Le gustaba hojear la edición original y así, de paso, repasar su excelente francés. Pero en la biblioteca costaba encontrar a los autores argentinos que por entonces desnudaban las fechorías que se armaban bajo las narices de Menem. Si la apuraban, respondía que su autor favorito era Valle Inclán, el español cuyos textos se devoraba el dictador Francisco Franco aunque a Marcelita le recomendaba que siguiera la historia de Charles de Gaulle a quien le ponía de ejemplo como "estadista".

Quien quisiera contarle entonces su fortuna perdería tiempo. En las declaraciones juradas que presentaba ante la DGI para el

pago del 1 por ciento por impuesto a los bienes personales, reconocía 28 millones de dólares en propiedades, autos, joyas, cuadros y depósitos en el país. No se contabilizaban los valores de las empresas que poseía, las que debían tributar por otras planillas impositivas. Era ya la mujer más rica de la Argentina, en bienes no productivos, por encima de Amalia Lacroze de Fortabat, Alicia Estela Pérez Companc y Josefina Bemberg. Se sabía que su mansión de Martínez, construida por la empresa Kokourey y decorada por los especialistas top del estudio Achaval, costaba siete millones de dólares. Aún con semejante valor, la otra mansión, la de Punta del Este, no tenía nada que envidiarle. Ubicada en Punta Ballena y con un rústico cartel en el que apenas se leía La Caleta, los cuatro millones de dólares en que la tasaban las inmobiliarias de la zona se justificaban gracias a la suma de cinco hectáreas, más las canchas de tenis, las piletas, el solarium de arena sobre las rocas y un amarradero al que se llegaba después de recorrer un hawaiano sendero bajo la sombra de palmeras. Punta del Este era el lugar preferido de la banda de perritos y perritas que, después del accidente, se embarcaban en el lear jet de *la Viuda* que todos los veranos partía desde Aeroparque.

No había sido un accidente sufrido por los perros. Uno de los choferes del diario y que atendía cada tanto asuntos de *la Viuda*, se había dado una piña de película en la ruta Montevideo–Punta llevando en un Mercedes Benz a los animales. Era un viaje de rutina, pero en la temporada de la desgracia, el tráfico estaba cargado y con algunos señores más apurados que el encargado del transporte canino. El auto volcó y Juan Carlos Torres salió despedido sufriendo heridas graves que complicaron su salud de ahí en adelante. Los perros tuvieron mejor suerte: corrían alrededor del Mercedes semi chatarra festejando la nueva vida.

La primera llamada que recibió Torres en la sala de emergencias donde los médicos uruguayos peleaban por salvarle la vida fue, por cortesía y preocupación, de la directora:

–Qué dice Torres, ¿y los perros? ¿Cómo están los perros?

Cuando Torres , quien además era delegado sindical de los trabajadores de la sección automotores, regresó a su trabajo seis me-

ses después se encontró con la frescura de la oficina de personal que se negaba a reconocer el hecho como accidente de trabajo. Indignado, me vino a ver para que iniciáramos juntos un reclamo que primero pasó por el Ministerio de Trabajo y luego por la justicia laboral. Casi dos años después del accidente, *Clarín* le abonó a Torres la discapacidad sufrida y sólo cuando advirtió que la jueza estaba a punto de citar a ***la Viuda*** a prestar declaración para que reconociera si el auto era suyo.

Le molestaba profundamente que la citaran a un juzgado. Esos cuartos semioscuros, repletos de expedientes cosidos por empleadas de fin de siglo que movían las manos como costureras del XIX, la aterrorizaban. Ya bastante había tenido con el juicio de la ex de su marido cuando le disputó la herencia, luego con el expediente del señor Jaján que se hacía interminable como su reclamo de honorarios adeudados y por último los amagues de Lupita para que se esclareciera quién era la verdadera dueña de *Clarín*.

Menos por su carácter indomable, su mina de oro y la creencia de ser un personaje intocable, se podría decir que era una señora de la tercera edad y del montón. Sin amigas leales, a veces tomaba el té en Punta del Este con una de sus vecinas Mirtha Legrand, vivía preocupada para que con los fondos de la caja chica del diario, se alimentara a sus hermanas sobrevivientes y a sus sobrinos. Decía que al llegar tan alto sintió los aspectos atractivos de la soledad: "No puedo tener confidentes. Ni mis hermanas pueden ser confidentes de mis preocupaciones y problemas. Ese es el poder. El poder es la soledad, es tener que tomar una decisión y estar sola. Y nadie la puede tomar por uno".

Cuando en algún cóctel los periodistas hablaban de las dos viudas más famosas de la Argentina y la comparaban con la Fortabat se ponía verde de furia. Podía encontrarse con la aristocrática del cemento y poner la mejor cara de circunstancia mientras ambas posaban sonrientes para la foto. Pero una vez que la de Loma Negra se retiraba unos metros, pedía que la ubicaran en otros sector y se acercaba a donde estaban los verdaderos dueños de la sartén. "La periodista soy yo", decía y retrucaba así las conocidas aspiraciones de Amalita que ya por 1991, cuando ***la Viuda*** había

despedido a Cytrnblum, tentó al ex secretario general para que le armara un proyecto de renovación en el diario *La Prensa* que aspiraba a comprar. Se venía un duelo de titanes, las Viudas y sus diarios.

Tampoco le gustaba nada que en las charlas sobre las mujeres argentinas con mayor capacidad de mando se hablara de "las dos Ernestinas". La otra era la señora de José Lectoure, el dueño del Luna Park, que también había dejado una importante herencia en el estadio de Corrientes y Madero. "¡Cómo nos van a comparar!", se ofuscaba la de Noble. Y era cierto. La tana Ernestina Devecchi se había refugiado en las cuatro paredes enormes del Luna y allí habían terminado sus aspiraciones. Era bastante. Pero nada, comparado con el final paradisíaco que *la Viuda* esperaba para sus últimos días: un país entero agradeciéndole los servicios prestados.

Hay algo que unifica a las pocas mujeres millonarias de la Argentina y que no tiene nada que ver con el oro. Su lejanía con el fútbol. Lo consideran un deporte que no entienden y que se juega allá lejos, en la chusma. Los negocios de fútbol son cosa de hombres, de la que deben ocuparse los hombres.

La llegada del programa Fútbol de Primera, cuyo dueño era la empresa Torneos y Competencias (TyC), a canal 13 fue aceptada por *la Viuda* cuando sus gerentes le dijeron que con los resúmenes de los partidos el rating de los domingos a la noche estaba asegurado y que los ingresos publicitarios en ese programa podían convertirse en buena parte del sostén del canal. La recién nacida Telefé había preferido no emitir fútbol los domingos a la noche porque empezaba a tomar vuelo Marcelo Tinelli, un muchacho de 30 años que con su simpatía atraía a la familia con " Ritmo de la Noche".

Pero, en 1991, las posibilidades de participar en un negocio global con TyC eran tantas que Pagliaro y Magnetto, durante un almuerzo en el que analizaban los pro y contras del futuro emprendimiento, acordaron que sólo le trasladarían a *la Viuda* toda la información cuando cerraran trato con ese señor con pinta de

tanguero del que tanto les habían hablado en la Asociación del Fútbol Argentino, "el Negro" Avila.

Carlos Avila, el empresario de la publicidad al que un buen día los dirigentes del fútbol le entregaron la llave de la felicidad, era el dueño de los derechos de televisión de los campeonatos locales por cinco años. Con todos los partidos del domingo en el bolsillo, y después de dos intentos de asociarse con Samuel Liberman, dueño de la operadora de cable VCC y Eduardo Eunekián de su competidora Cablevisión, quienes aseguraban no tener tanto dinero, buscó a Pagliaro para ofrecerle un negocio conjunto: la explotación de los partidos del viernes por la noche. No era una idea de Avila. Era la copia de lo que ya ocurría en los campeonatos europeos. La AFA debía autorizar, previo pago de derechos, que un equipo grande y uno chico se enfrentaran los viernes para, que Avila pudiera vender ese partido a todos los cables del interior que lo tendrían por un pago adicional. La primera respuesta de Pagliaro fue "ahora no tenemos plata". Avila pretendía dos millones de dólares de inversión con la promesa de retornos espectaculares. Pagliaro llamó por telefóno a Magnetto y quedaron en que la segunda contestación sería "socios sí, pero la plata te la damos más adelante".

Al poco tiempo nacían dos empresas, Televisión Satelital Codificada (TSC) y Telered Imagen S.A. (TRISA), en las que *Clarín* sería el socio mayoritario con el 60 por ciento de las acciones y con ellas le compraría a la AFA no sólo los derechos para comercializar y codificar los partidos adelantados de los viernes; también haría reservas por partidos adelantados de sábados y lunes. Avila se jactaba de haberle sacado un millón y medio de dólares a *Clarín* y en el diario se comentaba que la inversión llegaba a los dos millones. Lo cierto es que en cuestión de semanas, *Clarín*, y no Avila, poseía la última palabra en cualquier tipo de decisiones políticas de envergadura que debían tomarse en la AFA.

Las primeras empresas de cable que sucumbían ante las ofertas de compra de *Multicanal* eran *Intercable* de Córdoba (tenía la mitad de los abonados de esa ciudad), y las servidoras locales de Quilmes, Villa Ballester, Baradero, San Pedro, Gobernador Cas-

tro y Río Tala. Un mapa de operaciones, como el de los tableros estratégicos de los militares de las películas, indicaba en la sede de avenida Córdoba 2036 en Capital, cuáles serían las próximas presas. Todos los estudios sobre futuras compras en ciudades del interior se realizaban a la par de prolijas encuestas. Se les preguntaba a los abonados si estarían interesados en recibir en sus casas los más importantes partidos del fútbol argentino y de la selección nacional por "apenas unos pesos más".

Como la exploración daba señales positivas, las ganas de asociarse con TyC en otros campos se le caían a Magnetto y a Pagliaro de la boca. Una tarde, llenaron el escritorio de ***la Viuda*** con planes: la publicidad estática en los estadios, la ampliación de una red de comercialización de eventos que llegara a Uruguay y a Chile y hasta un canal de cable deportivo. *La Viuda* los miró y razonó junto a ellos: "si esto que cuentan es así, hagan lo que les parezca. El fútbol no lo entiendo, ¿Qué quieren qué haga?".

Una vaga sensación de que algo malo iba a ocurrir comenzó a recorrer la redacción del diario. La asunción de Guareschi como secretario general no venía sola. Detrás de los cambios de mando en las principales secciones se elaboraba un plan para silenciar a los periodistas y cambiar drásticamente las condiciones de trabajo. Eran épocas de derrota general en el país: conciencia de resignación en gran parte de los trabajadores y una profunda complicidad y silencio de los dirigentes de los gremios, con muy pocas excepciones. La primera señal la recibí el día que la empresa se negó a darle trabajo a cinco colaboradores de la sección Deportes. Cuando planteé en las asambleas que nuestra reacción debería ser una huelga, la respuesta de la mayoría de la gente fue que se llevara el reclamo al ministerio de Trabajo y que, de última, "los muchachos hagan juicio".

Ese había sido lo que en el boxeo se conoce como round de estudio. El 11 de octubre de 1991, a las cinco de la tarde, un empleado de la oficina de personal me esperaba en la puerta para comunicarme que a partir de ese momento *Clarín* prohibía mi ingreso al

edificio. El argumento era que el juez laboral Víctor Pesino había aceptado un pedido de la empresa para suspenderme mientras se reclamaba mi desafuero. Con dos jefes que sirvieron de testigos preparados ante un escribano, y a quienes les habían armado sus declaraciones en el estudio de abogados Saénz Valiente, la empresa argumentó que mi presencia en el diario "era peligrosa para los bienes y personas". Sostenía que yo había agarrado de la camisa a un encargado de intendencia de apellido Martorell mientras se desarrollaba una asamblea en la planta de Zepita. El hecho era falso y así lo confirmaron ante la justicia todos los que estuvieron presentes en esa Asamblea. Pero también *Clarín* vio desarmarse su trampa. Uno de los jefes en cuestión cambió su declaración cuando le tocó ir al juzgado y sostuvo que él no había visto nada. La jueza Lila Funes destrozó los argumentos de su colega Pesino, que había sido recusado y denunciado en todo el fuero laboral, y en pocos días ordenó la reincorporación a mi puesto de trabajo y la continuidad de mi tarea como delegado. *Clarín* no acató el fallo. ***La Viuda*** y Magnetto estaban tan seguros de lo que hacían que impidieron que el oficial de justicia cumpliera la orden que me reinstalaba. Tenían en sus manos los informes que indicaban que, en las asambleas que aún se hacían en la redacción, existía ánimo de protesta e indignación pero que la mayor medida de fuerza que se había aceptado llevar adelante era una campaña de denuncia con afiches y volantes.

Todo le salía redondo a ***la Viuda***. Mi presencia diaria en la vereda del diario para mantener el diálogo con los compañeros me permitía palpar que además del miedo y de la impotencia por no saber qué hacer, la gente sentía una notable desconfianza hacia la conducción del gremio. Las asambleas eran dirigidas por delegados que integraban la conducción de la UTPBA y que sostenían, después de reunirse con los directivos de *Clarín*, que " no se podía hacer nada porque la empresa se había puesto muy dura" sin dar otra salida ni alentar una mínima organización que mantuviera el reclamo de mi reincorporación. Para los primeros días de 1992, las asambleas en la redacción ya no existían más, la UTPBA abandonó rápidamente la escena y entonces comprendí que la lucha sería

larga en una noche más larga aún. Mandé una carta documento a *la Viuda* pidiendo que cumpliera con el fallo de reincorporación y, desde la mansión de Martínez, sus abogados respondieron que iban a apelar. Era el momento de buscar trabajo, aceptar que se trataba de un despido sin despido, y continuar la pelea con métodos diferentes a los tradicionales.

En la redacción, las secuelas demorarían apenas unas semanas. Duras e inevitables. Era lo que fuera de *Clarín* se conocía como flexibilización laboral y que los gerentes impulsaron bajo el disfraz de una "mejor organización del trabajo". Se eliminó el pago de horas extras a la mayoría de los periodistas que cumplían más de seis horas de trabajo para compensarlos, sólo a algunos de ellos, con el importado plus del "full time", se forzaron jubilaciones anticipadas, a las carteleras gremiales se les arrancó el cartel que las identificaba y que recordaba la fecha del 14 de julio de 1989 cuando la planta había sido tomada, se impusieron cambios de horarios de ingreso sin derecho al pataleo, se dejó de lado el convenio colectivo para cubrir vacantes jerárquicas con el nuevo personal que la empresa tomaba, sin dar prioridad a los empleados más antiguos y se "congeló" a los compañeros que me habían defendido con sus intervenciones en la asamblea.

Clarín pensaba en su expansión y las razones de mi persecución se reflejaban en los escritos de apelación: "la empresa no puede tolerar a un delegado que permanentemente esté incitando a la gente a hacer reclamos contra la empresa y su directora". La perspectiva económica y política dejaba ver un futuro reluciente en los negocios y ***la Viuda*** no iba a permitir que en la nave mayor sus empleados creyeran que aún eran tiempos de rebeldía.

Diario de la mañana

Clarín

Un toque de atención para la solución argentina de los problemas argentinos



Año LI - Nº 17.305
Martes 29 de agosto de 1995
Buenos Aires
República Argentina

...oque ...J no ...ante ...llo

...listas no aceptan los ...el ministro ♦ Hay dos ...usión: quién manejará la ...pel de Encotesa y de las ... ♦ Hoy deciden que le ...llo. PAGS. 2 A 5

EX YUGOSLAVIA

...bús sobre ...do en ... 37 muertos

...las víctimas son civiles ♦ Es el ...es ♦ Estalló en uno de los lugares ...pital bosnia. PAGS. 20 Y 21

... aumentó ...n un año

MENSAJE DE LA SEÑORA DE NOBLE



Emocionado discurso. La directora de Clarín evocó al fundador, Roberto Noble.

Clarín celebró los 50 años de su fundación

Asistieron a la fiesta, anoche en la planta impresora del diario, el presidente de la Nación y miembros del gabinete, junto a los representantes de los demás sectores de la vida nacional ♦ La directora de Clarín se refirió al rol de los medios de comunicación y a la ética periodística, y defendió la libertad de prensa. PAGS. 30 A 41



IX

Historietas

Hasta el día en que *Clarín* desaparezca de la tierra, solamente dos notas no faltarán en sus páginas todos los años: la celebración del aniversario del diario, cada 28 de agosto, y el homenaje de los autores y compositores a Roberto Noble por la sanción de la ley de propiedad intelectual, cada 28 de septiembre. *La Viuda* no se aleja de la Argentina en la primera de esas fechas. Es un día diferente. Los jefes de *Clarín* se ponen simpáticos y bondadosos, un andar inquietante los caracteriza mientras invitan a los trabajadores más antiguos a "la ceremonia", les comunican a quienes cumplieron veinticinco años en la empresa que, en una de esas, la señora les entregará en persona el "monito" del que ya se habló y a todos se les recomienda por lo bajo: "venite de traje, que a la dire no le gusta que aparezcan por el tercer piso de camisa o remera". Cual emperatriz medieval, necesita estar presente ese día para dar testimonio de su generosidad y agradecimiento, a buena parte de los mil cuatrocientos empleados del diario.

La segunda fecha, en cambio, llega con una rutina de actos de protocolo a los que ni siquiera se acerca. Fue con los años que tomó conciencia de que un puñado de dirigentes de la Sociedad Argentina de Autores y Compositores de Música (SADAIC) no olvidaba a su marido como autor de la legislación argentina sobre propiedad intelectual y, si bien mantuvo la decisión de no concurrir, le pasó la pelota a la plana de gerentes. Con un fastidio que no pueden disimular en las fotos, los enviados se encargan de representarla todas las primaveras frente a los aburridos oradores que repiten la misma historia al pie de la bóveda Noble.

La plomiza cobertura periodística del acto de 1992 era todo un tema en la sección fotografía. Algunos reporteros gráficos discutían para ver a quién le tocaba ese año el garrón de subirse al remís y partir con el pesado bolso rumbo al cementerio de la Recoleta,

mientras otros se escabullían hacia los bares de la zona con la excusa de "ir a tomar un cafecito". Ya no existía el comedor interno. Magnetto había ordenado que lo desactivaran porque lo consideraba una fuente de conspiraciones y cuna de activistas sindicales.

En eso estaban cuando alguien trajo un papel que parecía un memorandum.

–¿Vieron esto? –dijo el sorprendido fotógrafo como si se tratara de un telegrama de despido.

Los reporteros no podían creerlo. Era un modelo de nota dirigida "a la directora Ernestina Herrera de Noble" en la que cada fotógrafo manifestaba que cedía a la empresa Arte Gráfico Editorial Argentino los derechos de autor de todas las fotografías que sacara de allí en adelante y de todo su material de archivo: "Por la presente dejo constancia que en virtud de la relación permanente que me une al diario *Clarín*, las fotografías que se publican con mi nombre han sido adquiridas por la sociedad Arte Gráfico Editorial Argentino S.A. y son propiedad de la misma. La precedente manifestación tiene el alcance de reconocer que he cedido al diario el derecho a la reproducción de tales fotografías y la consecuente facultad para oponerse a que la misma se efectúe por mí o por terceros sin autorización".

A todos se les escapó un pasional "hija de puta" de la boca y corrieron a ver al jefe de la sección, Miguel Cuarterolo, para preguntarle si era cierto que, en el diario que fundó el autor de la ley protectora de los derechos de autor se estaba por derogar de hecho la misma ley.

–Son órdenes de arriba, ¿qué quieren que haga?– respondió Cuarterolo resignado –, me dijeron que todos tienen que ir a la oficina de personal y entregar esto firmado.

–Y si no lo hacemos – quiso saber el más audaz.

–Al fotógrafo que no firme se le sacara el crédito de sus fotos. No hay más que hablar.

Sonó a respuesta cínica. El crédito, esa minúscula firma que aparece encima de las fotografías, era algo tan valioso para los reporteros como su sueldo. Significaba ser conocidos, que sus apellidos se abrieran algún camino en el periodismo. Gracias a esas fotos

que la gente o los patrones de otros medios o los colegas podían identificar a quién pertenecían, aumentaban las chances de conseguir un trabajo adicional o quizás una mención internacional. Pero hacía tiempo que las cartas estaban echadas y, ni los delegados que guardaban largo silencio, y mucho menos los gremios, convocaron a la gente a asambleas o reuniones para ver cómo enfrentar semejante atropello. Arrojados al agua como gatos, cada fotógrafo hizo lo que pudo. La penosa marcha hacia el tercer piso a firmar la rendición fue lenta, pero fue. Los más experimentados inventaban alguna excusa para decir que ya irían la semana que viene o que se habían olvidado. *La Viuda* estaba segura de que disciplinaría a toda la sección y que así facilitaría los dos grandes negocios que venían atrás: la apertura de un departamento de venta de fotos a terceros, para lo que era necesario que los fotógrafos regalaran sus derechos de por vida y el lanzamiento de más publicaciones y páginas web que se nutrirían con los materiales que los reporteros obtenían en la calles para *Clarín*.

Cuando le llegó la primera carta documento la contempló con sorpresa y, pese al maquillaje, se le notó que la cara se le encendía. Preguntó a los gritos quién era el fotógrafo que no se alineaba con el conformismo y recibió enseguida el nombre y apellido: Angel "El Bicho" Juárez llevaba dos décadas en el diario y se había decidido a dar el paso al frente. Estaba considerado uno de los mejores reporteros de la Argentina más allá de su carácter poco paciente. El enfrentamiento fue frontal. Inmediatamente, la amenaza se cumplió. A las fotos de Juárez, incluso las que se publicaban en la tapa, se les censuró el crédito y su nombre empezó a ser borrado de todos los registros de fotografías antiguas. Era como el fotógrafo invisible del diario. Cada vez que una foto salía sin crédito, los que conocían el tema sabían que era de "el Bicho". Al poco tiempo, lo despidieron. Se produjo entonces una paradójica situación en la vida de *la Piti*. Bajo la protección de la ley 11.723 creada por su marido, uno de sus empleados le entablaba juicio acusándola de violación a la ley que tanto defendía en su diario. Era como otro juicio de Noble vs. Noble. La vergüenza de la situación por la que atravesaba la llevó al inevitable final: a los pocos meses de ini-

ciada la demanda, los abogados de la señora aceptaron abonarle todo el daño moral y económico causado. Eso sí, contra el agravio de Juárez habría vindicta. Cuando el fotógrafo estaba a punto de ingresar a su nuevo trabajo en editorial Atlántida un demoledor informe confidencial del departamento de personal casi frustra su ingreso: "Activista gremial del Partido Obrero. Sujeto peligroso conocido con el alias de El Bicho". Lo mismo le ocurrió al ingresar en *La Prensa*. Los jefes de ese diario sabían que si algo caracterizaba a Juárez era que nunca había militado sindicalmente y mucho menos en la izquierda y advirtieron que el papel enviado desde la calle Piedras era tan sólo una revancha.

Los lectores del matutino no sabían todo lo que se estaba tramando tras las paredes de *Clarín*. Bajo el asesoramiento de Joe Company, un especialista en marketing de medios de comunicación que aconsejó "pensar primero en los anunciantes y después en los lectores", el diario inició a partir de 1992 un plan de "reformas internas y modernización". Los nombres elegidos para esos cambios eran similares a los planes que el justicialismo llevaba adelante en el país.

La Viuda y Magnetto compraron enseguida la idea de la construcción de un gran consorcio multimedia que debería funcionar como el modelo brasileño de O Globo que tanto admiraban. Se trataba de formar *El Grupo*. Las condiciones políticas estaban dadas. Menem consolidaba su poder en cada elección y aceptaba que era mejor no provocar con bravatas a la directora y darle vía libre en el campo de los negocios. La UCR se aggiornaba a la par que mantenía un silencio cómplice. Mientras tanto, un par de coaliciones, que luego se convertirían en el Frente Grande, salían a escena: el Frente del Sur en el que se hacía sentir el apoyo del Partido Comunista y el Frente para la Democracia y la Justicia Social (FREDEJUSO) de los aún no muy mediáticos Graciela Fernández Meijide y Carlos "Chacho" Alvarez. Eran el embrión de lo que más adelante sería el Frente País Solidario (FREPASO).

No había urgente necesidad de tomar partido por unos o por otros. La directora estimaba que, en el terreno político, lo más conveniente era hacer un poco la plancha. Sólo se metería en guerras

pequeñas contra el gobierno cuando existiera un interés comercial del naciente Grupo. Un informe reservado que los responsables de marketing le entregaron a Ernestina, indicaba una curiosidad: durante el gobierno de Alfonsín casi un cincuenta por ciento de los lectores consideraba a *Clarín* como diario opositor. Durante el gobierno de Menem, un porcentaje apenas superior también lo consideraba opositor. La regla del perfecto equilibrista se mantenía a pesar de los años.

Era tal la cantidad de negocios y pactos que se empezaban a disparar que en las secciones política y economía, los redactores veían cómo todos los días se armaban y desarmaban listas verbales de personajes intocables. El rey era Gerardo Sofovich. No por su relación familiar con el ex apoderado del diario y abogado de Frigerio, sino por haber sido el autor del mayor favor que *la Viuda* había recibido en los últimos meses: como interventor de Argentina Televisora Color, Sofovich fue quien retiró de pantalla a Guillermo Patricio Kelly y su programa Sin Concesiones. Nunca más en ATC se hablaría del tema de los hijos de la señora ni se agitarían las noticias sobre una supuesta vinculación de Ernestina "con el tráfico de armas". Para el empresario fideero Eduardo Bauzá quedaba el segundo lugar. Por la relación de amistad que había con el operador mendocino los mismos periodistas de política se autocensuraban antes de pasarle el material a los jefes de la sección. Raúl Granillo Ocampo también figuraba en el cuadro de honor gracias a la gestión cumplida como secretario Legal y Técnico cuando se repartieron los canales. Melchor Posse, el intendente de San Isidro, era tratado con cuidado porque ella no quería que su mansión se encontrara con problemas municipales; algo parecido ocurría con el ex ministro Dromi, autor de la ingeniería jurídica que permitió la derogación de ese artículo 45 que ahora yacía bajo tierra. Nadie se metía con los bienes de Augusto Alasino ni con las operaciones misteriosas de José Luis Manzano. Tampoco se aceptaban críticas para los radicales Jesús Rodríguez ni Leopoldo Moreau. El mendocino Rodolfo Gabrielli era un hombre de la casa por el buen papel que desempeñaba en el Congreso con los asuntos vinculados a la ley antimonopolios.

Lo de José Antonio "Pocho" Romero Feris, en cambio, despertaría el buen humor de algunos periodistas que matizaban la censura con el ingenio nacional y popular. El senador correntino, desde su puesto en la estratégica comisión de libertad de prensa, se anotaba en todos los asuntos en que había que defender a *Clarín* y así conseguía que sus comunicados se publicaran cada dos por tres en una sección de noticias breves llamada "En Pocas Palabras". Al año de su creación, la sección fue bautizada internamente con el nombre de "En Pochas Palabras".

En Canal 13 y radio Mitre ocurría otro tanto. Magdalena Ruiz Guiñazú no tenía listas, pero con la simple lectura del diario se daba cuenta de cuáles eran los pantanos en los que no debería aventurarse. Mónica Cahen D'Anvers y César Mascetti, ambos con sueldos de 50.000 dólares por mes, contaban con el paraguas protector de Luis Clur, quien les aliviaba el incómodo deber de preguntar si con éste o aquel se metían o no. En la gerencia de noticias seguía en pie la idea central de ***la Viuda*** sobre la política y el canal: "nada de programas políticos, el nuestro es un canal para la familia(¿?)". Mónica entendía muy bien lo que era hacer oficialismo. Sus compañeros del canal la recordaban como una de las gestoras, junto al periodista radial Julio Lagos, de aquel charter de la vergüenza que, en 1979, llevó a Europa a un centenar de argentinos para retrucarle a los exiliados sus denuncias sobre desaparecidos, torturados y asesinados por la dictadura.

Entre 1993 y 1995, año de la reelección de Menem, *Clarín* se comportó como lo había señalado la encuesta entre sus lectores en aquel informe reservado: opositor de medio tiempo. Para el gobierno, mantener una relación de ese tipo no le venía mal. A Menem le alcanzaba con que no lo golpearan todas las mañanas, como sí lo hacía *Página 12*.

Lo que no sabía Menem, ni sabía mucha gente en el diario era que Magnetto, además de contador y licenciado en Ciencias Económicas, era un adelantado que ya había definido cuál sería la relación con esa sombra molesta llamada *Página 12*. Las cifras de ventas del "diario de zurdos", como lo denominaba Magnetto, después de tocar un techo de 100.000 ejemplares en 1991, se esta-

bilizaron en promedios de 60.000 y 65.000 ejemplares los días de semana. Nada, comparado con los récords de *Clarín* que ya llegaba a números escalofriantes: los domingos se vendían 1.012.547 ejemplares según el Instituto Verificador de Circulaciones. Pero al margen de las cifras de uno y otro lo que preocupaba era la estabilidad adquirida por el competidor desde 1987 y en la misma franja social en la que se movía el diario de Noble. El preincaico consejo "si no puedes con ellos, únete a ellos" se puso en marcha. En una extensa reunión de la que solamente ***la Viuda*** estaba informada, Magnetto y Fernando Sokolowicz, el propietario del noventa por ciento de las acciones de Página 12, firmaron en los últimos días de 1993 un preacuerdo que luego se concretaría en documentaciones de doble fondo y que pasarían por un paraíso fiscal con el fin de proteger el secreto en la Argentina: *Página 12* seguiría bajo la conducción de Sokolowicz pero recibiría un auxilio del Grupo cercano a los siete millones de dólares para tapar los agujeros financieros que angustiaban al diario joven. La dirección periodística seguiría en manos de Jorge Lanata, aunque al poco tiempo se desvincularía de la empresa anunciando: "Me fui del diario porque estaba frente a una opción muy fuerte. O me convertía en un burócrata de lujo, prestigioso, dedicado a escribir ensayos de comunicación o seguía siendo periodista". La posta de Lanata la recibió Ernesto Tiffenberg y fue ese alejamiento el que despertó las primeras sospechas entre el personal. La confirmación de la extraña operación financiera surgió cuando Enrique Díaz, uno de los alfiles administrativos de *Clarín*, muy silencioso y cargado de diskettes, se instaló en las oficinas de Página en la avenida Belgrano. Desde allí seguiría con atención la ofensiva de su nueva empresa que, meses después, cumpliría con despedir a un tercio de la redacción por recomendación de Magnetto, partidario de un achique urgente de personal. El segundo hecho que levantaba el velo lo protagonizó Alberto Elizalde, un ex preso político de la dictadura a quien apodaban Manzana. Indignado por la pérdida de independencia de un diario al que había visto nacer y de cuyo proyecto inicial formaba parte como gerente, Manzana se retiró a las puteadas diciéndole a sus ex compañeros que no

le quedaba otro camino que ceder la marca *Página 12* que estaba registrada a su nombre. La idea del Grupo *Clarín* era la de no dar la cara hasta que estratégicamente fuese conveniente. "Ya habrá tiempo", le dijo Magnetto a Sokolowicz. El primer ministro de ***la Viuda*** le aclaró que sería ella quien decidiría si en unos años más efectuaría un desembarco absoluto o si mantendría a *Página 12* como empresa controlada. Como primera exigencia plantearon la transformación de la empresa de Sociedad de Responsabilidad Limitada a Sociedad Anónima.

Menem seguía pensando que *Página 12* estaba vinculado al Movimiento Todos por la Patria (MTP) y repetía a sus amigos que ni valía gastar pólvora en contestar las acusaciones de un diario que vendía poco. Con los que había que tener las antenas paradas era con los de *Clarín*. Convencido de que el secreto era mantenerla elegantemente en caja, Menem, cada tanto, le daba a la señora una demostración de que con él se podía entablar negociaciones y hasta convivir con un trato cordial. La mano que le dio para que le adjudicara el negocio de los celulares del interior del país a Compañía de Telefónos del Interior (CTI) era una prueba de ello y no había sido menor. *Clarín* poseía el 22 por ciento de las acciones de CTI y tenía de socios a Benito Roggio e Hijos, Compañía Austral de Inversiones, la estadounidense AT&T y GTE. Con ellos y con el soporte del embajador estadounidense James Cheek, amigo hasta la estupidez de Menem, el diario se lanzó a la pileta del rubro telecomunicaciones a la espera de beneficios abundantes. Brillaba la estrella del presidente riojano y buena parte del público clarinista todavía no había tomado nota de las consecuencias de esas concesiones. Una encuesta sobre medios realizada por el Centro de Estudios Unión para la Nueva Mayoría indicaba, en marzo de 1995, que el 30 por ciento de los lectores de *Clarín* votarían a Menem, el 27 por ciento a José Bordón del FREPASO, el 8 por ciento a Horacio Massaccessi de la UCR, el 3 por ciento al MODIN del militar carapintada Aldo Rico, el 0,5 al ex dictador Juan Carlos Onganía y el resto se repartía entre votantes a partidos de izquierda marxista, indecisos y en blanco. Era evidente que en aquel momento la clase media estaba mayoritariamente enferma de menemismo.

A nadie sorprendió entonces el resultado de las elecciones del 14 de mayo de 1995. La fórmula Carlos Menem–Carlos Ruckauf triunfó con un poco más del 50 por ciento de los votos mientras José Bordón y Chacho Alvarez del FREPASO lograban sólo el 30 por ciento. Era la victoria además del voto cuota o de la amenaza maquiavélica de Cavallo quien predicaba que si perdía Menem se derrumbaba el plan un dólar un peso. Fue esa situación la que empujó a ***La Viuda*** a cursar la invitación más especial: el 28 de agosto de 1995, Menem sería el encargado de pulsar el comando de puesta en marcha de las nuevas rotativas offset color.

En aquella fiesta celebrada en los talleres de la calle Zepita, y con la bendición del monseñor Antonio Quarracino, quedó demostrado una vez más que, pese a que el jet set político la cuestionaba off the record, nadie se atrevía a desairarla. Un Menem excesivamente bien peinado y de traje claro, se presentó junto a su vicepresidente Ruckauf, el jefe de gabinete Eduardo Bauzá – a quien el controlador general de la empresa, Héctor Armando Aranda, hermano de José, dio un trato muy reverencial – los ministros de Economía Domingo Cavallo, del Interior Carlos Corach, de Justicia Rodolfo Barra, de Salud Alberto Mazza, el presidente de la Cámara de Senadores Eduardo Menem y el de la Cámara de Diputados Alberto Pierri y cinco de los nueve integrantes de la Corte Suprema: Julio Nazareno, Guillermo López, Augusto Belluscio, Antonio Boggiano y Gustavo Bossert.

A las ocho de la noche, un silencio anunciaba que estaba por subir al escenario la señora. Iluminada como una estrella de Cannes, ajustada dentro de un brilloso traje de Bogani y rodeada por pantallas gigantes que repetían su imagen, la *Piti* se plantó frente al atril y marcó dos ejes en su discurso: "En las páginas de *Clarín* se reconocen, día a día, millones de personas. Son los lectores los que eligen libremente frente a una oferta amplia y diversa. Son ellos los que determinan cada mañana qué leerán. Por eso podemos decir con orgullo que estamos instalados en el sentido común y en la cultura cotidiana de varias generaciones de argentinos". Después agregó: "Desde que llegué a la Dirección del diario, luego de la muerte de mi esposo en 1969, tuve la firme decisión de

ratificar desde sus páginas su compromiso fundacional, expresado en la vocación por la causa de la paz mundial, la voluntad de constituirnos en "un toque de atención para la solución argentina de los problemas argentinos" y a la promoción y defensa de los valores como el crecimiento nacional, la modernización, el progreso y la equidad social". Se debió sentir como Evita. Cinco mil personas la ovacionaron por un largo rato y ella, sonriente y con las manos aún temblorosas, contemplaba como políticos, militares, embajadores, banqueros, empresarios, gremialistas, artistas, deportistas y periodistas le obsequiaban sus aplausos sostenidos.

Pero los empleados más veteranos del diario no miraban tanto a la multitudinaria delegación del poder, ni a las gigantescas maquinarias importadas de 128 metros de largo, como a ese hombre sonriente, con pinta de galán de los 50 que parecía sentirse como en su casa y que se ubicaba en las filas de atrás de la ceremonia. Querían saber si *la Viuda* y él cruzarían miradas. Las horas pasaron, el champagne se agotó tanto como los 210 mozos que se contrataron para servir a la multitud, y Oscar Camilión, el ministro de Defensa de Menem, se retiró de la planta como quien abandona un rincón amado. Ella no sólo lo ignoró. Cuando llegó la hora de las fotografías con los invitados VIP lo pasó de largo y prefirió posar al lado de la cantante Valeria Lynch o de la actriz Ana María Picchio.

Los señores de los otros medios de comunicación también daban vueltas alrededor de ella y, después de saludarla y felicitarla, se alejaban comentando la delicadeza del maquillaje y haciendo cálculos sobre cuántos años de encima le había sacado el preciso cirujano. Esta vez, a diferencia de las inauguración de rotativas de 1989, el dueño de *Ambito Financiero* ni siquiera había sido invitado. *La Viuda* y Magnetto coincidieron en que el nivel de agresión de Ramos era de un tono excesivo y que ya no tenía sentido ni siquiera hacer un gesto de acercamiento. Ramos, enceguecido como cualquiera de los vengativos personajes de Shakespeare, no paraba de escribir un solo día contra "el monopolio". Pocas semanas antes había elaborado erróneamente la teoría errónea de que

la Viuda apoyaba a Bordón en la interna del FREPASO para que le ganara a Chacho Alvarez. No tenía por qué saber que, en los cuartos oscuros de las grandes decisiones, sus enemigos estudiaban con atención el fenómeno Chacho y su crecimiento en las capas profesionales que vivían en típicos barrios de la clase media, Palermo, Belgrano y Caballito. Se preparaba allí uno de los secretos de la estrategia cuasimilitar que a Magnetto le encantaba.

A partir de entonces y aprovechando que buena parte de la clase política estaba dispuesta a disfrazarse de payaso con tal de salir en *Clarín*, los creativos le acercaron a *la Viuda* propuestas de lo más insólitas para identificarlos con las creaciones del diario. Sabían del caso de Carlos Ruckauf, el de la sonrisa eterna e injustificada, a quien Magnetto ya le tenía cariño desde las épocas en que aterrizó en el ministerio de Trabajo durante el gobierno de Isabelita y la triple A y resolvía los conflictos de prensa avalando la intervención del sindicato por matones. El vicepresidente de Menem era conocido en el ambiente de los movileros por aquella frase que pinta a los cholulos: "a la noche abre la puerta de la heladera y, cómo se enciende la lamparita, empieza a hacer declaraciones". Por esa razón, y porque necesitaba crecer mucho más entre la clase media, aceptó ser contratado por *Clarín*, a cambio de 10.000 dólares, para ser protagonista de un aviso publicitario. Se trataba de promocionar un concurso que en las páginas deportivas del diario premiaba a los que armaban mejores equipos de fútbol: El Gran DT. El elenco de actores se completaría con un cuarteto que también se deprimía si cada mañana no veían sus apellidos en los titulares: Graciela Fernández Meijide, Chacho Alvarez, Jesús Rodríguez y un infaltable en cualquier fritanga que armara el matutino: Antonio Cafiero. La agencia de publicidad Marcet, encargada de llevar adelante el spot había recibido una lista de políticos potables que podían prestarse a la caricatura: Federico Storani simplemente se negó, Eduardo Bauzá puso como excusa que "no me hallo frente a una cámara" y a Rodolfo Terragno fue imposible ubicarlo porque estaba de viaje en Inglaterra. Aunque los participantes juraron que donarían el cachet al Hospital de Niños Ricardo Gutiérrez, ese

renunciamiento no alcanzaría para tapar la profundidad de la genuflexión. El ex diputado radical Jorge Vanossi los llamó simplemente "inmorales".

Los resúmenes de los balances, cuentas, planillas especiales y depósitos en el exterior se apilaban en el despacho de ella que, de verdad, no daba abasto para revisarlos. Nunca en su vida imaginó que la plata grande caminaría tan fácil y poco le importaban los comentarios que en forma anónima le llegaban sobre gastos inflados u obras de ampliación y construcción que se hacían dos veces y que pasaban como elefantes delante de su nariz. Si el diario hubiese estado en otra situación, como en los ochenta, cuando cada millón que ingresaba era cuidado con celo, habría ordenado que se abrieran causas judiciales como la que terminó con el gerente Carlos Ríos esposado por la Federal en el tercer piso del edificio de Piedras como consecuencia de un espionaje interno sobre indebido manejo de fondos.

El diario era la fuente de cuyas aguas bebían las demás empresas que se incorporaban al Grupo. Se podía gastar en exceso que las anchas espaldas soportaban las peores rocas. Con las planillas de circulación del domingo 12 de marzo de 1995, Magnetto se presentó en el despacho de ***la Viuda*** a darle una buena noticias y a mostrarle hasta dónde llegaba la influencia de su diario: 1.230.712 ejemplares vendidos ese día. Récord absoluto desde aquel 28 de agosto de 1945 cuando, con los apuros del primer cierre y la locura de elegir la tapa del debut, al Doctor se le había ocurrido el jingle publicitario para las radios durante la primera semana de ventas: "*Clarín*, limpia voz y noble empeño como los de San Martín".

A primera vista, el proyecto de tener una influencia cada vez más masiva en la Argentina daba resultados. Ernestina y Magnetto habían seguido con atención lo ocurrido en Brasil y sabían que la televisión había fabricado a Fernando Collor de Mello, un presidente que luego sería expulsado por movilizaciones populares hartas de tanta corrupción. No era lo único. En sus conversaciones con los representantes mexicanos de Televisa para negociar

la compra y venta de algunos productos, en especial telenovelas, escucharon una frase del presidente de aquel consorcio que les quedó grabada: "vendemos sueños, de ninguna manera pretendemos reflejar la realidad".

Allí estaban dos de las ideas fuerza con las que trabajarían en las pantallas luego de la reelección de Menem y que someterían a ensayo para ver si a ellos les daban los mismos resultados que a los brasileños y mexicanos: crear figuras políticas y esconder el fracaso de un plan económico que silenciosamente arrojaba a la desocupación y a la pobreza a cientos de argentinos todos los días.

Trabajar, dormir y mirar televisión eran las tres actividades centrales que ocupaban el día de gran parte de los argentinos. El 13 intentaba subirse a los más alto del podio, pero al rating de Telefé no había con que darle. Las operaciones de desguace llevadas adelante en el canal por Pagliaro habían reducido a la planta de personal a casi la mitad de la que había en la década del ochenta. Un solo delegado sindical, José Carbonelli, trataba de reagrupar a la gente que sobrevivía para que la masacre no fuera mayor. Las denuncias contra ARTEAR S.A se presentaban en el ministerio de Trabajo de Armando Caro Figueroa pero los inspectores tardaban años en concurrir a la sede del 13 a verificar los incumplimientos: prohibición a los trabajadores de realizar asambleas, violaciones al convenio colectivo, falta de pago de aumentos acordados, congelamientos salariales discriminatorios. Cada tanto, por la peatonal Florida, un grupo de camarógrafos, iluminadores, editores y técnicos paseaba sus pancartas con las denuncias contra el canal que la gente empezaba a conocer como "La Tele". El silencio de los medios sobre esas marchas era notorio y Carbonelli, además, tenía que bregar contra el Sindicato Argentino de Televisión (SAT) al que acusaba de abandonar a los empleados del 13 a su suerte. Las historias gremiales parecían calcadas de las de *Clarín*.

A esa altura, *el Grupo* ya no necesitaba del gobierno más que para algunas cuestiones menores y puntuales y otras de carácter filosófico. Los negocios más importantes estaban en marcha y se tomaban, con bastante facilidad, préstamos privados e internacio-

nales que elevaban mes a mes el pasivo del Grupo que vivía la borrachera habitual de los ambiciosos.

Tiempos deslumbrantes aquellos. La aparición del diario *Olé* fue un acontecimiento entre los futboleros y una demostración más de la velocidad con la que Magnetto impulsaba las cosas. Enterado de dos proyectos que se preparaban en otras editoriales para sacar en la Argentina un diario exclusivo de deportes como en Europa, convenció a **la Viuda** de invertir a fondo en ese nicho ya que podrían encontrarse con la sorpresa que Gerardo Sofovich – que preparaba un boceto en su pequeño matutino *El Expreso* – o editorial Atlántida que manejaba la misma idea con el personal de la revista *El Gráfico*, los primerearan. *Olé* salió con todo a la cancha y con canilla libre y autorización para perder, si hacía falta, un millón de dólares en el primer año. Así fue. Con impactante publicidad callejera, obsequios de pelotas, dinero en efectivo y entradas a los estadios, las primeras ediciones de *Olé* se agotaban y llegaban a números jamás soñados: 100.000 ejemplares diarios. Las tortugas de Sofovich y Atlántida no tenían fondos y debieron archivar sus buenas ideas para dejar así que *Clarín* se adueñara de esa franja virgen. Era un gol con alto precio, pero gol al fin. Como todos se endeudaban pero crecían, **la Viuda** no se fijaba en el presente sino en un futuro venturoso para los suyos con las cuentas saldadas. Solamente las obligaciones financieras y bancarias de Multicanal llegaban en 1998 a 730 millones de dólares. Era plata prestada para comprar pequeños cables de interior y para equipamiento técnico.

Ella pronto se dio cuenta de que, en una situación como esa, los únicos potenciales enemigos con posibilidades de destronarla no estaban en la Argentina: había que cuidarse de los acreedores. La marca de lo ocurrido en 1971 seguía en su yugular. Como aquella vez, el peligro podía llegar desde los bancos, y en especial los del exterior. Es una práctica habitual que las capturas de empresas muy tentadoras se den bajo el mecanismo de incitación a tomar préstamos para, luego de inflar su pasivo al límite, acecharlas con reclamos de pago que se sabe no podrán cumplir y entonces, pedirles el canje tan temido: "negociamos deuda a cambio de acciones".

Previsora, y bajo el disfraz de la defensa de la industria nacional, dio directivas para que se operara políticamente en impulsar un proyecto de ley que prohibiera o limitara la incorporación de socios extranjeros en los medios de comunicación. Dentro del justicialismo contaba con dos figuras de primer nivel que adherían a esas posiciones que hasta sonaban "antiimperialistas" para los nostálgicos del 45: Antonio Cafiero y Eduardo Duhalde, el gobernador de la provincia de Buenos Aires. Por supuesto, era una de las tantas contradicciones que abundaban en los discursos de *la Viuda* que, para 1997, había recibido dos transfusiones de capital "extranjero" en sus empresas: la de Telefónica Internacional Sociedad Anónima (TISA) en Multicanal y el acercamiento fugaz con el CEI.

Pero al igual que los saltimbanquis de la política, ella no se hacía demasiado problema con el qué dirán. Los contactos con Duhalde eran cada vez más intensos. En las charlas con algunos diputados que respondían al numeroso bloque del aparato bonaerense, los operadores de *Clarín* les hicieron saber que verían con agrado una modificación a la ley antimonopolios para que se excluyera de posibles sanciones a los medios de comunicación. La más permisiva al pedido era la diputada duhaldista de Entre Ríos Sara Liponezky de Amavet.

La certidumbre de que las relaciones se profundizaban llegó en octubre. Durante un almuerzo en el hotel Claridge, en el que estaban presentes los directivos de la Asociación de Editores de Diarios de Buenos Aires, el gobernador Duhalde sorprendió a unos cuantos cuando se sentó para exponer sobre la libertad de prensa. A su lado tenía dos caras muy conocidas. A la derecha, Saturnino Herrero Mitjans, especialista en Relaciones Institucionales de *Clarín*. A su izquierda, el más temible, José Aranda, el hombre de los manejos financieros y el supervisor de los pagos de mayor jerarquía que realizaba *el Grupo*. La primera frase de Duhalde no conmovió tanto a los dueños de los diarios: "Estoy muy preocupado tanto por el contenido de los medios como por los propietarios de los mismos...el Estado debería ejercer un control más estricto sobre ambos..." La segunda, directamente fue

una palmada amiga en el hombro para unos y un gancho al hígado para otros: "No me gustaría volver dentro de cinco años a esta misma reunión y tener que hablar en inglés...Hay que tener mucho cuidado respecto de quién va a estar detrás de los medios y de qué poder van a tener esos medios...Temo que accedan a su control grupos con ideas no vinculadas al periodismo, que puedan presionar, en defensa de sus intereses, sobre las autoridades y la población, Mi intención es no cerrar el ingreso de capitales, pero tampoco se puede exagerar yendo de un estado regulador a la apertura más amplia..."

Los presentes vieron la mano de Magnetto atrás de Duhalde y reaccionaron algunos días después en sus medios con algunos artículos en los que criticaban el supuesto intento de proteccionismo y el pensamiento de argentinidad que se intentaba inculcar. Ignoraban que, en las alturas, una guerra de proporciones incalculables se había desatado. Moneta y sus enmascarados contra *la Viuda* y su primer ministro.

Ella lo miró a los ojos y creyó, por un rato, que estaba frente a aquellos jefes de la mafia de esas películas europeas que Rómulo Berruti o Carlos Morelli le facilitaban para que se entretuviera con los preestrenos en el cine privado de su mansión. Magnetto estaba sacado. Se había enterado de los últimos pasos del banquero Moneta y le contaba a su jefa lo que pensaba que había que hacer con el socio traidor:

–Se puso a hablar con los Saguier y dicen que lo tentaron para comprar una parte de La Nación. Eso no es en lo que habíamos quedado. Nos asociamos con el CEI para avanzar juntos en el negocio del cable y éste me sale pisando la manguera y ahora quiere un diario.

Si la mayoría de analistas de medios de comunicación siempre adjudicaban el crecimiento de *Clarín* a los audaces movimientos "de la gente inteligente que lo conduce y que conoce el periodismo como pocos", la aparición del banquero Raúl Moneta los dejó sin argumentos. Las alianzas del banquero con Clarín harían caer las

caretas del gran multimedio y lo mostrarían como lo que realmente era: un grupo de avispados con plata en el bolsillo que aprovechaban las debilidades e indecisiones de los oponentes. Moneta fue el primero que los intentó mejicanear, los obligó a retirarse de algunos negocios y perder otros después de haberles sacado información, uno que otro millón y conocimientos de cómo manejar multimedios. Uno de sus mejores aliados fue Carlos Avila, el ex amigo de ***la Viuda***, que cansado de que *Clarín* le controlara todos los contenidos de sus programas, se dispuso a cortarle el camino en cuanto negocio pudiera y así les birló la compra de *Cablevisión* para que terminara en manos del CEI y de la estadounidense TCI.

Moneta era una de las caras del CEI junto a Richard Handley del Citibank y se llevaba a las maravillas con Jorge Bustamante de Telefónica, el otro socio del diario en Multicanal. Con el disfraz de oveja sobre el lomo, el CEI había ingresado a Multicanal, en momentos en que Ernestina necesitaba aportes de capital para que su telaraña de cables siguiera extendiéndose.

En su ansiosa cabalgata por el país a la búsqueda de canales para comprar, los emisarios de ***la Viuda*** se habían encontrado en Mendoza con una sorpresa. Al borde de la cordillera existía una respetable empresa de cable con aspiraciones de estirarse por la zona cuyana y algo más. Supercanal Holding S.A. era la consecuencia del crecimiento de un empresario local, Daniel Vila, quien había heredado de su padre radio Nihuil y se había animado a sacar un diario, el matutino *Uno*.

Clarín le puso el ojo a *Supercanal*, aunque al comienzo se asustó porque notó una presencia llamativa en la composición del directorio. Una sociedad que pertenecía al cubano Mas Canosa aportaba los sospechosos dólares de Miami que provenían de la derecha anticastrista. Adelina de Viola, la ex funcionaria de Menem, figuraba como socia minoritaria y, la frutilla del postre, los largos brazos de José Luis Manzano, el ex ministro del Interior del menemismo que en los ochenta se había autoprivatizado bajo el lema "yo robo para la corona".

Entrar en ese nido no sería fácil. Pero la señora y Magnetto asu-

mieron el riesgo y compraron el 20 por ciento del paquete ante la necesidad de conseguir, de una vez por todas, el ansiado título de el operador de cables más grande la Argentina. Mas Canosa era dueño de casi un 30 por ciento de las acciones. Magnetto sospechaba, pero no preguntó de dónde provendrían esos 500 millones de dólares que prometían aportar los cubanos en los próximos años. Sus indicios apuntaban a dineros de Manzano logrados bajo la gestión Menem. Tarde, muy tarde, comprobó que Manzano y Moneta era casi una misma cosa: el menemismo y los testaferros de miles de millones de dólares que prometían inundar la Argentina.

Con el CEI adentro de Multicanal y con la participación de *Clarín* en Supercanal, ***la Viuda*** fue informada de la operación de infiltración. Moneta había logrado ingresar, con distintos métodos, a dos de los tentáculos del Grupo, y desde allí iniciaría rápidamente una jugada política típica de los menemistas: pactar para que *Clarín* apoyara alguna de las medidas del gobierno. Las más urgentes eran el rebalanceo de las tarifas a favor de los consorcios telefónicos y el silencio o tratamiento complaciente en los medios del Grupo del escándalo de la liquidación del Banco Mendoza, propiedad de Moneta.

Menem estaba en celo con el asunto de su segunda reelección y pensaba nada más que en presentarse de nuevo en 1999. Tenía su Dream Team en los medios que le garantizaban un apoyo incondicional, pero no podía dejar de pensar en *Clarín* y su decisivo aporte sobre la clase media. El cálculo en la Rosada era el siguiente: Editorial Atlántida, Telefé, Canal 9, Carlos Avila en Torneos y Competencias, Cablevisión y Ambito Financiero habían dado el sí y se les podía leer en la frente el cartel de menemistas; sin embargo, en el otro rincón, la suma de *Clarín* incluía el diario, radio Mitre, canal 13, el canal de noticias TN, la agencia de noticias DyN, Página 12, los diarios del interior en los que influenciaba gracias a las cuotas de Papel Prensa que les cedían y la Compañía Inversora de Medios de Comunicación (CIMECO) que integraba junto a La

Nación y con la que ejercía el control de los diarios Los Andes de Mendoza y La Voz del Interior de Córdoba.

Cualquiera hubiese utilizado la sabia definición del Mono Gatica cuando vio a Perón en el ring side del Luna Park y le extendió la mano: "General, dos potencias se saludan". No eran en verdad dos potencias. Y Menem lo sabía. Todo lo que acumulaba el CEI no le llegaba a las rodillas a *Clarín* y menos alcanzaba para levantar semejante muerto. Su gobierno caía en imagen, no sólo por lo que informaban los medios, sino por el crimen social que cometía con el pueblo y por la incipiente toma de conciencia de millones de argentinos que empezaban a entender que los estaban afanando. Menem había buscado la negociación directa, pero después de una reunión en Olivos con la propia *Piti* comprendió que no había arreglo posible. La señora y Magnetto tenían entre ceja y ceja a Moneta y en consecuencia a todo el menenismo.

Nunca se había visto un nivel de encono empresarial tan fuerte dentro de las estructuras del Grupo. Ni siquiera a Julio Ramos le apuntaban con tanta vehemencia. Es que el CEI no era sólo lo que se contó antes, un grupo económico que intentaba un copamiento político. Era más. Los submarinos del CEI venían con un regalo que para ***la Viuda*** era un mal recuerdo: el 60 por ciento de las acciones del CEI se repartían entre Moneta y una familia cuyo apellido sonaba discordante en la calle Piedras: los Wertheim. Los propietarios del Banco Mercantil y dueños de una porción de la Caja de Ahorro; los mismos que allá por 1971 estuvieron a punto de dar el gran golpe y quedarse con *Clarín* luego de estrangularlo financieramente, volvían a cruzarse en su camino.

La violenta salida del troyano Moneta de todos los campamentos de Ernestina no sería pacífica. Primero rompieron los acuerdos sobre Multicanal. *Clarín* le compró en 239 millones de dólares el 17,5 por ciento de acciones que poseía el CEI. Como el CEI y Telefónica habían adquirido *Cablevisión* y luego *Cablevisión* compró – en sociedad con *Clarín* – al otro gran operador de cable VCC (600.000 abonados), Ernestina obligó a Moneta a venderle la mitad de los abonados que provenían de VCC. El matutino además retiró a sus representantes del directorio de Supercanal y por último

le advirtieron a Moneta que si seguía jugando con fuego, no se le pagarían los acuerdos celebrados por *Multicanal*. Aún así, a veces se le hacía difícil distinguir hasta donde había llegado la avanzada del oportunista Moneta dentro del complejo tablero de alianzas financieras sobre el que se movía *el Grupo*. Moneta, a través del CEI, estaba en Cointel, controladora de Telefónica Argentina y socia de *Clarín* en variados rubros. También la corporación de Moneta había adquirido el 33,34 por ciento de Torneos y Competencias y así aparecía lejanamente vinculada a *Clarín* en la asociación de TyC en TRISA, la comercialización del fútbol uruguayo y la publicidad estática en las canchas. Un revuelto propio de los mares de serpientes.

De este modo transcurrían las cosas en los dos últimos años del gobierno de Menem. Los dos bloques se enfrentaban como si se tratara de la Guerra Fría. *Clarín* se sumó a la caza de funcionarios menemistas detectando, ahora sí, los casos de coimas más notorias. Como consecuencia inevitable, se acercaba a los radicales y profundizaba sus relaciones con el FREPASO. Quedaba cada vez más en evidencia que se comportaba como un camaleón con los personajes más polémicos. A Alfredo Yabrán, zar del negocio del correo, después de ignorarlo y ni siquiera publicar su apellido en las épocas en que el matutino pretendía pelear una ubicación en la privatización postal, pasó a protegerlo y a no investigar sus negociados hasta que finalmente le soltó la mano cuando estalló el asesinato de José Luis Cabezas.

Algo similar ocurrió con el caso de la venta de armas a Ecuador. El día que el periodista Daniel Santoro llevó las primeras informaciones sobre negociados y desvíos de cargamentos, a sus jefes Guareschi y Kirschbaum les pareció un tema aburrido y que –según su particular categorización de las noticias– "no le paraba la pija a nadie". El secretario general de la redacción estaba más ocupado en sus clases de saxofón que en buscar debajo de la alfombra las nauseabundas basuras menemistas. Recién le dieron aire al escándalo y lo convirtieron en emblema propio al ver que no se detenía la investigación judicial y comprobar que se trataba de un caso espectacular para castigar las irreverencias del riojano

que ya no era bien visto en el tercer piso.

El arcoiris del empresariado periodístico nacional se completaba con sectores que no tenían demasiado peso. Allí estaban las revistas de Editorial Perfil y el cercano lanzamiento del nuevo diario de los Fontevecchia, los diarios *Crónica* y *Popular* que se acomodaban bajo el sol del puntero político que pagara más avisos en los suplementos especiales de las campañas electorales y *La Nación*, que para entonces, había realizado una opción política: apoyar a Fernando de la Rúa, el viejo amigo del secretario de redacción Claudio Escribano, a quien el radical siempre atendía en su quinta La Esperanza del barrio Villa Rosa en Pilar.

En la mansión de Martínez los adolescentes Marcela y Felipe eran educados bajo estilo prusiano, y no por las influencias del ama de llaves de la infancia, la alemana Margarita Schanzlin, sino por expresas directivas de ***la Viuda*** que no toleraba que en casa se la contradijera. Decenas de empleados de "la residencia" peregrinaban hasta las oficinas de personal del diario a buscar sus liquidaciones correspondientes al despido y no se avergonzaban en contar que "la Vieja cuando se enoja, mete miedo. Parece una loca de verdad". En los noventa, cambiaba de mucamas, cocineras, choferes, amas de llave y jardineros como de peinado. No había cosa que le molestara más que un subordinado en estado de protesta. Magnetto, frente a la cantidad de juicios que llovían por los caprichos de ella, decidió acudir a la empresa Servilar S.A. para que se hiciera cargo del personal de ***la Señora***.

Lo mismo le ocurría en el despacho de la calle Piedras. Cada novedad sobre alguna gente que desafiaba a *Clarín* le producía tal rigidez en la cara que Magnetto corría espantado en busca de una solución. Pero en ciertos casos los alzados en voz tenían vuelo propio y no le quedaba otra que aconsejarle, en el mejor tono, que convenía esperar un tiempo para limar asperezas.

Diego Maradona le dio una lección de solidaridad cuando se negó a concederle reportajes al diario "hasta que no reincorporaran al delegado despedido". En verdad fue una medida de pro-

testa que nadie le había pedido a Diego, pero que por supuesto me honraba. Enterado de que *Clarín* me negaba el ingreso, y sin avisarle nada a nadie, rechazó durante casi tres años cualquier pedido de entrevistas que le formulaban los jefes y redactores de la sección Deportes.

Otra guerra que no pudo aceptar fue la de una editorial con la que mantenía vínculos afables y que en los setenta daba la impresión de ser un aliado para toda la vida. Pero en 1998, Atlántida y los Vigil no estaban dispuestos a dejar pasar lo que llamaban "el más grande plagio en la historia del periodismo". La acusaron de despojar a *Billiken*, propiedad de Atlántida, de la idea, fotos, textos y diseños de una revista para niños que se iba a llamar Mega. Una vez más la ley de propiedad intelectual se le cruzaba en los negocios.

Según los directivos de Atlántida, *Clarín* había tentado a Pablo Colazo, director de *Billiken* con una interesante propuesta de trabajo y unos ingresos envidiables. Colazo venía trabajando en las oficinas de Atlántida sobre un proyecto de una nueva revista infantil y el armado de la Enciclopedia Saber Hoy que acompañaría la edición de *Billiken* cuando en marzo se reanudaran las clases. Al parecer, Colazo puso en práctica la jugada maestra de "me voy de vacaciones y sigo con el proyecto", y en ese lapso concretó su pase al diario de ***la Viuda***. Nada del otro mundo, a no ser que al volver de su descanso y anunciar su retiro se marchó con una fila de trabajadores tras él y los bonitos diseños que preparó para la nueva revista. Cuando Atlántida se enteró por una publicidad de *Clarín* que anunciaba la salida del semanario Genios y vio que las tapas, las páginas interiores y la enciclopedia eran muy parecidas a las que ellos tenían, le mandó una carta documento a la señora y pidió una reunión en los más altos niveles. El diario designó al contralor Héctor Aranda y a los abogados Damián Casino y al escribano Alejandro Rueda. La discusión en el edificio de la calle Azopardo fue tan tremenda que los representantes de la directora pensaron en un momento que los sacarían de allí a empujones. Todo terminó con el escribano Rueda llevándose en un sobre marrón los printers de todas las páginas y diseños que parecían co-

piadas. *Clarín* nunca admitió robo alguno y la situación se tensó tanto que una madrugada, desconocidos pintores de graffitis, le dedicaron a Colazo algunas leyendas con aerosol en su casa de Vicente López: "Colazo traidor, Colazo cagador" "Devolvé lo que te llevaste". Una chiquilinada, a no ser que la pandilla traviesa también se dedicó a dejarle amenazas en el contestador: "Tenés una semana para irte del país". Acusadores y acusados concurrieron al mismo tiempo a la justicia, donde aún tramitan las diferentes versiones.

El operativo Genios dio tan buenos e inmediatos resultados que a la familia Vigil le hacían ruido las tripas. En las primeras semanas, y gracias a una promoción de entregas de reproductores de CDs y radios reloj, se anunciaban ventas de 250.000 ejemplares con lo que se ubicaba, y muy lejos, a la cabeza de las revistas argentinas.

Los éxitos del nuevo producto serenaron a *la Viuda* sólo en parte. Sus arrugas se le notaban más cuando una cuestión de plagio aparecía en escena. "¿Plagio, justo a nosotros siempre nos acusan de plagio?", gritaba en la mansión. Estaba tan perturbada como el día que escuchó los primeros comentarios sobre las Galerías Santa Fe que había mandado construir su marido y a la que adornaban los frescos de Soldi: "Este Noble copió la idea de la Galería Umberto I de Milán". O cuando un explorador de libros, de esos que encuentran curiosidades en las bibliotecas, denunció que el lema de *Clarín* "un toque de atención para la solución argentina de los problemas argentinos", era una mala copia del título de un capítulo de un libro del ex gobernador de la provincia de Buenos Manuel Fresco.

Encima a los Fontevecchia se les ocurría sacar un matutino, así que no exageraban quienes decían que en 1998 no valía la pena acercarse a ella. La editorial Perfil no era una competidora de importancia para *el Grupo*. Volcada al rubro revistas, poco y nada molestaba a los productos de *Clarín*. Sin embargo, cuando Jorge Fontevecchia decidió poner en la calle su antigua ambición del diario propio, lo hizo con una agresiva campaña en la que Perfil parecía el único dueño de la verdad y las referencias que utilizaba

hacia los otros diarios fueron consideradas demasiado agresivas por los integrantes de la Cámara de Editores de Diarios. No fue lo único. Perfil le había sacado a *Clarín* media docena de periodistas que, entusiasmados con la promesa de aires de libertad, huían del asfixiante clima de control y limitaciones que imponían los negocios de ***la Viuda*** y de Magnetto.

El arranque de Perfil no fue tan preocupante como muchos se imaginaban: 45.000 ejemplares en el mes de mayo. Después vendría el declive: 30.000 en junio y otros 30.000 en julio. Aún con esas cifras, ella se inquietó. El nuevo diario era original, su lectura era agradable y con algunos temas empezaba a marcar diferencias. Su aparición alimentaba la eterna preocupación: "¿y si hace pie en la clase media?" Los empleados del área avisos recibieron las instrucciones de Magnetto de inundar las agencias con ofertas especiales para anunciantes. Si se mantenían fieles a *Clarín* y no se iban a Perfil recibirían importantes descuentos y promociones.

De modo que el mundillo de los periodistas vivía con la atención de un espectador de primera fila la atractiva pulseada. Diario joven o diario viejo en plan de modernizarse. Muchos creían que si Fontevecchia dejaba a su matutino fluir por los lógicos procesos de maduración, instalación en un sector social y consolidación gracias a los comentarios boca a boca de los lectores, la sociedad argentina vería crecer un medio mucho más atrevido y mejor escrito que *Clarín*. Algunos ya hablaban de "*La Opinión* de los 90". Era el recuerdo de cómo con productos más abiertos y democráticos que los que predominaban en los kioscos se podía hacer tambalear a las marcas tradicionales que aburrían con sus visiones mentirosas de la sociedad.

Pero a Fontevecchia lo traicionó el instinto asesino del escorpión.

El viernes 31 de julio de 1998, en una necroscópica contratapa que llevaba el título "Hasta Pronto" anunciaba el cierre del diario y el despido de 371 trabajadores. Los argumentos de Fontevecchia iban desde la pérdida de 10 millones de dólares en tres meses de vida de Perfil, hasta la artificial autocrítica de considerar a su

ex diario como una publicación de tipo europeo al que la masa de lectores argentinos rechazó "por ser poco afecta a la lectura".

Aun dicho metafóricamente, la verdad es que impresionaba mal: "Esta vieja tiene más culo que cabeza", comentaban los periodistas de *Clarín* al enterarse, aquella mañana de julio, que Perfil había cerrado. En la oficina del saxofonista que dirigía la redacción se descorchaba champagne para festejar la caída del pretensioso rival. Guareschi alentaba a sus secretarios a seguir trabajando fuerte para mantenerse como líderes del mercado y ratificaba una vieja máxima de Noble que *la Viuda* le había deslizado en alguno de los últimos encuentros: "Ah, y los que se fueron a trabajar a otro diario, aquí no vuelven más".

RA ES GENIOS...

os y la *Enciclopedia Saber Hoy*. Pero esos dos proyectos tuvieron un más antiguo y muy
iso, de una operación que sólo puede y debe llamarse con su verdadero nombre: plagio.

Clarín X
genios
Año 1 Nº 1
¡A CLAS
CON TODO
ENCICLOPEDIA
SABER
HOY
La información más completa para el cole
Música:
HANSON
Piolas, bonitos y exitosos
LO QUE
COCINA
ECOLOGÍA
y algo para pensar: ¿por qué se hundió el TITANIC?

Clarín X
ENCICLOPEDIA
SABER
HOY

CLARIN MARZO DEL 98

¿Parecidas o iguales? Mirelas bien. El mismo dibujo, idéntica disposición de los títulos, iguales temas, el logo puesto sobre placas de colores... La tapa de *MEGA* fue hecha en Atlántida y llevó, junto al resto de las páginas que conformaban el proyecto, más de seis meses de trabajo. La semana pasada, junto a la *Enciclopedia Saber Hoy*, otro proyecto desarrollado en Atlántida, aparecieron en la revista *Genios*. ¿Casualidad?

Para Clarín el caso Genios era el segundo conflicto por propiedad intelectual que se le generaba judicialmente. Años atrás, el reportero gráfico Ángel Juárez había demandado a la empresa de LA VIUDA *por no respetar el uso del crédito en las fotografías de las que era autor. Lo particular de ambos asuntos es que el autor de la ley que protege los derechos de propiedad intelectual había sido Roberto Noble.*

ASI, CUALQUIE

El 2 de marzo, el *Grupo Clarín* lanzó –con bombos y platillos– la nueva revista infantil *Ge*
distinto origen: nacieron hace un año en la *Editorial Atlántida*. Esta es la historia, paso a

BilliKen
ENCICLOPEDIA
SABER
HOY

Mega

¡A CLASE CON TODO!

ENCICLOPEDIA DEL SABER

Todos los temas que te piden en el cole

ATLANTIDA AÑO 97

Arriba, la carpeta de la *Enciclopedia Saber Hoy* y cuatro de los seis separadores que fueron pensados y hechos en *Editorial Atlántida*. Era el plato fuerte que acompañaría la primera edición de *Billiken* del mes de marzo, donde la revista se juega el liderazgo de todo el año. Su ex director, Pablo Colazo, antes de pasar a Clarín, dijo que eran *"poco atractivas"*. Y salieron, un mes después de su retiro, en *Genios*, la revista que lanzó el diario para el segmento infantil.

El 12 de marzo de 1998, la revista Gente *de Editorial Atlántida denunció al Grupo Clarín por una operación de plagio. Los Vigil sostenían que la revista* Genios *editada por* LA VIUDA *era una copia del proyecto de la revista* Mega *que se preparaba en Atlántida en 1997.*



CLARINETE

TOQUE DE ATENCIÓN PARA LA SOLUCIÓN DE LOS PROBLEMAS DE LOS TRABAJADORES

Buenos Aires, noviembre de 2000
número 3

precio solidario con la lucha de los trabajadores de Clarín y Olé
$1 / $2 / $5 / $10

117 despidos EN CLARIN Y OLE

...L 4 DE NOVIEMBRE LA EMPRESA DESATÓ UNA SALVAJE OFENSIVA Y ECHÓ A 117 TRABAJADORES INCLUYENDO A TODA LA COMISIÓN INTERNA ELECTA EN AGOSTO Y MIEMBROS DE LA JUNTA ELECTORAL. LAS ASAMBLEAS EN LA CALLE (FOTO) ...NARON BAJO EL APRIETE DE LA POLICÍA, DE MATONES ARMADOS QUE FILMABAN DESDE LOS TECHOS Y BAJO LOS GOLPES DE LA GUARDIA DE INFANTERÍA. ES UN INTENTO POR EXTIRPAR LA ORGANIZACIÓN SINDICAL EN CLARÍN Y OLÉ Y DEJAR EL CAMPO LIBRE PARA IMPONER LAS 9 HORAS DE TRABAJO Y EL DESCONOCIMIENTO DEL ESTATUTO DEL PERIODISTA.

X

Horóscopo

–¿Viste Magnetto?, ya tenemos el poder

–No Chacho, no te equivoques. El poder lo tenemos nosotros.

El contrapunto entre los pares ocurrió lejos de la Viuda. Carlos "Chacho" Álvarez ya era el vicepresidente de la Nación y Magnetto el insustituible vicepresidente del holding.

El triunfo del dúo Fernando de la Rúa–Chacho Álvarez en las presidenciales del 24 de octubre de 1999 con el 48 por ciento de los votos, no había sido obra exclusiva de la acción sicológica de las empresas del *Grupo*. Si bien ambos sectores intercambiaron miradas dulces durante los últimos meses de la campaña electoral, los unía claramente el espanto antimenemista gracias al cual habían sellado un pacto desde el lunes 8 de marzo de 1999. Ese día, De la Rúa y Chacho ingresaron a las oficinas de Magnetto a la una del mediodía y, después de un extenso almuerzo, se retiraron a la tardecita con el convencimiento de que el Beto cumpliría su promesa: "ya van a tener más espacio en el diario, no se quejen".

Alvarez tenía una visión más optimista aún y llegó a creer que tendría soporte por años. Se consideraba el niño mimado del Grupo y en particular de la Viuda. Mucho antes del almuerzo con De la Rúa y Magnetto había visitado el edificio de la calle Tacuarí con la frecuencia de quien va a lo de un amigo. A veces le pedía a Dante Caputo, el ex canciller de Alfonsín que integraba sus equipos de trabajo, que lo acompañara. Confesaba estar al tanto de la enorme simpatía que su figura despertaba en buena parte de la redacción y que incluía, desde periodistas amigos con quienes cenaba en sus casas, hasta una serie de columnistas de su fuerza política que tenían las páginas abiertas para hacer propaganda directa o indirecta. Rafael Bielsa, el prestigioso abogado que luego sería nombrado Síndico General de la Nación, era uno de los más convocados para escribir en la sección Opinión.

Le gustaba hablar mucho, quizás porque se había mal acostum-

brado al micrófono libre que se le brindaba en radio Mitre o en TN. En una de sus visitas, Magnetto frenó el extenso discurso de Chacho para aclararle que "la oposición a Menem somos nosotros. La señora y yo". Luego le daría algunas indicaciones de cómo debía moverse con los medios que tenían relación con su imperio.

La Viuda y Magnetto pensaban que Alvarez era la versión 2000 del político que se acercaba a las ideas de desarrollo con las que machacaba el matutino en sus editoriales. Lo descontaban después de leer los puntos 18 a 26 de la Carta a los Argentinos, el extenso programa de gobierno que la UCR y el FREPASO habían confeccionado y que Alvarez les había alcanzado a la hora de consultarlos. "Deseamos enfatizar que la estrategia exportadora debe asentarse en la modernización integral del agro, la industria y los sectores productivos en general...La inversión debe crecer, debe hacerse menos dependiente de capitales financieros externos, expandirse principalmente al calor de las decisiones del sector privado, con un papel complementario importante por parte del sector público". Una música muy parecida a la que el doctor Noble tocaba en sus momentos de inspiración doctrinaria: industriales argentinos con prioridad sobre empresarios extranjeros y mucho apoyo del estado. Beneficios tributarios, beneficios legislativos, beneficios laborales. Siempre beneficios.

El otro candidato, Eduardo Duhalde, también hablaba de lo mismo pero para la Viuda pesaban más las encuestas entre los lectores de su diario: casi el sesenta por ciento de quienes compraban *Clarín* pensaban votar la fórmula de la Alianza. El ex gobernador de Buenos Aires debía esperar su turno. Del menemismo ni quería oír palabra. Los últimos favores, en los forcejeos de la retirada del gobierno, se los había concedido la Corte Suprema en 1998, cuando mi caso judicial llegó al tribunal después de ocho años de resultados condenatorios contra *Clarín* y por apelación del estudio jurídico Saénz Valiente cayó en manos de los jueces Adolfo Vázquez, Moliné O'Connor, Belluscio, Boggiano y López. Los cuatro últimos cortesanos habían asistido a la gran fiesta que brindó la Viuda en la reinauguración de los talleres en 1995. Antes de dictar sentencia miraron, por las dudas, las firmas del escrito

de presentación del recurso extraordinario de la empresa. Eran las de los abogados Jorge Jaime José de la María Martínez de Hoz, sobrino de Joe el ministro de Economía de Videla; Eduardo Padilla Fox, abogado personal de la Viuda, y Juan José Etala hijo, un abogado de la familia del ex viceministro de Trabajo de Menem, Carlos Etala. Magnetto, para reforzar el pacto, se había reunido unos días antes del acuerdo de la Corte con el ministro del Interior Carlos Corach. La sentencia estaba cantada: 5 a 0 a favor de *Clarín* – los otros cuatro jueces no votaron – ordenando mi despido retroactivo a 1991.

A De la Rúa también lo aguardaba un listado de demandas. A cambio de unas cuantas tapas de *Clarín* que ilusionaban a la gente con un país que se ponía en marcha, la Viuda y Magnetto le pedían: frenar cualquier iniciativa de ponerle impuestos a la TV por cable, desregular la venta de diarios en toda la Argentina, que el Comité Federal de Radiodifusión llamara a licitaciones de radios en el interior para poder presentar al Grupo, sacar un decreto de necesidad y urgencia que extendiera a todo el país la posibilidad de que un canal abierto o una radio generalice la emisión de sus ondas a todo el país y dar algunas recomendaciones a los fondos de inversión estadounidenses para que invirtieran y auxiliaran a algunas de las empresas del holding. En este último punto el hombre clave era Daniel Marx, un funcionario de Economía que hacía gala de sus contactos con el banco de inversiones Goldman Sachs.

El pacto se cumplió ciegamente durante casi todo el 2000, año en el que se podían leer en *Clarín* elogios desmedidos como estos: "De la Rúa obtuvo un rotundo apoyo del FMI", "Habrá planes de empleo para 200 mil familias. La cifra de beneficiarios casi duplica la cantidad actual". "Respaldo político del peronismo al plan del Gobierno", "Hasta el 2003 no subirá el peaje en rutas nacionales". Para julio del 2000, una tapa de domingo mostraba hasta qué punto llegaba el abrazo con la Alianza. Ese día, 30 de julio, el país estaba conmovido por el suicidio, el día anterior, del médico argentino más conocido en el mundo, René Favaloro. Sin embargo, para *Clarín*, ésa no fue la noticia destacada. La ubicación privilegiada

la tenían dos informaciones más "optimistas": se hablaba de "los resultados positivos" que los consumidores obtenían en sus quejas ante los entes de reclamos y, lo que era más llamativo, aparecía publicada una foto enorme en la que la comandancia general de la Alianza posaba sonriente. Raúl Alfonsín, Graciela Fernández Meijide, Fernando de la Rúa, Chacho Alvarez y Rodolfo Terragno se mostraban al estilo de los retratos de la revista española "Hola" sobre un titular que parecía escrito en los comités radicales o en las casas frepasistas: "La Alianza está de cumpleaños".

¿Era un regalo paterno? Los memoriosos recordaban que el acuerdo electoral entre la UCR y el Frente se terminó de definir en los últimos días de julio de 1997 en los estudios de TN, una noche en la que estaban invitados Raúl Alfonsín y Chacho Alvarez al programa "A Dos Voces". En uno de los cortes, uno de los conductores les preguntó por qué si estaban tan de acuerdo en criticar la gestión de Menem no se unían en una fórmula única. Si bien radicales y frepasistas venían madurando la idea desde unos meses antes, el comentario dio pie a una breve conversación entre los hombres que morían por el mismo destino para ponerle día y hora a un encuentro cumbre que se realizaría el 3 de agosto en la casa de Federico Polak en la avenida del Libertador. Los que manejaban el *Grupo*, siempre contaban la anécdota para adjudicarse la paternidad de la Alianza.

Si no se puede tapar el sol con la mano, menos se puede ocultar un país en destrucción con humo de diarios. A la Alianza no había *Clarín* que la sostuviera. El desempleo aumentaba, la pobreza llegaba a las zonas que parecían más invulnerables, las industrias y las Pymes de las que hablaba la Carta a los Argentinos se iban a Brasil o a la lona, y la Viuda y Magnetto, previsores, mandaban mientras tanto sus dineros hacia los paraísos fiscales y los bancos de Nueva York.

La recesión menemista se había convertido en recesión delaruista y ya se hablaba de un nuevo fenómeno que tan solo los medios pequeños y alternativos habían advertido: la irrupción de miles

de marginales, desocupados, clase media empobrecida y jóvenes militantes y dispersos que se lanzaban a los caminos peleándose con la policía o la gendarmería. Eran los piqueteros.

En la sección Política de *Clarín* nadie se animaba a escribir la palabra "represión gubernamental" cuando desde la Alianza se ordenaba balear a los manifestantes que cortaban los puentes en Corrientes y las rutas en Salta. Había temor. El temor que inmovilizaba y que obligaba a aceptar lo que viniera para conservar el puesto de trabajo.

Pero el alineamiento del diario con el gobierno no era la única razón que limitaba a los periodistas. Los rumores sobre una probable venta de *Clarín*, que parecían de otro planeta y que nadie quería creer, daban idéntica inseguridad y mucho más cuando se oficializó la noticia de que los inversores estadounidenses de Goldman Sachs ingresaban como accionistas en todo el Grupo con un aporte de 500 millones de dólares que representaba la compra del 18 por ciento. Se trataba de una tradicional firma de asesoramiento en negocios comerciales que prestaba plata a países en situaciones desesperadas o a empresas que estaban a punto de caer en el todavía extraño default. En una entrevista de John Thorton, entonces presidente mundial de Goldman, con De la Rúa, el radical le había mencionado las ventajas que podrían obtener si se animaban a efectuar operaciones en los medios de comunicación argentinos. Pese a que todo el Grupo ya facturaba 2.200 millones de dólares por año, el auxilio era imprescindible porque las deudas acumuladas en tantos años de pedir prestado hacían temblar la estantería. En la planilla de los enfermos figuraba Direct TV, CTI y el gigante *Multicanal*. "Los yanquis vienen a poner guita, pero como primera condición quieren que se saneen las cuentas internas, y eso quiere decir ajuste", profetizó uno de los administrativos que subía y bajaba del tercer piso y siempre acercaba algunas noticias distinguidas a los redactores.

La resignación era tal que sólo en los baños de *Clarín* se alcanzaban a escuchar algunos comentarios de vergüenza propia. Era demasiado. Se toleraban sin chistar los despidos que la Viuda y Magnetto habían planificado a principios del 2000 y ejecutaban

en forma escalonada como un aporte a la Carta a los Argentinos. El programa de la Alianza anunciaba: "La prioridad en todos los sectores será la creación de empleo productivo y estable" mientras el diario hacía desfilar gente por la ventanilla de las indemnizaciones.

Quince echados en mayo del 2000, quince más en junio y quince más en julio. ¿Cuál sería el límite de la gente? ¿Cuándo llegaría el momento aquel que reclamaba Gunter Grass en que la gente quisiera ver lo que antes no quería ver?

La confianza ciega de la Viuda y Magnetto en los delegados sindicales que, leales a la UTPBA, aún quedaban en el diario, les había permitido avanzar con el ajuste sobre la planicie de la redacción. Por allí caminaban los silenciosos gremialistas en sentido contrario al de los despedidos, a muchos ni siquiera los conocían, y que se iban del diario con sus papeles y el llanto contenido. Hasta que el 26 de julio y ante la noticia de una nueva tanda de despidos, la joven y maltrecha redacción de *Clarín* se autoconvocó en asamblea. Nueve años después de un silencio hondo y sufrido, unos trescientos cronistas, redactores, colaboradores, diagramadores, dibujantes, correctores, jefes y fotógrafos se reunieron para ver si podían escribir de nuevo la porfiada historia.

–¡Ché, Ché! – gritó una jovencita redactora para pedir la palabra después de unos minutos de debate despelotado – ¿Por qué cada vez que hablamos tenemos que decir compañeros de acá, compañeros de allá?

Era el bichito antiperonista que ataca con mayor facilidad a la clase media. Pero la frase, que generó algunas risas escondidas de los más veteranos, pintaba con exactitud hasta dónde había llegado el corte realizado por la empresa en la conciencia histórica de los trabajadores.

La breve pero brillante explicación de Rodolfo Luna, un jefe de diagramación con años de derrotas y victorias frente a los patrones, no quiso ser una lección, pero la fue:

–¿Sabés por qué? Porque para los que tenemos más de cuarenta "compañero" era una hermosa palabra. Compañera nombraba a quien elegíamos para compartir nuestra vida. Compañero era

aquel que trabajaba a nuestro lado ocho, diez, doce horas. Era compañero el que militaba junto a nosotros por un ideal político. Los trabajadores de *Clarín* resignificamos la palabra "compañero".

Los compañeros entendieron y desde entonces se volvieron a llamar así. Expulsaron a los delegados del silencio cómplice Carlos Quatromano y Rubén Camaratta bajo la acusación de mal desempeño por no mover un dedo durante años para frenar los atropellos y convocaron a urgentes elecciones de representantes gremiales. Los compañeros se prometieron con convencimiento: "ni un solo despido más en *Clarín*. Si echan a uno, paramos todos".

El acaudalado gerente de Personal Jorge Figueiras recibió la noticia mientras desarmaba las valijas después de unas vacaciones de invierno en su ostentosa casa de descanso en Villa La Angostura. Allí había navegado en su embarcación junto a toda su familia y sus hijos también adoptados a los que les contaba lo bien que administraba al personal del diario y lo agradecido que era con algunos integrantes de las comisiones internas, siempre presentes en las planillas especiales de pagos que se confeccionaban en el tercer piso.

Figueiras fue convocado de urgencia por Magnetto y la Viuda a dar explicaciones.

–¿Otra vez asambleas? ¿Qué es esto Figueiras? ¿Usted no tenía buenas relaciones con los delegados?

El desconcertado gerente no sabía por donde empezar. Magnetto lo acusó de inútil y él se defendió culpando a la redacción de dejarse influenciar "por los troskos". Pidió que le dieran unas horas para hablar con sus viejos conocidos del sindicato y les aseguró a los dos que controlaría la situación.

Mientras la reorganización de la redacción marchaba a fuego lento porque la UTPBA no mostraba ningún entusiasmo en llamar a nuevas elecciones, Figueiras se reunía con Camaratta y Quatromano para recordarles los adelantos que la empresa les había concedido por 25.000 y 62.670 dólares respectivamente y para proveerlos de documentación con la que podían impugnar el alzamiento de la base descontenta. Un grupo de escribanos públicos pagados

por la empresa empezó a trabajar en ese camino y levantaba actas de cada uno de los comunicados que la nueva Asamblea pegaba en las paredes, a las que también se les terminaban nueve años de pasividad. El objetivo era que los delegados expulsados cuestionaran ante la justicia su remoción, bajo el absurdo argumento de que la asamblea inicial que los había destituido no había sido convocada por ellos, y así empantanaran la nueva elección que ya se estaba organizando.

Las decisiones se tomaban día a día en masivas asambleas que hicieron temer a Magnetto de un efecto contagio en las demás empresas del grupo y, en especial, en taller gráfico de la planta de Zepita donde la otra mitad de la organización sindical, la comisión interna de obreros gráficos vinculada al ex combativo Ongaro, se negaba a solidarizarse con los periodistas.

En menos de una semana, los delegados expulsados lograron, gracias a los papeles de la empresa, que un juez laboral dictara una medida cautelar ordenando la suspensión de las elecciones. Figueiras pasó al ataque y comunicó por cartelera que la idea de formar una nueva comisión interna debía ser dejada de lado. La gente volvió a autoconvocarse y ratificó la decisión bajo el siguiente argumento: apelar la decisión judicial y no aceptar ninguna intromisión de la empresa en cuestiones gremiales conforme lo marcaba la ley de Asociaciones Sindicales.

Se trataba de una jugada de alto riesgo, pero la masividad de la respuesta de la gente indicaba un buen estado de ánimo. "Hacemos las elecciones sí o sí. Para el caso que *Clarín* se niegue a dejar entrar las urnas propongo que se alquile una combi, se la adapte como cuarto oscuro y que votemos en la calle", mocionó otra compañera.

El 16 de agosto, ante el estupor de la Viuda, de Magnetto y de Figueiras, 565 trabajadores de prensa de *Clarín* dejaron sus puestos de trabajo y salieron a la calle a poner su voto dentro de la combi en una de las elecciones sindicales más extrañas y desafiantes de la vida gremial argentina. Los compañeros lo llamarían El Urnazo. Y consagró a diez personas como integrantes de la nueva comisión: Ana Ale, de la sección Economía, Olga Viglieca de Zona,

Aníbal Ces de Infografía, Gustavo Bruzzos del suplemento Autos, Ariel Borenstein de la revista Mística y el diario Olé, Daniel Luna, Inés Ulanovsky y Mario Cocchi de Fotografía, Beatriz Blanco de Agenda y Daniel Ponzo de Turf. A excepción de Ana, mi esposa, ninguno de los elegidos había tenido representación sindical en todos los años que llevaban en el diario. Electa secretaria General, ella y Olga Viglieca, la adjunta, pidieron las primeras reuniones a la empresa que, por supuesto, se negó a recibirlas.

Durante casi tres meses los flamantes delegados desenterraron las cadenas de solidaridad que los secuaces habían guardado bien. Se puso en marcha el legendario *"Clarinete"*, un periódico que en los setenta y los ochenta circulaba en forma clandestina en la redacción y en el que, en forma anónima, los trabajadores daban a conocer sus reclamos y denunciaban los atropellos de la Viuda. Las asambleas se mantenían firmes en su decisión de que la empresa recibiera a la interna y se redactaban los primeros petitorios: reducción de las jornada laborales de nueve y diez horas a las seis horas que marcaba el convenio colectivo, efectivización de los colaboradores y contratados, cese de los despidos y respeto a la actividad sindical. Una comisión de mujeres tomaba las opiniones de un centenar de ellas que daban cuenta del maltrato y las posiciones machistas que abundaban en un diario dirigido por una mujer: periodistas embarazadas a las que se mandaba a cubrir notas en aviones y helicópteros, desconocimiento del derecho de las madres a trabajar menos horas para darle la teta a sus bebés, discriminación en los salarios y burlescos carteles ofensivos en algunas secciones para que sintieran que los hombres mandaban en la redacción.

Faltaba saber qué haría el gremio con el par de delegados que integraban sus listas y que interferían los movimientos de la nueva interna. Fue esa respuesta la que permitió ver que algo raro estaba ocurriendo entre bambalinas. Durante una asamblea del sindicato donde los trabajadores de *Clarín* pidieron la expulsión de Quatromano y Camaratta por traidores, el secretario general de la UTPBA, Daniel das Neves le bajó el pulgar solamente a uno de ellos, pero, extrañamente, mocionó para salvar a Camaratta sin

dar mayores explicaciones. Los concurrentes de *Clarín* eran minoría y a la hora de votar prevalecieron las manos alzadas, como en toda asamblea de las burocracias, del aparato movilizado en colectivos y autos que piloteaban los empleados más afines donde, incluso, tenían un lugar especial un grupo de jubilados del gremio a quienes se premiaba el voto cantado con una cena previa.

La posición del gremio envalentonó a la Viuda y Figueiras recibió la orden de disparar. El sábado 4 de noviembre de 2000, a la madrugada, un camión descargó enormes vallas blancas de metal y una veintena de custodios privados rodearon el edificio de Piedras y en especial la entrada del personal de la calle Tacuarí. La Viuda era consecuente con una historia de medio siglo: 117 despidos, incluida toda la comisión interna y buena parte de la junta electoral.

A los compañeros les iban anunciando con un policía y un custodio quienes podían ingresar y quienes no según la lista confeccionada por Figueiras que, meticuloso, había agregado para su reconocimiento las fotos de los legajos de los periodistas considerados de mayor peligro. Los telegramas empezaban a llegar a las casas acusando a los despedidos de "participar en asambleas". Esa era la democrática causal de cese. Como sabían de la ilegalidad de la medida colocaban en el final del texto: "indemnizaciones a su disposición". La sorpresa del cachetazo de la empresa había sido tal que la confusión ganó a la interna. ¿Cómo reaccionar? ¿Asamblea, y dónde hacerla? Por la noche se intentó bloquear la salida de los camiones que llevaban los diarios con el armado de piquetes en las puertas de salida del taller de Zepita. Nuevamente dos carros de asalto de Infantería se acercaron hasta el lugar y los compañeros optaron por retirarse. Debía encontrarse una salida democrática y decidieron, en primer lugar, convocar al paro votado en aquella asamblea de la resurrección del 26 de julio pero también acordaron que era necesario que los trabajadores ratificaran esa decisión en una nueva asamblea.

El domingo 5 por la mañana, un carro de asalto de la guardia de Infantería se instaló cerca de la entrada del personal que seguía vallada. Mientras tanto, los despedidos y sus amigos concurrían a

ver cómo se podía hacer para garantizar el paro. La primera idea fue la de armar piquetes en todas las puertas. Magnetto entonces fijó la consigna: "aunque haya que pegar, me despejan las entradas".

Y efectivamente pegaron. Después del mediodía se produjo un avance de la infantería sobre quienes protestaban. Los palazos fueron varios, pero al final los policías se retiraron ante la posibilidad de un escándalo mayor mientras Guareschi observaba sonriente desde atrás de los vidrios. El pánico se apoderaba tanto de los que estaban afuera como de aquellos a quienes se les permitía el ingreso. Era un momento clave y la empresa lo aprovechó. La gente se juntaba por grupos y comenzaba la dispersión. Algunas provocaciones de dirigentes del gremio y sus guardaespaldas crearon un mal clima y a ello se agregó que los jefes de todas las secciones aceptaron trabajar y, lo que era peor, coordinar y recomendar con insistencia el ingreso, a cualquier precio, de los periodistas que permanecían afuera a la espera de que se retiraran los piquetes de los huelguistas. Hubo redactores que recibieron hasta seis llamados seguidos a sus celulares. En todos, el mensaje de sus jefes directos o comedidos era el mismo: "Mirá, mejor que entres, hoy te toca trabajar. No queremos que te echen". Magnetto alquiló veinte camionetas con vidrios polarizados para que, desde hoteles, canal 13 y puntos estratégicos cercanos al diario, todos los que quisieran ir a trabajar se subieran a ellas. Las combis, custodiadas por la policía, cumplieron su función y agachados, decenas de trabajadores entraron, casi sin saber a dónde los llevaban, a gran velocidad por las puertas de los garages.

Fue el golpe definitivo. La huelga estaba partida. El recurso de convocar a una última asamblea sólo sirvió para comprobar, el lunes 6, que la mayoría de la gente no estaba dispuesta a continuar y que se admitía la derrota. Por 79 votos contra 55 y 46 abstenciones, los periodistas de *Clarín* levantaron la medida de fuerza en una asamblea que se realizó en el asfalto de la calle Tacuarí, bajo la lluvia y la filmación de servicios de inteligencia que, desde los techos vecinos, registraban con sus cámaras cada intervención.

El renacer de protestas, el enojo transformado en ilusión de dig-

nidad. En cien días, tan dolorosos como apasionantes, la redacción de *Clarín* respiró y sintió de otra manera. El final feliz, otra vez, no lo escribieron ellos; lo escribió la Viuda según la sentencia premonitoria de Ricardo Roa, un ascendente en la escala jerárquica de la redacción: "Después de la primavera de Praga, vienen los tanques rusos". Peor fue la sentencia de ciertos prosecretarios y prosecretarias con fama de progresistas. "Mis tropas te son leales Ricardo. Yo les dije a estos pibes que estaban equivocados con tanto asambleísmo estudiantil", se le escuchó decir a una ex militante del PRT a Kirschbaum, el segundo de la redacción.

Esa política de los mazazos que puso en marcha la señora pretendía resolver, de una vez por todas, la preocupante situación por la que pasaba el Grupo después de años de tirar manteca al techo. La venta promedio de ejemplares de *Clarín* había pasado de 600.000 ejemplares en 1995 a 450.000 en el 2000. Los domingos, la caída era más drástica: del millón y pico de la algarabía, se estacionó en 837.000 ejemplares. Olé arañaba los 45.000 ejemplares y su director Ricardo Roa, ex sindicalista de la ortodoxia peronista al que apodaban "Flaquito", ya no sabía cómo flexibilizar más a los pasantes ni qué inventar para que alguna empresa pusiera avisos en el diario deportivo. La torta publicitaria se achicaba para los medios gráficos, pero también para las radios y los canales. Por primera vez en mucho tiempo se hablaba de los fracasos de *Clarín*.

Quizás hayan sido los pronósticos agoreros sobre su futuro los que disgustaron a la Viuda y la persuadieron de que había llegado la hora de convertirse en una mujer de piedra. Una legión de compinches anti*Clarín* sacaba todas las semanas los trapitos al sol, y no sólo eso, también mostraba sus números como si fueran ropas íntimas. La revista *Veintitrés*, que dirigía Jorge Lanata, fue la única que le dedicó su tapa, en pleno conflicto, a "la historia que nadie se atrevió a contar del diario *Clarín*". Una tapa negra que *Veintitrés* no solía utilizar muy seguido, causó impacto entre los canillitas que la exhibían con ganas mientras pensaban que "al fin

alguien se le atreve a la Vieja". La Asociación Periodistas pasó por su mayor crisis y estuvo a punto de partirse en dos cuando algunos de ellos se solidarizó con los trabajadores despedidos y pidió una votación para que "Periodistas" condenara la represión de la empresa. Los impulsores de la medida eran Tomas Eloy Martínez, Oscar Serrat, Ariel Delgado, Horacio Verbitsky, Carlos Gabetta y Héctor Timerman. La dura oposición de Roberto Guareschi, uno de los hombres de *Clarín* en esa asociación, impidió que el comunicado de repudio llevara la firma de todos, bajo el cobarde argumento de que "no hay que meterse en asuntos internos de las empresas". El escándalo y la polémica igualmente se conocieron en algunos medios.

El desafío era mantenerse indiferente y comportarse a lo Margaret Thatcher. A la Viuda entonces, no le importó mucho que Felipe, moderado hincha de River, fuera un seguidor de la revista Mística que acompañaba a la edición del diario Olé todos los sábados. Aquel 4 de noviembre, junto a los despidos gremiales, mandó al deguello al semanario que así se hacía merecedor de un galardón: era la primera publicación en la historia del grupo que bajaba la persiana. Las decisiones no debían pasar por el corazón, si es que lo había. También por consejo de Figueiras aceptó una recomendación que le sonó exagerada, pero que luego advirtió tenía a su favor cierto alivio económico. Echó a treinta correctores, desmanteló a toda una sección indispensable en cualquier diario y dejó sólo a unos pocos jefes, bajo la excusa de que "los errrores de *Clarín* los pueden corregir los programas de computación". Más de cien metidas de pata promedio por mes, demostrarían luego todo lo contrario.

Multicanal, que desde hacía meses se ahogaba en sus cuentas, y que solamente a las administradoras de fondos de jubilaciones y pensiones les debía 1.328.000 pesos, recibió en diciembre la orden de Magnetto de despedir a 200 personas, incluida la comisión interna.

Era como si la inminencia de algo terrible la agitara hasta límites desconocidos. La Viuda le exigía mes a mes a Magnetto que le acercara soluciones. Ninguna explicación técnica la convencía

para ponerse a pensar, como decían los equipos de management, en un probable concurso de acreedores. Su razonamiento no andaba con vueltas. Los balances que le exhibían reflejaban que, para el 2001, el Grupo bajaría su facturación de 2.100 millones de dólares a 1.500. De ese total, 536 millones correspondían al negocio gráfico y *Multicanal* sostenía el segundo gran aporte con 477 millones de dólares al año. Entonces tenía razón en gritar "¡Qué carajo hacen con mi plata!".

Se venían tiempos de luces amarillas e intermitentes en todo el multimedio.

El 21 de agosto de 2001 muchos miraron al imperio y los más entusiastas enemigos se empalagaron con su propio odio: "Se cae *Clarín* – dijeron –. Está endeudado hasta las pelotas y hoy debe pagar 164 millones de dólares de las obligaciones negociables de *Multicanal* y no tiene plata".

No era para tanto. Magnetto le llevó un soplo de optimismo a la Viuda y su familia y la terminó de convencer de que pasarían la tormenta. Como hombre cercano a la cuadrilla devaluadora del Grupo Productivo, estaba al tanto de todas las jugadas políticas y los artificios de presión que se preparaban para sacar a De la Rúa del camino. Los De Mendiguren Boys, hombres que respondían al líder de la Unión Industrial, José Ignacio de Mendiguren, pregonaban la ruptura con la patria financiera y decían que había llegado el momento de apostar a la producción y que para ello era necesario que el peso se cayera. Allí encontró Magnetto un ambiente reconfortante y que hablaba el mismo idioma. "¡Basta de bancos que nos asfixian, viva la industria nacional, queremos un dólar alto que nos permita exportar!", parecían clamar los seguidores del "Bocha" Mendiguren.

Eran todos gritos para la tribuna. Los empresarios se miraban entre ellos, y sabían que sobraban los infieles. Magnetto podría llenarse la boca con frases altisonantes que defendían las fábricas locales, pero él, comentaba un exportador metalúrgico, "con su querido Olé, había impulsado una de las más grandes importaciones de pelotas de cuero desde Pakistán para entregarlas como regalo a los lectores del diario deportivo".

La astucia de los devaluadores tenía un final cantado: con el estado en default y las empresas argentinas ídem, a los acreedores locales se les pagaría en pesos y a los bancos extranjeros o fondos de inversión no les quedaría otro camino que renegociar las deudas y, por ende, aceptar importantes quitas de sus acreencias. Los compromisos con el PJ estaban abrochados de antemano con los principales contactos del peronismo bonaerense. *Clarín*, por ejemplo, mantenía muy frescas relaciones con el gobernador Carlos Ruckauf de quien ya había logrado aportes de 5 millones de dólares del Banco Provincia para ser parte de los proyectos digitales de PRIMA (Primera Red Interactiva de Medios Argentinos), la empresa del Grupo que maneja el negocio de internet. El gobierno justicialista que asumiría el poder una vez que se derrumbara la Alianza, prometía, que buscaría todas las herramientas legales para ayudar a los grandes empresarios.

Este era el esquema con el que mejoró la cara de la Viuda. Faltaba eso sí la puntada final. El presidente, después de obtenida la renuncia de Cavallo y De la Rúa, debía ser alguien que respondiera a Duhalde. Pero eso era ya un problema de los justicialistas. *Clarín* aún no se había hecho peronista y su influencia para resolver cuestiones internas del PJ, eran muy limitadas.

El 19 y 20 de diciembre del 2001 la Viuda siguió por Crónica TV, o por América, y en menor medida por TN y Canal 13, los episodios de rebelión popular que pasarían a la historia como el Argentinazo. Los primeros canales eran los que tenían mejor distribución de cámaras y móviles y daban un panorama más completo de lo que estaba ocurriendo. La empresa de seguridad Servin, a cargo de la custodia de la mansión de Martínez reforzó, por las dudas, las guardias de todos los accesos.

La batalla de Plaza de Mayo, las movilizaciones populares reprimidas con un plan especial de la policía, los saqueos desesperados y en algunos casos alentados por oportunistas del justicialismo y el alzamiento en cacerolas y sartenes de la multitudinaria clase media acorralada y no acorralada le hicieron temer a la Viuda y a su primer ministro que las cosas dispararan para cualquier lado.

Cuando el helicóptero de De la Rúa lo sacaba de la historia, se

enteraron que el senador Ramón Puerta era el candidato número uno. Enseguida les llegó el dato que el misionero se negaba a asumir como presidente si no era hasta el 2003 y que el nombre que empezaba a sonar era el del gobernador de San Luis Adolfo Rodriguez Saá. Con los nervios que pasaban de celular a celular, creyeron que todo se le iba al demonio.

–¿Qué hacemos Magnetto? – preguntó la Viuda.

–Tranquila señora. Ya lo estoy mandando a Rendo a que hable con Rodríguez Saá y me estoy moviendo con otros empresarios para que esto no se convierta en una joda.

El doctor Jorge Carlos Rendo era un abogado de cincuenta años que se había especializado en lobbies políticos cuando trabajaba en Celulosa Argentina, Editorial Abril, Acindar y Fiat. Magnetto lo había contratado en 1999 para que diera la cara frente a los micrófonos ante cualquier ataque al Grupo o participara de algunas negociaciones con senadores y diputados. Magnetto se reservaría para operaciones mayores con los dueños del estofado, Bauzá, Alvarez, Nosiglia, Manzano, Duhalde.

Rendo se desesperó y pidió una urgente reunión privada con Rodriguez Saá en la que exageró un poco:

–No queda otra que devaluar. Estamos endeudados hasta los huevos. El Grupo *Clarín* debe 3.000 millones de dólares. Si seguimos con este valor de un dólar un peso, no hay forma de pagar y los bancos se van a quedar con nuestras empresas.

El presidente–bombero lo miró asombrado y le dijo que estudiaría el tema con sus flamantes asesores porque recién llevaba horas en su nueva función. Un día después, ya en la casa de Gobierno, Rodríguez Saá no podía creer lo que veía:

–¡ Doctor Rendo! ¿Otra vez usted por acá?

El hombre que en noviembre del 2000 le había mentido a las radios explicando que no había ninguna persecución gremial en el diario *Clarín* a la misma hora que la Infantería apaleaba a los sindicalistas despedidos, integraba ahora una nutrida delegación de banqueros y empresarios nacionales que se disponían a reclamarle oficialmente al puntano la devaluación. Rendo se sentó al lado de Aldo Roggio y muy cerca de Carlos Heller, pero esta vez

dejó que hablaran los demás.

Rodríguez Saá renunció tres días más tarde, cuando los cacerolazos iban en aumento, el propio peronismo lo dejaba en banda y después que fanfarroneara con un populismo de fotografía en el que llegó a juntarse con un sector de las Madres de Plaza de Mayo, con las cúpulas de las dos centrales obreras y con el multiprocesado ex intendente de Buenos Aires Carlos Grosso. Pero era cierto, se negó a devaluar. Al irse, dejó una frase a sus íntimos para los archivos periodísticos: "A mí me sacó *Clarín*".

Si con Chacho Alvarez, *la Piti* y Magnetto habían logrado una influencia tal que podían jactarse de semicontrolar al vicepresidente de la Nación, con Eduardo Duhalde cantaron bingo.

Los movimientos de tablero de los últimos días del 2001 habían dejado en claro que la frase que circulaba durante los noventa en todos los despachos oficiales no era chiste: "en cualquier momento el presidente de los argentinos se decidirá en el tercer piso de la calle Piedras".

Mucho antes de la devaluación, quienes monitoreaban las cuentas de *Clarín* aseguraban que el Grupo estaba endeudado en 2.000 millones de dólares. A *Multicanal* le tocaba la porción mayor, 980 millones. El diario debía 570 millones y el resto se distribuía entre cancelaciones pendientes al CEI, a Telefónica, a Cablevisión y a los diarios del interior a los que les había comprado el paquete accionario. El 60 por ciento de la deuda era bancaria y repartida en 16 entidades.

Después del duhaldazo que llevó el dólar a 1,40 peso y más tarde hasta 3,20, Magnetto admitía en público, a mediados del 2002, que la deuda se había achicado a 1.000 millones de dólares y que, entre otras medidas de reducción de pasivos, el Grupo se había desprendido de su participación en CTI y en Direct TV.

¿Pase de magia? No. Maravillas de la ingeniería financiera y especuladora. Parte de la deuda, en especial la que mantenían con la AFIP y las AFJP por aportes previsionales, se encontraba en pesos y, al desvalorizarse nuestro billete madre, la conversión a dólares

achicaba considerablemente la cifra adeudada. Para una empresa como *Clarín*, con jugosos fondos depositados en el exterior, no era un tema menor. Otra porción se encontraba en dólares, pero a cancelar en la Argentina. Entraba en escena la herramienta de la pesificación de deudas que tanto agradaría al resto del establishment.

Si bien desde la dirección de Finanzas Corporativas se declaraba que "la devaluación fue para nosotros como que nos pegaran 40 tiros", la verdad era que la tranquilidad reinaba en las oficinas del holding. Duhalde ya estaba bajo el ala y, de última, si la situación política y social se complicaba, se remataba la segunda joya del cofre. La venta de todo el paquete de *Multicanal* era una de las alternativas que manejaba la Viuda si el nuevo gobierno no respondía o si los acreedores del exterior iniciaban alguna jugada impensada.

Ni lo uno ni lo otro. Los pactos se cumplieron a rajatabla. Y aunque en algún momento la Viuda pensó si no era tiempo de despegarse de Duhalde, Magnetto la convenció de que juntos tenían que pasar algunos sustos. Las marchas de asambleas barriales por la puerta de canal 13 que insultaron a Marcelo Bonelli, las pintadas que aparecían en los barrios llamando a no comprar *Clarín* y las cadenas de mail que empujaban al boicot y a dirigirse al edificio de la calle Piedras eran la expresión de miles de porteños cansados de un multimedio que, ni en sus páginas, ni con sus cámaras reflejaba lo que realmente pasaba en las calles durante las primeras semanas del 2002.

Durante el otoño, y pese a la insistencia con que *Ambito Financiero*, el programa de Jorge Lanata y algunos periodistas con cierto grado de independencia denunciaban las ventajas que buscaba *Clarín* mediante pesificaciones y pedidos de reformas a la Ley de Quiebras, al Grupo todo salía a pedir de boca.

Magnetto y la Viuda no querían el "cram down" que estaba incluido en la ley de quiebras porque sostenían que, bajo ese mecanismo, el manejo de una empresa que entraba en concurso (*Clarín* corría ese riesgo) podía caer en manos de burócratas designados por los acreedores y eso significaba, para un medio, que los ban-

cos extranjeros se adueñaran de las pautas de comunicación y del derecho a la información de los argentinos. Mientras sus centinelas en las cámaras de diputados y senadores seguían atentos las idas y vueltas de los proyectos de reformas de la ley de quiebras, otro grupo se dedicaba a obtener resultados parecidos por medio de otra norma. Se trataba de una iniciativa de la señora que bajo el lustroso nombre de "preservación de las empresas culturales" apuntaba a lo mismo: que el estado pusiera bajo resguardo a las empresas dedicadas al "espectro radioléctrico y los medios de comunicación" y se fijara un tope del 30 por ciento al capital accionario extranjero. La modificación a la legislación de quiebras se votó, y se la llamó "Ley *Clarín*". Una reacción firme del FMI obligaría a los legisladores a dar marcha atrás dos meses después.

La ley de empresas culturales tuvo otro final. Por el Senado pasó como por un tubo. La aprobaron la mayoría de los senadores justicialistas, radicales y de los partidos provinciales. Liliana Teresita Negre, senadora del PJ de San Luis y estrechamente vinculada a Adolfo Rodríguez Saá, votó en contra y le contó a un grupo de periodistas de confianza que había sido "asquerosa" la forma en que sus colegas apuraban la sanción "para no pelearse con el grupo *Clarín*". El proyecto aprobado consideraba medios de comunicación a diarios, revistas, periódicos, empresas editoriales, servicios de radiodifusión, productoras de contenidos audiovisuales, proveedores de acceso a Internet y empresas de difusión en la vía pública. El multimedio completo. La iniciativa apuntaba específicamente a eximir a los medios del *cram down*. Bajo la influencia de la obediencia debida, los jefes de la sección Información General de *Clarín* ordenaron a un grupo de periodistas que consultaran a "gente de la cultura" para que respaldara la avanzada. El gancho era seductor: "¿usted está de acuerdo en asegurar la presencia nacional en las empresas culturales?"

Con esa carnada picaron en apoyar el proyecto algunos personajes que se oponían al modelo duhaldista, pero que no sabían del gato encerrado por *Clarín*. El arquitecto Rodolfo Livingston decía que "entregar la cultura sin pelear es convertirnos en colonia", la cantante Teresa Parodi afirmaba que "las empresas que vienen de

afuera llegan para hacer sus negocios y nada más", el periodista Pepe Eliaschev acordaba con la idea de que "un país serio debe preservar el derecho nacional a contar con medios de comunicación en manos argentinas, arbitrando recursos para evitar que una mala entendida mundialización termine aniquilando nuestro derecho a informarnos y educarnos" y la siempre presta Magdalena Ruiz Guiñazú aseguraba que "no es necesaria la inclusión de capitales extranjeros, salvo que en el debido porcentaje integren un medio de comunicación o una empresa cultural donde el control esté en manos nacionales". En los últimos pisos del enorme edificio de Retiro donde tiene su sede la agencia argentina de Goldman Sachs, uno de sus ejecutivos locales no entendía nada: ¿"Qué hacen estos de *Clarín*? Hacen opinar a la gente para preservar el patrimonio cultural argentino y se asocian con nosotros para que les traigamos inversores extranjeros. ¿Quién los entiende?"

El silencio de radio de los políticos del PJ, la UCR, el FrePaSo y los provinciales parecía no quebrarse. En esos días llamaría la atención el atrevimiento del senador radical José Zavalía de Santiago del Estero cuando se cruzó en *radio Mitre* con Néstor Ibarra mientras hablaba de los enormes gastos de la Cámara Alta:

Zavalía: Vamos a ver, así como usted es concreto conmigo, yo voy a ser concreto con usted. Usted responde a un medio, a un multimedio que es *Clarín*, el grupo *Clarín*, que ha sido beneficiado con la pesificación en más de 1.200 millones de dólares, 1.200 millones de dólares. Bueno, esto, a las claras dice, si pensamos en los 1.200 millones de dólares en que se benefició el grupo *Clarín*, cuya deuda oscilaba en los 2.500 millones de dólares, no nos pueden tirar la responsabilidad de los pobres, de los indigentes, de los excluidos sociales.

Ibarra: Hay grupos a los que tener deudas en el exterior en dólares, por ejemplo, se les ha convertido en un problema gravísimo para encarar la devolución de los créditos que les dieron...

Zavalía: Pero a esos grupos económicos nadie los autorizó a conseguir créditos en el exterior. Al contrario...el sistema financiero decía que todos esos créditos iban a ser respaldados por las casas matrices y, sin embargo, ninguna casa matriz de los grandes bancos ha respondido a esta cuestión.

Ibarra: Pero Zavalía, ¿cómo me dice usted que nadie autorizó a las empresas a tomar créditos en el exterior? ¿Quién tenía que autorizarlos?

Zavalía: No, no. La solvencia del sistema financiero era la que tenía que garantizar los préstamos que uno obtenía en el exterior...

Ibarra: Hay muchas empresas endeudadas en dólares en el exterior que la pesificación las partió por el eje. ¿O no es así?

Zavalía: Mire, lo que pasa es que en esta Argentina nos fijamos en las hormigas y no nos fijamos en los elefantes que nos pasan por al lado. Son los grandes capitalistas, los grandes grupos económicos, y los dueños de los grandes medios de comunicación los que se han enriquecido y si no hagamos un estudio contable de cada uno de los medios y vamos a ver cuánto gana el grupo *Clarín* o cualquier otro grupo económico, del Estado nacional, de los Estados provinciales, de los Estados municipales, ¿cuánto ganan? Y por eso es que yo ya he presentado anoche un proyecto para terminar con esta falsedad ideológica, de cuánto es el patrimonio de cada uno de estos medios, cómo han adquirido el dinero, y de qué viven los comunicadores políticos que tenemos en el país.

Ibarra: ¿Usted les paga?

Zavalía: Nosotros mantenemos al grupo *Clarín* con lo que le paga el Estado.

Ibarra:¿Cómo que usted mantiene al grupo *Clarín*? (Voces superpuestas.)

Zavalía: ¿Cuánto le paga el Estado al grupo *Clarín*?

Ibarra: Permítame, un segundo, porque para mí, para mí es una incomodidad, permítame, un segundo...

Zavalía: Con la diferencia de que yo soy una persona elegida por el pueblo, en cambio el grupo *Clarín* no es elegido por el pueblo. Es un grupo económico que ha vivido con los gobiernos militares, con los gobiernos justicialistas, con los gobiernos radicales y que va a vivir con todo el mundo...

Ibarra: Tenemos en línea a Jorge Rendo, que es el gerente de relaciones institucionales del grupo *Clarín*, para que sobre este tema se explaye más.Yo tengo mi opinión formada, me resulta algo incómodo como periodista estar hablando de una situación de la

empresa en la que estoy trabajando.

Rendo: Yo le agradezco a Ibarra la oportunidad para aclararle al senador y a su audiencia porque cuando se le tiran así cifras que suenan a acusaciones como las que tiró al senador respecto de una presunta pesificación del grupo *Clarín*. Queremos ser muy claros con esto, el grupo *Clarín* no ha pesificado ni siquiera diez por ciento de su deuda. La deuda del grupo *Clarín* es una deuda en dólares no pesificable en más de 90 por ciento de su deuda actual. Deuda absolutamente manejable, pagable, hasta el 31 de diciembre del año pasado cuando empezó la devaluación.

Zavalía: Yo tenía entendido que eran 2.500.

Rendo: No, bueno, yo...me llama mucho la atención la falta de información (interrupciones) perdóneme, pero es deuda nuestra y no de ustedes.

Zavalía: A pesar de la publicidad oficial que tienen ustedes.

Rendo: Nosotros no vivimos gracias a Dios de la publicidad oficial. Lamentablemente Télam nos está debiendo dos años de publicidad.

Soporte esencial en todas las maniobras con el duhaldismo era un viejo conocido de Magnetto, aunque no de la Viuda. José Luis Manzano fue llamado para que le hiciera ver al presidente y a un paquete de legisladores que *Clarín* sería paciente con la transición. Muchos lectores creyeron ver con claridad que estaban frente a un diario oficialista cuando después de la masacre de Avellaneda, el 26 de julio del 2002, el título principal daba vergüenza: "La crisis causó dos nuevas muertes". En las páginas siguientes de la sección Política se hablaba de que los "beneficiados" por los asesinatos de Darío Santillán y Maxi Kosteki serían los propios piqueteros que "necesitaban mártires" para su causa. La publicación, un día más tarde, de las fotos que culpaban directamente a la policía bonaerense de los crímenes, y que fueron encontradas –al parecer– de casualidad por los editores de fotografía, atenuó la bronca de los lectores.

A Manzano lo necesitaban como al agua. No por las deudas. Porque ese tema ya estaba encaminado. A La Viuda y a Magnetto los

desesperaba una fecha clave marcada en los almanaques de sus escritorios. En enero del 2005 vence la concesión de la onda de *Canal 13* y, varios meses antes, se abrirá todo el proceso de rediscusión y nuevo llamado a concurso o prórroga de los actuales contratos. Pensaban que, sea quien fuere el candidato triunfante en las elecciones del 2003, el hombre mejor ubicado en los boxes del PJ era el ex ministro del Interior. Todos los operadores justicialistas sentían algo parecido y por eso negociaban siempre con él. Cada cual para su corona.

Había días en que los ricos creían ser pobres, y se quejaban de su suerte. Entonces, escribían o decían frases como estas: "durante los primeros cinco meses de 2002, las empresas periodísticas decidieron absorber los incrementos de los costos de producción, pero se tornó imposible continuar con esa situación y por ese motivo aumentaremos nuestro precio de tapa".

Las pocas líneas del mensaje de la Viuda, quien unos meses antes había gastado 10 millones de dólares para comprarle el vespertino *La Razón* al socio vinero de Menem, Carlos Spadone, copiaban el mismo tono con que describía en los editoriales los efectos de la crisis. El segundo aumento de precios del año se aplicó en setiembre: el diario de los domingos saldría 2,80 pesos; el de lunes, miércoles, jueves y sábados, los días de semana de más venta, costaría 1,30 y el de los alicaídos martes y viernes valdría 1,40. Los dos incrementos, comparados con los precios anteriores a la devaluación, llegaban al 40 por ciento, mucho más que la inflación acumulada hasta ese mes.

Al mismo tiempo que elevaba las tarifas del abono de *Multicanal* y subía el precio de tapa de *Clarín*, se preocupaba por las gestiones que llevaba adelante la Iglesia en la Mesa del Diálogo Argentino. Uno de los curas que participaba de los encuentros entre empresarios, sindicalistas de la burocracia cegetista y algunos políticos que aún no habían dado el portazo, le pidió un favor: la donación de cuatro páginas color en el diario para la publicación del primer documento del Diálogo Argentino. Allí se reclamaba a los empresarios que "era necesario evitar la hiperinflación y propiciar políticas fiscales y monetarias que mantengan los equilibrios necesarios para

recuperar la estabilidad de precios".

Sólo si alguien no compraba *Clarín*, ni *La Razón*, ni *Página 12*, ni algunos de los 65 diarios del interior que consumían Papel Prensa, ni adquiría localidades para espectáculos o pasajes de micro vía Entrada Plus de Supreme Ticket S.A., ni le regalaba a sus hijos la revista *Genios*, ni veía los domingos a la noche Fútbol de Primera, ni leía las producciones de la revista *Nuestra*, ni compraba alguna de las chucherías del merchandisinhg de Boca, ni participaba de los concursos de la empresa Audiotel de audiotextos, ni mandaba su correspondencia por el correo privado UNIR, ni contrataba servicios de facturación y marketing con la empresa IMPRIPOST, ni compraba en Córdoba el diario *La Voz del Interior*, o en Mendoza el diario *Los Andes* o escuchaba la FM 100.3, ni prendía la tele en Córdoba para ver *Canal 12*, ni leía o escuchaba las informaciones provenientes de la agencia de noticias *DyN* en alguno de los medios de comunicación, ni compraba la revista *ELLE*, ni se informaba por el canal de noticias *TN*, ni se relajaba con la programación de *TyC Sports*, ni se conectaba a la televisión satelital de *Direct TV*, ni se enganchaba a Internet por Ciudad Digital, Ciudad Internet o Full Zero, ni se aferraba a los recuerdos en el canal Volver, ni buscaba reflexiones y opiniones en los programas de *Magazine*, ni leía los avisos en los carteles de las canchas que comercializaba Adlink, ni veía el fútbol vecino en TyC Uruguay, ni tenía parientes en Paraguay o Uruguay que le hablaran del *Multicanal* de esos países, ni primos en Bahía Blanca que se pasaran el día prendidos a Canal 7, ni iba al cine para ver las películas de Patagonik Film o las de Polka Producciones, ni sintonizaba radio Mitre, ni la FM 100, ni la Gen 101.5, ni mandaba mails a Brasil por Prima do Brasil, ni era abonado de *Multicanal*, ni iba a la cancha a ver algunos amistosos de Boca, la Copa Merconorte, o los torneos de fútbol chileno que organizaba Teledeportes S.A, ni poseía inversiones en Activa S.A., ni revolvía las mesas de libros para llevarse un ejemplar editado por *Clarín*–Aguilar, ni reservaba el *Olé* todas las mañanas, ni era socio del Automóvil Club Argentino con derecho a la revista mensual editada en Artes Gráficas Rioplatense, ni se dejaba guiar por las encuestas del Centro de Estudios de Opinión Pública (CEOP), ni

se metía a navegar por los proveedores de Internet de Datamarkets S.A., ni llevaba a los chicos al stand de la Fundación Roberto Noble en la Ciudad de los Niños, ni pensaba viajar a Junín para la muestra agropecuaria Feriagro Argentina, ni era alguno de los 10.000 trabajadores empleados por el Grupo, podía ser considerado un argentino a salvo de los efectos de la *Viuda*.

No existe un medidor de influencias en la Argentina. A lo sumo, algunas revistas se animaron a encargar encuestas con algunos grupos de ciudadanos para ver quienes eran los argentinos más escuchados en la sociedad. Fue el caso de *Noticias*, que ubicó a la Viuda en el puesto 13 en 1995, el 27 en 1996 y el 28 en 1997. Todavía no hay consultora que se haya dedicado a medir el alcance de los medios en las decisiones que luego toman los argentinos. El último trabajo serio fue publicado en el libro Periodismo y Elecciones de Eduardo Zukernik y contiene datos llamativos: los cuatro medios con mejor imagen positiva son *radio Mitre, Canal 13, La Nación* y *Clarín*; los cinco primeros periodistas en la lista de imagen positiva pertenecen al Grupo, Santo Biasatti, César Mascetti, Magdalena Ruiz Guiñazú , Mónica Cahen D'Anvers y Nelson Castro. La misma encuesta indicó que el 61 por ciento de los 442 entrevistados en marzo del 2002 opinaban que los medios de comunicación se acomodan a los gobiernos de turno.

El alineamiento empresarial de la Viuda era un hecho en el comienzo del verano. Junto a 55 dueños de grandes empresas, el holding fundó la Asociación Empresaria Argentina (AEA). Allí estaban Oscar Vicente de Pecom Energía, Luis Pagani de Arcor, Juan Cassagne de Aguas Argentinas, Helmut Flechtner de Bayer, Juan Forn de Molinos, Miguel Gutiérrez de Telefónica, Viktor Klima de Volkswagen, Francisco Ponasso de Edenor y Julio Saguier de La Nación, entre otros. Como no podía ser de otra manera, mandó a Magnetto a las reuniones en el hotel Hilton para que ayudara a cumplir con el compromiso que le habían acercado para que pusiera su firma como socia en el nucleamiento: "liderar un proceso de crecimiento que beneficie a toda la sociedad en su conjunto".

El último día del 2002, y a escondidas de los empresarios de otros

sectores, el gobierno de Duhalde dictó un decreto que habilitaba al ministro de Economía a financiar las reestructuraciones de deuda de los privados. Se trataba del decreto 2705 que rebautizó al Fondo Fiduciario de Asistencia a Entidades Financieras y de Seguros como Fondo Fiduciario para la Reconstrucción de Empresas y, de esa manera, ampliaba su cobertura a las empresas de bienes y servicios culturales (medios de comunicación), prestadores de servicios de salud, ciencia y tecnología y energía nuclear. La asistencia del estado a esos sectores para que reestructuren su deuda exigía tres requisitos indispensables: la deuda original debía estar pactada en moneda extranjera, el endeudamiento tenía que ser anterior al 31 de diciembre del 2001 y los empresarios argentinos estaban obligados a obtener de sus acreedores una quita mínima del 40 por ciento del monto adeudado. Si *Clarín* logra cumplirlos, recibirá un préstamo del Fondo Fiduciario que deberán ser reintegrado en la misma moneda en que fue otorgado.

Era un salvataje estatal al mejor estilo del que instrumentó Domingo Cavallo desde el Banco Central durante la dictadura. Inicialmente el Fondo Fiduciario se constituiría con 100 millones de dólares, y todos los funcionarios sabían que apuntaba a impedir las quiebras de *Clarín* y La Nación.

La Viuda, ya con el peso de la causa Marquevich encima, obtenía al menos algún premio consuelo. Si a mucha gente la tapa de *Clarín* del 18 de enero del 2003 le parecía un festejo del acuerdo de la Argentina con el FMI, tenían razón. ¿En que beneficiaba esto a *Clarín*? El nuevo convenio con el organismo internacional finalmente alimentaría con 500 millones de dólares adicionales al salvador Fondo Fiduciario y ya no sería necesario recurrir al plan B, la aplicación de más retenciones a los exportadores de petróleo, quienes por supuesto ya habían adelantado su grito en el cielo porque se negaban a servir de salvavidas para la Viuda.

No era fortuita tampoco la edición del domingo 19 de enero. Un reportaje complaciente al ministro de Economía Roberto Lavagna en el que se le preguntaba "¿es el paso más importante de su gestión?" y un editorial extenso que era todo un lema de campaña, "Una nueva etapa después del acuerdo": "El acuerdo alcanzado con el FMI

aleja el fantasma del default generalizado de la Argentina y abre un compás de espera hasta que comiencen las negociaciones por un nuevo acuerdo, dentro de unos seis meses. Se trata básicamente de un respiro...De este modo se configura un escenario de previsibilidad financiera para el período eleccionario y para los primeros meses del año que viene. También se plantean mejores condiciones para la negociación con los acreedores privados. Una vez terminado el plazo del acuerdo, volverá a replantearse la discusión con los organismos pero, entonces, con una agenda más abarcadora que incluirá temas como la reestructuración del sistema financiero, la privatización de la banca pública, el aumento del superávit fiscal y la reforma del sistema de coparticipación, entre otros".

Cuando este libro ingresaba a imprenta, Lavagna se preparaba para reglamentar la operatoria del fondo recreado, determinar los criterios para elegir a las empresas que se beneficiarían y las formas de distribución del dinero junto con las garantías que los prestatarios debían otorgar.

¿Y a cambio? Eso estaba por verse: tal vez las diez buenas noticias en la tapa, o el apoyo al candidato duhaldista, o las páginas blancas y disponibles para destrozar a Menem. Sea lo que fuere, y en cualquier lugar que se encuentre, libre o detenida, la Viuda repetirá seguro aquella frase que para algún distraído puede parecer exagerada: "no se puede gobernar este país si tenés a *Clarín* en contra".

Clarín, periodismo de la guardia de infantería





clarinete

Ernestina Herrera de Noble y sus dos hijos, Marcela y Felipe, en 1984. Abajo, la mansión donde se celebró la boda.

heredera


Enlace

... DE NOBLE PRESIDIÓ LA CEREMONIA

Clarín celebró ayer los 63 años de su fundación junto a su personal

• El doctor Roberto Noble fundó el diario el 28 de agosto de 1945. Los empleados que cumplieron veinte y venticinco años de trabajo recibieron ayer medallas y distinciones. El festejo por el aniversario se cerró, como es tradición, con un brindis.

El diario **Clarín** cumplió ayer 63 años y, como es ya tradicional, lo celebró con la entrega de distinciones al personal que trabajó 20 y 25 años en la empresa. Fundado por el doctor Roberto Noble, Clarín es hoy uno de los diarios de mayor circulación de habla hispana.

La ceremonia fue presidida por la directora de Clarín, Ernestina Herrera de Noble, quien estuvo acompañada por sus hijos, Marcela y Felipe Noble Herrera. En su día, el periódico recibió numerosos saludos y felicitaciones (Ver **Saludos**...).

Del acto participaron el CEO del **Grupo Clarín**, Héctor Magnetto; los miembros del directorio, José Aranda y Lucio Pagliaro, y el gerente general del diario, Héctor Aranda. También estuvieron el editor general de **Clarín**, Ricardo Kirschbaum, y el editor general adjunto, Ricardo Roa.

Además, celebraron el aniversario el gerente comercial, Alberto Pazos; de Recursos Humanos, Jorge Figueiras; de Circulación, Juan José Salvat; de Producción, Enrique Leonian; de Marketing.

Participó del festejo por el nuevo aniversario de



Ernestina Herrera de Noble y sus hijos Felipe y Marcela, en la apertura de un acto por un nuevo cumpleaños de Clarín



El CEO de Clarín pasó por una clínica de Chicago. Hablaba por medio de un aparato. Hoy está mejor.


Clarín
Miente



El CEO de Clarín pasó por una clínica de Chicago. Hablaba por medio de un aparato. Hoy está mejor.

Indice De Fuentes

Página 38 Así reflejó Gente del 24 de diciembre de 2002 la detención de la viuda de Noble. Editorial Atlántida le dio gran despliegue el procedimiento bajo el título "El caso Noble"

Página 72 La edición de la revista Gente del 24 de diciembre de 2002 mostró a Ernestina junto a Marcela y Felipe. La revista recordó las denuncias de Guillermo Kelly sobre las cuestionadas adopciones..

Página 92 A los 28 años apareció por primera vez en las páginas de Clarín. Ya era una de las preferidas de Roberto Noble, quien le decía "la Piti". Bailaba junto a su hermana Carmen pero no quería que la llamaran Ernestina. Era Laura.

Página 98 En la edición de la revista Noticias del 29 de agosto de 1993, Ernestina decía que había conocido a Noble en un paseo en barco. Ocultaba una parte de su historia.

Página 114 Ya en diciembre de 1979, en en Nº 750 de la revista Gente, se ubicaba a Ernestina de Noble como una de las tres mujeres más influyentes del país junto a Amalia Lacroze de Fortabat y Mirtha Legrand.

Página 132 La revista "El Gráfico" retrató el 26 de junio de 1979 a Ernestina de Noble y el dictador Jorge Videla en la entrega de la Copa Clarín al capitán de la Selección Resto del Mundo, el holandés, Rudolf Krol.

Página 170 La entrevista entre Ernestina de Noble y Rául Alfonsín, como presidente de la Argentina, fue reflejada en todos los medios. Foto: Archivo General de la Nación. Presidencia de la Nación.

Página 192 La edición de la revista Noticias del 24 de diciembre de 1989 calificó de "polémica adjudicación" a la entrega de canal 13 a la viuda de Noble. La retrataron en sonriente cuando salía de la Casa Rosada.

Página 214 En la edición de Clarín del 30 de agosto de 1991 se festejaba ruidosamente la condecoración recibida por la viuda del rey Juan Carlos de España. En la foto, la Viuda de Noble acompañada por Alvaro Alsogaray, ex ministro del gobierno desarrollista de Arturo Frondizi.

Página 230 En la tapa de Clarín del 29 de agosto de 1995 la foto elegida para mostrar a la viuda de Noble fue una en la que se destacaba, a los 70 años, su rostro retocado y reluciente. Además se mostraba a Carlos Menem, presidente de la Nación, y su vice Carlos Ruckauf , sonrientes y amigos en la inauguración de las nuevas rotativas.

Páginas 258 y 286 Tapa y contratapa del periódico "El Clarinete" de noviembre del 2000. Era la publicación histórica de los trabajadores de Clarín que editaban desde los '80 para dar cuenta de sus derechos pisoteados. En el ejemplar denunciaban los despidos de 117 trabajadores (incluida toda la comisión interna) la represión en la puerta de Clarín y cómo la empresa filmaba desde los techos las asambleas que se hacían en la calle.

Página 287 Así mostraba la revista "Semana Gráfica" a Ernestina con sus dos hijos adoptados. La foto es de 1984, cuando ellos tenían seis años.

Página 288 La Viuda de Noble, de estrechos vínculos con la jerarquía de la Iglsia Católica, logró una audiencia reservada para ella y sus pequeños. Tenían 7 años.

Página 289 La última aparición pública de Ernestina y sus hijos adoptados antes de la segunda edición de este libro. Fiesta por los 63 años de Clarín. Marcela y Felipe, a los 32 años. Ernestina (83) luce una piel (¿O un Photoshop?) envidiable.

Página 290 Así mostró la revista Noticias a Héctor Magnetto luego de las operaciones y la quimioterapia en los primeros meses de 2008.

Página 291 Calcomanía desplegada en todo el país por sectores que apoyaban al gobierno de Cristina Kirchner durante los meses del llamado "Conflicto del campo".-

Página 292 El dibujo de Hermenegildo Sábat (abril 2008) que irritó a la presidenta Cristina Fernández de Kirchner.

Libros

ABUELAS DE PLAZA DE MAYO.
"Niños desaparecidos, jóvenes localizados". Temas Grupo editorial.
ANGUITA, Eduardo y Caparrós, Martín.
"La Voluntad, tomo III". Grupo editorial Norma.
ANGUITA, Eduardo.
"Grandes Hermanos". Colihue.
ARDITTI, Rita.
"De por Vida. Historia de una búsqueda". Grijalbo.
ASOCIACION DE PERIODISTAS DE BUENOS AIRES.
"Con vida los queremos".
Subcomisión de derechos humanos.
BLAUSTEIN, Eduardo y Zubieta, Martín.
"Decíamos Ayer". Colihue.
CAMILION; Oscar
"Memorias Políticas", Editorial Planeta.
D'ANDREA MOHR, José Luis.
"Memoria Debida". Colihue.
DIAZ, César
"La cuenta regresiva". La Crujía ediciones.
FERREIRA, Fernando.
"Una historia de la censura". Norma.
FRONDIZI, Arturo.
"La lucha antiimperialista". Ediciones debate.
GARCIA, Héctor Ricardo.
"Cien veces me quisieron matar". Planeta.
GASPARINI, Juan.
"El Crimen de Graiver". Ediciones B, grupo Zeta.
GODIO, Julio.
"La Alianza". Grijalbo.

LANDABURU, Jorge.
"Una alternativa en la historia. Frondizi, del poder a la política". Grupo editorial Norma.
LARRAQUY, Marcelo y Caballero Roberto.
"Galimberti". Norma.
LLANO, Francisco.
"Las aventuras del periodismo". A. Peña Lillo Editor.
MAJUL, Luis.
"Los nuevos ricos de la Argentina". Sudamericana.
MENOTTI, Emilia.
"Arturo Frondizi. Biografía". Planeta.
MIGNONE, Emilio.
"Iglesia y dictadura". Universidad Nacional de Quilmes, Página/12.
MOLINAS, Ricardo y Molinas Fernando.
"Detrás del espejo". Beas Ediciones.
MURRAY, Luis Alberto.
"Vida de Roberto Noble". Fundación Noble.
RAMOS, Julio.
"Los cerrojos a la prensa". Editorial Amfin S.A.
RUIZ, Fernando.
"Las palabras son acciones". Perfil Libros.
SALOMONE, Franco.
"Maten al mensajero". Sudamericana.
SEMAN, Ernesto.
"Educando a Fernando" Planeta.
SCIUTTO, Luis.
"Roberto Noble un gran argentino". Fundación Noble.
ULANOVSKY, Carlos
"Paren las rotativas", Espasa.
ULANOVSKY, Carlos, Itkin Silvia, Sirvén, Pablo.
"Estamos en el aire". Planeta.
VENTURA, Any.
"Las que mandan". Planeta.
ZUKERNIK, Eduardo.
"Periodismo y elecciones". La Crujía Ediciones.

ÍNDICE

LANDABURU, Jorge.
"Una alternativa en la historia. Frondizi, del poder a la política".
Grupo editorial Norma.
LARRAQUY, Marcelo y Caballero Roberto.
"Galimberti". Norma.
LLANO, Francisco.
"Las aventuras del periodismo". A. Peña Lillo Editor.
MAJUL, Luis.
"Los nuevos ricos de la Argentina". Sudamericana.
MENOTTI, Emilia.
"Arturo Frondizi. Biografía". Planeta.
MIGNONE, Emilio.
"Iglesia y dictadura". Universidad Nacional de Quilmes.
Página/12.
MOLINAS, Ricardo y Molinas Fernando.
"Detrás del espejo". Beas Ediciones.
MURRAY, Luis Alberto.
"Vida de Roberto Noble". Fundación Noble.
RAMOS, Julio.
"Los cerrojos a la prensa". Editorial Amfin S.A.
RUIZ, Fernando.
"Las palabras son acciones". Perfil Libros.
SALOMONE, Franco.
"Maten al mensajero". Sudamericana.
SEMAN, Ernesto.
"Educando a Fernando". Planeta.
SCIUTTO, Luis.
"Roberto Noble un gran argentino". Fundación Noble.
ULANOVSKY, Carlos.
"Paren las rotativas". Espasa.
ULANOVSKY, Carlos, Itkin Silvia, Sirvén, Pablo.
"Estamos en el aire". Planeta.
VENTURA, Any.
"Las que mandan". Planeta.
ZUKERNIK, Eduardo.
"Periodismo y elecciones". La Crujía Ediciones.

Esta edición se terminó de imprimir en los talleres gráficos G&G Udaondo 2642
Lanús Oeste durante el mes de agosto de 2010.

desapariciones de personas durante la dictadura militar argentina y actualmente representa a familiares de desaparecidos en las causas penales de la ESMA, Campo de Mayo, Automotores Orletti, La Tablada y Superintendencia de Seguridad Federal.
En abril de 2005 publicó su segundo libro, "La Vergüenza de Todos" (Ediciones Madres de Plaza de Mayo) una investigación sobre lo que ocurría en la Argentina de la dictadura militar del general Videla durante el Mundial de Fútbol que se jugó en junio de 1978,

Integra el grupo de periodistas Metaprensa que se plantea la lucha por otro periodismo, y que produjo un programa de radio en AM 530; La Voz de las Madres, llamado "Nos mean y dicen que llueve".
Actualmente escribe en la revista Caras y Caretas y en la página Hipercrítico.com

---

Otros Títulos:

Del 80 al 90 en la Argentina.
Norberto D'Atri

Narcos, Banqueros & Criminales.
Juan José Salinas

La Historia me Absolverá.
Fidel Castro

La Guerra del Petroleo.
Julio José Chiavenato

Grandes y Pequeños Hombres del Plata.
Juan Bautista Alberdi

Mercenarios en África.
José Luís Méndez

Prohibido Vivir Aquí.
Eduardo Blaustein

Si hubo quienes consideraron exagerada la hipótesis deslizada en la primera aparición de "La Noble Ernestina" en 2002, los sucesos de los últimos meses durante la presidencia de Cristina Kirchner confirmaron que la frase "Nadie puede gobernar la Argentina sin el apoyo de Clarín" forma parte del quehacer político de la Argentina.

Casi invisible para la mayoría de los argentinos, la mujer más poderosa del país y dueña de una de las mayores fortunas de Latinoamérica, sin embargo, no ha podido desprenderse de una investigación que la persigue desde hace más de una década y que marcará para siempre su fama: las maniobras que culminaron en la adopción de dos bebés durante la última dictadura y que, según confesó en una carta de su puño y letra, podrían ser hijos de "víctimas de la represión".

De cómo una intrascendente bailarina de flamenco conquistó al dueño del diario Clarín y, luego de la muerte del esposo, logró desplazar al resto de la familia para quedarse con una empresa en ascenso, trata la primera parte de este libro que en poco tiempo se transformó en un clásico para periodistas y estudiantes de comunicación.

De cómo aquella dama sin conocimientos políticos ni periodísticos llegó a convertirse en el cuarto poder de la Argentina y en la dueña del más grande imperio mediático de Sudamérica se ocupa la segunda parte de una obra que supo defenderse de los ostracismos y silencios a los que fue condenada por la gran prensa.

Para quienes consumen Clarín, Canal 13, Radio Mitre, Cablevisión, Multicanal o de alguna manera se encuentran atrapados en la telaraña del monopolio, este libro resulta un manual de ayuda. Para el imaginario ciudadano que nunca nada tuvo que ver con Clarín, quizás la curiosidad lo devore y... pase a la lectura.

ISBN 978-987-24359-5-0



Editorial Punto de Encuentro
